

PAUL HOFFMAN

**LA MANO
IZQUIERDA
DE DIOS**

RESUMEN

El Santuario de los Redentores es un lugar enorme y desolado, un lugar sin alegría ni esperanza. La mayoría de los muchachos que lo habitan entraron en él siendo sólo unos niños y han crecido sometidos al régimen brutal de los redentores que utilizan su violencia y su crueldad para obligarles a servir a la única fe verdadera.

En uno de los pasillos que se abren en medio de los desolados vericuetos del santuario, hay un niño. Debe tener unos catorce o quince años. Hace mucho tiempo que olvidó cuál era su verdadero nombre. Ahora todo el mundo le llama Thomas Cale. Está tan acostumbrado a la crueldad que parece inmune a ella. Sin embargo, muy pronto abrirá la puerta equivocada en el momento equivocado y será testigo de un acto tremendo que le obligará a abandonar el santuario o morir.

Cale descubrirá que los redentores desean capturarlo a cualquier precio... no por el secreto que ha descubierto sino por uno mucho más aterrador que posee sin saberlo.

Capítulo 1

Escuchad: el Santuario de los Redentores en Peña Shotover se llama así por una cochina mentira, pues por allí redención hay poca, y santuario aún menos. El campo que lo rodea está lleno de maleza y hierbajos, y apenas hay diferencia entre el verano y el invierno, lo que equivale a decir que hace siempre un frío del demonio, no importa la época que sea del año. El Santuario resulta visible a kilómetros de distancia cuando no lo oculta, como suele ocurrir, una niebla sucia y espesa. Está construido con pedernal, hormigón y harina de arroz: la harina vuelve el hormigón más duro que la roca, y ese es uno de los motivos de que la prisión (pues de eso se trata en realidad), haya resistido tantos intentos de asedio, intentos hoy día considerados tan inútiles que nadie ha tratado de tomar el Santuario de Shotover en cientos de años.

Es un lugar nauseabundo al que solo los Padres Redentores van por propia voluntad. ¿Quiénes son sus presos, pues? En realidad, esta es una palabra poco acertada para aquellos que llevan a Shotover, pues la palabra preso sugiere un delito, y ninguno de ellos ha conculcado ley alguna impuesta por el hombre ni por Dios. Ni tampoco se parecen a ningún preso que se pueda ver en ningún otro lugar, porque todos los que llevan allí son niños de menos de diez años. Dependiendo de la edad que tengan al ingresar, pueden tener más de quince cuando salgan, aunque solo la mitad llegan a hacerlo. A la otra mitad los envuelven en un sudario de arpillera azul y los entierran en el campo de Ginky, un cementerio que comienza al otro lado de la muralla. Este cementerio es tan grande que se extiende hasta donde alcanza la vista, así que ya os podéis hacer una idea del tamaño de Shotover y de lo duro que resulta en él simplemente conservar la vida. Nadie conoce todos los entresijos del Santuario, y es muy fácil perderse por sus interminables pasillos, que giran a derecha e izquierda y doblan hacia arriba y hacia abajo como en un laberinto. Y aún más porque todos los rincones del Santuario parecen idénticos entre sí: todos son de color marrón; todos son oscuros, lúgubres; todos huelen a viejo y a rancio.

En uno de esos pasillos se encuentra un muchacho que mira por la ventana y sujeta un saco azul oscuro. Puede que tenga catorce o quince años, aunque él mismo no está seguro de su edad, como no lo está ningún otro. Ha olvidado su nombre original, pues a todo el que llega aquí se lo cambian para ponerle el de uno de los mártires redentores. Y mártires redentores hay muchísimos, debido a que, desde tiempo inmemorial, a los redentores los odia a muerte todo aquel al que no han

logrado convertir. Al muchacho que mira por la ventana lo llaman Thomas Cale, pero nadie emplea nunca el nombre, solo el apellido, y al hacerlo él comete un pecado muy grave.

Lo que le atraía a la ventana era el sonido de la Cancela del Noroeste, que chirriaba como un gigante aquejado de dolor de rodillas, tal como hacía siempre en las raras ocasiones en que se abría. Vio cómo dos redentores, vestidos con su hábito negro, se acercaban a la cancela y hacían pasar a un niño de unos ocho años, seguido de otro ligeramente menor y de otro más. Cale contó veinte en total antes de que apareciera al final, cerrando el grupo, otro par de redentores. Con lentitud de artrítica, la cancela empezó entonces a cerrarse.

Cale cambió de expresión al inclinarse hacia delante para atisbar, tras la cancela que se cerraba, el Malpaís que se extendía al otro lado. Solo había salido de la muralla en seis ocasiones desde que llegara allí hacía más de diez años: según decían, era el niño más pequeño que hubiera entrado nunca en el Santuario. En esas seis ocasiones lo habían vigilado como si la vida de sus guardianes dependiera de ello (y en efecto así era). Si él hubiera fallado en cualquiera de esas seis pruebas, que es lo que eran, lo habrían matado en el acto. En cuanto a su vida anterior, no podía recordar nada.

Cuando la cancela se cerró del todo, Cale volvió a fijarse en los niños. Ninguno estaba gordo, aunque tenían esa carita redonda propia de los niños. Todos observaban con ojos como platos el inmenso tamaño del castillo con sus enormes muros, pero aunque se quedaran anonadados ante lo extraño del lugar en que acababan de penetrar, no parecían tener miedo. Cale sintió en su interior una serie de emociones profundas y extrañas a las que no hubiera podido dar nombre. Pero, si bien se dejó atrapar por ellas, le salvó, como había ocurrido ya muchas veces, su costumbre de mantener un oído atento a lo que sucedía a su alrededor.

Se apartó de la ventana y empezó a caminar por el pasillo.

—¡Tú, espera!

Cale se paró y se dio la vuelta. En el umbral de una de las puertas que daban al pasillo se encontraba uno de los redentores. Estaba tan gordo que le colgaban trozos de carne por los bordes del cuello. De la estancia que se encontraba a su espalda salían vapores y ruidos extraños. Cale lo miró sin mover un músculo de la cara.

—Ven aquí y déjame que te vea.

El muchacho caminó hacia él.

— ¡Ah, eres tú! —dijo el gordo redentor—. ¿Qué estás haciendo por aquí?

—El Padre Disciplinario me ha mandado llevar esto al torno. —Le mostró el saco azul que llevaba.

—¿Qué has dicho? ¡Habla más alto!

Desde luego, Cale sabía que el redentor estaba sordo de un oído, y lo de hablar en voz baja lo había hecho a propósito. Repitió lo dicho, pero esta vez gritando a pleno pulmón.

—¿Te estás haciendo el gracioso, muchacho?

—No, Padre.

—¿Qué hacías en la ventana?

—¿En la ventana?

—No me tomes por tonto. ¿Qué hacías allí?

—Oí abrirse la Cancela del Noroeste.

—¿Seguro...? —Se quedó como distraído—. Parece que llegan pronto —gruñó, molesto, y después se volvió y miró hacia atrás, pues aquel gordo era el Padre Vituallero, supervisor de aquella cocina que alimentaba tan bien a los redentores y apenas daba de comer a los niños—. ¡Veinte más para la cena! —Al gritar esto, su aliento penetró en la nube maloliente de la estancia. Se volvió de nuevo hacia Cale.

—¿Estabas pensando en algo cuando estabas en la ventana?

—No, Padre.

—¿Tenías imaginaciones?

—No, Padre.

—Si te vuelvo a pillar merodeando por aquí, te arranco la piel, ¿me has oído?

—Sí, Padre.

El Padre Vituallero regresó a su estancia y empezó a cerrar la puerta. Mientras lo hacía, Cale dijo en voz baja, pero lo bastante claro como para que pudiera oírle cualquiera que estuviera menos sordo que el Padre Vituallero:

—¡Ojalá te ahogues ahí dentro, bola de sebo!

La puerta se cerró de golpe y Cale siguió por el pasillo, arrastrando el gran saco tras él. A pesar de que hizo el recorrido prácticamente a la carrera, le costó casi quince minutos alcanzar el torno, que se hallaba al final de un breve pasillo. Lo llamaban el tambor porque eso era lo que parecía, si uno olvidaba el hecho de que medía un metro ochenta de alto y estaba empotrado en un muro de ladrillo. Al otro lado del tambor, o torno, había una parte completamente cerrada y apartada del resto del Santuario, donde, según se rumoreaba, vivían doce monjas que cocinaban para los redentores y les lavaban la ropa. Cale no sabía lo que era una monja, ni había visto nunca ninguna pese a que de vez en cuando hablaba con ellas a través del torno. No sabía en qué se diferenciaban las monjas de las otras mujeres, de las que en el Santuario se hablaba raramente y siempre con aversión. Aunque había dos excepciones: la Santa Hermana del Ahorcado Redentor y la Bendita Imelda Lambertini, que había muerto a los once años en un éxtasis acaecido mientras tomaba

la primera comunión. Los redentores no explicaban qué era un éxtasis, y no había nadie lo bastante tonto como para preguntarlo. Cale empujó el torno y este giró sobre su eje, revelando una gran abertura. Metió dentro el saco azul y volvió a empujar. Después golpeó en un lado, haciendo mucho ruido. Esperó treinta segundos hasta oír una voz apagada procedente del otro lado del muro.

— ¿Qué sucede?

Cale acercó la cabeza al torno para poder ser oído. Sus labios casi tocaban la superficie.

— El redentor Bosco quiere esto para mañana por la mañana — gritó.

— ¿Por qué no lo trajeron con los otros?

— ¿Cómo demonios voy a saberlo?

Desde el otro lado del muro se oyó un grito de ira, agudo y amortiguado.

— ¿Cómo te llamas, impío ?

— Dominic Savio — mintió Cale.

— Pues bien, Dominic Savio. Informaré al Padre Disciplinario y te arrancará la piel a latigazos.

— Mirad cómo tiemblo.

Veinte minutos después, Cale regresaba a la oficina de estrategia del Padre Militante. No había en ella nadie salvo el propio redentor, que no levantó la mirada ni dio muestra alguna de haber visto a Cale. Durante otros cinco minutos, siguió escribiendo en su libro de cuentas sin levantar la vista, antes de decir:

— ¿ Por qué has tardado tanto ?

— El Padre Vituallero me paró en el pasillo exterior.

— ¿Por qué?

— Creo que había oído un ruido fuera.

— ¿Qué ruido? — Por fin, el Padre Militante miró a Cale. Sus ojos eran de un color azul claro casi descolorido, pero muy vivos. No se les escapaba prácticamente nada. O nada en absoluto.

— Estaban abriendo la Cancela del Noroeste para dejar entrar a los nuevos. El Padre Vituallero no esperaba que llegaran hoy. Me parece que estaba molesto.

— Cuidado con lo que dices — advirtió el Padre Militante, pero en un tono más suave del habitual. Cale sabía que despreciaba al Padre Vituallero, y por eso no le parecía tan peligroso hablar de ese modo de un redentor.

— Le pregunté a tu amigo por el rumor de que habían llegado — comentó el redentor.

—Yo no tengo amigos, Padre —repuso Cale—: están prohibidos.

El Padre Militante se rio levemente. Su risa no era agradable.

—No me preocupa eso precisamente de ti, Cale. Pero si quieres que lo diga así, el delgaducho del pelo rubio. ¿Cómo lo llamas tú?

—Henri.

—Ya sé su nombre de pila. Pero tienes un apodo para él.

—Lo llamamos Henri el Impreciso.

El Padre Militante volvió a reírse, pero esta vez su risa sonó a buen humor normal y corriente.

—Muy bien —dijo, apreciando lo certero del apodo—. Le pregunté a qué hora habían llegado los nuevos y me dijo que no estaba seguro, pero que había sido en algún momento entre las ocho campanadas y las nueve. Entonces le pregunté que cuántos eran y me dijo que tal vez quince, o tal vez más. —Miró a Cale fijamente a los ojos—. Le di unos azotes para enseñarle a ser más exacto en lo sucesivo. ¿Qué te parece?

—A mí me da igual, Padre —respondió Cale con rotundidad—. Merecía el castigo que vos quisierais infligirle.

—Desde luego. Me alegra mucho que pienses así. ¿A qué hora llegaron?

—Justo antes de las cinco.

—¿Cuántos eran?

—Veinte.

—¿De qué edad?

—Ninguno tenía menos de siete años ni más de nueve.

—¿De qué tipo?

—Cuatro mezos, cuatro uitlanders, tres folders, cinco mestizos, tres miamis y uno que no sé.

El Padre Militante lanzó un gruñido, como si no acabara de satisfacerle que todas sus preguntas fueran respondidas con tanta precisión.

—Ve al tablero. Te he puesto un problema. Tienes diez minutos para resolverlo.

Cale se dirigió a una mesa grande y cuadrada de unos seis metros de lado, sobre la cual el Padre Militante había desplegado un mapa que la desbordaba ligeramente. Era sencillo reconocer algunas de las cosas que había allí dibujadas: colinas, ríos, bosques... Pero sobre él había unos tacos de madera, pequeños y numerosos, que tenían números y símbolos. Algunos de esos tacos estaban colocados de manera ordenada, otros de forma aparentemente azarosa. Cale observó el mapa durante todo el tiempo que se le había concedido, al cabo del cual alzó la mirada.

—¿Y bien? —preguntó el Padre Militante.

Cale empezó a exponer su solución.

Terminó de hacerlo veinte minutos después, y dejó las manos quietas ante él.

—Muy ingenioso. Impresionante, diría yo —dijo el Padre Militante. Algo se transformó en la mirada de Cale. Entonces, con extraordinaria velocidad, el Padre Militante azotó la mano izquierda del muchacho con un cinturón de cuero lleno de tachuelas pequeñas y redondeadas.

Cale hizo una mueca. El dolor le forzó a apretar los dientes. Pero enseguida su rostro volvió a adoptar aquella atenta frialdad que era todo cuanto el redentor solía ver en él. El Padre Militante se sentó y observó al muchacho como si fuera un objeto interesante y sin embargo insatisfactorio.

—¿Cuándo vas a aprender que cuando haces algo brillante, algo original, es tan solo porque el orgullo te domina? Esa solución que propones podría funcionar, pero es innecesariamente arriesgada. Sabes muy bien cuál es la solución canónica para este problema. En la guerra un éxito gris es siempre mejor que un éxito brillante, y sería mejor que aprendieras por qué. —Golpeó en la mesa con furia—. ¿Es que has olvidado que un redentor tiene derecho a matar al instante a cualquier chico que haga algo inesperado?

Volvió a golpear en la mesa, se levantó y miró a Cale. Aunque en pequeña cantidad, la sangre manaba por toda la palma de la mano izquierda de Cale, que seguía abierta.

—Nadie te trataría con la indulgencia con que lo hago yo. El Padre Disciplinario te ha echado el ojo. Ya sabes que le gusta dar un ejemplo cada pocos años. ¿Quieres terminar en un Acto de Fe?

Cale miró al frente y no dijo nada.

—¡Responde!

—No, Padre.

—Por mi culpa, por mi culpa, por mi grandísima culpa —dijo el Padre Militante, golpeándose tres veces el pecho con la mano—. Tienes veinticuatro horas para meditar en tus pecados antes de arrepentirte de ellos ante el Padre Disciplinario.

—Sí, Padre.

—Ahora vete.

Dejando caer las manos, Cale se volvió y se dirigió a la puerta.

—No manches de sangre la alfombra —advirtió el Padre Militante.

Cale abrió la puerta con la mano buena y salió.

Solo en su oficina, el Padre Militante vio cerrarse la puerta. En cuanto oyó el chasquido de la cerradura, su expresión cambió de la ira apenas reprimida a una reflexiva curiosidad.

Fuera, en el pasillo, Cale se quedó un momento en pie, inmóvil bajo aquella horrible luz marrón que teñía todo el Santuario. Observó su mano izquierda: las heridas no eran profundas, porque las tachuelas del cinto estaban pensadas para causar intenso dolor sin provocar heridas difíciles de curar. Apretó el puño todo lo posible, agitando la cabeza como si un leve temblor le atravesara el cráneo. La sangre goteó en el suelo abundantemente. A continuación relajó la mano, y bajo la luz marrón apareció en su rostro la huella de una horrible desesperación. Esa huella desapareció al cabo de un momento, y Cale empezó a recorrer el pasillo hasta perderse de vista.

Ninguno de los muchachos del Santuario sabía cuántos eran en total. Algunos aseguraban que había nada menos que diez mil y que aumentaban cada mes. Sobre ese incremento versaba la mayor parte de las conversaciones. Aquellos que se encontraban ya cerca de la veintena coincidían en decir que hasta los últimos cinco años, el número de chicos, fuera el que fuera, había permanecido estable; pero que a partir de entonces había ido en aumento. Los redentores estaban haciendo las cosas de modo diferente, y eso en sí mismo era algo extraño y de mal agüero, pues la costumbre y la conformidad con el pasado significaban para ellos lo mismo que significa el aire para quien respira. Para ellos cada día debía ser igual al día anterior, cada mes como el mes anterior, y ningún año debía diferir de ningún otro. Y, sin embargo, ahora el gran incremento del número de acólitos obligaba a introducir cambios: en los dormitorios se habían introducido literas de dos y de tres pisos para acomodar a los recién llegados; el servicio divino se daba de manera alternativa para que todos pudieran rezar y recibir cada día los dones contra la condenación; y ahora había turnos para las comidas. Pero sobre las razones de estos cambios, los muchachos no sabían nada.

Con la mano izquierda envuelta en un sucio trozo de tela que habían desechado las siervas lavanderas, Cale atravesó el enorme refectorio durante el segundo turno, llevando una bandeja de madera. Había llegado tarde, aunque no demasiado tarde (si hubiera sido así, le habrían pegado y excluido de la cena). Fue caminando hacia la gran mesa que había al final de la estancia, donde comía siempre. Se detuvo tras otro chico de la misma edad y altura que él, que estaba tan concentrado en su cena que no notó que tenía a Cale detrás. Pero lo alertó la cabeza levantada de sus compañeros de mesa. Entonces levantó la mirada.

—Lo siento, Cale —dijo metiéndose en la boca los restos de comida al mismo tiempo que se salía del banco y se llevaba la bandeja apresuradamente.

Cale se sentó y observó su cena: había algo que parecía una salchicha pero no lo era, y estaba cubierta de una salsa aguada, con un tubérculo indeterminado al que una cocción interminable había convertido en una papilla de pálido color amarillento. Al lado, en un cuenco, había unas gachas frías, grises y gelatinosas, como nieve pisada durante días. Por un momento, y pese a lo hambriento que estaba, no fue capaz de decidirse a empezar. Entonces alguien se sentó a su lado en el banco. Cale no lo miró, pero se puso a comer, y solo un levísimo temblor en la comisura de los labios revelaba el asco que sentía.

El muchacho que se había sentado a su lado empezó a hablar, pero en voz tan baja que solo Cale podía oírle. No era prudente que lo pillaran a uno hablando durante la cena con el de al lado.

—He encontrado algo —dijo el muchacho claramente emocionado, pese a que apenas se le podía oír.

—Me alegro por ti —respondió Cale sin entusiasmo.

—Algo maravilloso.

Esta vez Cale no reaccionó en absoluto, sino que concentró su mente en ingerir las gachas sin tener arcadas. El otro muchacho hizo una pausa.

—Hay comida: comida que se puede comer. —Cale apenas levantó la cabeza, pero su compañero de asiento supo que lo había logrado.

—¿Por qué tendría que creerte?

—Conmigo estaba Henri el Impreciso. Nos vemos a las siete detrás del Ahorcado Redentor.

Diciendo esto, el muchacho se levantó y se fue. Cale alzó la cabeza, y apareció en su rostro una extraña expresión de anhelo, tan diferente de la fría máscara que habitualmente mostraba al mundo que el muchacho que tenía delante se le quedó mirando.

—¿No quieres eso? —le preguntó con ojos llenos de esperanza, como si la salchicha rancia y las gachas de color gris amarillento le proporcionaran una satisfacción inmensa.

Cale ni le respondió ni le miró. Continuó comiendo, esforzándose por tragar sin hacer arcadas.

En cuanto terminó, Cale llevó la bandeja de madera al lavatorio, la fregó en la pila con arena y la volvió a poner en su estante. Al dirigirse hacia la salida, observado como estaba por un redentor que vigilaba el refectorio desde un enorme sitial, Cale se arrodilló ante la estatua del Ahorcado Redentor y se golpeó tres veces el pecho, murmurando: «Soy pecado, soy pecado, soy pecado» sin prestar ninguna atención al significado de las palabras.

Fuera estaba oscuro, y había descendido la niebla nocturna. Eso era buena cosa: le resultaría más fácil deslizarse sin ser visto desde el deambulatorio hasta los arbustos que crecían tras la gran estatua.

Para cuando llegó, Cale era incapaz de ver a más de tres metros de distancia. Descendió desde el deambulatorio a la grava que había delante de la estatua.

Aquella estatua era la más grande de todas representaciones del Ahorcado Redentor que había en el Santuario, y debía de haber cientos de ellas, algunas de las cuales no medían más que unos centímetros y estaban clavadas a las paredes, puestas en hornacinas o decorando las pilas de cenizas sagradas que había al final de cada pasillo y por encima de las puertas. Eran tan comunes, se las mencionaba con tanta frecuencia, que la imagen misma había perdido todo significado. Nadie, salvo los nuevos, era capaz de ver en ellas lo que eran: la imagen de un hombre colgado en una horca, con una soga alrededor del cuello y el cuerpo sombreado de cicatrices producidas por las torturas que le habían infligido antes de la ejecución, y cuyas piernas rotas colgaban extrañamente torcidas. Las sagradas horcas del Ahorcado Redentor hechas durante la fundación del Santuario, mil años antes, eran crudas y tendían a un realismo directo: un terror en los ojos y en la cara que suplía la falta de habilidad en la talla, el cuerpo contorsionado, la lengua saliendo de la boca... Aquella, venían a decir los escultores, era una manera horrible de morir. A lo largo de los años las estatuas se habían ido volviendo más perfectas pero también más blandas. La gran estatua, con su enorme horca, su gruesa soga y su Redentor de seis metros de altura colgando de ella, no tenía más que treinta años de antigüedad, y los verdugones que lucía a la espalda eran prominentes, pero limpios y sin sangre; y las piernas, más que quebradas por los golpes, parecían sufrir de calambres. Pero lo más raro de todo era la expresión de la cara, pues en lugar del horrible sufrimiento de la estrangulación, parecía mostrar una expresión de molestia, algo así como si se le hubiera atravesado una espina en la garganta y tratara de quitársela tosiendo discretamente.

Sin embargo, aquella noche de niebla y oscuridad, lo único que Cale podía distinguir del Redentor eran sus enormes pies surgiendo de la niebla. Resultaba tan extraño, que producía incomodidad. Con cuidado de no hacer ruido, Cale se introdujo en los arbustos, que lo protegerían de la vista de cualquiera que pasara.

— ¿Cale?

— Sí.

Kleist, el muchacho con el que había hablado en el refectorio, y Henri el Impreciso salieron de los arbustos y aparecieron ante él.

— Espero que merezca la pena el riesgo que corremos, Henri —susurró Cale.

— La merece, Cale. Te lo aseguro.

Kleist le hizo a Cale un gesto para que lo siguiera tras los arbustos, pegado al muro. Allí todo estaba aún más oscuro, y Cale tuvo que esperar un poco a que sus ojos se adaptaran. Los otros dos esperaban. Había una puerta.

No es fácil imaginarse lo emocionante que resultaba ver allí una puerta, pues en el Santuario, pese a que había muchas entradas, puertas había pocas. Durante la Gran Reforma, acaecida doscientos años antes, más de la mitad de los redentores habían sido quemados en la pira por herejes. Temiendo que aquellos apóstatas pudieran haber contaminado a los muchachos, la secta victoriosa de los redentores les había cortado el cuello, solo por si acaso. Tras volver a aprovisionarse de chicos, los redentores habían realizado muchos cambios en el Santuario, uno de los cuales consistía en suprimir todas las puertas allí donde había muchachos.

Pues, a fin de cuentas, ¿de qué servía una puerta donde había pecadores? Las puertas ocultan cosas, las puertas amparan actos malvados, habían decidido, amparan el secreto, ya sea en soledad o en compañía, y amparan la confabulación. La idea misma de puerta, en cuanto les dio por meditar en ella, les provocó a los redentores rabia y temor. El mismísimo demonio ya no era plasmado solo como una bestia con cuernos sino, al menos con la misma frecuencia, como un rectángulo dotado de cerradura.

Claro está que ese anatema contra las puertas no se aplicaba a los propios redentores, y de hecho el símbolo de su redención era la posesión de una puerta en su lugar de trabajo y en las celdas en que dormían. Para los redentores, la santidad se medía por el número de llaves que les permitían colgar de la cadena con que rodeaban la cintura. El tintineo que hacía uno al caminar mostraba que ya había sido aceptado en el cielo.

El descubrimiento de una puerta desconocida, por tanto, era algo sorprendente y emocionante.

En cuanto sus ojos empezaron a acostumbrarse a la oscuridad, Cale distinguió junto a la puerta un montón de escayola rota y ladrillos desmoronados.

—Me estaba escondiendo de Chetnick —explicó Henri el Impreciso—. Así es como encontré este lugar. El yeso de la esquina se estaba cayendo, así que mientras esperaba que Chetnik se fuera empecé a arrancarlo. Le había entrado agua y se desmoronaba solo. En un minuto lo desprendí todo.

Cale alargó la mano hacia el borde de la puerta y empujó con cuidado. Volvió a empujar. Y otra vez más.

—Está atrancada.

Kleist y Henri el Impreciso sonrieron. Kleist se metió la mano en el bolsillo y cogió algo que Cale no había visto jamás en posesión de ningún muchacho: una llave. Era gruesa y larga, y estaba picada de herrumbre. Los ojos les brillaron de emoción.

Kleist metió la llave en la cerradura y la giró, gruñendo al hacer el esfuerzo. Entonces, haciendo «¡clank!», la llave dio vuelta.

—Hemos estado tres días echándole grasa y tal para que abra —dijo Henri el Impreciso con voz impregnada de orgullo.

—¿Dónde encontrasteis la llave? —preguntó Cale. Kleist y Henri el Impreciso se sentían encantados de que Cale se dirigiera a ellos como si hubieran resucitado un muerto o caminado sobre las aguas.

—Te lo diremos cuando estemos dentro. Adelante. —Kleist arrimó el hombro a la puerta, y los otros hicieron lo mismo—. No empujéis demasiado fuerte, porque puede que no estén muy bien las bisagras. No hay que hacer ruido. Contaré hasta tres. —Se detuvo—. ¿Listos? A la una, a las dos y a las... tres. —Empujaron. Nada. No se movió ni un centímetro. Se pararon para coger aire—. A la una, a las dos y a las... tres.

Empujaron de nuevo, y entonces la puerta chirrió. Se echaron atrás alarmados. Si los oían, los atraparían; y si los atrapaban, los someterían a Dios sabía qué.

—Nos podrían colgar por esto —elijo Cale. Los otros lo miraron.

—No harían eso... La horca no.

—Bosco me ha dicho que el Padre Disciplinario anda buscando una excusa para dar un ejemplo. Hace ya cinco años desde que ahorcaron al último.

—No serían capaces —repitió Henri el Impreciso, horrorizado.

—Sí que serían. ¡ Esto es una puerta, por Dios! Y tú tienes una llave. —Cale se volvió hacia Kleist—. Y, por cierto, me mentiste: no tienes ni idea de lo que hay ahí dentro. Seguramente no va a ningún lado, y no encontraremos nada que merezca la pena robar ni que merezca la pena ver. —Volvió a mirar al otro—. No merece la pena correr el riesgo, Henri, pero se trata de vuestro cuello. Conmigo no contéis.

Cuando ya se iba, una voz gritó desde el deambulatorio con rabia e impaciencia.

—¿Quién anda ahí? ¿Qué ha sido ese ruido?

Entonces oyeron las pisadas de un hombre que caminaba sobre la grava, por delante de la estatua del Ahorcado Redentor.

Capítulo 2

Tal vez hayáis experimentado alguna vez lo que es helarse de horror, notar que se os han quedado los ojos como platos, la lengua pegada a la boca y las tripas deshechas. Pues todo eso no es nada comparado con lo que sentían en aquel momento Kleist y Henri al pensar las crueldades que les aguardaban por su estupidez. Se imaginaron a la enorme y muda multitud que aguardaba en la penumbra, los gritos que darían al ser arrastrados hacia la horca, la terrible hora de espera mientras cantaban la misa y, después, la soga, de la que tiraban hacia arriba en tanto ellos pataleaban al quedarse sin aire.

Pero Cale ya se había vuelto hacia la puerta y, en silencio, había empujado hacia arriba (la puerta se caía porque las bisagras estaban casi sueltas) y después hacia dentro. Se abrió sin hacer casi nada de ruido. Les tocó en el hombro a sus dos compañeros, que se habían quedado petrificados, y les hizo pasar por el hueco. En cuanto pasaron, él también entró, apretándose. Haciendo otro gran esfuerzo cerró la puerta tras él, igual de silenciosamente.

—¡Salid! ¡Ahora mismo! —La voz del hombre llegaba apagada, pero aún se oía con claridad.

—Dame la llave —dijo Cale en voz muy baja. Kleist se la entregó. Cale se volvió hacia la puerta y buscó a tientas la cerradura. A continuación se detuvo: en realidad, no sabía cómo se usaba una llave—. ¡Kleist, tú! —susurró. Kleist buscó también a tientas la cerradura y, entonces, metió dentro la pesada llave.

—Con mucho cuidado, sin hacer ruido —dijo Cale.

Kleist giró la llave con mano temblorosa, consciente de que su vida dependía del cuidado que pusiera en aquel movimiento.

La llave dio vuelta, haciendo un ruido que a ellos les pareció que era como el golpe de una maza contra una olla de hierro.

—¡Venid aquí ahora mismo! —exigió aquella voz amortiguada. Pero Cale se dio cuenta de que había dudas en aquella voz. Quienquiera que fuera el que se encontraba allí, no estaba realmente seguro de haber oído algo.

Aguardaron. En el silencio solo se oía la áspera respiración provocada por el terror. Entonces pudieron distinguir, a duras penas, el amortiguado crujido de la grava. El hombre se volvía, y el ruido de sus pasos fue desvaneciéndose.

—Se habrá ido a buscar a los gubios.

—Tal vez no —dijo Cale—. Me parece que era el Padre Vituallero. Es un cerdo vago y gordo, y no estaba nada seguro de lo que había oído. Podría haber mirado entre los arbustos, pero no ha querido hacer el esfuerzo. Si no ha sido capaz ni de mirar entre los arbustos por no doblar ese espinazo recubierto de manteca, se cuidará mucho de sacar los gubios con los perros.

—Si vuelve mañana, cuando haya luz, encontrará la puerta —comentó Henri el Impreciso—. Aunque ahora nos escapemos, vendrán por nosotros.

—Irán detrás de quien sea y se asegurarán de encontrarlo, sea culpable o no. No hay nada que nos relacione con este sitio. Alguien pagará las consecuencias, pero no tenemos por qué ser nosotros.

—¿Y si ha ido a buscar ayuda? —preguntó Kleist.

—Abre la puerta y vámonos.

Kleist buscó a tientas la puerta y después la llave que sobresalía de la cerradura. Intentó girarla, pero no se movió. Entonces volvió a intentarlo. Nada. A continuación intentó girarla con todas sus fuerzas. Se oyó un fuerte chasquido.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Henri el Impreciso.

—¡La llave! —explicó Kleist—. ¡Se ha roto y se ha quedado dentro de la cerradura!

—¿Qué...? —preguntó Cale.

—Que se ha roto. ¡No podremos salir! No por aquí.

—¡Dios! —exclamó Cale—. ¡Serás imbécil! Te estrujaría el cuello si pudiera ver dónde estás.

—Tiene que haber otra salida.

—¿Y cómo vamos a encontrarla en esta oscuridad? —preguntó Cale con amargura.

—Yo he traído una luz —dijo Kleist—. Pensé que igual la necesitábamos.

Se hizo un silencio, solo interrumpido por el ruido que hacía Kleist al rebuscar en el hábito. Algo se le cayó, lo volvió a encontrar, y volvió a oírse el crujido de la tela del hábito. Entonces saltaron chispas, mientras él golpeaba un trozo de pedernal sobre algo de musgo seco. Rápidamente empezó a arder, y a la luz de aquella llamita pudieron ver que Kleist acercaba la mecha de una vela que estaba guardada en un candelero con tapa de cristal. Tardó un instante en colocarle la tapa y entonces, por primera vez, pudieron contemplar lo que tenían a su alrededor.

Y no es que hubiera mucho que ver a la luz de la vela, que no pasaba de dar una pobre llama alimentada con amarillenta grasa animal, pero fue evidente para los muchachos que no se encontraban en una estancia, sino en un pasillo bloqueado.

Cale le cogió la vela a Kleist para examinar la puerta.

—Este yeso no es tan viejo: como mucho tendrá unos años.

Algo se escondió en un rincón, y los tres pensaron lo mismo: ratas.

La ingesta de ratas estaba prohibida a los muchachos por motivos religiosos, pero aquel era un tabú que al menos tenía un buen fundamento: las ratas eran un foco de enfermedades con patas. Sin embargo, los muchachos consideraban la rata como algo delicioso. Por supuesto, no todo el mundo era un buen cazador de ratas. Esa habilidad era muy apreciada y transmitida de maestro a aprendiz solo a cambio de importantes pagos o favores. Los cazadores de ratas constituían un grupo hermético y cobraban media rata por sus servicios, un precio tan alto que de vez en cuando algunos decidían prescindir de ellos e intentar cazarlas por sí mismos, obteniendo generalmente resultados que animaban a los demás a pagar, y dando gracias. Kleist era uno de esos cazadores.

—No tenemos tiempo —dijo Cale, comprendiendo qué era lo que estaba pensando—, Y la luz no sería suficiente como para prepararla.

—Puedo pelar una rata completamente a oscuras —repuso Kleist—. Quién sabe cuánto tiempo pasaremos aquí encerrados. —Se subió el hábito y sacó una piedra que llevaba escondida en el dobladillo. Apuntó con cuidado y a continuación la lanzó en la penumbra. Se oyó un chillido y se percibió un movimiento desesperado. Kleist le cogió a Cale el candelero y se dirigió hacia el rincón del que había salido el chillido. Se metió la mano en el bolsillo y, con mucho cuidado, desplegó un trozo de tela que utilizó para coger al animal. Con un movimiento de la muñeca, le partió el cuello y se la metió en el mismo bolsillo.

—Ya seguiré después.

—Creo que estamos en una galería. Habrá puertas a los lados —comentó Cale—. Supongo que llevaría a algún sitio, y tal vez siga haciéndolo.

Como era el que llevaba el candelero, Kleist se puso delante.

Había transcurrido menos de un minuto cuando Cale empezó a dudar de su anterior dictamen. La galería se estrechaba tanto que tenían que agacharse para seguir. En contra de lo que esperaba Cale, no había puertas, ni tabicadas ni en ningún otro estado.

—Pues no hay puertas —dijo Cale al fin sin levantar la voz—. Más bien parece que estamos en un túnel.

Durante más de media hora y pese a la oscuridad, caminaron rápidamente, porque el suelo era liso y no había nada con lo que pudieran tropezar.

Al final, fue Cale el que habló.

—¿Por qué dijisteis que había comida cuando no habíais entrado aquí?

—Elemental —contestó Henri el Impreciso—: Si no te lo hubiéramos dicho, no habrías venido.

—Y hubiera hecho muy bien. Me prometiste comida, Kleist, y fui lo bastante idiota para confiar en ti.

—Creí que tenías fama, ya sabes, de no confiar en nadie —comentó Kleist—. Además, tenemos una rata. Así que no te mentí. Y hay más comida.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Henri, cuya voz traicionaba su apetito.

—Hay muchas más ratas. Y las ratas tienen que comer. De algún lado tienen que sacar el alimento.

Se detuvo de repente.

—¿Qué ocurre? —preguntó Henri.

Kleist levantó la vela. Delante de ellos tenían un muro. No había puerta.

—Tal vez esté detrás del yeso —comentó Kleist.

Cale palpó el muro con la palma de la mano y después dio golpecitos con los nudillos.

—No es yeso: es hormigón con harina de arroz. Igual que los demás muros. No habrá manera de atravesarla.

—Tendremos que volver. Tal vez hayamos pasado por alto alguna puerta en los laterales del túnel. No hemos estado atentos.

—No estoy de acuerdo —repuso Cale—. Y además... ¿cuánto durará la luz de la vela?

Kleist miró el sebo que quedaba.

—Veinte minutos.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Henri el Impreciso.

—Apaga la llama y vamos a pensar —propuso Cale.

—Buena idea —aceptó Kleist.

—Me alegro de que opines eso —dijo Cale sentándose en el suelo.

Tras sentarse él también, Kleist abrió el cristal y apagó la llama con el índice y el pulgar.

Se quedaron sentados, a oscuras, distraídos por el olor animal del sebo de la vela. Pues el olor de aquel sebo rancio solo podía recordarles una cosa: la comida.

Al cabo de cinco minutos habló Henri el Impreciso.

—Yo estaba pensando... —empezó a decir, pero no terminó la frase. Los otros dos aguardaron—. Este es un extremo del túnel. —Volvió a quedarse en silencio—. Pero

todo túnel tiene que tener más de una entrada... —Volvió a callarse—. Era solo una idea.

—¿Una idea? —bromeó Kleist—. ¡No seas creído!

Henri no respondió, pero Cale se puso en pie.

—Enciende la vela.

A Kleist le costó todo un minuto hacerlo, empleando el musgo y el pedernal, pero pronto pudieron volver a ver. Cale se puso en cuclillas.

—Pásale la vela a Henri y súbete a mis hombros.

Kleist le entregó el candelero y se subió sobre los hombros de Cale, pasándole las piernas por el cuello. Lanzando un gruñido, Cale se incorporó.

—Coge el candelero.

Kleist hizo lo que le decía.

—Ahora mira por el techo.

Kleist levantó el candelero y buscó algo, sin saber qué.

—¡Sí! —gritó.

—¡En voz baja, maldita sea!

—Hay una trampilla —susurró, muy emocionado.

—¿Llegas?

—Sí, no me tengo que estirar mucho.

—Ten cuidado: empuja con suavidad. Podría haber alguien al otro lado.

Kleist colocó la palma de la mano en el extremo más próximo de la trampilla, y presionó hacia arriba.

—Cede.

—Súbela un poco. Intenta ver que hay al otro lado.

Sonó un chirrido.

—Nada. Está oscuro. Voy a subir el candelero. —Hubo una pausa—. Sigo sin ver gran cosa.

—¿Puedes ponerte en pie?

—Sí si me empujas de los pies. Cuando agarre la trampilla. ¡Ya!

Cale le agarró los pies y lo empujó hacia arriba. Kleist ascendió lentamente y después se soltó, con gran estruendo de la trampilla.

—¡No hagas ruido! —dijo Cale entre dientes.

Entonces desapareció.

Cale y Henri esperaron en la oscuridad, iluminados tan solo por el leve destello que llegaba a través de la trampilla. Pero mientras Kleist investigaba el entorno incluso ese destello desapareció. De pronto se hizo la oscuridad total.

—¿Crees que podemos confiar en que no se largará?

—Bueno —dijo Henri el Impreciso—. Espero que sí. —Se quedó callado un momento—. Seguramente.

Pero no terminó, pues la luz volvió a asomar por la trampilla, y a continuación lo hizo la cabeza de Kleist.

—Es una especie de habitación —susurró—. Pero puedo ver luz a través de otra trampilla.

—Súbete a mis hombros —le dijo Cale a Henri el Impreciso. —¿Y tú?

—Ahora no te preocupes. Pero no os vayáis antes de ayudarme a subir.

Henri el Impreciso pesaba mucho menos que Kleist, y fue bastante fácil auparlo hasta la trampilla, donde Kleist tiró de él.

—Baja la vela todo lo que puedas.

Kleist lo hizo, mientras Henri el Impreciso se ponía en pie.

Cale se acercó a la pared del túnel, y se agarró a una grieta para subir. Después, utilizó otra, y otra más, hasta que pudo alcanzar la mano de Kleist.

Se agarraron por las muñecas.

—¿Estás preparado?

—Siento dejarte a oscuras, Cale, pero tengo que pasarle la vela a Henri.

Eso hizo. Mientras la mitad de su cuerpo colgaba por la trampilla, la luz desaparecía en la oscuridad.

—Cuando cuente tres. —Hizo una pausa—. Una, dos y... tres.

Cale se soltó y se quedó balanceándose en el aire. Kleist lanzó un gruñido al cargar con todo su peso. Permaneció así un momento, esperando a que Cale dejara de balancearse. Después este alargó el brazo libre y se aferró con él al hombro de Kleist, a quien Henri sujetaba de las piernas.

Lo auparon solo quince centímetros, pero fue suficiente para que Cale pudiera agarrarse al borde de la trampilla y aliviar el esfuerzo de Kleist y Henri. Se quedó allí un momento, hasta que lo levantaron y lo posaron sobre el suelo de madera.

Se quedaron allí los tres tendidos, jadeando por el esfuerzo. Entonces se levantó Cale.

—Enséñame la otra trampilla.

Kleist se puso en pie, cogió el candelero con la vela ya mortecina, y se acercó al otro extremo de una estancia que, según le pareció a Cale, tendría unos seis metros de largo por cuatro o cinco de ancho.

Seguido por los otros dos, Kleist se inclinó ante una trampilla. Tal como había dicho, en uno de sus lados había una rendija. Cale acercó un ojo todo lo que pudo, pero aparte de ver que había luz, no pudo distinguir nada más. A continuación arrimó el oído a la rendija.

—¿Qué...?

—¡Silencio! —reclamó Cale entre dientes.

Dejó la oreja pegada al suelo durante dos minutos largos. A continuación se sentó y se acercó a la trampilla. A primera vista no parecía que hubiera modo de levantarla, así que palpó por los bordes hasta que encontró espacio suficiente para tirar de la trampilla hacia el borde sobre el que pivotaba. Chirrió ligeramente. Cale se estremeció. Ni siquiera había espacio suficiente para meter un dedo, así que tuvo que hincar las uñas en la madera para poder agarrar. Los dedos le dolían al tirar, pero enseguida pudo levantarla lo suficiente para meter la mano por debajo. Alzó la trampilla de su marco, y entonces los tres miraron hacia abajo.

Cuatro o cinco metros más abajo, se abría ante ellos una visión que jamás habían experimentado. De hecho, superaba incluso cualquier cosa con la que hubieran podido soñar.

Capítulo 3

En absoluta inmovilidad, en absoluto silencio, los tres muchachos siguieron contemplando la cocina, pues de eso se trataba. Hasta el último rincón de la superficie estaba cubierto de platos de comida: había pollo asado con su crujiente piel impregnada de sal y pimienta molida, buey cortado en gruesas rodajas, cerdo con la piel tan crujiente y tostada que morderla haría el mismo sonido que los palos al romperse... Había pan cortado en gruesas rebanadas, con la corteza tan oscura que en algunas zonas parecía casi negra, platos llenos hasta arriba de moradas escalonias, y arroz con frutas, manzanas y gruesas uvas pasas. Y había postres: montañas de merengue, natillas de intenso color amarillo y cuencos llenos de nata montada.

Los muchachos no sabían cómo se llamaba la mayor parte de lo que veían: ¿cómo tener una palabra para las natillas cuando uno ni siquiera ha imaginado nunca la existencia de semejante manjar? O ¿cómo pensar que aquellas rodajas de buey y de pechuga de pollo pudieran tener alguna remota relación con las sobras, menudillos, pies y sesos, hervidos todos juntos y picados para formar aquella especie de embutidos de despojos que era lo más parecido a la carne que conocían? Imaginaos lo extraños que resultarían los colores y las cosas que pueden verse en el mundo para un ciego que de repente pudiera ver, o para un sordo de nacimiento la música producida por un centenar de flautas.

Pero, anonadados como estaban, el hambre los hizo descender de la trampilla como monos, balanceándose para no caer sobre la mesa, en el medio de la cocina. Estaban pasmados ante la abundancia que los rodeaba, y Cale casi se olvida de que había que cerrar la trampilla. Aturdido por los aromas y suaves colores que tenía ante él, quitó varios platos de la mesa para subirse encima. Alargando las manos cuanto podía, logró empujar la trampilla para que cayera en su lugar.

Para cuando volvió al suelo, los otros dos estaban ya saqueando la comida con la habilidad de aves carroñeras. Tomaban tan solo una cosa de cada plato y después lo recolocaban para que no se notara el hueco. No pudieron evitar dar unos bocados al pollo o al pan, pero la mayor parte de lo que cogían lo guardaban en los numerosos y prohibidos bolsillos que llevaban cosidos en el hábito, destinados a pasar oculta cualquier cosa que pudieran encontrarse o hurtar.

Cale se mareaba con aquellos aromas y vahos extraños que parecían crecer en el interior de su cabeza hasta hacerle casi perder el conocimiento.

—No comáis. Coged solo lo que podáis esconder —les dijo a los otros, pero también a sí mismo. El tomó su parte y la escondió, aunque no tenía mucho sitio donde hacerlo. Normalmente no necesitaban muchos bolsillos secretos, pues lo que solían encontrar por ahí era muy poca cosa.

—Tenemos que salir. Ya. —Cale se dirigió hacia la puerta. Como si acabaran de despertar de un profundo sueño, Kleist y Henri el Impreciso empezaron a comprender la peligrosa situación en la que se encontraban. Cale arrimó el oído a la puerta un momento, y después la abrió: era un pasillo con puertas a los lados.

—Sabe Dios dónde estamos —dijo—. Pero tenemos que ponernos a cubierto.

Diciendo esto, abrió del todo la puerta y salió, seguido con cautela por los otros.

Se movieron con rapidez, arrimados al muro. Al cabo de unos pocos metros se encontraron una escalera que subía. Cale negó con la cabeza, al tiempo que Henri el Impreciso llegaba a su pie.

—Tenemos que encontrar una ventana para asomarnos y ver si podemos averiguar dónde estamos. Tenemos que estar de vuelta en el dormitorio antes de que apaguen las luces, o se darán cuenta de nuestra ausencia.

Siguieron moviéndose, pero al acercarse a una puerta a la izquierda, esta empezó a abrirse.

En un instante se volvieron, echaron a correr hacia la escalera, y subieron por ella. Se tumbaron en el rellano, cuerpo a tierra. Oían voces en el pasillo debajo de ellos.

Oyeron el sonido de otra puerta que se abría, y Cale levantó la cabeza solo para ver una sombra que se dirigía hacia la cocina de la que acababan de salir. Henri el Impreciso se acercó a su lado. Parecía confuso y aterrorizado.

—Esas voces... —susurró—. ¿qué les ocurría?

Cale negó con la cabeza, pero también él había notado que eran extrañas, y había sentido en el estómago una inusitada sensación. Se levantó, observando el lugar en que se encontraban. La única salida era una puerta que tenían a su espalda. Rápidamente, accionó la manilla y entró en el cuarto al que conducía. Pero en realidad no se trataba de ningún cuarto. Era una especie de galería o terraza, con un muro bajo a unos tres metros de la puerta. Cale gateó hacia allí, seguido por los otros, y los tres se reunieron, agachados, tras el muro.

Desde el espacio que la terraza dominaba, llegó un estallido de risas y aplausos.

No eran solo las risas en sí lo que asustaba a los tres muchachos (pues la risa era algo muy raro en aquel lugar, y jamás se oía a tal volumen ni con semejante y despreocupada alegría), sino sobre todo el timbre y tono de esas risas. Al igual que las voces que habían oído en el corredor, un poco antes, había en ellas un temblor profundo y extraño.

—Echa un vistazo —susurró Henri el Impreciso.

—No —respondió Cale sin pronunciar la palabra, tan solo moviendo los labios.

—O lo haces tú, o lo hago yo.

Cale lo agarró por la muñeca, y apretó.

—Si nos pillan, nos matarán.

A regañadientes, Henri el Impreciso se volvió a apoyar contra el muro. Se oyó otro estallido de carcajadas, pero esta vez Cale no perdió de vista a Henri el Impreciso. Entonces vio que Kleist se había puesto de rodillas y miraba hacia abajo, hacia el lugar del que provenían las risas. Intentó tirar de él, pero Kleist era mucho más fuerte que Henri el Impreciso y resultaba imposible moverlo sin usar tal fuerza que les habría delatado al instante.

Poco a poco, Cale levantó la cabeza por encima del muro de la terraza y vio algo mucho más impresionante y turbador aún que la comida que habían contemplado en la cocina. Aquello impactaba tanto como ser apaleado al mismo tiempo con un centenar de varas claveteadas de las que tenían los redentores.

Allí abajo, en un enorme salón, había una docena de mesas, todas cubiertas con comida del mismo tipo de la que habían visto en la cocina. Las mesas estaban dispuestas en círculo, de manera que los comensales podían verse entre sí, y era evidente que la razón de la celebración eran dos chicas que había vestidas de blanco inmaculado. Una de ellas, en especial, resultaba llamativa, con su largo cabello negro y sus ojos verdes. Era hermosa, pero también muy rellenita. En el medio del círculo de mesas había una gran pila de agua caliente, de cuya superficie salían nubes de vapor y dentro había media docena aproximada de chicas, visión que dejó a Cale y a Kleist con los ojos como platos y con tal cara de pasmarotes como si hubieran tenido una visión del mismísimo cielo.

Las chicas de la piscina estaban desnudas. Su piel era de color sonrosado o amarronado, dependiendo de su origen, pero incluso la más joven de todas, que tendría unos doce años, tenía voluptuosas curvas. Y lo que sorprendía a los muchachos no era tanto su desnudez como el hecho de que fueran mujeres. Nunca habían visto ninguna.

¿Quién podría explicar lo que sentían? No existe el poeta que pueda poner en palabras su sorpresa, su sobrecogimiento, su aterrorizada alegría.

Esta vez fue Henri el Impreciso el que ahogó un grito, tras colocarse al lado de los otros dos. El sonido que hizo arrancó a Cale de su obnubilación. Al cabo de unos segundos, los otros dos, pálidos y consternados, hicieron lo mismo.

—Maravilloso —susurró para sí Henri el Impreciso—. Maravilloso, maravilloso, maravilloso...

—Tenemos que irnos o nos matarán.

Cale se puso a gatas y de esa manera avanzó hacia la puerta, seguido por los otros dos. Salieron por ella con sigilo, siguieron hasta el borde del rellano, y escucharon. No se oía nada. Bajaron por la escalera y empezaron a recorrer el pasillo. Debió de cuidar de ellos su ángel de la guarda, porque en contraste con el sigilo con que habían llegado hasta allí, los muchachos que salieron de la terraza lo hicieron en un estado de total aturdimiento provocado por la escena que acababan de presenciar. Sumidos en aquella embelesada conmoción, llegaron hasta un arco que daba a otro corredor. Giraron a la izquierda simplemente porque no tenían ningún motivo para hacerlo a la derecha.

Entonces los tres, a los que solo les quedaba media hora para llegar al dormitorio, echaron a correr, pero en menos de un minuto se encontraron ante un recodo. El nuevo pasillo tenía seis metros de largo, y al final había una recia puerta. La desesperación se reflejó en el rostro de los tres.

— ¡Dios mío! —susurró Henri el Impreciso.

—Dentro de cuarenta minutos sacarán a los gubios para buscarnos.

—Bueno, no les costará mucho encontrarnos aquí, ¿verdad?

—¿Y después, qué? No dejarán que contemos lo que hemos visto —dijo Kleist.

—Tenemos que escaparnos —concluyó Cale.

—¿Escaparnos?

—Sí: escaparnos y no volver nunca.

—¡Ni siquiera podemos salir de aquí! —dijo Kleist—. ¿Y hablas de escapar del Santuario?

—¿Y qué remedio nos queda...? —Pero la respuesta de Cale fue interrumpida por el sonido de una llave que giraba en la cerradura de la puerta que tenían delante. Era una puerta enorme, que tenía al menos quince centímetros de grosor. Solo disponían de unos segundos para encontrar un escondite, pero el problema era que no había ningún sitio donde esconderse.

Cale les indicó a los otros dos que se pegaran contra la pared, donde la puerta, al abrirse, los ocultaría, aunque solo fuera hasta que volviera a cerrarse. Pero no tenían otra elección, pues echar a correr por donde habían ido equivalía a quedarse encerrados hasta que descubrieran su ausencia, lo cual tendría dos consecuencias: una captura rápida y una muerte lenta.

La puerta se abrió como resultado de cierto esfuerzo, a juzgar por los juramentos y gemidos de irritación del que la abría. Acompañada de protestas malhumoradas, la puerta giró hacia ellos y después se detuvo. Entonces alguien introdujo por debajo de la puerta una cuña de madera para que se quedara abierta. Siguieron nuevas maldiciones y gemidos, y a continuación se oyó el sonido de un pequeño carro que transportaban por el corredor. Cale, que estaba en el borde de la puerta, miró y vio

una sombra de aspecto familiar, vestida con hábito negro, que se alejaba cojeando al empujar un carro. Desapareció al doblar la esquina. Les hizo una seña a los demás para que salieran y atravesaran la puerta rápidamente.

Estaban fuera, en la fría niebla. Allí había otro carro lleno de carbón, que esperaba para ser introducido en el Santuario. Por eso el subredentor Smith, tan perezoso como siempre, había decidido dejar la puerta abierta en vez de cerrarla como le habrían mandado.

En condiciones normales, habrían cogido todo el carbón que pudieran, pero tenían sus numerosos bolsillos llenos de comida, y además tenían demasiado miedo.

— ¿Dónde vamos? —preguntó Henri el Impreciso.

—Ni idea —respondió Cale. Se acercó al deambulatorio, intentando habituarse a la niebla y a la oscuridad para encontrar algo que le indicara dónde se hallaban. Pero la alegría de haber salido duró poco. Habían caminado mucho por el túnel. Podían encontrarse en cualquier lugar del Santuario, en medio de su laberinto de edificios, pasillos y deambulatorios.

Entonces asomó en la niebla un enorme par de pies: era la gran estatua del Ahorcado Redentor, que habían dejado atrás más de una hora antes.

En menos de cinco minutos llegaron por separado a la cola del dormitorio, más formalmente conocido como el Dormitorio de la Señora del Perpetuo Socorro. Lo que eso pudiera significar, ni lo sabía nadie ni tampoco le importaba a nadie. Empezaron a salmodiar con los demás: «¿Y si muero esta noche? ¿Y si muero esta noche? ¿Y si muero esta noche?» Los redentores se encargaban de dejar a sus acólitos, durante toda su vida, muy clara la respuesta a aquella sombría pregunta: la mayoría de ellos irían al infierno, a causa del negro y vergonzoso estado en que se hallaba su alma, y allí arderían por toda la eternidad. Durante años, cada vez que salía a relucir el asunto de una posible muerte en medio de la noche, que era muy a menudo, resultaba muy frecuente que a Cale le hicieran ponerse delante de los demás, y el redentor que estuviera al cargo le levantaba el hábito para mostrar a todos su espalda desnuda y llena de moratones, desde la nuca al sacroiliaco. Los moratones eran de muy distinto tamaño, y como mostraban todas las fases por las que pasaba un moratón, con tanta variedad de azules, grises y verdes, rojos bermellones y amarillos amarrotados, casi dorados, su espalda resultaba a veces agradable de contemplar.

— ¡Mirad qué colores! —decía el redentor—. Vuestras almas, que deberían ser blancas como el ala de una paloma, se encuentran peor que los negros y morados de la espalda de este muchacho. Así es como aparecéis todos vosotros ante los ojos de Dios: negros y morados. Y si alguno de vosotros muere esta noche, no necesitáis que os diga en qué fila tendrá que ponerse a hacer cola. Y en cuanto a lo que le espera al final de esa fila, son bestias que os devorarán y después os defecarán para volveros a devorar. Y también os aguardan los hornos de metal, todos al rojo vivo, y os asarán en ellos durante una hora hasta que os carbonicéis, y después vuestra grasa se

derretirá, y os amasarán los demonios, juntando la ceniza con la grasa para formar una masa asquerosa de la que volveréis a nacer para volver a arder y a nacer, y así una y otra vez por toda la eternidad.

En cierta ocasión, durante la visita de un dignatario, un tal redentor Compton, que estaba enfrentado a Bosco, había presenciado el resultado, así como el castigo que había provocado los moratones.

—Estos muchachos —había dicho el redentor Compton—, están siendo formados para luchar contra la blasfemia de los antagonistas. Una violencia tan extrema contra un niño, no importa hasta qué punto se haya podido convertir en un juguete del demonio, destruirá su espíritu mucho antes de que pueda fortalecerlo para que nos ayude a barrer el sacrilegio de la vista de Dios.

—Este niño no es rebelde, y está muy lejos de haberse convertido en un juguete del demonio. —Bosco, que tan cauteloso era siempre a la hora de discutir de Cale, se enfureció al instante consigo mismo por ser provocado a dar incluso una explicación tan enigmática como aquella.

—Entonces, ¿por qué permitís esto?

—No preguntéis el motivo. Alegraos de que sea así.

—Decidme, Padre...

—No lo haré.

Y, ante esto, el redentor Compton, más prudente por una vez que Bosco, se mordió la lengua, pero después instruyó a dos de los confidentes pagados que tenía en el Santuario para que recogieran toda la información posible sobre el muchacho de la espalda amoratada.

—¿Y si muero esta noche? ¿Y si muero esta noche? ¿Y si muero esta noche? — Mientras Cale y los demás se dirigían a la cama, canturreando aquellas palabras a las que años de repetición habían terminado por despojar de todo significado, él rememoró el horrible poder que habían ejercido sobre ellos en otro tiempo, cuando siendo niños, se quedaban despiertos toda la noche, convencidos de que en cuanto cerraran los ojos sentirían la cálida boca de la bestia, u oirían el ruido metálico, pero amortiguado por el hollín, de las puertas de los hornos.

En cosa de diez minutos el dormitorio estaba abarrotado, y se cerraron las puertas detrás de quinientos niños que, en absoluto silencio, se preparaban para dormir en aquella especie de cobertizo enorme, gélido y apenas iluminado. A continuación se apagaban las velas, y los niños se preparaban para un sueño que no tardaba en llegar, pues llevaban despiertos desde las cinco de la mañana.

El dormitorio quedaba inmerso en una ruidosa mezcla de ronquidos, llantos, gritos y gruñidos, mientras los muchachos se introducían en el consuelo o en el horror que pudieran depararles sus sueños.

Por supuesto, había tres chicos que no solo no se durmieron tan rápido como los otros, sino que tardarían todavía varias horas en hacerlo.

Capítulo 4

Cale se despertó también pronto. Era una costumbre suya que había mantenido desde siempre, por lo que podía recordar. Eso le permitía permanecer durante una hora en soledad, en la medida en que puede encontrarse solo alguien rodeado de quinientos durmientes. Pero en la oscuridad que precede al alba no hay nadie que hable con uno, ni lo vigile, ni le diga lo que tiene que hacer, ni que lo amenace ni que busque una excusa para pegarle o para matarlo. Y aunque estuviera hambriento, al menos estaba caliente.

Entonces, claro está, se acordó de la comida. Tenía los bolsillos llenos de ella. Coger algo del hábito que colgaba junto a su cama era correr un riesgo insensato, pero se veía impelido por un impulso irresistible, un impulso que no era solo causado por el hambre (algo con lo que vivía constantemente), sino por el placer: el irresistible deseo de comer algo que tuviera un sabor maravilloso. Tomándose su tiempo, metió la mano en el bolsillo y cogió lo primero que encontró: una especie de galleta plana con una capa de crema pastelera. Y se la metió en la boca.

Al principio pensó que se iba a volver loco de placer con aquellos sabores de azúcar y mantequilla que le estallaban no solo en la boca, sino también en el cerebro, en la propia alma. Siguió masticando y tragó, sintiendo un placer indescriptible.

Y entonces se mareó. No estaba más acostumbrado a comida como aquella de lo que estaba un elefante a volar. Como un hombre que se muere de sed o de hambre, tenía que recibir líquido o alimento en dosis muy pequeñas, o de lo contrario su cuerpo se rebelaría y él moriría de lo mismo que tan desesperadamente necesitaba. Cale permaneció allí media hora, tratando por todos los medios de no vomitar.

Comenzaba a recobrarse cuando oyó a uno de los redentores, que hacía su ronda antes de la hora de despertarse. Las duras suelas de los zapatos resonaban en el suelo de piedra al caminar alrededor de los durmientes. Eso duró diez minutos. Entonces, de pronto, aquel paso se aceleró y se oyeron fuertes palmadas:

—¡ARRIBA! ¡ARRIBA!

Lentamente, Cale, que seguía mareado, se levantó y se puso el hábito, teniendo mucho cuidado de que no se le cayera nada de los rebosantes bolsillos, al tiempo que otros quinientos muchachos gemían y se ponían en pie tambaleándose.

Unos minutos después, marchaban bajo la lluvia hacia la misa en la Basílica de la Eterna Misericordia, un imponente edificio de piedra en el que pasaron las siguientes dos horas murmurando oraciones en respuesta a los diez redentores que oficiaban, usando palabras que hacía mucho tiempo se habían vaciado de todo significado a base de repetirlas. A Cale eso no le importaba, porque siendo niño había aprendido a dormir con los ojos abiertos sin dejar de murmurar con los demás, en tanto que una pequeña parte de su mente seguía alerta ante la presencia de redentores que buscaban asistentes poco participativos.

Entonces llegó el desayuno, consistente en más gachas de color gris y en pies de muertos, una especie de pastel hecho con muchos tipos de grasa animal y vegetal, normalmente rancia, y con numerosas variedades de semillas. Era asqueroso pero muy nutritivo. Solo gracias a aquella desagradable mezclanza conseguían sobrevivir los muchachos. Los redentores deseaban que tuvieran en la vida el menor placer posible, pero sus planes para el futuro, dada la gran guerra contra los antagonistas, requerían que los muchachos fueran fuertes. Los que sobrevivían, claro está.

No pudieron volver a hablar los tres hasta las ocho en punto, cuando estaban haciendo cola para entrenar en el Campo del Absoluto Perdón de Nuestros Redentores.

—Me encuentro mal —dijo Kleist.

—Yo también —susurró Henri el Impreciso.

—Yo casi vomito —admitió Cale.

—Vamos a tener que esconderlo.

—O tirarlo.

—Ya os acostumbraréis —dijo Cale—. Pero si no lo queréis, yo me como vuestra parte.

—Yo tengo que ir a guardar las vestiduras después de los ejercicios —comentó Henri el Impreciso—, así que podéis darme la comida y la esconderé allí.

—¡Hablando! ¡Vosotros, estáis hablando! —A su manera habitual, que parecía casi milagrosa, el redentor Malik había aparecido tras ellos. Debido a su extraña habilidad para acercarse a la gente de modo completamente sigiloso, resultaba muy poco prudente hacer cualquier cosa que no estuviera permitida cuando Malik se encontraba cerca. Había sido muy mala suerte que sustituyera en las sesiones de entrenamiento, sin previo aviso, al redentor Fitzimmons, conocido por todo el mundo como Fitz el Cacas a causa de la disentería que le había afectado desde su época en las campañas de los pantanos—. Vais a hacer doscientas —dijo Malik propinándole a Kleist un buen sopapo en la parte de atrás de la cabeza.

Mandó que la fila entera, y no solo ellos tres, se colocaran sobre los nudillos y empezaran a hacer las flexiones que les acababa de mandar.

—Tú no, Cale —dijo Malik—. Tú haz el pino. —Sin dificultad, Cale hizo el pino y empezó en aquella postura a doblar los brazos, arriba abajo, arriba abajo. Salvo la de Kleist, el resto de las caras de la fila estaban ya tensas del esfuerzo, pero Cale seguía subiendo y bajando como si no pudiera parar, con los ojos en blanco, como perdido a miles de kilómetros de distancia. Kleist simplemente parecía aburrido, pero nada incómodo, mientras hacía flexiones el doble de rápido que los demás. Cuando, exhausto y dolorido, terminó el último de los acólitos, Malik le mandó a Cale hacer otras doscientas flexiones, por pavonearse—. Te dije que hicieras el pino, no que además hicieras flexiones. ¡El orgullo de un muchacho es un sabroso refrigerio para el demonio! —Aquella era una lección moral que no apreciaron sus acólitos, que lo miraron sin comprender, pues la experiencia de un refrigerio entre comidas, fuera sabroso o no, era algo que nunca habían imaginado, no digamos ya experimentado.

Cuando sonó la campana para indicar el final de los ejercicios, los quinientos muchachos se pusieron en camino, lo más lentamente que osaban hacerlo, hacia la Basílica, para las oraciones de la mañana. Al pasar por el callejón que llevaba a la parte trasera del enorme edificio, los tres se escondieron. Le dieron a Henri el Impreciso toda la comida que llevaban en los bolsillos, y entonces Kleist y Cale volvieron a ponerse en la larga cola que iba entrando en la plaza que daba a la Basílica.

Mientras tanto, Henri el Impreciso empujaba con los hombros el pestillo de la puerta de la sacristía, con las manos repletas de pan, carne y pastel. Abrió la puerta y aguzó el oído por si había redentores. Penetró en la oscuridad amarronada del vestidor, preparado para volver a salir en cuanto viera el menor asomo de alguien. Parecía que estaba vacía. Entonces se dirigió apresuradamente hacia uno de los armarios, pero antes de abrirlo tuvo que dejar en el suelo parte de la comida. Un poco de suciedad del suelo, pensó, no les haría ningún daño. Con la puerta abierta, metió la mano en el interior del armario y levantó la tabla de madera que había en la parte inferior. Debajo de esa tabla había un hueco en el que Henri el Impreciso solía ocultar sus pertenencias, todas ellas prohibidas. Los acólitos, tal como se los llamaba formalmente, no podían poseer nada, pues las cosas materiales de este mundo los habrían corrompido, tal como decía el Padre Puerco. Aunque Puerco, como supondréis, no era su verdadero nombre, pues en realidad se llamaba Padre Glebe.

Y fue la voz de Glebe la que sonó a su espalda.

—¿Quién anda ahí?

Casi oculto por la puerta del armario, Henri el Impreciso arrojó al interior del armario la comida que llevaba en los brazos, así como los muslos de pollo y el pastel que había en el suelo, y tras ponerse en pie, cerró la puerta.

—¿Perdonad, Padre?

—¡ Ah, eres tú! —dijo Glebe—. ¿Qué estás haciendo?

—¿Que qué estoy haciendo, Padre?

—Sí —dijo Glebe, algo irritado.

—Eh... bueno —Henri el Impreciso miró a su alrededor en busca de inspiración. Pareció encontrarla en algún punto del techo.

—Estaba... estaba guardando la casulla que se ha dejado olvidada el redentor Bent. —El redentor Bent estaba ciertamente loco; pero su reputación de olvidadizo se debía en gran medida al hecho de que, siempre que era posible, los acólitos le culpaban de todo aquello que no se encontraba en su lugar, o de todas las cosas cuestionables que hacían. Si alguna vez los pillaban haciendo algo incorrecto, o encontrándose en algún sitio en el que no debían estar, lo primero que se les ocurría decir para defenderse era que les había mandado el redentor Bent, cuya memoria de cortísimo plazo se podía confiar que no los contradiría.

—Acércame la mía. —Henri el Impreciso miró a Glebe como si no supiera de qué le hablaba—, ¿Y bien...? —preguntó Glebe al cabo de un rato.

—¿Vuestra casulla? —preguntó Henri el Impreciso. Y como vio que Glebe estaba a punto de ir hacia él para darle un tortazo, añadió con entusiasmo—: ¡Por supuesto, Padre! —Se volvió y se dirigió hacia otro de los armarios. Abrió la puerta con alegría fingida.

—¿Blanca o negra, Padre?

—¿Qué es lo que te pasa?

—¿Lo que me pasa, Padre?

—Sí, imbécil. ¿Por qué iba a llevar casulla negra entre semana durante el mes de los muertos?

—¿Entre semana? —preguntó Henri el Impreciso, desconcertado por aquella idea—. Por supuesto que no, Padre. Sin embargo, necesitará un tranoclo.

—¿De qué me estás hablando? —preguntó Glebe, pero su tono de queja albergaba dudas. Existían cientos de prendas y ornamentos ceremoniales, muchos de los cuales habían caído en desuso a lo largo de los mil años que habían pasado desde la fundación del Santuario. Estaba convencido de que nunca había oído hablar del tranoclo, pero eso no quería decir que no existiera.

Bajo la atenta mirada del redentor Glebe, Henri el Impreciso se dirigió hacia un cajón y lo abrió. Rebuscó por un instante, y sacó un collar formado por cuentas diminutas al final de las cuales colgaba un pequeño cuadrado de arpillera.

—Hay que llevarlo el día del mártir San Fulton.

—Jamás me he puesto una cosa como esa —comentó Glebe, pero no del todo seguro. Se acercó al Calendario Eclesiástico y lo abrió por la fecha de aquel día. Se conmemoraba, efectivamente, el martirio de San Fulton, pero había muchos mártires, y no suficientes días, y el resultado era que algunos de los menos importantes se celebraban solo una vez cada veinte años o cosa así. Con irritación, Glebe aspiró aire.

—Date prisa, se hace tarde.

Con la debida solemnidad, Henri el Impreciso le colocó a Glebe el tranoclo alrededor del cuello, y le ayudó con la larga y primorosamente elaborada casulla. Hecho esto, siguió a Glebe al interior de la Basílica, como debía hacerse en las oraciones matutinas, donde se pasó la siguiente media hora reviviendo con placer el episodio del tranoclo, que era algo que no existía realmente, como tal vez hayáis adivinado. No tenía ni idea de qué era aquel cuadrado de arpillera al final del collar de cuentas, pero había montones de chismes desconocidos en la sacristía cuyo significado había caído hacía mucho tiempo en el olvido. Sin embargo, había corrido, y no por primera vez, un riesgo enorme, tan solo por el placer de tomarle el pelo a un redentor. Si lo descubrieran, lo despellejarían. Y no se trata de ninguna metáfora.

Su apodo, que le había puesto Cale, había triunfado, pero solo ellos dos comprendían su auténtico significado. Solo Cale sabía que el modo escurridizo en que Henri solía responder, o repetir cualquier pregunta que le hacían, no se debía a su incapacidad para entender la pregunta, ni para encontrar una clara respuesta, sino que era un modo de desafío a los redentores, alargando la respuesta hasta el límite mismo de su no muy grande paciencia. Era precisamente por haber descubierto la estrategia de Henri, y por la admiración que le merecía su espectacular temeridad, por lo que había quebrado una de sus normas más importantes: la de no hacer amigos, la de no permitir que nadie se hiciera amigo suyo.

Cale se abrió camino hasta un banco libre de la Basílica número cuatro, con la intención de recuperar el sueño atrasado durante las Plegarias de la Humillación. Había perfeccionado el arte de dormirse al mismo tiempo que se acusaba de sus pecados: pecados de depravación, de *delectatio morosa*, pecados de *gaudium*, de *desiderium*, pecados de deseo efectivo e ineffectivo. Todos al unísono, los quinientos niños de la Basílica Cuatro juraban no cometer nunca transgresiones que les habrían resultado imposibles, aun cuando hubieran sabido de qué se trataba: niños de cinco años que juraban solemnemente no codiciar jamás la mujer del prójimo, otros de nueve que juraban no tallar bajo ninguna circunstancia imágenes de deslealtad y cobardía, y otros de catorce que prometían no venerar jamás esas imágenes aunque las hubieran esculpido. Todo eso bajo pena de un castigo divino que alcanzaría incluso a sus descendientes en la tercera o cuarta generación. Al cabo de unos cuarenta y cinco satisfactorios minutos de siesta, la misa concluyó y Cale guardó fila en silencio, con los demás, y regresó con ellos hasta la otra punta de los campos de entrenamiento.

El campo ya no volvía a estar libre durante el día. El enorme incremento durante los últimos cinco años en el número de acólitos que recibían instrucción implicaba que ahora se hacía casi todo por turnos: el entrenamiento, la comida, el aseo, el culto... El entrenamiento tenía lugar incluso de noche para los retrasados, y eso resultaba algo especialmente temido a causa del terrible frío, pues el viento soplaba desde el Malpaís incluso en verano. No era ningún secreto que aquel incremento se

debía a la necesidad de aumentar las tropas contra los antagonistas. Cale sabía que muchos de los que salían del Santuario no iban de manera permanente al frente oriental ni al occidental, sino que los dejaban la mayor parte del tiempo lejos de la guerra, rotando seis meses en cada frente para después pasarse un año o incluso más en la reserva. Lo sabía porque se lo había dicho Bosco:

—Puedes hacer dos preguntas —le había dicho Bosco tras informarle sobre aquel extraño despliegue. Cale había meditado durante un rato.

—El tiempo que pasan en la reserva, Padre, ¿tienen la intención de aumentarlo y seguir aumentándolo?

—Sí —respondió Bosco—. Segunda pregunta.

—No necesito una segunda pregunta —repuso Cale.

—¿De verdad? Más vale que hayas dado con la respuesta correcta.

—Oí que el redentor Compton os decía que los frentes estaban en punto muerto.

—Sí, ya te vi que no perdías comba.

—Pese a lo cual, hablabais como si eso no fuese ningún problema.

—Sigue.

—Hemos estado entrenando un gran número de caballeros sacerdotes en los últimos años: demasiados. Queremos darles un lugar en la lucha, pero no queremos que los antagonistas sepan que han incrementado sus fuerzas. Por eso ha aumentado tanto el tiempo que pasan en la reserva. Siempre se nos dice que los frentes están repletos de antagonistas traidores. ¿Es cierto?

— ¡Ah! —Bosco sonrió, aunque no era una sonrisa agradable—. He aquí una segunda pregunta, cuando te has jactado de que solo necesitabas una. La vanidad es tu punto débil, muchacho, y no estoy pensando ahora en la salvación del alma. Tengo... —Se detuvo, y daba la impresión de que no sabía qué decir, algo que Cale no había visto nunca. Resultaba perturbador—. Tengo expectativas contigo. Pero también exigencias. Y más te valdría que te echaran al otro lado de los muros de este lugar con una muela de molino al cuello, antes que decepcionarme en mis exigencias y expectativas. Es tu orgullo lo que más me preocupa. Cualquier redentor que encuentres de aquí a la eternidad te puede decir que el orgullo es la causa de los otros veintiocho pecados mortales, pero pienso en cosas más importantes que tu alma: el orgullo te distorsiona el juicio y te hace ponerte en situaciones que deberías evitar. Te concedí dos preguntas y, sin otro motivo que la vana soberbia, quisiste anonadarme y te arriesgaste a un castigo por fracasar en algo en lo que no necesitabas correr riesgos. Eso te debilita hasta tal punto que me pregunto si eres merecedor de la protección que te he estado otorgando durante todos estos años.

Miró a Cale, y Cale miró al suelo, odiando y despreciando a partes iguales la idea de que Bosco lo protegiera. Mientras aguardaba, pasaban por su mente ideas extrañas y peligrosas.

—La respuesta a tu segunda pregunta es que en los frentes tenemos espías e informadores antagonistas, pero solo unos pocos. Sin embargo, son suficientes.

Cale no apartó los ojos del suelo. Tenía que fingir que no había oposición por su parte. Tenía que minimizar las posibilidades de castigo. Sin embargo, tenía todo el tiempo la rabiosa sensación de que Bosco tenía razón y que podría haber evitado lo que le esperaba.

—Estamos preparando reservas para un gran ataque en ambos frentes, y sin embargo debemos mantener el número de efectivos en el mismo nivel, o de lo contrario ellos se darían cuenta de lo que les espera. Queremos que los reservistas adquieran experiencia, pero ya hay demasiados, así que los reservistas tienen que pasar cada vez más tiempo lejos del frente. Se necesitan más soldados para terminar con los antagonistas, pero esos soldados tienen que endurecerse en la batalla, pese a que no hay batallas suficientes para eso. Estamos en un aprieto, Padre.

—¿Y qué propones?

—Necesito tiempo para pensarlo, Padre. No hay ninguna solución que no constituya a su vez otro problema.

Bosco se rio.

—Déjame decirte, muchacho, que la solución a todo problema es siempre otro problema.

Entonces, sin previo aviso, Bosco arremetió contra Cale. Cale interceptó el golpe con tanta facilidad como si lo hubiera lanzado un anciano. Se miraron el uno al otro.

—Baja la mano.

Cale hizo lo que le mandaba.

—Dentro de un momento te volveré a pegar —dijo Bosco con suavidad—. Y cuando lo haga, no moverás ni las manos ni la cabeza. Aceptarás el golpe. Me dejarás que te pegue. Consentirás.

Cale aguardó. Esta vez Bosco hizo grandes preparativos para asestar el golpe. Lanzó la mano contra él. Cale experimentó un estremecimiento, pero el golpe no llegó. La mano de Bosco se había detenido junto a su cara.

—No te inmites, muchacho.

Bosco retiró la mano y volvió a arremeter contra él. De nuevo, Cale se estremeció.

—¡NO TE INMUTES! —gritó Bosco con el rostro rojo de la rabia, salvo por dos puntitos blancos en el centro de las mejillas, que se volvían aún más blancos conforme se oscurecía la piel. Entonces lanzó otro golpe, pero esta vez sí le pegó a

Cale, que se había quedado quieto como una piedra. Y después le pegó otra vez, y otra. Y de repente lanzó un nuevo golpe, pero este fue tan fuerte que Cale cayó al suelo aturdido.

—Levántate —le dijo con voz tan suave que apenas resultaba audible. Cale se puso en pie, temblando como a causa de un frío intenso. Y recibió otro golpe. Volvió a caer, y se levantó. Otro golpe, y volvió a ponerse en pie. Bosco cambió de mano. Con la izquierda, en la que tenía menos fuerza, necesitó cinco golpes para volver a derribar a Cale. Bosco observó cómo empezaba a levantarse una vez más. Ahora los dos estaban temblando—. Quédate dónde estás —dijo Bosco casi en un susurro—. Si te levantas, no respondo de lo que pueda ocurrir. Me voy. —Parecía apabullado, agotado por la horrible intensidad de su propia rabia—. Espera cinco minutos y después vete. —Entonces Bosco se acercó a la puerta y se marchó.

Durante todo un minuto, Cale permaneció inmóvil. Después vomitó. Necesitó otro minuto más para descansar y tres para limpiar la suciedad. Entonces, muy despacio, temblando de tal manera que parecía como si nunca fuera a alcanzarlo, salió al corredor y, apoyándose en la pared, caminó hasta llegar a uno de los callejones ciegos que salían de un patio y allí se sentó.

— ¡LA CINTURA RECTA! ¡NO! ¡NO! ¡NO! —Cale se recuperó de lo que había llegado a ser un estado casi de trance. Los ruidos e imágenes del campo de entrenamiento se habían desvanecido a medida que él se perdía en recuerdos de su pasado. Era algo que últimamente le sucedía con más frecuencia, pero no era buena cosa distraerse tanto en un lugar como el Santuario, pues si uno no prestaba atención, no tardaba en ocurrirle algo desagradable. En aquel momento, todo lo que había a su alrededor resultaba vivido, como las imágenes y los sonidos del entrenamiento. Una fila de veinte acólitos, que estaban a punto de irse, practicaba un ataque en formación. El redentor Gil, conocido como Gil el Gorila a causa de su fealdad y su terrible fuerza, se quejaba rutinariamente de la flojedad de los muchachos que entrenaba:

—¿No has visto nunca las puertas de la muerte, Gavin? —le preguntó con cansancio—. Pues las verás si sigues descubriendo de ese modo tu flanco izquierdo. —Los acólitos de la fila sonrieron ante la inquietud de Gavin. Con toda su fuerza física y su brutal fealdad, el redentor Gil se encontraba todo lo cerca de ser un hombre bueno que hubiera llegado a estar nunca un redentor. Exceptuando al redentor Navratil, pero ese era un caso muy peculiar—. Te quedarás a hacer entrenamiento nocturno —le dijo Gil al desgraciado Gavin. El muchacho que estaba a su lado soltó una carcajada—. Y tú también, Gregor. Y tú, Holdaway.

Justo un poco más allá de la fila, un niño de no más de siete años estaba colgado por los brazos del poste horizontal de un armazón de madera, a más de dos metros

del suelo. Tenía atado a las espinillas un cinturón de lona cargado de pesos. Hacía muecas, y por el rostro contorsionado le caían lágrimas de dolor. El subredentor que estaba debajo de él insistía en que si no llegaba a subir los pies, con su carga, a la altura de la barra cada vez que los levantaba, no le daría por válido ninguno de sus esfuerzos.

—Llorar no te va a servir de nada, solo te servirá de algo tocar la barra con los pies. —Mientras, doblado por la mitad, el niño forcejeaba por lograr tal proeza, Cale veía la extrema prominencia de los seis músculos del estómago, tan abultados como los de un adulto, que se tensaban para que él pudiera alcanzar la barra —. ¡Cuatro ! — contó el subredentor.

Cale pasó por delante de niños de cinco años, algunos de los cuales se reían como niños pequeños, y de muchachos de dieciocho que parecían hombres de mediana edad. Había grupos de unos ochenta que practicaban empujándose para atrás y para adelante, gritando de manera rítmica, como si fueran gigantes que se gruñeran unos a otros; una nueva fila de otros quinientos muchachos marchaba en formación y en completo silencio, obedeciendo todos a una las señales de las banderas: izquierda, derecha, alto, hacia atrás, alto otra vez y hacia delante... Para entonces Cale se encontraba a casi cincuenta metros de la gran muralla que circundaba el Santuario, al borde del campo de tiro con arco, donde Kleist increpaba a un grupo de diez acólitos que podían ser unos cuatro años mayores que él. Los regañaba por su inutilidad, por su fealdad, por su falta de habilidad, por la mala calidad de sus dientes y porque tenían los ojos demasiado cerrados. Solo se detuvo al ver a Cale.

—Llegas tarde —le dijo—. Tienes suerte de que Primo esté enfermo, porque de lo contrario te arrancaría la piel.

—Siempre podrías intentarlo tú.

—¿Yo? A mí me da igual si vienes o no. Tú eres un caso perdido.

Encogiéndose ligeramente de hombros por toda respuesta, Cale indicaba que, muy a su pesar, estaba bastante de acuerdo. Kleist estaba desnudo de cintura para arriba, salvo por una camisa harapienta que revelaba formas sorprendentes, tal vez algo extrañas. Su cuerpo no parecía consistir en otra cosa que espalda y hombros, como si la parte superior del cuerpo de un hombre adulto hubiera sido colocada entre las piernas y la cabeza de un chaval de catorce años. Y, además, el brazo derecho estaba mucho más musculado que el izquierdo, lo cual le hacía parecer casi deforme.

—Vale —dijo Kleist—, veamos cuál es el problema. —Era evidente que disfrutaba con aquella oportunidad de demostrar su superioridad ante Cale, y que le encantaba que este se diera cuenta de que estaba disfrutando.

Cale levantó el arco que Kleist acababa de entregarle, tiró de la cuerda hasta acercársela a la mejilla, apuntó, aguantó un segundo, y entonces soltó la flecha en dirección al blanco, que se encontraba a setenta metros de distancia. Incluso lanzó un

gruñido en el momento en que partía la flecha, que describió un arco al dirigirse al blanco, que tenía la forma y el tamaño de un hombre. Falló por más de un metro.

—¡Mierda!

—¡Vaya, vaya! —exclamó Kleist—. No había visto un tiro como ese desde... Bueno, no consigo recordar. Antes tú dabas la talla... ¿dónde demonios aprendiste a colocar ese par de piernas?

—Tú dime simplemente cómo tengo que ponerlas.

—Bueno, eso es bastante fácil. Punzas la cuerda en el momento en que deberías soltarla... así. —Cogió la cuerda de su propio arco para mostrarle a Cale qué era lo que hacía mal, y a continuación, con enorme placer, le mostró cómo había que hacerlo—. Además, tenías la boca abierta al disparar, y dejaste caer el codo del brazo de la cuerda antes de soltarla. —Cale empezó a protestar—. Y —le interrumpió Kleist—, dejás que la mano de la cuerda ceda hacia delante.

—De acuerdo, lo he entendido. Tú solo explícame. He adquirido malas costumbres, eso es todo.

Kleist tomó aire por entre los dientes, con todo el dramatismo que pudo conferir a ese gesto.

—La verdad es que no estoy seguro de que sea solo cuestión de costumbres incorrectas. Creo que lo que pasa es seguramente que no eres capaz porque te pones demasiado nervioso. —Señaló a la cabeza con un dedo—. Me parece que el problema está aquí, compañero. Ahora que lo pienso, creo que el tuyo es el peor caso que he visto nunca de alguien que la caga de puros nervios.

—Tú solo dime cómo debo hacerlo.

—Tienes todos los síntomas del nerviosismo: los tambaleos, los temblores... No hay nada que hacer. Todo eso de que se te abra la boca y se te caiga el codo... no es más que un efecto visible de un estado del alma, amigo. El verdadero problema está en el espíritu. —Kleist colocó una flecha en su arco, tiró de la cuerda y la soltó con un elegante movimiento. La flecha trazó un hermoso arco y se clavó de manera satisfactoria en el pecho del blanco—. Ya ves, perfecto... un síntoma externo de la gracia interior.

Cale se rio. Se volvió hacia la aljaba de las flechas que estaba posada en el banco, detrás de él, pero al hacerlo vio a Bosco, que atravesaba el campo por el medio en dirección al redentor Gil, que enseguida hizo a un acólito un gesto para que se adelantara. Cale oyó un suave «¡zas!» tras él, y se dio la vuelta para ver que, a escondidas, Kleist apuntaba con el arco al distante Bosco e imitaba el sonido que hacía una flecha al partir.

—Venga, a que no te atreves.

Kleist se rio y se volvió hacia sus pupilos, que estaban sentados, hablando a cierta distancia. Uno de ellos, Donovan, había aprovechado la pausa, como de costumbre, para sermonear a los demás sobre las maldades de los antagonistas:

—No creen en un purgatorio donde uno se purifica de sus pecados antes de entrar en el cielo. Creen en la justificación por la fe. —Uno de los acólitos que escuchaban ahogó un grito de incredulidad—. Pregonan que cada uno de nosotros se salva o se condena por la inalterable elección del Redentor, y que uno no puede hacer nada para cambiar su destino. Y cogen las canciones que se cantan en las tabernas y las utilizan para hacer sus himnos. El Ahorcado Redentor en el que ellos creen no existió nunca, y morirán todos en pecado porque le tienen horror a la confesión. Por eso dejarán esta vida con todos sus pecados grabados en el alma, y serán condenados.

—Cierra esa boca, Donovan —dijo Kleist—, y ponte a trabajar.

En cuanto el acólito salió llevando su mensaje para Cale, Bosco le hizo seña al redentor Gil, y se retiraron a un lado para no ser oídos.

—Hay rumores de que los antagonistas andan en conversaciones con los mercenarios lacónicos.

—¿Tienen fundamento?

—Más que los rumores corrientes.

—Entonces tenemos de qué preocuparnos. —Pero a Gil le vino una idea a la cabeza—. Necesitarán diez mil o más para vencernos. ¿Cómo van a pagarlos?

—Los antagonistas han encontrado minas de plata en Laurión. Y esto no es un rumor.

—Entonces que Dios nos ampare. No tenemos más que unos miles de hombres... tal vez tres mil... capaces de enfrentarse a los mercenarios lacónicos. Su reputación no es exagerada.

—Dios ayuda al que se ayuda a sí mismo. Si no podemos enfrentarnos a hombres que luchan solo por dinero, y no por la gloria de Dios, entonces merecemos la derrota. Es una prueba, y no tiene nada de raro que nos encontremos ahora con ella. —Sonrió—. Pese a la mazmorra, el fuego y la espada. ¿No es así, Padre?

—Bueno, Padre Militante, si se trata de una prueba, es una prueba que yo no sé cómo superar, y si yo no... (perdóneseme el pecado de orgullo), si yo no sé, entonces no lo sabe ningún otro redentor.

—¿Estáis completamente seguro? En cuanto al pecado de orgullo, me refiero.

—¿Qué decís? No necesitáis poner os oscuro conmigo. Me merezco mejor trato.

—Por supuesto. Ahora soy yo el que presenta sus excusas por el orgullo propio. — Se golpeó con suavidad el pecho tres veces—. Mea culpa. Mea culpa. Mea máxima culpa. Yo llevaba un tiempo esperando esto, o algo parecido a esto. Siempre he tenido la sensación de que se pondría a prueba nuestra fe, y que sería una prueba muy dura. El Redentor vino a salvarnos, y la humanidad respondió a ese presente divino colgando al amado de una horca. —Miró a la distancia con los ojos empañados, como si estuviera contemplando con sus propios ojos la ejecución del Redentor, que había tenido lugar hacía mil años. Volvió a exhalar un hondo suspiro, como si lo embargara una pena reciente y terrible, y entonces miró directamente a Gil—. No puedo decir más —y le tocó el brazo con suavidad y auténtico afecto—, salvo que si esa información es cierta, yo no he sido indolente en mi persecución de un final para la apostasía de los antagonistas, ni en corregir el horrible crimen que supone asesinar al único mensajero de Dios. —Sonrió a Gil—. Hay una nueva táctica.

—No comprendo.

—No se trata de una táctica militar, sino de una nueva manera de ver las cosas. Creo que no deberíamos pensar más en el problema de los antagonistas, sino en la solución final al problema del mal humano en sí mismo.

Hizo apartarse aún más a Gil, y bajó todavía más la voz.

—Durante demasiado tiempo hemos estado preparados solo para pensar en la herejía de los antagonistas y en la guerra que libramos contra ellos. Lo que hacen y lo que dejan de hacer. Hemos olvidado que ellos tienen una importancia secundaria ante nuestro propósito, que es no consentir otro dios que el Único Dios Verdadero, y ninguna otra fe sino la Única Fe Verdadera. Nos hemos quedado atrapados en esta guerra como si fuera un fin en sí misma. Hemos dejado que llegue a ser una riña en un mundo lleno de riñas.

—Perdonadme, Padre, pero los frentes oriental y occidental cubren casi dos mil kilómetros, y los muertos se cuentan por cientos de miles: a eso no se le puede llamar riña.

—Nosotros no somos los Materazzi ni los Jane, a los que solo les interesa la guerra para ganar poder. Y, sin embargo, nos hemos convertido en algo parecido. Un poder entre otros muchos, en la guerra de todos contra todos, porque, como ellos, deseamos la victoria pero tememos la derrota.

—Es muy sensato temer la derrota.

—Nosotros somos los representantes de Dios en la tierra, a través de Su Redentor. Nuestra existencia tiene un solo propósito, y lo hemos olvidado porque tenemos miedo. Por eso deben cambiar las cosas: es mejor caer una vez que estar cayendo siempre. O sabemos que tenemos a Dios de nuestro lado, o no lo sabemos. Si eso es lo que de verdad creemos, y no solo lo que fingimos creer, entonces debemos perseguir la victoria absoluta: o todo o nada. —Si pensáis así, Padre... Bosco se rio con una risa genuina, dulce. —Sí, creo que eso es lo que pienso, amigo.

Tanto Cale como Kleist se dieron cuenta de que se acercaba a ellos un acólito, encantado con la oportunidad de entregar lo que estaba convencido de que eran malas noticias. Cuando empezó a hablar, Kleist lo interrumpió:

—¿Qué quieres, Salk? Estoy ocupado.

Eso hizo que Salk abandonara la malévola lentitud con que intentaba alargar su mensaje.

—Perdona, Kleist, pero esto no tiene nada que ver contigo. El redentor Bosco quiere ver a Cale en sus aposentos después de las plegarias nocturnas.

—Bien —dijo Kleist, como si eso no fuera más que rutina—. Y ahora vete a la mierda.

Pillado desprevenido tanto por la hostil falta de curiosidad como por el hecho de que Cale lo mirara de manera extraña, Salk escupió en el suelo para mostrar su propia indiferencia, y se fue.

Cale y Kleist se miraron el uno al otro. Puesto que Cale era el zelote de Bosco, los avisos para que fuera a ver al Padre Militante, que habrían aterrorizado a cualquier otro muchacho, no eran raros. Lo que no resultaba normal, sino más bien perturbador teniendo en cuenta los acontecimientos del día anterior, era que a Cale se le convocara en sus aposentos privados y a última hora de la noche. Eso no había ocurrido nunca.

—¿Y si lo sabe? —preguntó Kleist.

—Si lo supiera, nosotros estaríamos ya en la Casa para Propósitos Especiales.

—Sería muy propio de Bosco hacernos pensar eso.

—Supongo. Pero no podemos hacer nada al respecto. —Cale tensó el arco, lo aguantó un segundo y, entonces, soltó la flecha, que describió un arco en el aire y erró el blanco por treinta centímetros.

Los tres habían acordado ya faltar a la cena. Normalmente era peligroso encontrarse en cualquier sitio que no fuera aquel en el que se suponía que debía estar uno, pero nunca se había oído que un acólito faltara a ninguna comida, pese a lo repelente que fuera lo que les daban, porque siempre tenían hambre. En consecuencia, el momento en que menos vigilaban los redentores era en el de la cena, lo cual facilitaba que Cale y Kleist pudieran esconderse en el lado de detrás de la Basílica Número Cuatro, y esperar a que Henri el Impreciso sacara la comida desde

la sacristía. En aquella ocasión comieron menos y mucho más despacio, pero a los diez minutos volvieron a encontrarse mal.

Media hora después, Cale esperaba en el oscuro corredor, ante los aposentos del Padre Militante. Una hora después, seguía allí. Entonces se abrió la puerta de hierro fundido y apareció ante él, observándolo, la alta figura de Bosco, que le sacaba a Cale la mitad de la altura de este. El muchacho no dio muestras de preocuparse en absoluto.

«Interesante», pensó Bosco, antes de decirle:

—Entra.

Cale lo siguió a sus aposentos, que estaban solo ligeramente más iluminados que el corredor. Si hubiera esperado ver algo de su privacidad después de todos aquellos años, se habría sentido decepcionado. Había puertas que daban a otras habitaciones, pero todas estaban cerradas, y lo único que podía ver era un cuarto de estudio con muy poca cosa dentro. Bosco se sentó tras su escritorio y examinó el pliego de papel que tenía delante. Cale se quedó ante él, de pie, esperando, sabiendo que podía tratarse tanto de una solicitud para la adquisición de una docena de espadas de madera para los entrenamientos, como de su propia sentencia de muerte.

Bosco habló al cabo de unos minutos, pero sin levantar la vista y preguntando en tono suave:

—¿Hay algo que quieras decirme?

—No, Padre —respondió Cale.

Pero Bosco siguió sin levantar la vista.

—Si me mientes, no podré hacer nada para salvarte. —Entonces miró a Cale fijamente a los ojos, con una mirada infinitamente fría y negra. Era como si lo mirara la propia muerte—. Así que te lo pregunto de nuevo: ¿hay algo que quieras decirme?

Aguantando la mirada, Cale respondió:

—No, Padre.

El Padre Militante no apartó la mirada, y Cale empezó a sentir que su voluntad empezaba a disolverse, como si le estuvieran vertiendo algún ácido en su propia alma. Empezó a surgir, en la misma garganta, un horrible deseo de confesar. Era terror, era la seguridad, que le había acompañado desde que era un niño, de que el redentor que tenía delante era capaz de cualquier cosa, de que el dolor y el sufrimiento eran el compañero constante de aquel hombre, y de que cualquier cosa viva enmudecía ante él.

Bosco volvió la mirada al papel que tenía ante sí y lo firmó con su nombre. A continuación plegó el papel y lo selló con lacre rojo. Se lo entregó a Cale.

—Llévale esto al Padre Disciplinario.

Un soplo de aire frío atravesó a Cale.

—¿Ahora?

—Sí. Ahora.

—Ya ha oscurecido. El dormitorio se cerrará dentro de unos minutos.

—No te preocupes por eso. Ya está previsto.

Sin alzar la mirada, el redentor Bosco volvió a escribir. Cale no se movió. El redentor levantó entonces la mirada.

—¿Algo más, Cale?

En el fuero interno de Cale, el instinto luchaba contra sí mismo. Si confesaba, el redentor podría ayudarlo. Al fin y al cabo, él era su zelote, y podría salvarlo. Pero, en el interior de su alma, otros seres parecían gritar: «¡No confíes nunca! ¡Nunca admitas tu culpa! ¡Nunca! Niégalo siempre todo».

—No, Padre.

—Entonces ve.

Cale se volvió y caminó hacia la puerta, refrenando el impulso de echar a correr. Una vez fuera, cerró la puerta de hierro y se quedó mirándola, como si fuera tan transparente como el cristal y pudiera ver el estudio a través de ella. Miraba con odio.

Se dirigió hacia el corredor más cercano y se detuvo bajo la pobre luz del candelabro que había en la pared. Sabía que aquella oportunidad de abrir la carta era una prueba que le imponía Bosco y que de hacerlo, la infracción lo llevaría a la ejecución inmediata. Si Bosco estaba enterado de lo que había ocurrido el día anterior, muy bien podía ser una orden dirigida al Padre Disciplinario para que lo hiciera matar. Era muy propio del estilo de Bosco hacer que Cale llevara su propia sentencia de muerte. Pero tal vez no fuera nada, solo otro de aquellos interminables intentos del Padre Militante por ponerlo a prueba cada vez que se le presentaba la ocasión.

Respiró hondo y trató de ver las cosas tal como eran, sin que el miedo las tiñera de su color. La cosa era, de hecho, bastante clara: en aquella carta podía no haber nada letal, aunque, probablemente, sí algo desagradable y doloroso. Sin embargo, abrirla suponía con total seguridad la muerte. Pensando así, empezó a caminar en dirección al despacho del Padre Disciplinario, aunque no paraba de sentir algo en el cerebro que le martilleaba a preguntas sobre qué haría si se cumplían los peores vaticinios.

En diez minutos, tras perderse una vez en la maraña de corredores, llegó ante la Cámara de Salvación. Por un instante permaneció ante la gran puerta, inmerso en la oscura penumbra, sintiendo el corazón palpitante de miedo y rabia. Entonces observó que la puerta no estaba cerrada, sino solo entornada.

Cale se detuvo un momento, pensando qué hacer. Miró la carta que llevaba consigo, y después empujó la puerta lo suficiente para ver al otro lado. En la pared opuesta de la estancia podía distinguir al Padre Disciplinario, que estaba inclinado sobre algo y canturreaba para sí:

La fe de nuestros padres, viva aún pese a mazmorras, fuegos y espadas.

Da dum de dum de dum de dum de dum.

Da dum de dum de dum de dum.

La fe de nuestros padres, dum de dum.

Hasta la muerte te seremos fieles.

Entonces dejó de cantar para concentrarse en algo. Aquella parte de la estancia estaba todo lo bien iluminada que podía estarlo una zona a la luz de las velas, y parecía que el Padre Disciplinario encerrara la luz en una especie de halo circular al que su cuerpo servía de pantalla. Cuando sus ojos se adaptaron a la oscuridad, Cale distinguió que estaba inclinado sobre una mesa de madera que debía de medir unos dos metros por poco más, y que había algo sobre la mesa, aunque el extremo de eso estaba envuelto en una tela. El Padre Disciplinario siguió tarareando, se volvió hacia un lado y dejó caer algo pequeño y duro en un plato de hierro. Cogiendo unas tijeras que había al lado del plato, reemprendió su trabajo.

¡Cuán dulce sería el hado de sus hijos

si pudieran, como ellos, morir por ti!

Da dum de dum de dum de dum de dum.

Da dum de dum de dum de dum.

Cale abrió un poco más la puerta. En la parte más oscura de la estancia distinguió otra mesa, sobre la cual también había algo, pero esta vez aquello estaba oscurecido por la penumbra. El Padre Disciplinario se volvió a enderezar, se dirigió hacia un armario bajo que tenía a la derecha, y empezó a revolver en un cajón. Cale miró con atención, incapaz de comprender qué era lo que había sobre la mesa, aunque veía ya con claridad lo que el Padre había estado haciendo. En la mesa había un cadáver al

que el Padre Disciplinario estaba practicando una disección. Con gran habilidad le había abierto el pecho, y la abertura llegaba hasta el bajo vientre. Había separado y retirado con sumo cuidado y precisión cada trocito de piel y de músculo, y le había puesto un peso para mantenerlo en su nueva posición. Lo que le impactaba más a Cale, aparte de ver un cadáver exhibido de aquella manera, lo que tan difícil le resultaba comprender, pese al hecho de que había visto ya muchos cadáveres, era que se trataba de una chica. Y no estaba muerta. La mano izquierda, que le colgaba a un lado de la mesa, se movía cada pocos segundos, mientras el Padre Disciplinario seguía revolviendo en el cajón y tarareando en voz baja.

Cale sintió como si tuviera arañas corriéndole por la espalda. Y entonces oyó un gruñido. Como el Padre Disciplinario ya no tapaba la luz, pudo ver lo que había en la otra mesa. Era otra chica, atada y amordazada, que intentaba gritar. Y la conocía. Era la más llamativa de las dos chicas que el día anterior estaban vestidas de blanco, riéndose con deleite en el centro de las celebraciones.

El Padre Disciplinario dejó de tararear, se incorporó y miró a la muchacha.

—Tú, no hagas ruido —le dijo casi con dulzura.

Entonces volvió a inclinarse, a canturrear y a rebuscar.

En su corta vida Cale había visto muchas cosas espantosas, había presenciado terribles actos de crueldad, y había soportado sufrimientos casi por encima de todo lo expresable. Pero en ese momento se quedó anonadado por aquello que veía y no podía comprender: por aquella chica cuya mano se movía menos cada vez, y por los apagados gritos de terror y horrible dolor de la muchacha de los ojos verdes.

Y después, muy despacio, Cale se alejó de la puerta y se volvió caminando tan en silencio como había ido.

Capítulo 5

—¡Ah!—exclamó para sí Picarbo, el Padre Disciplinario, con profunda satisfacción, al encontrar lo que andaba buscando: una aguja larga y delgada que tenía en la punta una pinza afilada—. Alabado sea Dios. —La probó. ¡Chas, chas!

Satisfecho, se volvió hacia la muchacha de la mesa y observó pensativo la herida horrible pero bellamente ejecutada. Se agachó un poco para cogerle con suavidad la mano, ya sin vida. La posó al lado del cuerpo. Cogió la aguja con la mano derecha, y se disponía a continuar cuando la chica del rincón trató nuevamente de gritar. Esta vez se dirigió a ella con más firmeza, como si se le estuviera agotando la paciencia:

—Te he dicho que no hagas ruido. —Sonrió—. No te preocupes: ya me ocuparé de ti a su debido tiempo.

Fuera porque había oído algo o tan solo a causa del instinto nacido de una larga experiencia, el Padre Disciplinario se volvió y levantó el brazo para interceptar el golpe que Cale le lanzaba contra la parte de atrás de la cabeza. El redentor agarró a Cale justo por debajo de la muñeca, y lo golpeó con tal fuerza que el medio ladrillo que llevaba en la mano salió despedido al otro extremo de la estancia, y pegó contra uno de los armarios, que quedó astillado y partido en una docena de trozos. Cale perdió el equilibrio y el Padre Disciplinario lo empujó hacia la izquierda con tal violencia que lo envió contra la base de la mesa en la que estaba tendida la chica atada. Ella soltó otro grito amortiguado.

El Padre Disciplinario miró a Cale completamente anonadado. No le parecía posible que un acólito lo atacara. No allí, no en aquel lugar, ni en ningún momento. En mil años no se había oído hablar nunca de semejante atrocidad. Por un momento, Cale y Picarbo se miraron el uno al otro.

—¿Te has vuelto loco? ¿Se puede saber qué estás haciendo aquí? —preguntó el Padre con tremenda rabia—. Te colgarán por esto... Te colgarán y te descuartizarán. Serás estrangulado y destripado mientras aún sigues con vida, y quemarán tus tripas delante de ti. Y...

Se detuvo tras lanzar aquel rápido torrente de palabras, nuevamente anonadado ante la sola idea de haber sido atacado. Cale estaba blanco del susto. El Padre Disciplinario se volvió hacia un lado para coger algo que parecía, y de hecho era, un cuchillo de carnicero.

—Lo voy a hacer ahora mismo, cerdo. —Se dirigió hacia el muchacho, que estaba tendido boca abajo. Y de pie ante él, con las piernas separadas, levantó el cuchillo. Pero entonces Cale arremetió contra él con la aguja que había caído a su lado durante la lucha, y se la clavó al Padre Disciplinario en la cara interior de un muslo.

El redentor se tambaleó hacia atrás, no tanto por la herida como por hallarse inmerso en el desconcierto más profundo que sería posible imaginar.

—¡Me la has clavado! —exclamó asombrado, incrédulo—. ¡Me la has clavado! —Bajó la mirada hacia el muchacho—, ¡Por Dios Santo, sufrirás una muerte lenta! ¡Por todo lo que es...! —El Padre Disciplinario se detuvo, de pronto, a mitad de frase. En su cara se reflejaba una expresión de desconcierto, la que tendría alguien a quien hicieran una pregunta muy difícil. Ladeó la cabeza como si estuviera escuchando.

Se sentó, despacio, como impulsado por una mano gigante pero benevolente. Observó cómo Cale retrocedía, apartándose de él. Entonces el Padre bajó la mirada hasta las piernas. Un gran charco de sangre manchaba los faldones de su hábito. De pronto, Cale ya no parecía ni un niño asustado ni un asesino furioso. Una extraña calma se había abatido sobre él, y ahora tenía más bien el aspecto de un niño curioso, que miraba con un interés considerable pero no desbordado. Picarbo continuó tirando de su hábito, perplejo, dejando al descubierto los calzones completamente empapados en sangre. Retiró la mano indignado y miró a Cale como preguntándole: «¿Ves lo que has hecho?» Pero volvió a acercar la mano y rasgó los calzones para desprender la tela de la herida y dejar el muslo al descubierto. La sangre le brotaba de la pequeña herida a chorros. La observó completamente perplejo, y después miró a Cale con la misma expresión.

—Acércame algo para contenerla —dijo señalando un montón de grandes algodones que había en la mesa, junto a la muchacha muerta. En respuesta, Cale se levantó, pero permaneció donde estaba. Intentaba comprender si algo de cuanto veía era real: el redentor, que ante él, intentaba contener la sangre con los dedos y lanzaba irritados suspiros, como ante una gotera de agua pequeña pero molesta; o la negra mancha de sangre que se extendía sin parar por el suelo. Pero no lograba entender ni lo que veía ni lo que eso implicaba para él. Aquella parte de su mente que se negaba a comprender lo sucedido pensaba que sería posible dar marcha atrás, y dejar las cosas tal como estaban un minuto antes, y que cuanto más esperara para hacerlo, más difícil resultaría. Pero en el fondo sabía que no había ningún remedio. Todo había cambiado, y lo había hecho de manera profunda y horrible. Le venía a la mente, repitiéndose en su cabeza una y otra vez, un versículo que había oído cien veces del Libro de los Proverbios del Redentor: «Somos como aguas derramadas por tierra, que no pueden volver a recogerse».1 Y así siguió mirando, paralizado, mientras Picarbo se echaba para atrás, como si tan solo estuviera muy cansado, apoyándose primero en el codo y después en la espalda.

1 2 Samuel 14,14. Sagrada Biblia (Cipriano de Valera y Casiodoro de Reina), Sociedad Bíblica, Madrid, 2002. (N. del T.).

Cale siguió observando mientras se detenía la respiración del cuerpo y a continuación se apagaba la luz de los ojos. Picarbo, el quincuagésimo Padre Disciplinario que llevaba aquel nombre, acababa de morir.

Capítulo 6

Cuando Kleist despertó, lo hizo con la sensación de que lo sujetaban y amordazaban. Eso se debía a un motivo sencillo: Cale le había tapado la boca con la mano, y el Impreciso le "sujetaba las manos a los costados.

—¡Shhh! Somos Henri y Cale. —Cale esperó hasta que Kleist dejó de forcejear, y entonces retiró la mano. Henri aflojó las manos—. Tienes que venir con nosotros ahora. Si te quedas eres hombre muerto. ¿Vienes?

Kleist se incorporó en la cama y miró a Henri el Impreciso en la oscuridad solo atenuada por la luz de la luna.

—¿Es cierto eso?

Henri asintió. Kleist lanzó un suspiro y se puso en pie.

—¿Dónde está Spider? —preguntó.

—Ha salido a fumar. Tenemos que irnos.

Cale se volvió, y los demás lo siguieron. Se detuvo para inclinarse sobre la cama de un muchacho que se hacía el dormido.

—No le digas nada a Spider, Savio, o te arrancaré las tripas. ¿Lo has entendido, cerdo? —El muchacho asintió con la cabeza, y Cale continuó su camino.

Saliendo por la puerta que Spider había dejado sin cerrar, Cale los condujo hasta el deambulatorio y, sin apartarse del muro, llegaron ante la gran estatua del Ahorcado Redentor y la entrada del túnel que habían descubierto el día anterior.

—¿Qué ocurre? —preguntó Kleist.

—¡Silencio!

Cale abrió la puerta empujando, y los hizo pasar. Entonces encendió una vela mucho más grande que la del día anterior.

—¿Cómo has abierto la puerta? —preguntó Kleist.

—Con una palanca.

—¿Y dónde has encontrado esa vela?

—En el mismo lugar que la palanca.

Kleist se volvió hacia Henri el Impreciso.

—¿Tú estás enterado de lo que pasa? —Henri el Impreciso negó con la cabeza—. Cale se dirigió hacia el rincón que estaba a la izquierda del túnel, y levantó la vela.

—¡Dios! —exclamó Kleist al ver la figura aterrorizada que se encontraba agachada en el rincón.

—No pasa nada —dijo Cale inclinándose hacia la muchacha—. Han venido a ayudar —añadió sin mucha convicción.

—Dime qué está pasando —pidió Kleist—, o de lo contrario nos vamos a ver las caras aquí y ahora. —Cale lo miró y sonrió, aunque era una sonrisa triste.

—¡Escuchad! —dijo soplando la vela para apagarla.

Veinte minutos después, había terminado de contar lo ocurrido, y volvía a encender la vela.

Los dos chicos pasaron la mirada de él a la muchacha, consternados ante lo que acababan de oír, pero también fascinados con la chica. Kleist necesitó un momento para salir de su estupor.

—Lo mataste tú, Cale... ¿Por qué nos arrastras a nosotros?

—No seas tonto. En cuanto comprendieran que fui yo, torturarían a Henri porque saben que somos amigos. Y entonces aparecerías tú en la historia. De esta forma por lo menos tienes una oportunidad.

—Pero yo no tengo nada que ver.

—¿Y eso qué más da? Te han visto hablando conmigo al menos un par de veces durante los últimos días. Te matarán solo por si acaso y para dar ejemplo.

—¿Quiere eso decir que tienes un plan? ■—preguntó Henri, asustado, pero tratando de mantener la calma.

—Sí —respondió Cale—. Lo más probable es que no funcione, pero al menos tenemos que intentarlo. —Sopló la vela otra vez, y les contó lo que había pensado.

—Tienes razón —comentó Kleist en cuanto Cale terminó—: lo más probable es que no funcione.

—Si se te ocurre algo mejor... —Cale no acabó la frase. Volvió a encender la vela y la acercó a la muchacha, que tenía la mirada perdida en la distancia, temblaba y se protegía con los brazos.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Cale. Al principio no dio la impresión de haberle oído, pero después volvió los ojos hacia su rostro, aunque no dijo nada.

—Pobrecita —dijo Henri el Impreciso.

—¿Por qué sientes lástima por ella? —preguntó Kleist con amargura, desgarrado entre sus propios terrores y aquel extraño ser que se hallaba en el rincón, acurrucado—. Deberías sentir lástima por ti.

Cale se levantó, le pasó la vela a Henri el Impreciso, y se dirigió hacia la puerta.

—Ahora —dijo.

Henri la apagó. Se oyó el ruido de la puerta que se abría y cerraba, y Henri el Impreciso, Kleist y la muchacha quedaron inmersos en una completa oscuridad.

Estaba empezando a pasársele el susto de los acontecimientos de la noche anterior cuando Cale hizo por tercera vez el recorrido a través del Santuario. Naturalmente, caminaba agazapado, pero ya se sentía algo más tranquilo. Empezaba a comprender que las costumbres de su vida, la conciencia de estar siendo permanentemente vigilado, de que había siempre ojos dispuestos a tomar nota e informar del menor movimiento, ya no tenían aplicación. Los redentores partían de la suposición, nada carente de fundamento, de que su destreza en vigilar a los acólitos, juntamente con la brutalidad de la respuesta que dieran a la desobediencia ya fuera de palabra o pensamiento, serviría para imponer el orden entre ellos. Suponían que de noche, con los acólitos encerrados bajo llave en sus dormitorios, exhaustos y temiendo, con toda razón, las consecuencias que podría acarrearles que intentaran salir, podían relajar su demente vigilancia. En su tercer recorrido a través del Santuario, Cale solo había visto, en la distancia, a un redentor.

Un extraño júbilo embargó a Cale. Aquellas personas que odiaba y que parecían tan invulnerables y poderosas, resultaba que no lo eran tanto. Había burlado a Bosco, había matado al Padre Disciplinario, y en aquel momento se movía a sus anchas por el Santuario. Pero en su interior algo le advertía que no debía envalentonarse: «Ten mucho cuidado, si no quieres colgar de la horca».

Sin embargo, pese a lo mucho que pensaba en ello, pese a lo muy imprudente que parecía, tenía sentido volver a los aposentos del Padre Disciplinario. Había cogido algunas cosas antes de irse con la muchacha, pero si los cuatro querían tener alguna posibilidad de sobrevivir allí fuera, necesitarían... lo cierto es que no sabía qué iban a necesitar, pero en los aposentos del muerto sería posible encontrar muchas cosas que les resultarían útiles, y sería una estupidez no aprovechar la ocasión. Era una suerte que quedaran otras cuatro horas hasta que empezaran a despertarse.

Diez minutos más tarde, Cale se encontraba delante del cadáver de Picarbo. Se detuvo un instante, y empezó a buscar. Era difícil, debido a que había demasiadas cosas. A los acólitos no les estaba permitido poseer nada. Incluso los redentores tenían permitido poseer tan solo siete cosas, aunque nadie sabía por qué no eran seis, u ocho. Sin embargo, los aposentos de Picarbo estaban llenos de objetos. Cale no

sabía lo que eran la mayoría, y le hubiera gustado perder el tiempo simplemente tocándolos y elucubrando sobre la finalidad que podían tener, desde el peculiar y placentero tacto de una brocha de afeitado hecha con pelo de tejón, hasta la fragancia y resbalosa textura de una pastilla de jabón. Pero la presencia de la muerte no tardó en contener su curiosidad, y se dispuso a elegir lo que metería en la mochila que había encontrado: cuchillos, un telescopio (una cosa fabulosa que había visto usar a Bosco desde las almenas), un afilador para los instrumentos médicos de Picarbo, algunas hierbas que le había visto usar en el tratamiento de las heridas, finas agujas, hilo, un ovillo de cuerda... Buscó por los armarios, pero la mayor parte no contenían más que bandejas ocupadas con fragmentos disecados de cuerpos femeninos. Por supuesto, Cale no podía reconocer la mayoría de ellos. No es que necesitara justificarse por haber matado a Picarbo, un hombre al que había visto pegando a tantos niños en castigos rituales, e incluso matando a uno de ellos. Pero aquellos fragmentos corporales meticulosamente disecados le producían al mismo tiempo asco y terror.

Entonces probó a abrir una de las puertas que había en la estancia, evitando, al hacerlo, mirar a la pobre muchacha que se encontraba en la mesa de disección.

Abrió la puerta, y de inmediato le atacó las fosas nasales un fuerte hedor a sacerdote. Ya había notado que siempre que se encontraba en un lugar cerrado entre más de dos redentores, estos olían raro, lo que equivale a decir mal. Pero aquel cuarto parecía imbuido, en sus propias paredes, de aquel hedor: algo rancio, como si todo en su interior, hasta el propio espíritu, se hubiera echado a perder. Al salir, no quería mirar el cuerpo de la chica, pero algo le empujó a hacerlo. Observó solo un instante las meticulosas heridas infligidas a aquella hermosa mujer. Sintió brotar en su interior un inusual sentimiento de piedad, provocado por el hecho de que algo tan suave y delicado hubiera sido destrozado de aquel modo. Entonces distinguió sobre el disco de metal el objeto pequeño y duro que el Padre Disciplinario había sacado del estómago de la muchacha, justo antes de que Cale abandonara la estancia por primera vez. No se trataba de un hueso, ni de nada que pareciera truculento: tenía la forma y la textura de un pequeño guijarro alisado por una larga exposición a las rápidas aguas de un arroyo. Era lechoso, transparente y de color marrón dorado. Con cautela, lo tocó con el dedo índice. A continuación lo cogió, lo observó y lo acercó a la nariz. El aroma casi lo aturde, como si cada célula de su cerebro quedara embargada de aquel perfume extraño y maravilloso. Permaneció un instante en pie, mareado, a punto de desvanecerse. Pero no podía quedarse allí más tiempo. Respiró hondo y siguió buscando, cogió algunas otras cosas para llenar la mochila que pensó que podían resultar útiles, otras que simplemente le gustaron por su aspecto, y, a continuación, salió por la puerta y se dirigió a su escondite.

Capítulo 7

Cale había estado planeando su fuga durante casi dos años. Desde luego, no se trataba de un plan que fuera a poner en práctica si podía evitarlo, pues las posibilidades de éxito eran muy escasas. Los redentores removían cielo y tierra para capturar a los fugitivos, cuyo castigo era ser colgados, descoyuntados y descuartizados. Nadie, que supiera Cale, había logrado escapar nunca de los Perros del Paraíso, y su plan de fuga a largo término requería paciencia, esperar hasta que tuviera veinte años y lo enviaran a la frontera y aprovechar la ocasión cuando se presentara. Aun así, pensó que había hecho bien en prepararlo. Al pasar sigilosamente por el deambulatorio, trataba de no pensar en las posibilidades de éxito que tenía. Sin embargo, no podía evitar arrepentirse por el alto coste de su intervención, pues salvar a la muchacha había sido algo sin sentido. Todo lo que había conseguido era una muerte casi segura para sí, para Henri el Impreciso y para Kleist. ¡Menudo imbécil! Respiró hondo y trató de tranquilizarse. Pero ella le había dado tal impresión de felicidad la noche anterior, con aquella sonrisa tan... ¿tan qué? Era difícil describir lo que sentía sobre la felicidad, viendo a alguien que era realmente feliz. Eso era lo que había pasado por su mente mientras intentaba marcharse, pero siguió allí, en el oscuro corredor, temblando de horror por lo que acababa de presenciar en la estancia del Padre Disciplinero, temblando ante aquella crueldad espantosa. Eso le había puesto furioso, que era algo a lo que estaba acostumbrado, pero en aquella ocasión, por primera vez en su vida, se había dejado llevar por su furia. Y, sin embargo, no había hecho bien, pensó para sus adentros. Ni muchísimo menos.

Llegó. Se encontraba ante un pequeño nicho fuera del deambulatorio principal, que tenía un agujero en un extremo, que era no tanto una entrada como simplemente un espacio donde el muro interno no moría completamente en la muralla del edificio principal. Se metió de costado por aquel agujero, tomando aire y forcejeando para poder pasar. Unos meses más tarde, Cale habría crecido ya demasiado para caber por él. Pero ahora todavía podía introducir la mano y aferrarse a un hueco que había hecho él mismo en el muro cuando era más pequeño, y de ese modo se ayudó para pasar completamente al otro lado. Allí estaba demasiado oscuro para poder ver, pero el espacio era diminuto, y el escondite le resultaba familiar incluso al tacto. Se puso en cuclillas y tiró de un ladrillo suelto, y después del que había al lado, y a continuación corrió dos medios ladrillos que descansaban encima.

Entonces metió la mano y sacó una larga sogá trenzada con enorme habilidad, al final de la cual había un gancho de hierro. Se levantó y volvió a salir por el hueco.

De nuevo en el nicho, se quedó escuchando por unos instantes. No se oía nada. Levantó la mano y palpó la áspera superficie de la muralla principal, y sujetó el gancho a una hendidura que había hecho unos meses antes, al terminar de trenzar la sogá. Esta sogá no estaba hecha de yute ni de sisal, sino del pelo de los acólitos y redentores que había recogido de los lavabos durante los años en que se había encargado de limpiarlos: una tarea desagradable, sin duda, que le había provocado muchas náuseas, pero a la cual él se había aferrado como se aferra un condenado a una pequeña posibilidad de vivir. Tiró de la sogá para asegurarse de que había quedado bien fija. Entonces, con una fuerza sorprendente para un muchacho de catorce años, empezó a subir por ella, metiéndose por entre los dos muros del nicho, apoyando la espalda en uno de ellos y los pies en el otro, y a continuación desprendió el gancho de la grieta en la que estaba sujeto, y lo enganchó lo más arriba que alcanzaba para volver a repetir la acción. Durante la hora siguiente, moviéndose no más de sesenta centímetros cada vez, y en ocasiones menos, se fue abriendo camino hasta las almenas del Santuario.

Al llegar a la cima, soltó un gruñido que era a la vez de agotamiento y de alegría. Se quedó allí tendido cinco minutos con los brazos muertos, sin que hubiera otra señal de vida en ellos que la del dolor que experimentaban. Pero no se atrevió a quedarse más tiempo. Recogió la sogá y sujetó el gancho en la grieta más profunda que pudo encontrar. Entonces fue dejando caer la sogá al otro lado.

Esperaba que sonara al caer al suelo, pero no pudo sacar nada en claro del ruido que hizo al balancearse arriba y abajo. La sogá era bastante más larga que la altura de la muralla del Santuario, pero cabía la posibilidad de que aquel lado del muro hubiera sido construido sobre un precipicio.

Miró abajo, hacia la insondable oscuridad, se detuvo un momento y después se deslizó por el borde. Entonces buscó la sogá con la mano derecha y tiró de ella para que el gancho quedara bien agarrado a la grieta. Con una mano en la muralla, y la otra tensando la sogá, se detuvo, comprendiendo lo aterradora que era la situación en que se hallaba. «Pero mejor es pasar por esto que ser ahorcado y freído». Y con este consuelo, tensando la sogá, empezó a descender con mucho sigilo por la muralla.

Con las piernas cruzadas sobre la sogá, Cale se fue dejando caer palmo a palmo. Aquella era la parte fácil, porque su peso hacía todo el trabajo por él. Naturalmente, se habría sentido exultante si no fuera por el hecho de que la sogá no había sido probada antes, y podría partirse o bien cortarse al frotar contra la muralla. Y también por la desagradable idea de que podía no ser lo bastante larga, y podría quedarse colgando tal vez a treinta metros del suelo. Y aun cuando solo fueran tres, serían suficientes para partirse una pierna, si caía sobre roca. Pero ¿de qué servía preocuparse? Ya era demasiado tarde.

Tardó menos de cinco minutos en alcanzar el nudo de la soga que le indicaba que solo quedaban quince metros. Y un poco después, pasó el que indicaba que quedaban tres. Y por fin encontró el último nudo, el del final.

No había alternativa. Siguió su camino tras el nudo, hasta que solo quedó agarrado a él por una mano.

A la una, a las dos, a las tres: se soltó.

Capítulo 8

Cada pocos minutos, Kleist y Henri el Impreciso encendían la vela que Cale le había robado al Padre Disciplinario, y observaban a la muchacha, pues habían llegado a la conclusión de que era preferible echarle de vez en cuando un vistazo. Al fin y al cabo, disponían de nueve velas, así que podían permitírselo. Habían visto a hombres que se quedaban mudos como le había pasado a aquella chica, con aquella misma mirada que no veía nada. Generalmente se trataba de muchachos a los que les habían dado más de cien golpes. Si seguían de aquel modo más de unos pocos días, los redentores se los llevaban y no volvían nunca. Los que se recobraban solían ponerse a chillar en medio de la noche, durante semanas e incluso meses. En el caso de Morto, la cosa había durado años. Y después también desaparecían.

Ese era el motivo, se decían, por el que encendían la luz para ver qué tal iba la muchacha, pues si empezaba a chillar corrían el riesgo de que alguien la oyera.

Cada vez que encendían la vela, Henri el Impreciso le decía a la muchacha: «Todo irá bien». Ella no respondía de ningún modo, salvo poniéndose a temblar de vez en cuando. La tercera vez que encendieron la vela, Henri recordó algo de su lejano pasado, una palabra que le vino a la cabeza, algo consolador que había oído una vez y olvidado hacía mucho:

—Vamos, vamos —empezó a decirle—. Vamos, vamos. Pero, aparte de vigilar cómo seguía la muchacha, tenían otro motivo para encender la vela cada poco: que querían volver a verla. Habían llegado los dos al Santuario con siete años, y toda su vida anterior les resultaba tan remota como la luna. Los padres de Henri el Impreciso habían muerto al poco de nacer él; los de Kleist lo habían vendido por cinco dólares a los redentores, y habían sido con él solo un poco menos brutales que ellos. Ninguno de los dos había visto a chica ni mujer alguna desde el día en que atravesaron las grandes puertas del Santuario, y todo cuanto habían oído de los redentores era que las mujeres eran el juguete del demonio. Si por casualidad se encontraban alguna cuando dejaran el Santuario para dirigirse a la frontera o al frente oriental, estaban obligados a bajar los ojos inmediatamente. «¡El cuerpo de la mujer es un pecado en sí mismo que clama a los cielos pidiendo venganza!». Solo había una mujer a la que se miraba sin disgusto ni alarma: a la madre del Ahorcado Redentor, la cual (única en su sexo) era pura. Ella era fuente de compasión, consuelo y perpetuo socorro, aunque los muchachos no tenían ni idea de qué significaran esas virtudes, dado que nunca se

las habían encontrado en su camino. Sobre lo que implicaba el hecho de que las mujeres fueran el juguete del demonio, los redentores eran igualmente imprecisos. Como resultado, Kleist y Henri se encontraban impelidos a vigilar a la muchacha con una intensa curiosidad que era mezcla de miedo y sobrecogimiento. Quienquiera que pudiera provocar en los redentores éxtasis semejantes de odio y aversión tenía que tener un gran poder, y por lo tanto había que tenerle miedo, aunque no pudieran imaginar por qué.

Por el momento, tal como la veían a la luz de la vela, temblorosa y aterrorizada, aquella muchacha no parecía muy de temer. Muy al contrario, resultaba fascinante. Para empezar, su forma era algo extraordinario. Llevaba un vestido suelto de lino, muy delicado, mucho mejor que los de los chicos, y lo llevaba atado a la cintura con un cordón.

Kleist le hizo a Henri el Impreciso un gesto para que se alejara un poco de la chica, y acercó la cabeza hacia su oído para susurrarle:

—Esos bultos que tiene en el pecho, ¿tú sabes qué son? —le preguntó.

Henri el Impreciso, con toda la deferencia posible, dado que no tenía ni idea de cómo comportarse con una mujer, acercó la vela hacia sus pechos y los observó detenidamente.

—Ni idea —susurró al fin.

—Debe de estar gorda —susurró Kleist—. Como el cerdo Vituallen). —Por supuesto, no había niños gordos en el Santuario. No sobraba un gramo entre los diez mil.

Henri pensó en ello.

—El Vituallero está redondo y fofo. Ella tiene entrantes y salientes...

—Vamos a ver, pues —dijo Kleist.

Henri el Impreciso pensó en ello un instante.

—No, creo que deberíamos dejarla en paz. Debe de haberle dado una paliza.

Kleist suspiró hondo mientras miraba a la muchacha.

—No tiene pinta de aguantar una paliza. Por lo menos no una de las que da Picarbo.

—De las que daba —corrigió Henri el Impreciso. Ambos gruñeron con una satisfacción que resultaba extraña, dado que su muerte los había puesto en tal peligro—. Me pregunto por qué le pegaría.

—Seguramente —dijo Henri el Impreciso—, por ser el juguete del demonio.

Kleist asintió. Eso tenía sentido.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Henri el Impreciso, y no por primera vez, pero ella siguió sin responder—. Me pregunto cuánto tardará Cale —comentó a continuación.

—¿De verdad crees que tendrá un plan?

—Sí —dijo Henri el Impreciso con total seguridad—. Si lo ha dicho, es por algo.

—Bueno, me alegro de que estés tan seguro. A mí me gustaría estarlo.

Entonces la muchacha dijo algo, pero tan bajo que no pudieron oírla.

—Eh, ¿qué has dicho? —preguntó Henri el Impreciso.

—Riba. —Respiró hondo—. Me llamo Riba.

Capítulo 9

Al descender, inmerso en la impenetrable oscuridad, se hicieron realidad las dos cosas que más temía Cale: en primer lugar, sus pies dieron con el nudo que había hecho al final de la sogá, en tanto él seguía en el aire, sin idea de la distancia que quedaba hasta el suelo; en segundo lugar, comprobaba que la tensión estaba resultando excesiva para el gancho de hierro que aguantaba el peso de su cuerpo, sujetando la cuerda a una grieta que había en lo alto de la muralla. Incluso a la distancia en que se encontraba, percibía con claridad que el gancho empezaba a ceder.

«Vas a caer quieras o no», se dijo, e impulsándose con ambos pies para alejarse de la muralla, y levantando los brazos para protegerse la cabeza, se soltó y cayó.

Bueno, si es que se le puede llamar caer a hacerlo desde medio metro de altura. Aun así, es terrible la impresión de aterrizar cuando uno no sabe desde qué altura cae. Pero Cale cayó de pie y, entusiasmado, levantó las manos con sensación de triunfo. Entonces sacó una de las velas que le había cogido al Padre Disciplinario e intentó encenderla con pedernal y musgo seco. Al final consiguió que saliera una llama con la que encender la vela, pero cuando la levantó en la vasta oscuridad, su luz era tan pobre que apenas le daba para distinguir nada. Entonces el viento la apagó.

La oscuridad era absoluta. Las estrellas no podían transmitir nada de luz porque las tapaban las nubes, y lo mismo pasaba con la luna. Si intentaba caminar, caería, y cualquier herida que le obligara a huir más despacio, aunque no fuera de gravedad, significaría la muerte. Lo más sensato era esperar las dos horas que quedaban hasta que apuntara el alba. Tras tomar esa decisión, se envolvió bien en su hábito, se tendió en el suelo, y se quedó dormido.

Casi dos horas después, abrió los ojos para comprobar que el alba le ofrecía la luz suficiente para ver a su alrededor. Miró atrás, a la sogá que colgaba de la muralla, señalando el camino por el que él comenzaba su huida como si se tratara de un larguísimo dedo índice. Pero no podía hacer nada para remediarlo, solo lamentar que tuviera que dejar allí algo que le había costado dieciocho meses de trabajo y muchas arcadas. Parecía, aunque Cale no hubiera visto nunca tal cosa, una cola de caballo de sesenta metros de largo. Se volvió, y bajo la luz naciente empezó a caminar por la roca que descendía, sin camino alguno, de la Colina del Santuario, contento al pensar

que todavía faltaría una hora hasta que hallaran el cadáver del Padre Disciplinario y, con un poco de suerte, otras dos hasta que encontraran la soga.

Pero no podía contar con la suerte. El criado del redentor Picarbo había descubierto su cuerpo media hora antes del alba, y sus gritos histéricos habían despertado ya al Santuario entero, con todo lo grande que era, que en pocos minutos vivía un enorme revuelo. Rápidamente, habían hecho levantarse a los acólitos de todos los dormitorios para pasar lista, y habían descubierto que faltaban tres.

El redentor Brunt, que era el monje encargado de los perros, y tenía a su cargo capturar a los poquísimos acólitos que lograban fugarse, fue enviado de inmediato ante el redentor Bosco, y se le hizo pasar a sus aposentos, sin pérdida de tiempo, por primera vez en su vida.

—Quiero a los tres vivos, lo que implica que debéis hacer todo lo necesario para aseguráros de ello.

—Por supuesto, Padre Militante. Yo siempre...

—Ahorraos las explicaciones —interrumpió Bosco—. No os estoy pidiendo que hagáis nada, os lo estoy ordenando. Si mueren Kleist y Henri, pase. Sin embargo, a Thomas Cale no se le hará daño bajo ninguna circunstancia, o de lo contrario responderéis con vuestra propia vida.

—¿Puedo preguntar por qué, Padre?

—No.

—¿Qué les digo a los demás? No comprenderán nada, y la ira se ha apoderado de ellos.

Bosco comprendió lo que Brunt insinuaba. La santa ira podía apoderarse incluso del más obediente redentor cuando tenía delante a un acólito que había hecho algo tan inimaginable y horrible. Lanzó un suspiro de irritación.

—Podéis decirles que Cale está trabajando a mi servicio, y que se ha visto obligado a huir con esos asesinos mientras intentaba descubrir una terrible conspiración que incluye una trama de los antagonistas para asesinar al Supremo Pontífice. —Aquella era, pensó Bosco, una historia bastante lamentable, pero funcionó con Brunt, que al instante palideció horrorizado. Brunt se distinguía por su ciega brutalidad, que sobresalía incluso de lo que era normal entre los encargados de los perros. Pero era evidente la protección que brindaba el temor al Pontífice, un temor como el que inspira una madre a su hijo pequeño.

No tardaron en encontrar la soga de pelo hecha por Cale. Se la dieron a oler a los Perros del Paraíso, y entonces se abrieron las grandes cancelas para dejar salir a una partida de caza que empezó a perseguir a Cale, que les sacaba menos de ocho kilómetros de ventaja. Aunque al menos en un aspecto importante su plan estaba teniendo éxito: a nadie se le ocurrió la posibilidad de que hubiera escapado tan solo uno de los tres acólitos, y por eso no se hizo registro alguno por el interior del

Santuario. Por el momento, Henri el Impreciso, Kleist y la muchacha se encontraban a salvo. Suponiendo, claro está, que Cale mantuviera su promesa.

Cale había recorrido otros seis kilómetros para cuando oyó el lejano sonido de los perros, que atravesaba la distancia. Se detuvo y escuchó en el silencio. Durante un momento no percibió sino el arañazo del viento en la roca arenisca. Pero entonces comprendió que se encontraba en situación muy apurada, y que lo que temía iba a ocurrir más bien pronto que tarde. Lo que oía consistía en un ruido extraño, agudo, que no se parecía a los ladridos de la jauría que podéis haber oído vosotros mismos, sino que era más bien un constante aullido de rabia, algo que sonaba como un cerdo al que le cortaran el cuello con una sierra oxidada. De hecho, aquellos perros eran gordos como cerdos, y tenían peor humor incluso que un jabalí, además de unos cuantos colmillos que parecían puestos en la boca por el más inútil y vengativo carpintero del infierno. El sonido se apagó cuando miró a ver si había alguna señal del oasis de Voynich. Nada sobresalía de la interminable extensión de montículos, que eran como costras producidas por una enfermedad, que daban su nombre al Malpaís. De nuevo volvió a correr, ahora más rápido que antes. Había un largo trayecto que salvar, y con los perros tan cerca, sabía que tendría suerte si conseguía pasarlo antes del mediodía. Si corría demasiado despacio, lo atraparían los perros; si lo hacía demasiado rápido, el agotamiento acabaría con él. Pero dejó de pensar en eso, y escuchó tan solo el ritmo de su propia respiración.

M—¿Cuánto tiempo llevas aquí, Riba?

Durante un rato, dio la impresión de que no había oído a Henri el Impreciso, pero después lo miró como si le costara esfuerzo verlo con claridad.

—Llevo aquí cinco años. —Los muchachos se miraron uno al otro, sorprendidos.

—Pero ¿por qué estás aquí? —preguntó Kleist.

—Vinimos aquí para prepararnos como novias —respondió ella—. Pero nos engañaron. Ese hombre mató a Lena y estaba a punto de hacer lo mismo conmigo. ¿Por qué? —preguntó, perpleja—. ¿Por qué puede hacer alguien una cosa así?

—No lo sabemos —respondió Kleist—. No sabemos nada sobre vosotras. No teníamos ni idea de vuestra existencia.

—Empieza por el principio —le pidió Henri el Impreciso—. Dinos cómo llegaste aquí, de dónde eres.

—Puedes tomarte tu tiempo —dijo Kleist—. Tenemos mucho.

—Va a volver, ¿no? El otro...

—Se llama Cale.

—¿Va a volver...?

—Sí —dijo Henri el Impreciso—. Pero puede que tengamos que esperar bastante.

—No quiero esperar —repuso ella, furiosa—. ¡No quiero!

—Baja la voz.

—No quiero...

No era solo que Kleist no tuviera ni idea de cómo tratar a un miembro del sexo opuesto, sino que tampoco sabía cómo reaccionar ante alguien que se comportaba de manera tan emotiva. En el Santuario, expresar el enojo de aquella manera incontrolada le acarreaba a uno una estancia permanente en el camposanto de Ginky, al fondo de un agujero de un metro de profundidad. Kleist quiso hacerla callar, pero Henri le tiró del brazo.

—Tienes que tranquilizarte. Cale volverá y te llevaremos a algún lugar seguro. Pero si nos oyen, nos matarán. Tienes que entenderlo.

Ella lo miró por un momento, temiendo enloquecer. A continuación, asintió con la cabeza.

—Dinos de dónde vienes y por qué estás aquí. Todo lo que sepas.

Muy nerviosa, Riba se levantó. Era una muchacha alta y bien formada, aunque llenita. Se volvió a sentar y respiró hondo para tranquilizarse.

—La madre Teresa me compró en el mercado de siervos de Menfis cuando tenía diez años. También compró a Lena.

—¿Eres una esclava? —preguntó Kleist.

—No —respondió la chica de inmediato, sintiendo vergüenza e indignación—. La madre Teresa nos dijo que éramos libres y que podíamos irnos cuando quisiéramos.

Kleist se rio:

—Entonces ¿por qué no lo hicisteis?

—Porque era buena con nosotras, nos hacía regalos y nos mimaba como si fuéramos unos gatos de Angora. Nos daba de comer cosas deliciosas, nos enseñaba a ser novias, y nos decía que cuando estuviéramos preparadas llegaría un rico caballero de armadura resplandeciente que se enamoraría de nosotras y nos cuidaría toda la vida. —Se paró, casi sin aliento, como si aquello que contaba fuera la realidad, y los horrores de los últimos días, tan solo un sueño. Y estuvo bien que lo hiciera, porque nada de lo que decía tenía sentido para los muchachos.

Henri el Impreciso se volvió hacia Kleist.

—Va contra la fe poseer esclavos.

—No entiendo nada. ¿Por qué iban a comprar una chica los redentores y tratarla de esa manera, para después descuartizarla como...?

—¡Cállate! —Henri miró a la muchacha, pero en aquel momento ella no escuchaba porque estaba perdida en su propio mundo. Kleist lanzó un suspiro de irritación. Henri el Impreciso lo apartó y bajó la voz—, ¿Cómo te sentirías si fueras tú el que hubiera tenido que ver que le hacían eso a alguien con quien has vivido cinco años?

—Daría gracias a mi buena estrella porque hubiera aparecido un tonto como Cale para rescatarme. No tienes por qué seguir preocupándote por ella en vez de hacerlo por nosotros. ¿Qué es ella para nosotros, o nosotros para ella? Dios sabe que todos tenemos lo que nos depara el destino, no hay necesidad de ir a buscarlo.

—Lo hecho, hecho está.

—Pero esto no está hecho, ¿verdad?

Como eso era cierto, Henri el Impreciso se calló y se quedó un momento en silencio.

—¿Por qué los redentores, precisamente —preguntó finalmente, en un susurro—, iban a traer al Santuario a alguien que es el juguete del demonio, lo iban a alimentar, lo iban a cuidar y le iban a contar maravillosas mentiras para después cortarlo en trozos mientras aún sigue con vida?

—Porque son unos hijos de perra —respondió Kleist de mal humor. Pero no era ningún idiota, y la pregunta le interesaba—.

¿Por qué han multiplicado el número de acólitos por cinco, tal vez incluso por diez? —Lanzó una maldición, y se sentó—. Dime una cosa, Henri.

—¿Qué...?

—Si supiéramos la respuesta... ¿te sentirías mejor o peor? —Y diciendo esto, se calló definitivamente.

Cale orinaba por el borde de uno de los montículos del Malpaís, que estaba medio derrumbado. Los aullidos de los perros se oían ahora cerca y de manera continua. Terminó de hacerlo, con la esperanza de que el olor de la orina los alejara de su verdadero trayecto durante unos minutos. Pese al descanso que acababa de tomarse, le costaba respirar, y los muslos le pesaban y empezaban a tirar de él hacia el suelo. Por los cálculos que había hecho a partir del mapa que había en la oficina del redentor Bosco, ya tenía que haber llegado al oasis. Pero aún no había ni rastro de él, y hasta donde le alcanzaba la vista solo podía ver montículos, rocas y arena. Solo entonces encaró la posibilidad a la que le había estado dando vueltas desde el momento en que encontró el mapa: que se tratara de una trampa tendida por el Padre Militante.

No había ya motivo para tratar de reservar fuerzas: los perros se le echarían encima en unos minutos. Que no hubieran dejado de aullar ni por un momento significaba que o no habían encontrado el rastro de la orina, o lo habían ignorado. Corrió todo lo que pudo, aunque estaba demasiado cansado, después de cuatro horas, como para ir mucho más rápido.

Ahora los perros aullaban, a punto de lanzarse a matar, y Cale había empezado a ir más despacio porque comprendía que lo iban a pillar de todas maneras. Le costaba trabajo respirar, como si la arena le raspaba en los pulmones. Empezó a dar traspiés. Cayó.

En un instante volvió a ponerse en pie, pero al caer había mirado a su alrededor. Seguían presentes las mismas rocas y los mismos montículos, pero ahora en la arena había largos hierbajos y trozos de hierba tupida. Agua. Inmediatamente, aumentó el aullido de los perros, como si los azuzaran con un látigo. Cale echó a correr en busca del oasis, con la esperanza de estar dirigiéndose a él y no solo bordeándolo, pues de ser así le aguardaría más desierto y muerte.

Pero la hierba y la maleza se volvían más espesas. Saltó por encima de una peña alargada, y se volvió a caer. Allí, ante él, tenía el oasis de Voynich. Los perros aullaban más fuerte aún al ver que la cacería llegaba a su punto culminante. Cale siguió corriendo, pero tropezó. Su cuerpo empezaba a rebelarse. Sabía que no debía mirar hacia atrás, pero no pudo evitarlo. Los sabuesos salían por la peña como carbones que se desparraman de un saco, ladrando y aullando de ansia de destruirlo, interponiéndose unos en el camino de otros, gruñéndose y mordiéndose por llegar los primeros.

A duras penas seguía corriendo, mientras los perros avanzaban hacia él en una vorágine de patas y colmillos. Entonces penetró entre los primeros árboles del oasis. Uno de los perros, más rápido y feroz que los otros, se abalanzó sobre él. La criatura sabía cuál era su deber: alcanzó el talón de Cale con la zarpa delantera, y lo derribó.

Y ahí habría acabado todo si no fuera porque, demasiado ansioso de cobrar su presa, también el perro había perdido el equilibrio y, poco acostumbrado a la superficie húmeda y suelta del oasis, no fue capaz de afirmarse, y se fue de cabeza, dando una voltereta y chocándose contra un árbol, de lo que recibió un buen golpe en el lomo. Lanzó un aullido de furia, pero su desesperada ansia por ponerse en pie solo ponía las cosas peor para él mientras intentaba estabilizarse sobre el suelo. Para cuando consiguió hacerlo y volver a ponerse a la caza, Cale se encontraba ya a quince metros por delante. Sin embargo, esa ventaja no le duraría mucho, que el perro corría cuatro veces más rápido que él. Efectivamente, el perro acortó distancias, y estaba a punto de volver a saltar sobre su presa cuando el que saltó fue Cale, describiendo un largo arco en el aire para terminar zambulléndose en el lago con una enorme salpicadura.

El perro se detuvo en el borde, con miedo, aullando de rabia. Entonces otro perro llegó a su lado, y otro más, y todos lanzaban aullidos como si fuera el fin del mundo: aullidos de odio, furia y hambre.

Pasaron cinco minutos antes de que llegaran en sus ponis el explorador y los hombres que lo acompañaban, para encontrar a los perros en la orilla del agua. Seguían ladrando, pero ya no se veía nada. El explorador permaneció un rato en la orilla, mirando y meditando. Su cara, que nunca resultaba agradable de ver, estaba roja de frustración y celos. Al final habló uno de sus hombres.

— ¿Estáis seguro de que es él, Padre? Estos hijos de perra —dijo mirando a los perros—, no sería la primera vez que fueran persiguiendo a un ciervo o un jabalí.

—No habléis tan alto —dijo en voz baja Brunt, el Sabueso del Cielo—. Podría estar todavía aquí. Es un buen nadador, según tengo entendido. Poned guardas, y colocad a los perros más jóvenes en el perímetro del oasis. No escapará. Si está aquí, lo atraparemos. Pero no debe sufrir daño, vive Dios. —El caso era que Brunt no había contado a sus hombres nada de la fantasía del Bosco sobre la trama contra el Pontífice. No es que hubiera mentido a Bosco sobre la ira que sentían sus hombres. Era cierto que estaban furiosos, pero harían lo que fuera si él se lo mandaba. Ser el único redentor ordinario que estaba al corriente de la terrible amenaza que se había cernido sobre el Pontífice le hacía sentir un amor aún más hondo por Su Santidad, y no quería despilfarrar ese amor compartiéndolo con otros.

Hizo un gesto, nada más que un ligero movimiento de la cabeza hacia arriba y abajo, y de inmediato empezaron a moverse los hombres que lo rodeaban. En menos de una hora el perímetro estaba completamente cerrado. Cale no tendría escapatoria del oasis. Pero, afortunadamente, en su plan no estaba la idea de escapar.

En el pasillo secreto del Santuario, Riba se había quedado adormecida. Kleist se dedicaba a cazar ratas, y Henri el Impreciso contemplaba a la muchacha, intrigado con sus extrañas curvas y experimentando, junto al hambre y al miedo, sensaciones desconocidas. Lo que es miedo, motivos para tenerlo no le faltaban. Los redentores no cejarían hasta atraparlos, no importaba lo que les costara, y cuando los atraparan, harían con ellos un escarmiento que durante los siguientes mil años helaría la sangre de las venas de todos y cada uno de los acólitos, les provocaría vuelcos al corazón y les pondría los pelos de punta como las púas de un puercoespín. Su muerte resultaría tan cruel y dolorosa que con el tiempo se convertiría en una leyenda.

Pese a mantenerse ocupado con las ratas, Kleist albergaba pensamientos parecidos. Y compartían también otra idea: la creciente sospecha de que Cale se hallaba a mitad de camino hacia Menfis y que no regresaría nunca. Kleist expresaba estos recelos alto y claro, pero también Henri el Impreciso tenía sus dudas sobre lo que haría Cale. Siempre había querido ser amigo de Cale, aunque no sabía realmente por qué. Tenía miedo del anatema lanzado por los redentores contra la amistad, que volvía a los acólitos cautelosos unos con otros, en parte porque los redentores ponían trampas. Los sacerdotes entrenaban a ciertos chicos, conocidos como «pollos», que caían bien y tenían cierta capacidad para la traición, para caer aún mejor. Estos «pollos» invitaban a los incautos a intercambiar confidencias, hablando, practicando juegos y dando otras pruebas de amistad. Los que respondían a estas invitaciones recibían delante de todo el dormitorio treinta golpes propinados con un guante lleno de pinchos, y se les dejaba allí, sangrando, durante veinticuatro horas. Pero ni siquiera estos castigos evitaban que algunos acólitos se convirtieran en amigos y aliados en la gran batalla por mantenerse vivos o ser engullidos en la fe de los redentores.

Pero en lo que se refería a Cale, Henri el Impreciso no estaba nunca seguro de que su amistad fuera auténtica. Henri había hecho ante él exhibición de sus

impertinencias en el trato con algunos redentores, con la intención de impresionarle con su ingenio y temeridad. Pero durante meses había tenido la impresión de que Cale no se daba cuenta de lo que él hacía, o si se la daba, de que le importaba un pimiento. Su expresión era siempre la misma: de vigilancia y mutismo. Nunca expresaba emociones, independientemente de las circunstancias. Sus éxitos en los entrenamientos no parecían alegrarlo, del mismo modo que los duros castigos con los que Bosco le singularizaba por encima de los demás no le causaban dolor. No es que los acólitos le tuvieran exactamente miedo, pero tampoco caía bien. Nadie lograba entenderlo, porque no era ni de los rebeldes ni de los fieles. Todo el mundo lo dejaba en paz y, por lo que veía Henri, Cale prefería que las cosas fueran de ese modo.

—¿En qué piensas? —Era Kleist, de vuelta de su cacería de ratas. Sin cola, las piezas cobradas colgaban de una cuerda que llevaba a la cintura. Eran cinco. Deshizo el nudo, las dejó caer sobre una piedra, y empezó a desollarlas.

—Será mejor prepararlas antes de que despierte ella —dijo Kleist con una sonrisa—. No creo que las quiera asadas con la piel.

—¿Por qué no la dejas en paz?

—Sabes que por ella nos van a matar, ¿no? No es que tuviéramos muchas posibilidades, de cualquier modo. Tu amigo ya ha tenido doce horas para volver o...

—¿O qué? —le interrumpió Henri el Impreciso—. Si tienes idea de lo que hacer, explícamelo. Soy todo oídos.

Kleist dijo con desdén mientras empezaba a destripar las ratas:

—Si no fuera por las ganas que tengo de comérmelas, ahora me sentiría realmente mal. Me refiero a nuestras posibilidades. A las posibilidades de volver a ver a Cale.

Tras salir por uno de los lechos de juncos de la orilla del lago, Cale se había desplazado unos quinientos metros hacia el interior de las excavaciones. Durante quince años los redentores habían acudido al oasis para llevarse toneladas del fértil limo que se formaba bajo las copas de los árboles. Era algo mágico, capaz de hacer florecer las plantas hasta en la estéril tierra de los jardines del Santuario. Tan fértil resultaba que ello solo había permitido multiplicar por diez el número de acólitos a los que se podía dar entrenamiento. Pero Cale había descubierto otra propiedad en él. Un día que estaba trabajando en los jardines, vigilado por los perros que le ponían delante a rodo aquel que robaba, Cale se había parado un momento a descansar, y había sacado un trozo de pies de muertos que había encontrado en el suelo del refectorio. En cuanto lo olió, comprendió que no se le había caído a nadie, sino que lo habían tirado: estaba rancio y completamente incomedible. Vio que uno de los perros dormitaba allí cerca, y que su cuidador miraba hacia el otro lado. Se lo tiró, no

por hacerle una gracia, sino esperando que el animal, que como todos los sabuesos, se comería cualquier cosa, se lo tragaría y vomitaría: lo tendría bien merecido. El trozo de pies de muertos cayó justo al lado de la cabeza del perro, sobre un pequeño montón de limo del oasis. El perro se levantó al oírlo, alertado por el ruido. Pero pese al hecho de que tenía comida debajo del hocico, y se trataba de un hocico que podía oler el pis de un mosquito a mil metros de distancia, no miró a la comida ni por un momento. En vez de a la comida, miró a Cale, bostezó, se rascó y se volvió a echar y a dormirse. Después, cuando el perro y su guardián se habían ido, Cale cogió el trozo de pies de muertos y se lo acercó a la nariz. Olía que apestaba. Intrigado, cogió un puñado de limo y envolvió con él el trozo de pastel. Entonces volvió a olerlo, y se dio cuenta de que solo olía a turba. Había algo en el limo que conseguía algo más que enmascarar el olor de grasa podrida: lo hacía desaparecer. Pero solo mientras permanecía en contacto con él.

Durante los días siguientes, en el jardín, probó a hacer experimentos con los perros y el trozo de pies de muertos, a medida que se volvía más y más fétido. Ni una vez los perros consiguieron olerlo. Al final lo tiró al camino de pedernal después de limpiarlo bien de limo, y al cabo de un par de minutos, uno de los perros, atraído por el hedor, se lo tragó. Con gran satisfacción, Cale vio diez minutos después cómo vomitaba hasta las entrañas.

Era más peligroso que difícil encontrar referencia a las fuentes del limo en el archivo de Stupples. Allí había mapas y carpetas que él iba a menudo a buscar para el Padre Militante, y todo cuanto necesitaba hacer era aguardar con paciencia la oportunidad de coger la carpeta adecuada y tener un poco más de paciencia todavía para devolverla. Aunque no era probable que lo pillaran, las consecuencias de que lo hicieran serían desagradables, y tal vez fatales en el caso de que averiguaran que la sustracción de los documentos se debía a sus intenciones de fuga más que a un mero interés en la jardinería y los fertilizantes.

Poco después de salir del lago completamente empapado, aún podía oír los aullidos de los perros. Una vez en los árboles, ya era más difícil ser visto u olido, pero sabía que esa seguridad no duraría mucho. Casi en cuanto empezó a caminar se encontró en los terrenos de excavación de los redentores. La extracción de limo había dejado grandes hondonadas, más que zanjas rectas, porque el limo era demasiado blando para sostenerse en paredes verticales como la turba, pero no tan blando que al derrumbarse sobre un hombre no pudiera atraparlo y asfixiarlo, como dejaban claro los informes guardados en el archivo. Le alegró leer que una docena de redentores habían muerto en las extracciones, pero no le alegraba tanto mientras buscaba algo con lo que cavar y ocultarse de la vista y el olor.

Encontró el lugar adecuado en un pequeño hoyo que se hallaba en la base de uno de los montículos, excavó lo más hondo que se atrevió, acumuló algo de limo suelto de alrededor para que no pudieran ver señales de su reciente excavación, y se metió en el agujero, acercando después con cuidado el limo de arriba abajo. No le llevó

mucho tiempo, y se sentía vulnerable encontrándose tan cerca de la superficie, pero no se atrevía a cavar más hondo y arriesgarse a quedar enterrado por un derrumbe. Lo que intentaba recordar era que le bastaba con no ser visto ni oído. Pensaba que el punto débil de los redentores residía en la confianza que depositaban en los animales: para ellos, si los perros no olían nada, es que no había nada. Ni se molestarían en hacer un simple rastreo, porque no lo juzgarían necesario. Cale se tendió boca arriba e intentó dormir, comprendiendo que no podía hacer otra cosa. Necesitaba descansar. Y, en cualquier caso, no sería un sueño profundo: hacía mucho que se había acostumbrado a dormir con un ojo abierto.

Se adormeció, pero se despertó enseguida, al oír a los redentores y los perros, que aullaban y ladraban. Se iban acercando más y más. Los ladridos se habían convertido en meros resoplidos, porque los perros estaban rastreando, y no se lanzaban a una veloz persecución como antes. Se les oía más y más cerca, y uno de ellos olfateaba a tan solo unos centímetros de distancia. Pero el perro no se quedó allí mucho rato. ¿Por qué iba a hacerlo? El limo estaba cumpliendo su función, tapando todo olor salvo el suyo propio. Pronto dejaron de oírse los jadeos y ocasionales ladridos, y Cale se consintió un momento de alivio y alegría. Sin embargo, debía permanecer donde estaba unas cuantas horas. Se relajó y volvió a dormirse.

Cuando despertó, se encontraba rígido, por efecto de su larga carrera, y en especial le dolía la rodilla izquierda, donde tenía una vieja herida. Además, estaba helado. Sacó el brazo derecho y despejó el limo lo suficiente para ver que era de noche. Aguardó. Dos horas más tarde oyó cantar los pájaros y poco después llegó la luz del día. Salió lentamente, dispuesto a volver a esconderse si veía la menor señal de los redentores. Pero no había nada sino el sonido de los pájaros en los árboles, y el susurro de pequeños insectos en la maleza. Sacó una bolsa de lino que había cogido de la estancia del Padre Disciplinario y empezó a llenarla de limo, apretándolo bien para poder meter la mayor cantidad posible.

A continuación se lo echó a la espalda y salió en busca de los redentores y sus perros.

Los encontró tres horas más tarde. No le resultó difícil, porque había nada menos que veinte redentores y cuarenta perros. Además, ellos no tenían motivo para esconder sus huellas: nadie en trescientos kilómetros a la redonda se querría acercar a uno de ellos, aunque fuera solo. Ellos buscaban a los demás, pero los demás no los buscaban a ellos. Durante los diez minutos siguientes, Cale consideró la posibilidad de abandonar a los otros y huir a Menfis mientras estaba a tiempo. No le debía nada a Kleist, a Henri el Impreciso un poco más, a la muchacha aún menos. Como cuando cambia el pulpo de color ante la amenaza, y los rojos y amarillos se suceden bajo su piel como olas que van y vienen, Cale sentía tan pronto el impulso de irse como el de quedarse. Los motivos para desaparecer eran obvios, y los que tenía para volver eran vagos y oscuros, pero fueron estos últimos los que le empujaron, a regañadientes y blasfemando, hacia los perros y sacerdotes que seguían con su rastreo.

Aunque estaba cubierto de limo por todas partes, Cale permaneció a sotavento de los perros, y a casi un kilómetro de distancia del grupo. Dos horas después, tal como esperaba, cesaban en su búsqueda y se volvían hacia el Santuario. Cale sabía que no habían desistido: aquello no era más que el primer intento, una partida enviada a toda prisa para atrapar al fugitivo de inmediato. Generalmente daba fruto, pero si no lo daba, el grupo regresaba antes de treinta horas, y entonces salían no menos de cinco grupos para proseguir la búsqueda de manera indefinida. Aunque ninguna persecución se había prolongado eternamente. Dos meses era lo más que un fugitivo había logrado resistir sin ser atrapado, y su castigo fue más horrible de lo que puede contarse.

Conservando la distancia y manteniéndose a sotavento, Cale siguió a los redentores durante las siguientes doce horas, acercándose cada vez más, y alerta a cualquier señal de que los perros lo descubrían. Los siguió de regreso al Santuario, y para cuando llegaron allí, se encontraba ya tan cerca de ellos que todo lo que tuvo que hacer fue unirse al final del exhausto grupo y, con la capucha caída sobre la cara, seguir con ellos al traspasar, en la impenetrable oscuridad de la noche, las grandes puertas de la muralla. Al fin y al cabo, ¿quién, fuera niño o adulto, iba a querer entrar voluntariamente en el Santuario?

Al cabo de un día de espera en el túnel secreto, los tres estaban sentados, a oscuras, inmerso cada uno en sus pensamientos, que venían a ser siempre los mismos, siempre sombríos. Cuando oyeron un suave golpe en la puerta, se dirigieron hacia allí con esperanzas recobradas, pero al mismo tiempo con el temor de que se tratara de una trampa.

—¿Y si son ellos? —susurró Kleist.

—Si son ellos, entrarán por las buenas o por las malas, ¿no crees? —respondió Henri el Impreciso, y entonces se pusieron los dos a tirar de la puerta.

—Gracias a Dios que eres tú —le saludó Henri el Impreciso.

—¿Esperabais a alguien más? —preguntó Cale.

—Temíamos que pudieran ser ellos.

Era la primera vez que Cale oía a una mujer que le hablaba a él. Su voz era suave y baja, y si hubierais podido ver la cara de Cale en la oscuridad, habríais notado una expresión de intensa sorpresa y fascinación.

—Si los redentores vinieran por nosotros, pasarían sin llamar.

—Tal vez llamaran —observó Kleist, sin convicción—. Para tendernos una trampa. Cale cerró la puerta.

—Esto ya es una trampa.

—Ya hemos tenido suficiente —dijo Kleist—. Dinos qué has estado haciendo y si podremos salir vivos de aquí.

—Prended una vela, nos hará falta.

Al cabo de dos minutos, podían verse unos a otros a la suave luz de una vela que hacía la escena casi bella: los cuatro juntos, acurrucados.

—¿Qué es ese olor? —preguntó Henri el Impreciso. Cale dejó caer al suelo la bolsa de limo—. Los perros no os olerán si os frotáis con esto todo el cuerpo y la ropa. Mientras lo hacéis, os contaré lo ocurrido.

En otros lugares del mundo lo que siguió podría haber resultado embarazoso. La muchacha, sorprendida, estaba a punto de protestar que ella necesitaría privacidad, pero los tres muchachos le volvieron la espalda a ella, y cada uno a los demás. Quedarse desnudo en presencia de otro chico era un pecado que clamaba venganza a los cielos, como solía explicar el Padre Disciplinario. La verdad es que había muchos pecados que obligaban a los cielos a exigir a gritos que se tomaran sonoras represalias. Así que, por una arraigada costumbre, los muchachos se adentraron en la oscuridad antes de desvestirse. Y como la dejaron sola, Riba no podía encontrar a quien protestarle. Así que también ella cogió un puñado de aquel limo de olor acre e, igual que los demás, se internó en la oscuridad.

—¿Estáis listos? —preguntó con sorna la voz de Cale—. Entonces empiezo...

Cinco horas después, mientras la sucia luz del alba se abría paso en la oscuridad de la noche, Brunt ordenaba a sus quinientos hombres y perros salir del patio principal. Cuando salían, se les añadieron otros cuatro encapuchados al final de la última fila para acompañarlos por las puertas, por el camino de toba y hacia la llanura cubierta de maleza que había abajo. Allí, los redentores se separaron en grupos para dirigirse a los cuatro puntos cardinales.

Los cuatro se mantuvieron en la retaguardia de la columna que se dirigía al sur. Durante una hora permanecieron con ellos, caminando mientras el Preceptor entonaba la marcha de la vergüenza:

—¡Santo Redentor!

—¡CONDENA NUESTROS PECADOS! —fue la quejumbrosa respuesta de ciento cuatro voces.

—¡Santo Redentor!

—¡CASTIGA NUESTROS CRÍMENES!

—¡Santo Redentor!

—¡FLAGELA NUESTRA LUJURIA!

—¡Santo Redentor!

—¡GOLPEA NUESTROS...!

Y así siguió la cosa hasta un pronunciado recodo que trazaba el camino en torno a un montículo del Malpaís, cuando las ciento cuatro voces se redujeron a cien.

Desde las almenas, el Padre Militante había visto salir de la niebla a los quinientos hombres, y tras recorrer dos o tres kilómetros, los había visto dividirse en cinco grupos. Se quedó allí en pie hasta que el último se perdió de vista, y entonces regresó para dar cuenta de su desayuno favorito: un cuenco de negros callos con huevo cocido.

De no ser por Riba, los chicos hubieran hecho sesenta o setenta kilómetros antes de que anocheciera. Hermosa pero gordita, en los últimos cinco años apenas se había movido, y las únicas caminatas que había hecho habían sido de la camilla de masaje al baño caliente, y de este, cuatro veces al día, a una mesa repleta de hojas de parra rellenas, galantina de manos de cerdo, pasteles especiados, y cualquier cosa que podáis imaginaros que engorde mucho. Como consecuencia, le resultaba tan difícil caminar cincuenta kilómetros como hacerlos volando. Al principio, Cale y Kleist se irritaban y le decían que se moviera, pero cuando quedó claro que ni las amenazas ni los ruegos podían lograr que la pobre muchacha diera un paso más, se sentaron y Henri el Impreciso le pidió que les hablara de su vida cotidiana en los reinos ocultos del Santuario.

No era solo una maravillosa historia de lujos y comodidades, de mimo corporal, cuidados y calidez. Era, además, algo completamente incomprensible. Cada vez que Riba añadía un nuevo detalle, o contaba el modo en que ella y las otras chicas eran mimadas, consentidas, obsequiadas y malcriadas, los tres acólitos se quedaban más desconcertados pensando en por qué demonios los redentores daban semejante trato a nadie, y menos todavía a alguien que era juguete del demonio; y en que esta sorprendente bondad no casaba en absoluto con las horribles prácticas a las que habían sometido a la amiga de Riba, crueldades tan espantosas que los chicos no habrían juzgado capaces de ellas ni siquiera a los redentores. Pero tendría que transcurrir mucho tiempo antes de que ninguno de ellos pudiera empezar a casar las piezas de la terrible historia de la que los tres acólitos, Riba y el Padre Militante constituían solo una parte, especialmente desde que Cale metiera aquella cosa aromática que había encontrado en el plato de disección en uno de los bolsillos que casi nunca usaba, y se hubiera olvidado por completo de ella.

Pero tenían que tratar un asunto más urgente que el destino de la humanidad: cómo seguir vivos mientras transportaban a la hermosa pero corpulenta Riba. Hicieron quince kilómetros ese día que constituyeron una proeza de la fuerza de voluntad, dado que el trabajo más extenuante que había realizado Riba hasta

entonces era levantar un trozo de pollo frito para llevárselo a la boca, o darse la vuelta en la camilla de masaje para que le acariciaran la piel con espumas y ungüentos. No hará falta decir que esta determinación por parte de Riba no era muy apreciada por los tres muchachos. Exhausta, Riba cayó rendida en cuanto pararon para pasar la noche. Entonces, mientras comían la carne seca que había preparado Kleist, los muchachos discutieron qué hacer con ella.

—Lo mejor será que la dejemos aquí y nos vayamos —dijo Kleist.

—Morirá —observó Henri el Impreciso.

—Le dejaremos agua. Afrontémoslo —dijo Kleist observando su cuerpo gordito—, pasará bastante tiempo hasta que se muera de hambre.

—Morirá de todas formas, y si seguimos avanzando a este paso, nosotros lo haremos con ella. —Esta vez fue Cale el que habló, no tanto defendiendo un punto de vista como señalando un simple hecho.

Henri el Impreciso intentó el halago:

—Yo no lo creo, Cale. Mira: tú los has engañado completamente. Creen que estamos ya a muchos kilómetros de distancia. Seguramente pensarán que alguien nos ha ayudado a huir.

—¿Quién demonios nos iba a ayudar contra los redentores? —preguntó Kleist.

—¿Qué más da eso? Ellos piensan que hemos escapado. Y lo hemos hecho. Van a tardar mucho en entender cómo lo logramos, si es que llegan a entenderlo. Podemos permitirnos el lujo de ir despacio.

—Sería mucho mejor que no lo hiciéramos —observó Cale.

—A este paso nos cogerán —dijo Kleist—. Hará falta algo más que caca de tejón para mantenerlos apartados de nuestro rastro.

—Hemos pasado todo esto para salvarla. Ahora no podemos dejarla morir.

—Sí, claro que podemos —dijo Kleist—. Lo más piadoso que podemos hacer es rebanarle el cuello mientras duerme. Será lo mejor para ella y para nosotros.

Cale soltó un leve suspiro que no era realmente de lamentación.

—Henri tiene razón. ¿Qué sentido tiene dejarla morir ahora?

—¿Qué sentido tiene? —gritó Kleist, exasperado—. El sentido, capullos, es que escapemos. Que recobremos la libertad. Para siempre.

Los otros dos no dijeron nada. Tenía bastante razón.

—A votación —propuso Henri el Impreciso.

—No, nada de votos. Usemos el cerebro.

—A votación —aceptó Cale.

—¿Para qué molestarse? Vosotros lo tenéis claro. Nos quedamos con la chica.

Se hizo un silencio malhumorado.

—Hay algo más que deberíamos hacer —dijo Cale al fin.

—¿Ahora qué? —gruñó Kleist—. ¿Vamos a buscar plumas de ganso para hacerle un colchón a la putilla gorda?

—Baja la voz —dijo Henri el Impreciso. Cale no le hizo caso a Kleist.

—Tenemos que decidir quién lo hace si nos atrapan los redentores.

Era una idea desagradable, pero sabían que tenía razón. Ninguno de ellos quería que lo llevaran vivo al Santuario.

—El que saque la pajita corta —propuso Henri el Impreciso.

—Aquí no hay pajitas —dijo Kleist, abatido.

—Entonces sacaremos piedras. —Henri el Impreciso buscó por el suelo y volvió con tres piedras de diferente tamaño. Se las mostró a los otros, que asintieron con la cabeza, mostrando su conformidad—. La más pequeña pierde. —Henri ocultó las piedras a la espalda, y levantó la mano izquierda delante de él, cerrando el puño. Hubo una pausa. Desconfiado como siempre, Kleist no tenía ganas de elegir. Cale se encogió de hombros y sacó la mano, con la palma hacia arriba y los ojos cerrados. Sin dejar que Kleist lo viera, Henri el Impreciso dejó caer la piedra y Cale cerró el puño en torno a ella. Abrió los ojos. Entonces Henri sacó las dos piedras que quedaban, una en cada puño. Kleist seguía reacio a tomar una decisión pensando que tal vez los otros, de algún modo que él no podía imaginar, le hacían trampa.

—Elige —dijo Henri el Impreciso, algo irritado, cosa rara en él. A regañadientes, Kleist tocó la mano derecha de Henri y cerró los ojos. Tenían ya una piedra cada uno.

—A la de tres. Una, dos y tres.

Abrieron el puño. Cale tenía en la mano la más pequeña.

—Bueno, al menos tenéis la seguridad de que se hará correctamente.

—No tienes de qué preocuparte, Cale. Yo tampoco habría tenido ningún problema en rebanarte el cuello.

Cale lo miró, aún con la sombra de una sonrisa.

—¿Qué hacéis? —Riba se había despertado y llevaba un rato observándolos. Kleist miró hacia ella.

—Hemos estado discutiendo a quién nos comemos primero cuando nos quedemos sin comida. —Le dirigió una mirada muy intencionada, como sugiriendo que la respuesta era obvia.

—No le hagas caso —dijo Henri el Impreciso. Solo estábamos decidiendo quién haría la primera guardia.

—¿Cuándo me toca? —preguntó Riba.

Los tres acólitos se sorprendieron del tono desafiante, casi irritado, con que lo había dicho.

—Tú necesitas descansar todo lo que puedas —dijo Henri el Impreciso.

—Yo puedo hacer mi parte.

—Por supuesto. Dentro de unos días, cuando estés más acostumbrada. De momento, necesitamos que estés lo más descansada posible. Es lo mejor, lo entiendes, ¿no?

Naturalmente, era difícil rebatir aquel planteamiento.

—¿Quieres comer algo? —preguntó Henri el Impreciso, levantando un trozo de rata seca. No tenía muy buen aspecto, en especial para una chica criada a base de cremas y pastas, pastel de pollo y deliciosas salsas. Pero estaba hambrienta.

—¿Qué es? —preguntó.

—Eh... carne —dijo Henri el Impreciso de manera muy imprecisa.

Se aproximó a ella y le acercó el trozo. Olía tal como sería de esperar. Riba arrugó de manera involuntaria su delicada nariz.

—Uf, no. —Y añadió rápidamente—: Gracias.

—Quedarse sin comer ese trozo no le hará daño —masculló Kleist hablando para sí, pero lo bastante alto como para que la chica lo oyera. Riba, sin embargo, no era consciente de no ser completamente perfecta en algún sentido, porque eso es lo que le habían estado diciendo toda la vida que era, y en cuanto a la observación de Kleist, aunque comprendía que era hostil, no entendía el insulto.

—Haré yo la primera guardia —dijo Cale, y al decirlo se volvió para subirse a lo alto de un montículo próximo. Los otros dos muchachos se tendieron en el suelo, y a los pocos minutos ya estaban durmiendo. Riba, sin embargo, no pudo tranquilizarse, y empezó a sollozar casi en completo silencio. Kleist y Henri el Impreciso no estaban para el mundo, pero Cale, desde lo alto del montículo, podía oír el sonido de su llanto, y no pudo pensar en otra cosa antes de que Riba se durmiera.

A la mañana siguiente, los muchachos despertaron a las cinco, como de costumbre, pero tal como estaban las cosas no tenía mucho sentido levantar el campamento.

—La dejaremos que duerma —dijo Cale—. Cuanto más descanse, mejor estará.

—Sin ella, podríamos estar ya a cien, tal vez a ciento cincuenta kilómetros de aquí —rezongó Kleist.

Un cuchillo se clavó en el suelo, a sus pies.

—Lo cogí de la estancia de Picarbo. Rebánale el cuello con él, si quieres. Lo que tú prefieras con tal de que dejes de rezongar. —Lo decía sin alterarse, nada enfadado. Kleist miró a Cale con ojos fríos y llenos de aversión. Entonces se apartó. Henri el Impreciso se preguntó si realmente estaría dispuesto a matar a la chica, o tal vez a usar el cuchillo contra Cale, o si simplemente le gustaba quejarse de lo que fuera. En cualquier caso, Cale fue lo bastante prudente como para evitar teñir de triunfo su voz al volver a hablar.

—Tengo una idea. Tal vez podamos aprovechar el problema que tenemos con la chica. —Kleist se volvió, huraño. Pero estaba escuchando—. Si no podemos poner distancia entre nosotros y las partidas de rastreo que van al este y el oeste, será mejor que les sigamos la pista para asegurarnos de que no nos tropezamos con ellos.

Se agachó, cogió el cuchillo y empezó a dibujar en la arena con él.

—Si Henri y la chica siguen avanzando hacia el sur en línea recta y no hacen más que veinte kilómetros al día, entonces Kleist y yo siempre sabremos dónde están con bastante precisión. Kleist puede ir al oeste y yo al este, al encuentro de las dos partidas que están más cerca. Hizo un gesto para indicar la línea recta que había trazado para el recorrido de Henri y Riba—. Si nos parece que Henri y Riba se están acercando demasiado a las partidas, que irán zigzagueando, entonces volvemos y nos los llevamos en dirección opuesta.

Kleist tenía sus dudas.

—Supón que tú vuelves y les haces rectificar el rumbo. ¿Cómo os encontraré yo si no estáis donde estaba previsto?

Cale se encogió de hombros.

—En ese caso, tendrás que decidir si buscarnos o dirigirte a Menfis por tu cuenta. Y esperarnos allí el tiempo que te parezca conveniente.

Kleist hizo un gesto de desdén, y apartó la mirada. Era su forma de mostrarse de acuerdo.

—¿A ti te parece bien? —preguntó Cale, mirando a Henri.

—Sí —respondió Henri el Impreciso—. Hay muchas cosas que quiero que la chica me explique.

En cinco minutos, tras dividir la comida y el agua, Kleist y Cale se alejaban hacia el este y el oeste. Al cabo de otros cinco minutos se perderían de vista.

Henri el Impreciso estaba sentado, desayunando y mirando a la muchacha mientras dormía, observando su hermosa piel clara, los rojos labios, las largas pestañas y aquella sensación de hermosa paz. Seguía mirándola, fascinado, una hora después, cuando despertó. Al principio, al despertar y ver cómo la miraba desde un metro de distancia, ella se sobresaltó.

—¿No te ha dicho nadie que es de mala educación mirar fijamente?

—No —respondió Henri el Impreciso, con total sinceridad.

—Pues lo es.

Henri bajó la vista hasta los pies, y se sintió incómodo.

—Lo siento —dijo ella—. No era mi intención ser dura.

Al oír esto, Henri el Impreciso olvidó su incomodidad y estalló en una carcajada.

—¿Qué es lo que encuentras tan divertido? —preguntó, otra vez enojada.

—Para nosotros, duro es correr delante de quinientos tipos para terminar colgado.

—¿Qué quieres decir?

—Colgado por el cuello. Ya sabes, como el Ahorcado Redentor.

—¿Quién es el Ahorcado Redentor?

Aquella pregunta lo dejó sin palabras. La miró como si acabara de preguntar qué era el sol, o si los animales hablaban. No dijo nada durante un rato, pero la cabeza le daba vueltas pensando qué podía significar aquello.

—El Ahorcado Redentor es el hijo de Dios Creador. Se sacrificó para limpiar con su sangre nuestros viles pecados.

—¡Uf...! —exclamó ella—. ¿Para qué hizo eso?

El asombro con que él la miró hizo que ella lamentara al instante haber reaccionado de esa manera.

—Lo siento, no pretendía ofenderte. Lo que pasa es que me parece una idea extraña.

—¿El qué? —dijo él, y se quedó con la boca abierta.

—Bueno... ¿qué pecados? ¿Qué has hecho?

—Yo nací en pecado. Todo el mundo ha nacido con un horrible pecado.

—¡Qué idea tan absurda!

—¿Tú crees?

—¿Cómo va a haber hecho un bebé algo malo, no digamos ya cometido un pecado horrible?

Ninguno de los dos dijo nada durante un rato.

—¿Y por qué habría que limpiar algo con sangre?

—Es un símbolo —dijo él, a la defensiva y preguntándose porqué.

—No soy tonta —respondió ella—. De eso ya me doy cuenta. Pero ¿por qué? ¿Por qué se usa la sangre como símbolo de algo así?

Por naturaleza, Henri el Impreciso era alguien que meditaba con detenimiento sobre todas las cosas. Pero aquellas ideas habían formado parte de él durante tanto tiempo, que no le hubiera sorprendido más si ella cuestionara la utilidad de sus brazos o el significado de sus ojos.

—¿Dónde están los otros? —preguntó.

Como no se había recuperado todavía de lo que acababa de oír, respondió distraído:

—Se han ido.

—¿Nos han abandonado? —preguntó ella, con los ojos como platos.

—No, solo se han separado de nosotros por unos días. Van a buscar a los de las partidas que van a cada lado, para asegurarse de que no nos tropezamos con ellos.

—¿Cómo nos volverán a encontrar?

—Son muy buenos rastreadores —respondió Henri, evadiendo la pregunta.

—No comprendo —repuso ella—. Creía que decíais que no salíais nunca del Santuario.

—Hum... será mejor que nos pongamos en marcha. Te lo explicaré por el camino.

1.1 redentor Bosco levantó el bastón y dio dos golpes en la puerta.

Pasaron casi treinta segundos antes de que abrieran, pero no dio señales de impaciencia. De hecho, no dio señales de nada. Finalmente se abrió la puerta y ante el Padre Militante apareció un hombre alto, otro redentor.

—¿Tenéis cita? —preguntó el alto.

—No preguntéis tonterías —respondió Bosco, seco y displicente—. El Gran Redentor ha solicitado verme, y he venido.

—El Gran Redentor ordena, no solicita a nadie...

Bosco pasó apartándolo a un lado:

—Decidle que estoy aquí.

—Está disgustado con vos. Nunca lo había visto tan enfadado.

Bosco no le hizo caso, y aquel hombre alto se dirigió a una puerta interior, llamó y pasó. Tras una pausa, la puerta volvió a abrirse y salió el hombre, sonriendo, aunque sin ninguna intención de agradecer.

—Os verá ahora.

Bosco entró en una estancia tan oscura que incluso los ojos del Padre Militante, acostumbrados como estaban a la oscuridad, tuvieron dificultades para ver.

Se trataba de algo más, sin embargo, que de las pequeñas ventanas cerradas y los oscuros tapices que narraban opacas historias de antiguos y horrendos martirios. La oscuridad parecía emanar de la misma cama que ocupaba un rincón de la estancia. En ella había un hombre, sentado y apuntalado por al menos una docena de incómodos cojines. Bosco tuvo que acercarse mucho antes de poder verle la cara, cuya pálida piel se había vuelto blanca del todo y le caía de las mejillas al cuello en interminables y descarnados pliegues. Tenía los ojos llorosos y oscuros, como si la mente los hubiera abandonado tiempo atrás. Pero al ver a Bosco, algo brilló en ellos, algo que era como el destello de un faro en la lejanía. Salvo por el hecho de que aquella luz se quedó fija en el rostro del redentor Hosco, y transmitía astucia e intenso odio.

— ¡Me habéis hecho esperar! —exclamó el Gran Redentor con voz distante pero dura.

—He venido en cuanto he podido, Eminencia.

Ni él le creyó, ni Bosco lo esperaba.

—Cuando os llamo, Bosco, debéis dejarlo todo al instante y acudir presto. —Se rio: era una risa desagradable, que tal vez solo Bosco, en todo el Santuario, podía escuchar sin alterarse. Era el sonido de algo muerto, animado tan solo por una intensa maldad e ira.

—¿Por qué queríais verme, Eminencia? —El Gran Redentor lo miró por un instante.

—Por ese Cale.

—¿Sí, Eminencia?

—Os ha dejado en ridículo.

—¿Eso pensáis, Eminencia?

—Teníais planes para él.

—Ya sabéis que sí, Eminencia.

—Tienen que traerlo.

—Somos de la misma opinión, Eminencia.

—Traerlo y azotarlo.

—Por supuesto, Eminencia.

—Y después colgarlo y descuartizarlo. —Bosco no respondió—. Ha asesinado a un redentor. Debe someterse a un Acto de Fe.

Bosco se quedó un momento pensativo.

—Mis pesquisas han dejado claro que los responsables fueron los otros dos acólitos. Según parece, debieron de obligar a Cale a irse con ellos. Iban armados, y él

no. Si eso es así, entonces Cale debe ser castigado simplemente para dar ejemplo. El descuartizamiento, sin embargo, parece innecesario. Descuartizaremos a los otros, dado que el delito lo cometieron ellos.

Se oyó un bufido de desprecio que podía confundirse con el ahogo.

—¡Ja! La compasión no tiene nada que ver con vos. Es vuestra vanidad la que habla, Bosco. ¡Qué más da si fue Cale o fueron esos otros dos los que mataron a Picarbo! Por Dios, estoy casi decidido a quemar con ellos al dormitorio entero.

El Gran Redentor se había dejado llevar por la excitación, y en aquellos momentos se ahogaba en su propia saliva. Indicó con un gesto la jarra de agua que tenía en la mesita. Tomándose su tiempo, Bosco se la acercó. Bebió haciendo mucho ruido. Al final, le devolvió a Bosco la jarra llena de babas, y este la volvió a dejar en la mesita con una mirada de asco. Poco a poco, la respiración del Gran Redentor se fue calmando y recobrando su ritmo normal. Pero su mirada, sin embargo, se había vuelto aún más malvada.

—Explicadme ese asunto de Picarbo.

—¿Asunto, Eminencia?

—Sí, Bosco, asunto. ¡El asunto ese de que hayan encontrado al Padre Disciplinario en sus estancias con una putilla destripada!

—¡Ah! —dijo Bosco, pensativo—. Ese asunto...

—¿Pensáis que porque soy viejo y estoy enfermo, no me entero de lo que pasa aquí? Bueno, pues no es la primera vez que os equivocáis. Enfermo como estoy, aun así no me la dais, Bosco.

—Nadie, tuviera la inteligencia que tuviera, menospreciaría vuestra experiencia y sabiduría, Eminencia, pero... —Dejó escapar un suspiro de pesar—. Yo esperaba ahorraros los aspectos más repugnantes de lo que hallamos en las estancias del redentor Picarbo. Sería una pena que un mandato tan distinguido como el vuestro quedara empañado por algo así.

—Soy demasiado viejo para esos cuentos, Bosco. Quiero saber qué era lo que hacía con ella Picarbo. No se trataba tan solo de un polvo, ¿verdad?

Incluso Bosco, un hombre que aparentemente no se asustaba por nada, se conmocionó al oír aquel término. Una referencia tan directa al acto sexual no se oía nunca en el Santuario, y para hablar de ello se utilizaban circunloquios tales como «bestialidad» o «degradación». Aunque, incluso así, se hacía raramente.

—Puede que su alma hubiera enloquecido. El mal acecha siempre, Eminencia. Puede que le hubiera cogido gusto a los castigos impuestos a los acólitos. Esas cosas se han visto antes, si no me equivoco.

El Gran Redentor lanzó un gruñido.

—¿Cómo encontró a una chica aquí en el Santuario?

—Aún no he podido averiguarlo. Pero Picarbo tenía muchas llaves. Y solo a vos y a mí nos estaría permitido hacerle preguntas a un Padre Disciplinario. Llevará algún tiempo enterarse.

—No podría haberlo hecho sin ayuda. Y puede que sea algo peor que el pecado nefando. Podría ser herejía...

—Ya he pensado en eso, Eminencia. Hemos encerrado ya a veinte personas cercanas a él en la Casa para Propósitos Especiales. Los más importantes han negado que supieran nada hasta el momento, pero los redentores ordinarios admiten que crearon un cordón alrededor de la parte del convento, donde trabajaba Picarbo, condenando varias capas de corredores para que nadie sospechara nada. Al fin y al cabo, el convento se hallaba ya completamente aislado de los redentores. Nadie podía ver las caras de las novias. Picarbo disimuló sus actividades dentro y fuera del lugar trasladando la cocina y la lavandería de los altos redentores al interior del cordón. Todo entraba y salía por un gran torno. Como Picarbo tenía al Padre Vituallero y a la Maestra Lavandera como parte de su pequeño grupo de herejes, no tenían problema en pasar comida o cualquier otra cosa.

—Pero estamos abriendo un montón de viejos pasadizos. Molloy hubiera terminado encontrándolo, de todos modos.

—Por desgracia, el Maestro Reclamador era uno de ellos.

— ¡Dios mío! ¿Esa hormiga mojigata de Molloy estaba ayudando a convertir el Santuario en un burdel? El Gran Redentor se recostó y ahogó un grito ante la horrible magnitud de todo ello—. Necesitamos hacer una purga, necesitamos Actos de Fe desde ahora a final de año... Tenemos que des...

—Eminencia —interrumpió Bosco—, no está nada claro que la fornicación fuera el propósito de ese harén. No estoy ni siquiera seguro de que se tratara de un harén, sino más bien de un lugar de aislamiento. Por lo que he podido descifrar de sus escritos, que son algo demente, Picarbo estaba buscando algo, algo muy concreto.

—¿Algo que encontraría en las entrañas de alguna putilla gorda ?

—No puedo decirlo aún, Eminencia. Las purgas pueden ser necesarias, y a lo grande, pero deberíamos esperar a llegar al fondo de todo esto antes de encender luminarias a Dios.

Encender luminarias a Dios no tenía nada que ver con velitas de cera.

—Tened cuidado, Bosco. Creéis que sois el mejor porque sabéis cosas, pero lo que yo sé... —Apuntó a Bosco con el dedo y levantó la voz—. LO QUE YO SE es que el conocimiento es la raíz de todo mal. Esa zorra de Eva quería saber cosas, y por eso arrojó sobre todos nosotros el pecado y la muerte.

Bosco se irguió y se dirigió hacia la puerta.

—¡Redentor Bosco!

El Padre Militante se volvió para contemplar al anciano y decrepito sacerdote.

—Cuando traigáis a Cale aquí, hay que ejecutarlo. Hoy mismo haré pública la orden a ese efecto. Y en cuanto a la mierda de Picarbo, olvidaos de remover en ella. Hay que purificar a todos los que tuvieran tratos con él. Me da igual que sean inocentes. No podemos andar jugando con la herejía: quemadlos a todos, y Dios elegirá a los suyos. El que esté libre de pecado ya tendrá su recompensa en la vida eterna.

Un observador que lo viera todo se habría percatado del parpadeo del Padre Militante, un gesto que mostraba que estaba dándole vueltas a algo y tomando finalmente una decisión. Pero tal vez fuera solo una impresión producida por la falta de luz. Él dio un paso adelante y se inclinó como para ahuecar las almohadas que rodeaban al Gran Redentor. Pero en vez de hacerlo, cogió una de ellas y la colocó, con cuidado y firmeza, alrededor de su carita de viejo, y lo hizo con tal rapidez y con tan poco alboroto que solo una fracción de segundo antes de que la almohada se cerrara sobre su boca pudo comprender el Gran Redentor el horror de lo que estaba sucediendo.

Dos minutos después, Bosco salió del dormitorio y vio al redentor alto que se ponía automáticamente en pie para entrar en el dormitorio de su señor.

Se ha quedado dormido mientras hablábamos. No parecía el Gran Redentor. Tal vez deberíais echarle un vistazo.

Bosco no solo había matado al Gran Redentor, sino que le había mentado. No le había explicado cuál era la verdadera extensión de la colección de chicas de Picarbo, ni le había hablado de sus crecientes sospechas sobre los propósitos de los desagradables experimentos del Padre Disciplinario. Sería necesario dedicar un tiempo a meditar qué hacer con las mujeres, pero, llegada la ocasión, le resultarían extremadamente útiles en su siguiente movimiento de cara a obtener el completo control del Santuario, además de constituir una buena lección para Cale, cuando regresara.

Al tercer día Cale alcanzó a los redentores y vio cómo giraban hacia el oeste, alejándose de Riba y de Henri el Impreciso. Y un día más tarde se volvieron hacia el este, lo que les podía acercar a ellos dos de manera peligrosa. Mientras los seguía, esperando que volvieran a doblar, tuvo lugar el único acontecimiento fuera de lo ordinario.

Se acercaba al extremo de uno de los montículos, que se había derrumbado y formado una cresta con picos. Al doblar la esquina, se dio de bruces con un hombre que llegaba por el otro lado. Cale se quedó tan sorprendido que resbaló en el suelo

de grava; pero el hombre, que estaba en un sitio más empinado, no encontró dónde agarrarse, y cayó de espaldas haciendo bastante ruido.

Eso le dio a Cale tiempo suficiente para sacar el cuchillo que había robado de la estancia del Padre Disciplinario y abalanzarse sobre el hombre para obligarlo a rendirse. El hombre, sin embargo, se recobró enseguida de su sorpresa y lanzó un gruñido mientras intentaba ponerse en pie. Cale blandió ante él el cuchillo para dejarle claro que debía quedarse donde estaba.

—O sea que —dijo el hombre con voz afable y cansada—, primero os chocáis conmigo y ahora me queréis rebanar el pescuezo. No es que seáis muy amable.

—Eso dice la gente de mí. ¿Qué hacéis vos aquí?

El hombre sonrió.

—Lo que hace todo el mundo en el Malpaís: tratar de salir.

—No lo preguntaré por segunda vez.

—No creo que sea de vuestra incumbencia.

—Yo soy el que tiene el cuchillo, así que yo soy el que decide lo que es de mi incumbencia.

—Bien observado. ¿Puedo levantarme?

—Por el momento, os quedaréis donde estáis.

Parecía como si hubiera visto muchas cosas raras en su vida, y aun así se quedara desconcertado ante la presencia de alguien tan joven y seguro de sí mismo en medio del Malpaís.

—Os habéis alejado mucho de casa, ¿no os parece, niño?

—No os preocupéis por mí, abuelito, más bien deberíais preocuparos por no tener dónde comprar un bastón para salir de aquí.

El hombre se rio.

—Sois un acólito de los redentores, ¿verdad?

—¿Qué os importa?

—Nada, realmente. Pero me sorprende, porque en las pocas ocasiones en que me he encontrado acólitos, iban en fila de doscientos y tenían a su alrededor dos docenas de redentores que los vigilaban armados con látigos. Es la primera vez que veo uno solo.

—Bueno —repuso Cale—, para todo hay una primera vez.

El hombre sonrió.

—Sí, supongo que así es. —Levantó la mano—. IdrisPukke, actualmente al servicio de Gauleiter Hynkel.

Cale no aceptó la mano que le tendía. IdrisPukke se encogió de hombros y volvió a bajarla.

—Tal vez no seáis tan joven como parecéis. Es buena cosa andarse con cuidado por aquí.

—Gracias por el consejo.

IdrisPukke volvió a reírse.

—Sois poco transigente, ¿eh, niño?

—No —respondió Cale de plano—. Y no me llaméis niño.

—Como gustéis. ¿Cómo puedo llamaros?

—No necesitáis llamarme de ninguna manera. —Cale indicó el este con un movimiento de la cabeza—. Estabais yendo hacia allá. Intentad seguirme, IdrisPukke, y os daréis cuenta de lo intransigente que puedo ser. —Le hizo un gesto para que se levantara. IdrisPukke hizo lo que le mandaba. Observó a Cale unos instantes, como si estuviera considerando qué hacer. Entonces lanzó un suspiro, se dio la vuelta y siguió en la dirección que le había indicado Cale.

Durante las doce horas siguientes, Cale siguió recelando profundamente del encuentro con IdrisPukke. ¿Sería un redentor disfrazado, tal vez? No era probable: demasiado animado para ser uno de ellos. ¿Un cazador de recompensas? Tampoco parecía probable, pues los redentores lavaban en casa la ropa sucia. Por otro lado, él había matado al Padre Disciplinario, y un pecado tan horrendo podría empujarles a intentar cualquier cosa para capturarlo. Así que en eso pensaba mientras seguía al Señor de los Redentores y esperaba que cambiaran de dirección. Lo hicieron un día después, tomando rumbo al oeste. Normalmente, los rastreadores seguían la misma dirección al menos durante veinticuatro horas. Era el momento de regresar con los demás. Si es que podía encontrarlos.

Doce horas después, Cale llegaba a la línea que habían planeado como trayecto para Henri y la chica, solo que quince kilómetros por delante de lo previsto, por si acaso. Entonces comenzó a retroceder por la trayectoria para asegurarse de que no dejaba de verlos, manteniéndose todo el tiempo lo más oculto posible para que los redentores que suponía Kleist debía estar oteando no se toparan con él, ni él con ellos. Solo pasaron unas horas antes de que encontrara a los tres en pie en medio de un gran hoyo, rodeados por unos veinte cuerpos mutilados, algunos de ellos cortados en trozos pequeños. Ellos lo vieron desde una distancia de cien metros, y esperaron, sin moverse, mientras él caminaba por entre los restos esparcidos de los cadáveres. Les hizo a los tres un gesto con la cabeza.

—Los redentores han ido hacia el oeste —dijo.

—Los míos doblaban hacia el este cuando los dejé.

Entonces se quedaron en silencio.

—¿Tenéis alguna idea de quiénes pueden ser? —preguntó Cale, indicando los cadáveres.

—No —respondió Henri el Impreciso.

—Yo diría que llevan muertos un día más o menos —dijo Kleist.

Riba tenía la mirada casi tan aturdida como cuando Cale la había rescatado de Picarbo, una mirada como de pensar: «Esto no puede estar ocurriendo realmente».

—¿Cuánto tiempo lleváis aquí? —preguntó Cale, en voz baja.

—Unos veinte minutos. Encontramos a Kleist viniendo hacia aquí, hace un par de horas.

Cale hizo un gesto de la cabeza para señalar los cadáveres.

—Será mejor que los registremos. Los que hicieran esto no dejarían gran cosa, pero algo puede quedar.

Los tres muchachos empezaron a rebuscar entre los restos, encontrando alguna moneda ocasional, un cinturón, un sayo roto... Entonces Henri el Impreciso vio algo que brillaba en la arena, junto a una cabeza cortada, y retiró rápidamente la arena solo para descubrir que se trataba de unas nudilleras de bronce. Quedó decepcionado, pero tal vez pudiera ser útil.

—Socorro... —gimió la cabeza cortada.

Lanzando un grito, Henri se echó hacia atrás.

—¡Me ha hablado, me ha hablado!

—¿Quién? —preguntó Kleist, algo irritado.

—¡La cabeza! ¡Habla!

—Socorro... —volvió a gemir la cabeza.

—¿Lo veis? —dijo Henri el Impreciso.

Con cuidado, Cale se acercó con el cuchillo a la cabeza y la tocó en la sien. La cabeza gimió, pero no abrió los ojos.

—Lo han enterrado hasta el cuello —dijo después de pensar un momento. Los tres muchachos, acostumbrados a la atrocidad humana, comprendieron entonces que no había allí nada de sobrenatural. Bajaron todos la mirada hacia el hombre enterrado, dudando qué hacer.

—Deberíamos sacarlo —opinó Henri el Impreciso.

—No —repuso Kleist—. Quienquiera que lo hiciera, se tomó muchas molestias. No creo que les haga gracia que estropeemos su trabajo. Yo creo que debemos dejarlo ahí.

—Socorro... —volvió a susurrar el hombre.

Henri el Impreciso miró a Cale.

—¿Qué opinas? —preguntó.

Cale no dijo nada. Seguía pensando.

—No tenemos todo el día, Cale —observó Kleist. Pero en ese momento Cale miraba a la distancia.

—No, no lo tenemos —corroboró Cale en un tono extraño, de alarma.

Los otros dos levantaron la vista, siguiendo la dirección de sus ojos pasmados. Desde lo alto del montículo más cercano, a unos trescientos metros de distancia, los observaba una fila de redentores. Entonces la fila empezó a moverse.

Pálidos, los tres muchachos se quedaron en el sitio. No había a dónde huir. Riba se adelantó corriendo para poder ver mejor la fila de hombres que avanzaba hacia ellos.

—No, no, no... —repetía ella una y otra vez.

Blanco como la leche, Henri el Impreciso miró a Cale.

—Tú sacaste la piedra pequeña —le recordó.

Cale dirigió a su amigo una mirada sin expresión. Hubo una pausa, y entonces Cale sacó el cuchillo y se acercó rápidamente a Riba, que seguía contemplando la fila de hombres que avanzaba hacia ellos. Cale ya la había agarrado del pelo y le había levantado el cuello, cuando Kleist le gritó:

—¡Espera!

Entonces ella se volvió. Cale había bajado el cuchillo, pero incluso aterrorizada como se hallaba, Riba pudo comprender que sucedía algo raro.

—No son redentores —dijo Kleist—. Aunque no sé lo que son. Vamos a esperar a ver qué sucede.

Mientras observaban, aparecieron más hombres sobre lo alto del montículo, pero iban a caballo y precedían a otros treinta. Al alcanzar a los hombres que iban a pie, estos también montaron, y en menos de un minuto, rodearon a los cuatro muchachos unos cincuenta soldados de caballería muy malhumorados. La mitad de ellos descabalaron y empezaron a examinar los restos de los cuerpos. Los otros, con la espada desenvainada, simplemente observaban a los cuatro muchachos. Uno de los soldados que miraba los cuerpos gritó:

—Capitán, es la Embajada de Arnhemland. Este es el hijo del Señor Pardee.

El capitán, un hombre grande montado en un caballo enorme que tendría unos diez palmos de altura, avanzó y desmontó. Se acercó a Cale y, sin pensarlo, le propinó un golpe tan fuerte en el rostro que el muchacho cayó con todo su cuerpo a tierra.

—Antes de ejecutarlos, quiero saber quién ordenó esto.

Aturdido y dolorido, Cale no respondió. El capitán estaba a punto de añadir una estimulante patada cuando habló Henri el Impreciso:

—No hemos tenido nada que ver con ello, Señor. Acabamos de encontrárnoslos ahora mismo. ¿Tenemos pinta de haberlo hecho nosotros? —Henri pensaba que lo mejor sería decir la verdad—. Entre los cuatro solo tenemos un cuchillo. ¿Cómo íbamos a hacer algo así?

El capitán miró a Henri y de nuevo a Cale. Entonces le lanzó una fuerte patada al estómago.

—Está bien. No os cortaremos el cuello por asesinos: lo haremos por saqueadores.

Estaba observando el pequeño montón que habían juntado de cosas que habían pasado por alto los asesinos: una bolsa, un plato, algunos cuchillos de cocina, y frutos secos además de las nudilleras de bronce. Henri se dio cuenta de que la cosa no tenía muy buena pinta.

—Uno de ellos está todavía vivo. Estábamos a punto de sacarlo. —Henri señaló al hombre ahora inconsciente que, aún más que antes, parecía una cabeza cortada sobre la arena. Rápidamente, los soldados lo rodearon y empezaron a excavar en el suelo de arena y grava.

—¡Es el Canciller Vipond! —dijo uno de ellos.

El capitán les hizo seña de parar y se arrodilló, sacando un frasco de agua. Con delicadeza, vertió una poca en la boca del hombre inconsciente, que tosió y la escupió toda. Para entonces uno de los soldados se acercaba con un par de palas, y en cinco minutos habían extraído al hombre de la arena y lo habían tendido en el suelo. Después armaron un gran revuelo escuchándole el corazón y buscándole las heridas.

—Íbamos a sacarlo —dijo Henri, mientras Cale miraba al capitán desde el suelo.

—Eso es lo que vos decís. Pero todo lo que yo sé de seguro es que sois un puñado de ladrones. No veo motivo para no vender a la chica y mataros a vosotros tres.

—Bramley, cielo, no seáis irrazonable —dijo una voz de hombre desde detrás del caballo de un soldado. Estaba claro que no era uno de ellos porque no llevaba uniforme, y tenía ambas manos atadas a una cuerda que iba anudada a la silla del caballo que tenía delante.

—Callaos la boca, IdrisPukke —ordenó el capitán.

Pero estaba claro que IdrisPukke no era hombre obediente:

—Sed inteligente por una vez, mi guapo capitán. Sabéis que el Canciller Vipond y yo nos conocemos desde tiempo inmemorial. El no se tomaría a bien, os aseguro, que matarais a tres hombres que intentaban salvarlo, ¿no os parece? —Por primera vez el capitán pareció dudar. IdrisPukke olvidó su tono de sorna—: Le gustaría tener la oportunidad de decidir por sí mismo. De eso estoy seguro.

El capitán bajó la mirada hacia el hombre inconsciente, al que colocaban ahora sobre unas angarillas, con una manta enrollada bajo la cabeza. Se volvió de nuevo hacia IdrisPukke.

—Una palabra más, y juro por Dios que os sacaré las entrañas en el acto. ¿Me habéis comprendido?

IdrisPukke se encogió de hombros, pero, muy prudentemente, según le pareció a Henri, se calló la boca.

—¡Grady! ¡Fog! —llamó el capitán a dos soldados—. No perdáis de vista a este imbécil. Y si os da la impresión de que se le pasa por la cabeza la idea de escapar, voladle la cabeza.

Capítulo 10

El capitán Bramley se limitó a atarles las manos a los tres muchachos, y los dejó que caminaran y ocasionalmente corrieran tras los caballos. Sin embargo, como castigo para IdrisPukke, lo dejó atado a la silla de un caballo, y por las molestias que daba con sus jocosas peticiones de que le dejaran ir como a la chica, en brazos de un jinete, se le administraron numerosas patadas.

Acamparon una media hora antes de oscurecer. A Riba la dejaron libre con los caballeros, que habían recibido una severa advertencia por parte de Bramley de no tocarla. Eran hombres duros que habían visto y hecho muchas cosas, muchas de las cuales eran demasiado desagradables para ser contadas, pero para la mayoría de ellos la advertencia resultaba innecesaria. Aunque algunos habrían hecho travesuras con la hermosa jovencita, la mayoría parecían embelesados cuando ella charlaba o bromeaba con ellos, flirteando de manera inocente y abriendo los ojos sorprendida ante el repertorio interminable de historias que algún soldado se mostraba encantado de contar. Pese al número de miradas compasivas que dirigía a los muchachos, le habían mandado evitarlos, y le habían advertido de que cualquier intento de hablar con ellos significaría que la atarían también a ella.

Así que en vez de a ella tenían como compañero a IdrisPukke, y los cuatro iban encadenados al eje del carromato que se había unido a la caballería poco después de su captura. A los muchachos les habían dado de comer, pero no así a IdrisPukke, que en lugar del pan de soda y la vaca en conserva había recibido una patada. Estaban que se morían de hambre, y lo engulleron todo tan aprisa como perros.

—¿Y si compartiéramos algo de eso? —les preguntó IdrisPukke.

—¿Por qué íbamos a hacerlo? —preguntó Kleist con la boca llena.

—Porque yo intercedí por vosotros cuando ese bastardo de Bramley quería sacaros las tripas para dárselas de comer a las hambrientas arenas del Malpaís.

Kleist se terminó el último bocado a toda prisa.

—Lo siento... Pero gracias por lo de esta tarde.

Los otros dos fueron más generosos, aun cuando Cale solo estuviera dispuesto a ofrecerle a IdrisPukke su pan de soda porque quería hacerle algunas preguntas.

A diferencia de los muchachos, IdrisPukke se tomó su tiempo con el pan y la pequeña porción de vaca en conserva que le había dado Henri el Impreciso.

—¿Sabéis algo sobre los asesinatos? —preguntó Cale.

—¿Yo? —dijo IdrisPukke—. Iba a haceros la misma pregunta. —Tomó otro trozo de pan de soda—. ¿De verdad ibais a ayudar a Vipond?

Hubo otra pausa mientras Henri el Impreciso y Cale se miraban.

—Estábamos pensando si hacerlo —respondió Cale.

—Muy inteligente. Siempre hay que pensarlo muy bien antes de hacerle un favor a alguien. Es un buen consejo. En el caso de vuestro amigo —añadió, señalando a Kleist—, quisiera haberlo seguido.

—Si lo hubierais hecho, os habríais quedado sin cenar.

IdrisPukke se rio discretamente.

—No es que haya obtenido gran cosa a cambio: dos trocitos de pan a cambio de tres vidas. Yo diría que seguís en deuda conmigo.

—No podemos hacer nada por vos —repuso Henri el Impreciso.

—Tal vez no. Pero en el futuro puede que tenga que cobrarme esa deuda. Espero que seáis personas respetables.

Cale se rio.

—¿Sois vos un hombre respetable?

—No os estaríais riendo si no lo fuera.

Henri el Impreciso juzgó preferible cambiar de tema.

—¿Qué creéis que nos harán?

IdrisPukke se encogió de hombros.

—Os llevarán a Menfis. Si Vipond vive, no os ocurrirá nada. —Sonrió—. Y siempre y cuando mantengáis vuestra versión de los hechos.

—¿Y si no vive? —preguntó Henri el Impreciso.

—Entonces depende. Podrían juzgaros o podrían echaros al olvido.

—¿Qué es eso?

—Un lugar en las mazmorras donde ya nadie se volverá a acordar de vosotros.

—No hemos hecho nada —repuso Cale.

—De eso estoy convencido. —Volvió a reírse—. Pero no se lo digáis a ellos.

—¿Quién pensáis que los mató?

IdrisPukke meditó un instante.

—Hay montones de vándalos en la periferia del Malpaís, pero no muchos se atreverían a enfrentarse con una embajada armada de los Materazzi.

—¿Los Materazzi?

—Dios mío, ¿es que no os enseñan nada en ese lugar?

Los tres se le quedaron mirando con expresión de frialdad.

—Bueno, los Materazzi gobiernan Menfis y toda la región comprendida desde el Malpaís a la Gran Ensenada... de la que ya veo que tampoco habéis oído hablar.

—¿Cómo es Menfis?

—Maravilloso. La más grande exposición de cualquier cosa que pueda verse en la tierra. No hay nada que no podáis encontrar en Menfis, nada que no se compre y se venda, ningún crimen que no se haya cometido, ningún manjar que no hayan probado, ninguna práctica... —dudó un instante— ...que no haya sido puesta en práctica. Será un placer para vosotros, siempre y cuando no os maten ni os echen al olvido... Y, por supuesto, siempre que tengáis dinero.

—No tenemos —dijo Cale.

—Entonces tenéis que conseguirlo. En Menfis, si no tenéis dinero no sois nadie. Y si no sois nadie en Menfis, lo seréis debajo de Menfis.

—¿Qué queréis dec...?

—Basta de preguntas. Estoy cansado y me duele la garganta. Ya hablaremos mañana por la mañana. —Guiñó el ojo—. Si es que sigo aquí.

Y diciendo esto, IdrisPukke se dio la vuelta y cinco minutos después estaba roncando.

Dieron por hecho que bromeaba, dado que solía hacerlo de manera tan frecuente y desconcertante. Pero resultó que a la mañana siguiente, al despertar, IdrisPukke se había ido.

El capitán Bramley se puso furioso, y les lanzó a los tres muchachos una buena sarta de patadas que, aunque a ellos les hizo sentirse bastante peor, a él no le mejoró el estado de ánimo. Riba se acercó corriendo y le imploró que parara.

—¿Por qué iban a ayudarle a escapar a él, y quedarse ellos aquí? —razonó con desesperación—. ¡No es justo!

Los muchachos, siendo veteranos en eso de la injusticia, mantuvieron la boca estoicamente cerrada, tratando de resguardar sus partes más sensibles de la punta de la bota del capitán Bramley. Afortunadamente, el capitán era más propenso a armar revuelo que a portarse como los diestros sádicos a los que ellos estaban acostumbrados. Que el castigo debiera ser proporcionado a la falta era una noción tan extraña para ellos como un perro de cinco patas, o como la posibilidad de que aquella cita, tan a menudo repetida por los sacerdotes sobre la promesa del

Ahorcado Redentor de que aquel que hiciera daño a un niño herviría en manteca por toda la eternidad, fuera a ser interpretada en su sentido literal, o de hecho fuera a ser interpretada en algún sentido. Al principio, cuando los muchachos acababan de llegar, se les contaban frecuentes historias y parábolas sobre la bondad del Santo Redentor y su especial consideración hacia los pequeños, cuyo cuidado y felicidad era algo que siempre encarecía ante aquellos que lo rodeaban. Al comienzo, el hecho de que los pegaran sin razón aparente antes de aquellas homilías de amor y bondad, y a menudo también después, provocaba resentimientos. Con el paso de los años, sin embargo, las contradicciones dejaban de existir y las palabras de consuelo y alegría entraban por un oído y salían por el otro: no eran más que palabras.

Tras descargar el inicial estallido de cólera en los muchachos, Bramley se volvió hacia su sargento y su cabo, que aguardaban su turno con paciencia.

—¡Vos! —le gritó al sargento—. ¡Gordo apestoso! ¡Y vos! —dijo mirando al cabo, que era un hombre mucho más pequeño—. ¡Esmirriado apestoso! Coged a los diez mejores hombres y encontrad a ese bastardo de IdrisPukke. Y si volvéis vivos sin él, será mejor que traigáis la cena los dos, porque cuando haya acabado con vosotros, vais a necesitarla.

Y diciendo esto, se fue hacia su tienda pisando fuerte.

—¡Seguid interrogando a los prisioneros! —les gritó sin darse la vuelta.

El sargento resopló con desdén e irritación:

—Ya habéis oído lo que ha dicho el hombre, cabo.

El cabo se acercó a los tres muchachos, que se habían apoyado contra la rueda del carromato, con las rodillas levantadas para protegerse.

—¿Sabéis algo sobre la fuga del prisionero?

—¡No! —gritó Kleist, furioso pero asustado.

—El prisionero dice que no —informó el cabo con tranquilidad.

—Preguntadle si está seguro, cabo.

—¿Estáis seguro?

—Sí, estoy seguro —dijo Kleist—. En nombre del cielo, ¿por qué nos iba a decir a nosotros a dónde se iba?

—El prisionero tiene razón, sargento.

—Sí —dijo el sargento—, sí que la tiene. —Hubo una pausa—. Haced montar a la sección séptima y despertad al explorador Calhoun. Nos pondremos en camino en diez minutos.

Con eso, los soldados se dispersaron y los muchachos y Riba se quedaron solos, como si nada hubiera ocurrido. Ella se arrodilló al lado de ellos y los miró con desgarrada compasión: una emoción, hay que decirlo, que ellos apenas apreciaron.

Primero, porque estaban más preocupados de sus propios moratones y, segundo, porque no eran realmente capaces de comprender que ella pudiera sufrir de verdad por el dolor de ellos. Excepto tal vez Henri el Impreciso, que al quedarse una semana en el Malpaís con ella, un día se había desnudado de cintura para arriba para lavarse en uno de los pocos arroyos que habían encontrado en su camino. Entonces él la había descubierto mirando furtivamente su espalda, con las numerosas cicatrices, heridas y verdugones que la cubrían. Aunque nunca hubiera conocido lo que era la compasión femenina, fue consciente, aunque de un modo confuso, claro está, de su extraño poder.

Empezaron a levantar el campamento. A los prisioneros les acercaron unas gachas y se fueron. Antes de que se la llevaran, Riba les susurró con emoción que en dos días llegarían a Menfis. Los tres se sintieron incapaces de compartir su entusiasmo, dada la inseguridad de la bienvenida que les aguardaba.

—El viejo ese —le preguntó Kleist a Riba—, el que estábamos a punto de rescatar, ¿ha muerto?

—Me parece que no.

—Pues intenta hacer algo útil: averígualo —dijo Kleist.

Ante esta frase tan poco amable, Riba puso los ojos como platos, y después se le empañaron.

—No te metas con ella —le dijo Henri el Impreciso.

—¿Por qué? —preguntó Kleist—. Si ese tipo muere, nos colgarán. Así que no comprendo que pueda ir cabalgando a Menfis sobre su gordo culo y no pueda averiguar lo que necesitamos saber.

Al instante, la indignación reemplazó a las lágrimas que empañaban los ojos.

—¿Por qué sigues diciendo que estoy gorda? Se supone que es así como soy.

—Nada de discusiones —terció Cale, irritado—. Kleist, déjala en paz. Y tú, Riba, intenta averiguar cómo va el viejo.

Escandalizada y enfadada, Riba miró a Cale pero no dijo nada.

—¡Marchad o morir! ¡Marchad o morir! —gritaban los cabos, aunque la amenaza ya no significaba nada, porque se decía cada vez que levantaban el campamento y se ponían en marcha. El carromato al que iban atados se puso en marcha con una sacudida, y dejaron atrás a Riba, que los miraba furiosa. Sin embargo, ese mismo día, algo más tarde, todavía enfadada, se acercó a ellos, y les dijo, como si no tuviera ninguna importancia: —Sigue vivo.

Llegaron de repente al final del Malpaís, en un centenar de metros. Salieron de la arena, la ceniza, las piedras y los destartados montículos, y entraron en una llanura verde y fértil, salpicada de granjas, casas y cabañas de los braceros. La gente salía de detrás de los setos y carros amontonados para echarles un vistazo. La visión de los pertrechos y prisioneros que llevaban los soldados les despertaba la curiosidad pero no durante mucho rato. Tras quedarse veinte segundos con la boca abierta, todos menos los niños volvían a su actividad.

Durante el resto del día y todo el siguiente, el número de casas y personas fue en aumento. Primero aldeas, después pueblos, y luego los arrabales del propio Menfis. Pero pasaron otras dos horas antes de que pudieran ver la gran ciudad fortificada. Era enorme, inmensamente más grande que el miserable Santuario, por grande que fuera este. Desde lejos se podían ver dorados minaretes y catedrales y palacios que elevaban sus elegantes torres. En el Santuario todo era igual; en cambio aquello era de una variedad infinita, y más hermoso de lo que pudiera imaginarse.

Se detuvieron a causa de los embotellamientos, y uno de los cabos, viendo cómo contemplaban la ciudad asombrados, avanzó hacia ellos en su caballo.

—Esas murallas son las más grandes del mundo: tienen quince metros de ancho en su parte más estrecha, y un perímetro del doble de ocho kilómetros.

Los muchachos lo miraron.

—O sea, dieciséis kilómetros —observó Kleist.

El cabo puso cara larga y espoleó el caballo dejándolos atrás.

Capítulo 11

Los últimos tres kilómetros hasta las puertas de la muralla de Menfis consistían enteramente en mercados de diverso tipo. Los muchachos contemplaban todos aquellos ruidos, aromas y colores con los ojos como platos y casi abrumados. Para cualquier viajero aquello habría sido una experiencia inolvidable durante el resto de sus días, pero para tres chicos cuyo alimento básico era algo llamado pies de muertos, aderezado con alguna rata ocasional, aquello parecía el mismísimo cielo, pero un cielo más extraño y rico de lo que pudieran haber imaginado nunca. Cada vez que respiraban absorbían el aroma del comino y el romero, y junto con ello el sudor de un cabrero que vendía cabras, el aceite de mandarina con que se había rociado una mujer, el tufo de la orina y la fragancia de las rosas. Había gritos por todas partes, graznidos de loros que se disponían a cocinar, maullidos procedentes del favorito del gourmet: el gato estofado de Menfis, zureos de palomas destinadas al sacrificio, ladridos de perros criados en las colinas que rodeaban la ciudad para el asado de los días de fiesta; los cerdos gruñían, las vacas mugían. Un pescadero soltó un grito cuando el lucio que estaba a punto de limpiar se le escurrió de las manos y encontró el camino de la libertad por la boca de una cloaca. El pescadero gritaba lamentando su pérdida, y la multitud reía, burlona.

Siguieron camino: gritos incomprensibles de los vendedores: «¡Guidi guidi guiiiiiii!», pregonaba un hombre que parecía vender los sonrosados y brillantes rabos de vaca que tenía metidos en un cofre, pelados y del color del algodón de azúcar. «Echi guda munda», exclamaba otro, mostrando las verduras en la mano, que balanceaba de un lado para otro con toda la petulancia de un mago que acabara de hacerlas aparecer del aire: «¡Compraaaaaad mis verduraaas, eeeeh! Tomaaaates maduuuros, delicioooooosas piñas, miraaaaaad qué hieeerbas de mi hermoooooooooosa huerta!».

Algunos puestos ocupaban muchísimo sitio, en tanto que en un rincón, un viejo medio desnudo saltaba de un pie al otro sosteniendo en alto un andrajo que contenía dos huevos moteados que intentaba vender.

Con la boca abierta, Henri el Impreciso miró a la izquierda y vio una recua de niños de unos nueve años, atados por una cadena al cuello, que llevaban hacia una cancela vigilada por enormes hombres con chaqueta de cuero, que los hacían pasar con un gesto de la cabeza. Los niños no parecían preocupados, pero lo que realmente

le alarmó a Henri el Impreciso era que tenían los labios pintados de rojo y los ojos espolvoreados con un delicado azul.

Henri el Impreciso llamó a uno de los soldados que estaban cerca. El les hizo un gesto a los chicos indicando el edificio que había tras la cancela, pintado de colores chillones y más abarrotado aún que el mercado.

—¿Qué pasa ahí?

El soldado miró a los muchachos, y su cara palideció del disgusto.

—Eso es Ciudad Kitty. No vayáis ahí nunca. —Se quedó callado, y miró con tristeza a Henri el Impreciso. — No vayáis nunca si podéis evitarlo.

—¿Por qué lo llaman Ciudad Kitty?

—Porque está dirigido por Kitty la Liebre. Y para que no hagáis más preguntas, os diré que ni es una mujer ni es una liebre. No os acerquéis.

Cuando entraron, dejando atrás a los guardias, en lo que era propiamente la ciudad de Menfis, el cambio fue instantáneo: de la aglomeración, ruido y olores del mercado a la fresca profundidad de un túnel. Tras los casi treinta metros de oscuridad bajo la muralla, emergieron de nuevo a la luz. Y allí, de nuevo, se trataba de un mundo diferente. Los edificios, algunos viejos, otros nuevos, daban a plazas con jardines y fuentes en el centro, donde la gente se sentaba a leer o formaba grupos para chismorrear, mientras los niños jugaban. Solo la presencia de los muchachos, sucios, exhaustos y ordinarios, empañaba el aspecto de una ciudad que resultaba por todas partes elegante y bella. Casi nadie los miraba, pero no parecía que los ignoraran, sino simplemente que no los veían. Salvo los niños pequeños, con el pelo dorado y rizado, que se los comían con los ojos desde detrás de delicadas verjas de hierro.

Entonces hubo un gran revuelo en una de las calles que había por encima de ellos, y veinte caballeros de librea roja y dorada entraron en la plaza escoltando un carruaje muy decorado. Se dirigieron a toda prisa hacia la caravana, al carromato cubierto en que yacía inconsciente el Señor Vipond. El carruaje abrió sus dos anchas puertas, y tres hombres de aspecto importante se apresuraron hacia él y se metieron dentro. Se quedaron cinco minutos en pie, aguardando en la fresca brisa, bajo las sombras de los árboles que cubrían la plaza.

Una niña pequeña, de unos cinco años, se dirigió sin que la viera su madre, que estaba chismorreando, hasta la barrera más próxima a los tres acólitos.

—¡Eh, tú, chico!

Cale la miró con toda la hostilidad que pudo. —¡Sí, tú!

—¿Qué...? —preguntó Cale.

—Tienes cara de cerdo.

—Vete.

—¿De dónde vienes?

Volvió a mirarla.

—Del infierno, y he venido para llevarte de noche y comerte.

Ella medito en ello un instante.

—Pues a mí me pareces un chico como los demás. Un chico sucio y normal.

—Las apariencias engañan —dijo Cale.

Entonces Kleist cobró interés.

—Tú verás —le dijo a la pequeña—. Dentro de tres noches entraremos en tu habitación, pero con mucho sigilo para que tu madre no nos oiga. Y entonces te pondremos una mordaza en la boca y seguramente te comeremos allí mismo. Y solo dejaremos los huesos.

La seguridad que tenía en que eran chicos normales y corrientes mermó un poco. Pero no era una niña que se asustara con facilidad.

—Mi papá te cogerá y te matará.

—No, tu papá no me cogerá porque también nos lo comeremos a él. Seguramente nos lo comeremos primero, para que sepas lo que te espera.

Cale se rio al oír esto, y negó con la cabeza ante el placer que manifestaba Kleist en la conversación.

—Deja de animarla —dijo sonriendo—. Tiene pinta de chivata.

—¡No soy chivata! —dijo la niña, indignada.

—Tú ni siquiera sabes lo que es eso —dijo Kleist.

—Sí que lo sé.

—¡Cállate! —susurró Cale.

La madre de la niña por fin la echaba en falta, y corría hacia ella.

—Ven aquí, Jemima.

—Estaba hablando con los niños sucios.

—¡Cállate, atrevida! No debes hablar así de esos desgraciados. Lo siento —les dijo a los chicos—. Discúlpate, Jemima.

—No.

Comenzó a arrastrarla.

—¡Entonces no habrá postre para ti!

—¿Y para nosotros?—preguntó Kleist—. ¿No nos podríamos comer su parte?

En aquel instante hubo movimiento delante de ellos, y seis soldados de la casa levantaron para después bajar el cuerpo del Canciller Vipond ante la mirada de preocupación de los tres hombres. I.O llevaron al carruaje y con mucho cuidado lo metieron dentro. Un minuto después, el carruaje había abandonado la plaza, y la caravana lo seguía lentamente.

Tres horas después, habían entrado en la última torre, los habían llevado a las mazmorras, los habían desnudado, registrado, y les habían echado tres cubos de agua helada que olían a desagradables productos químicos que no les recordaban a nada. Después les habían devuelto la ropa, rociada con unos polvos blancos que picaban, y los habían encerrado en una celda. Permanecieron sentados en silencio durante unos treinta minutos hasta que Kleist lanzó un suspiro, diciendo.

—¿De quién fue la idea? ¡Ah, sí! De Cale. No me acordaba.

—La diferencia entre esto y el Santuario —repuso Cale, no muy interesado en responder—, es que aquí no sabemos lo que va a pasar. Si nos hubieran llevado allí, sí que lo sabríamos, e iría acompañado de muchos gritos.

Era difícil discutir aquello, y al cabo de unos minutos se quedaron dormidos.

Durante tres días, el Señor Vipond se fue deslizándose hacia la muerte, cada vez más cerca de ella. Muchos fueron los bálsamos y las medicinas que le dieron, las hierbas aromáticas que quemaban día y noche, las tinturas de todo tipo con que le untaban las heridas. Todos estos tratamientos resultaban, o bien inútiles, o bien claramente perjudiciales, y solo el vigor natural y la buena salud de Vipond lo hacían resistir, pese a todos los esfuerzos de los mejores físicos de Menfis. Justo cuando les habían dicho a sus herederos que debían prepararse para lo peor (o, desde su punto de vista, para lo mejor), Vipond despertó y, con voz ronca, pidió que abrieran las ventanas, que se llevaran aquellas perniciosas hierbas, y que lo lavaran con agua hervida.

En cuestión de unos días, contando ya con el aire fresco y con sus defensas naturales capaces de hacer su trabajo, se incorporó en la cama y ofreció un relato de los acontecimientos que le llevaron a quedar enterrado hasta el cuello en la arena del Malpaís.

—Estábamos a cuatro días de Menfis cuando nos encontramos una tormenta de arena, que casi más parecía de piedras que de arena. Eso fue lo que dispersó a la comitiva, y antes de que pudiéramos reagruparnos, nos atacaron los gurrieros. Mataron a todos antes de que reaccionaran, pero por algún motivo decidieron dejarme a mí como me encontrasteis.

El hombre hablaba con el capitán Albin, jefe del servicio secreto de los Materazzi, un hombre alto que tenía ojos azules como una bella muchacha. Aquel rasgo sorprendente estaba en claro contraste con el resto de su apariencia, impenetrable e intachable (de hecho, parecía que acabaran de plancharle toda la ropa).

—¿Estáis seguro —preguntó Albin— de que no eran más que los gurrieros?

—No soy experto en bandidos, capitán, pero eso es lo que me dijo Pardee antes de morir. ¿Tenéis vos algún motivo para pensar que no fuera así?

—Algunas cosas que no encajan.

—¿Como por ejemplo?

—La manera en que las columnas fueron atacadas parecía muy organizada, y demasiado hábil para tratarse de los gurrieros. Los gurrieros son oportunistas y sanguinarios, y raramente actúan en número suficiente para vencer a soldados como los que llevabais vos, aunque hubieran quedado dispersados por la tormenta.

—Comprendo —dijo Vipond.

—Y además está el hecho de que os dejaran con vida. ¿Por qué lo hicieron?

—Con poca vida.

—Sí, es cierto. Pero ¿por qué se arriesgaron? ¿Por qué correr ese riesgo inútil? — Albin se dirigió hacia la ventana y observó por ella el patio que había abajo—. Os encontraron con un papel plegado metido en la boca.

Vipond lo miró, y revivió la desagradable sensación de que le separaban las mandíbulas, y de los esfuerzos que hacía para respirar antes de desmayarse.

—Lo siento, Señor Vipond, supongo que debe de resultaros terrible. ¿Preferís que vuelva mañana?

—No, no, no pasa nada. ¿Qué ponía en el papel?

—Era el mensaje que llevabais de Gauleiter Hynkel al Mariscal Materazzi prometiendo que llegaríamos a ver la paz.

—¿Dónde está?

—Lo tiene el conde Materazzi.

—No vale de nada.

—¡Ah! —dijo Albin, pensativo—. ¿Eso pensáis? Es interesante.

—¿Por...?

—Dejaros vivo con un mensaje de importancia metido en la boca, parece como si quisieran decir algo...

—¿Como qué?

—El sentido resulta oscuro. Tal vez a propósito. Desde luego, no es el estilo de los gurrieros. Los gurrieros están interesados en el robo y el pillaje, no en mensajes políticos, sean claros o no.

—Pero si se trata de decir algo, ¿no deberían haberlo hecho de manera clara?

—No necesariamente. Hynkel se ve a sí mismo como un tipo gracioso. Sin duda le divertiría simular el ataque a un ministro de los Materazzi, mientras nos desconcierta haciéndonos pensar que hay algo más. —Albin sonrió, desaprobándose a sí mismo—. Pero vos le habéis visto más recientemente. Tal vez no estéis de acuerdo conmigo.

—En absoluto. Fue un anfitrión alegre y no paraba de hacer bromas. Como muchos hombres inteligentes, cree que los demás son idiotas.

—Ciertamente, eso es lo que piensa de nuestro embajador.

Hubo una ligera pausa, y Albin se preguntó si habría sido demasiado indiscreto. Vipond lo observó detenidamente.

—Parece que sabéis muchas cosas —comentó Vipond, invitándolo a seguir.

—¿Muchas cosas? Me gustaría que así fuera. Pero algo sí que sé. Dentro de unos días puede que tenga noticias que aclararán esto en un sentido u otro.

—Os estaré sumamente agradecido si me mantenéis informado. Tengo recursos que os podrían ser de utilidad.

—Naturalmente, Señor.

Albin se sintió muy satisfecho con aquella especie de acuerdo. No se trataba de si podía confiar en Vipond, porque sabía que no podía. La corte de Menfis era un nido de víboras, y nadie que no tuviera dientes afilados y cargados de veneno podría haber llegado a un lugar tan importante como el que ostentaba Vipond. Era irrazonable esperar otra cosa. Sin embargo, tenía la impresión de que avanzaba hacia un entendimiento, y que podía contar con que Vipond no lo traicionaría si no tenía serios intereses en hacerlo.

—Hay un par de asuntos que me gustaría discutir con vos, Señor. Pero, claro está, si os encontráis fatigado puedo volver mañana.

—En absoluto. Por favor...

—Está el extraño hecho de que había cuatro jóvenes con vos cuando Bramley os encontró ente... —Se quedó callado.

—¿Enterrado hasta el cuello?

—Eso es.

—Creía que lo había soñado —comentó el Canciller Vipond—. ¿Tres chicos y una chica?

—En efecto.

—¿Qué hacían ?

—¡Ah, creíamos que vos podríais contestar a eso! Bramley quiere ejecutar a los chicos y vender a la muchacha.

—¿Por qué demonios?

—Piensa que son parte de la banda de gurrieros que os atacó.

—Ellos nos atacaron al menos veinticuatro horas antes de que me encontraran. ¿Qué iban a hacer allí si tuvieran algo que ver con los gurrieros?

—Aun así, Bramley quiere ejecutarlos. Dice que deberíamos dejar claro que cualquiera que ataque a un ministro de los Materazzi debe saber lo que le espera.

—Ese Bramley vuestro es un hijo de perra sediento de sangre.

—No es nada mío, gracias a Dios.

—¿Y qué dicen esos niños?

—Que acababan de llegar y estaban a punto de sacaros de allí.

—¿Y vos no les creéis?

—No había señal alguna de que hubieran empezado a excavar —dijo Albin, e hizo una pausa—. Y yo no diría que son niños exactamente. Los chicos tienen trece o catorce años cada uno, aunque parecen muy endurecidos. La muchacha, por el contrario, parece criada entre algodones. Y ¿qué hacían en medio del Malpaís?

—¿Qué dicen ellos?

—Dicen que son gitanos.

Vipond lanzó una carcajada.

—No ha habido gitanos en esta parte del mundo desde que los exterminaron los redentores hace sesenta años. —Se quedó un momento pensativo—. Hablaré yo mismo con ellos dentro de unos días, cuando me encuentre mejor. Pasadme esa copa de agua, si sois tan amable.

Albin alargó la mano hacia la mesita y le entregó la copa a Vipond. En aquel momento parecía muy pálido.

—Os dejo, Canciller.

—¿No dijisteis que había un par de asuntos?

Albin se detuvo.

—Sí. Antes de que os encontrara Bramley, pilló a IdrisPukke merodeando a unos seis o siete kilómetros de distancia.

—Excelente —dijo Vipond, con los ojos iluminados por el interés—. Hablaré mañana con él.

—Por desgracia, escapó.

Vipond ahogó un gruñido de irritación. Tardó casi un minuto en volver a hablar.

—Quiero a IdrisPukke. Si alguna vez cae en vuestras manos, traedlo a mi presencia y no se lo digáis a nadie.

Albin asintió.

—Naturalmente. —Y abandonó satisfecho la estancia de Vipond.

Era el sexto día de su cautiverio en las mazmorras subterráneas de Menfis, pero, pese a la incertidumbre, los tres muchachos tenían la moral alta. Tomaban tres buenas comidas al día, que cualquier persona normal hubiera considerado vomitivas; podían dormir cuanto quisieran, y lo hacían nada menos que dieciocho horas, como si buscaran desquitarse de las privaciones de sueño de toda una vida. Hacia las cuatro de la tarde, el carcelero abrió la puerta de su mazmorra para dejar pasar a Albin, que ya los había interrogado en una ocasión, junto con otro hombre que debía de andar por sus cincuenta y muchos años y que era obviamente persona de importancia.

—Buenas tardes —saludó el Señor Vipond.

Henri el Impreciso y Kleist lo miraron detenidamente desde sus respectivos lechos. Cale estaba sentado con las rodillas levantadas y la capucha caída sobre el rostro.

—Poneos de pie cuando el Señor Vipond entre en la celda —dijo Albin sin levantar la voz. Henri el Impreciso y Kleist se levantaron lentamente, pero Cale no se movió.

—Vos, levantaos y retiraos la capucha. O mandaré a los guardias que lo hagan por vos. —La voz de Albin seguía siendo calmada, tranquila, nada amenazadora.

Hubo una pausa, y entonces Cale se levantó, como despertando de un sueño reparador, y se quitó la capucha. Se quedó mirando al suelo como si encontrara en él algo sumamente interesante.

—Veamos —dijo Vipond—. ¿Me reconocéis?

—Sí —respondió Kleist—. Vos sois el hombre al que intentamos rescatar en el Malpaís.

—Efectivamente —respondió Vipond—. ¿Qué hacíais allí?

—Somos gitanos —dijo Kleist—. Nos habíamos perdido.

—¿Gitanos de qué tipo?

—Eh... del tipo normal —respondió Kleist, sonriendo.

—El capitán Bramley piensa que intentabais robarme.

Kleist lanzó un suspiro.

—Es un hombre malo, ese capitán Bramley, un hombre muy malo. Lo único que hacíamos era salvar a una persona importante como vos, y va y nos encadena como si fuéramos delincuentes y nos encierra aquí. Vaya agradecimiento.

Había una sorprendente y alarmante alegría en la manera en que Kleist contestaba al hombre que tenía delante, como si no solo no esperara que le creyera, sino que le diera igual. Hasta entonces, Vipond solo había visto aquel tipo de insolencia en hombres a los que había llevado a la horca, y que sabían que no tenían nada que ganar ni que perder.

—Íbamos a socorreros —aseguró Henri el Impreciso, y realmente decía la verdad, por lo que se refería a él.

Vipond miró a Cale.

—¿Cómo os llamáis?

Cale no respondió.

—Venid conmigo.

Se dirigió hacia la puerta. El carcelero se apresuró a abrirla. Vipond se volvió a Cale.

—Vamos, muchacho, ¿es que sois sordo además de insolente?

Cale miró a Henri el Impreciso, que asintió, como apremiándolo a obedecer. Cale no se movió por un instante, pero después avanzó lentamente hacia la puerta de la mazmorra.

—Venid con nosotros si sois tan amable, capitán Albin.

Vipond salió, seguido por Cale, y con Albin detrás, que soltó el dedo de la espada que llevaba enfundada en la vaina. Kleist se acercó a las barras cuando se cerró la puerta de la mazmorra.

—¿Y yo? A mí también me apetece un paseo.

Entonces los dos muchachos oyeron que abrían la puerta exterior. Cale salió.

—¿Estás seguro —preguntó Henri el Impreciso— de que estás bien de la cabeza?

Cale se encontró en un agradable patio, con una hermosa explanada de hierba en el centro. Comenzaron a caminar por el sendero que seguía los muros. Cale iba al paso del Canciller Vipond.

—Siempre he creído en el principio —dijo Vipond, después de caminar con él en silencio durante un minuto más o menos— de que uno no debe decirle a su mejor amigo nada que no pueda decirle a su peor enemigo. Pero esta es una de esas ocasiones, por lo que a vos concierne, en que la sinceridad es con mucho la mejor estrategia. Así que no quiero oír tonterías sobre gitanos ni de ningún otro tipo. Quiero saber la verdad sobre quiénes sois y qué es lo que hacíais en el Malpaís.

—Queréis la verdad tal como se la diría a mi mejor amigo.

—Tal vez no sea vuestro mejor amigo, jovencito, pero soy vuestra mejor esperanza. Decidme la verdad y tal vez esté dispuesto a tomarme con generosidad el hecho de que, mientras la chica y el abobado querían socorrerme, vos y el granuja ese erais partidarios de dejarme allí.

Cale lo miró.

—Ya que vamos a decir la verdad, Señor, ¿no creéis que de hallaros en nuestra piel, también vos lo habríais pensado dos veces antes de hablar, por miedo a las consecuencias?

—Naturalmente. Y ahora vamos a ello. Y sabed que si pienso que me mentís, os entregaré a Bramley en menos que canta un gallo, y sin hacer preguntas.

Cale se quedó unos segundos en silencio, y después lanzó un suspiro, como si acabara de tomar una decisión.

—Los tres somos acólitos de los redentores, del Gran Santuario de Shotover.

—¡Ah, la verdad...! —dijo Vipond, sonriendo—. Tiene un halo a su alrededor que hace que se la reconozca, ¿no os parece? ¿Y la muchacha?

—Estábamos buscando comida por túneles clausurados por los redentores. Nos la encontramos en un lugar del que no habíamos oído hablar. Había otras como ella.

—¿Mujeres en el Santuario? ¡Qué extraño! O tal vez no...

—Nos descubrieron con la chica, y no tuvimos otra escapatoria. Tuvimos que darnos a la fuga.

—Un gran riesgo, me parece.

—No hubiéramos tenido ninguna posibilidad si nos quedábamos.

—Supongo. —Pensó durante un minuto más o menos en lo que acababa de escuchar, mientras los dos caminaban lentamente, uno al lado del otro, por el patio—. ¿Y el Malpaís?

—Era el mejor lugar para ocultarse. No se puede ver a mucha distancia, a causa de los montículos y las crestas del terreno.

—Los redentores rastrean con perros. He visto uno de ellos: son feos como demonios, pero muy buenos rastreadores.

—Yo había averiguado cómo neutralizarlos —explicó Cale, omitiendo el detalle de la doble fuga. Porque aquella huida, tal como había ocurrido, podía ser verdad, pero, dijera lo que dijera Vipond, a veces la verdad no suena a verdad. Y, además, tras el intento no muy logrado de Kleist de fingir que eran gitanos, habían acordado contar la historia real, pero sin entrar en detalles. Estaba claro que lo que les habían dicho los redentores sobre los gitanos era mentira: lo que había ocurrido hacía sesenta años no había sido un ataque traicionero al Santuario seguido por una comedia

expedición de castigo para enseñar a los gitanos a comportarse en lo sucesivo. Debían de haberlos matado a todos, hasta el último niño.

—¿Nos entregaréis a la partida de rastreo de los redentores?

—No.

—¿Por qué no?

Vipond se rio.

—Buena pregunta. La verdad es que no tenemos razón para hacerlo. No tenemos relaciones diplomáticas. Solo tratamos con ellos a través de la Dueña.

—¿Qué es la Dueña?

—¿Sabéis lo que es un mercenario?

—Sí: alguien que mata por un salario.

—Pues la Dueña son mercenarios a los que se les paga para que negocien en vez de matar. Tenemos tan pocos tratos con los redentores que nos sale más barato pagar a alguien para que negocie en nuestro nombre. Ha llegado la hora de cambiar eso, me parece. Creo que hemos hecho mal en no enterarnos de nada todo este tiempo. Vosotros podríais sernos muy útiles. Su guerra en el frente oriental los ha tenido ocupados durante cien años. Tal vez planean algo aquí, o en otra parte. Es hora de averiguarlo. —Sonrió al muchacho—. Así que quizá podéis confiar en mí, porque me podéis ser de utilidad.

—Sí —dijo Cale, pensativo—. Quizá.

En ese momento volvían a hallarse ante la puerta que daba a las celdas. Vipond la golpeó con el puño, y la puerta se abrió inmediatamente. Se volvió hacia Cale.

—Dentro de unos días os llevarán a otro lugar más cómodo. Hasta entonces, intentaremos que recibáis mejor trato: comida decente y ejercicio.

Cale asintió y atravesó la puerta, que se cerró rápidamente tras él.

Vipond se volvió cuando Albin se le acercó por detrás.

—Qué curioso, amigo Albin. No se parece a ningún muchacho que haya visto nunca. Si aparecen redentores preguntando por ellos, no hay que decirles nada. Y que se queden a las puertas de la ciudad. Los chicos tendrán condiciones de arresto domiciliario.

Y, diciendo eso, Vipond se alejó, gritando sin volverse:

—¡Que me traigan a la chica mañana a las once!

Capítulo 12

—Entonces, Riba —dijo Vipond, afable como un maestro bondadoso—> hasta que esos tres jóvenes frustraron el intento de un redentor de asaltarte y lo dejaron inconsciente de un golpe, ¿fuisteis totalmente ignorante de la presencia de hombres en el Santuario?

—Sí, Señor.

—Y, sin embargo, habíais vivido allí desde los siete años y habíais sido tratada, por lo que decís, como una princesita. Eso es muy extraño, ¿no os parece?

—Es a lo que estaba acostumbrada, Señor. Nos daban casi todo lo que queríamos y la única regla estricta, por la que nos habrían castigado terriblemente en caso de incumplirla, consistía en no abandonar nuestros terrenos. Pero eran muy grandes, y los muros imposibles de trepar. Y éramos felices.

—¿Os explicaron las mujeres que os cuidaban por qué os trataban con tanta amabilidad y generosidad?

Riba lanzó un suspiro por el fin de un prolongado sueño.

—Dijeron que cuando cumpliéramos los catorce años nos llevarían a un lugar aún más maravilloso que el Santuario para convertirnos en novias, y que seríamos felices para siempre. Pero eso solo ocurriría si nos volvíamos lo más perfectas posible.

—¿Perfectas? ¿En qué sentido? —preguntó Vipond, ligeramente asustado.

—Nuestra piel no debía tener defectos, nuestro pelo tenía que estar brillante y dócil, debíamos tener grandes ojos luminosos, las mejillas sonrosadas, los pechos grandes y redondos, las nalgas grandes y tersas, y no podíamos permitir que nos creciera ni un pelo entre las piernas, ni debajo de los brazos, ni en ningún otro sitio. Teníamos que mostrar siempre interés, ser encantadoras y oler a flores. Nunca podíamos enfadarnos ni discutir ni criticar a otras personas, sino ser siempre bondadosas, afectuosas, estar siempre dispuestas a repartir besos y ternura...

Tanto Albin como Vipond eran hombres de considerable experiencia, y habían visto y oído muchas cosas extrañas, pero cuando Riba terminó, ninguno de los dos sabía qué decir. Fue Albin el que habló finalmente.

—Volviendo al redentor que os asaltó, ¿no lo habíais visto nunca?

—No, ni a ningún otro hombre.

—¿Cómo —preguntó Vipond— practicabais vuestra... ternura? Si no había hombres...

—Unas con otras, Señor. —Esto desconcertó aún más a los dos caballeros—. Por turnos, fingíamos estar cansadas y malhumoradas y gritábamos mucho y dábamos portazos, y la otra nos calmaba y era bondadosa hasta que se nos pasaba el enfado. —Los miró, y comprendió que su respuesta se quedaba corta en algún modo—. Y luego teníamos los muñecos.

—¿Muñecos?

—Sí, muñecos masculinos. Los vestíamos y les dábamos masajes, y los tratábamos como a reyes.

—Ya veo —dijo Vipond.

—Lena y yo... —se detuvo un momento—. Lena era la muchacha que mató el redentor... Nos dijeron que nos habían elegido para casarnos y vivir felices para siempre. Después nuestras tías nos llevaron a la estancia de ese hombre... llamábamos tías a aquellas mujeres que nos educaban y nos decían que nos íbamos a casar. Pero entonces ese hombre mató a Lena.

—¿Vuestras tías sabían lo que iba a sucederos?

—¿Cómo lo iban a saber, con lo bondadosas que eran? Seguro que las engañaron igual que a nosotras.

—¿No es una coincidencia extraña —preguntó Albin, que no estaba ahora seguro de que les contara la verdad, aunque le parecía que si estaba mintiendo, se trataba de una mentirosa brillante— que os encontrarais a este redentor y a Cale en veinticuatro horas, y que Cale llegara justo a punto para salvaros?

—Sí. Ya lo pensé, incluso en el momento. Qué extraño encontrarse a cuatro hombres al mismo tiempo, después de todos esos años sin ver ninguno... y que uno fuera tan cruel, y que los otros arriesgaran la vida por mí, por alguien a quien no conocían. ¿Son frecuentes esas cosas?

—No —respondió Vipond—. No son frecuentes. Gracias, Riba. Esto es todo por el momento.

Hizo sonar la campana que tenía delante. Se abrió la puerta y entró una joven. Tenía el aire de sereno orgullo que tienen tantas aristócratas de dieciséis años, ese aire de haberlo visto todo y no sentir interés por nada. Pero se le salieron los ojos de las órbitas cuando vio a Riba, con su pelo dorado y sus enormes curvas. Allí, una junto a la otra, parecían criaturas de distinta especie.

—Riba, esta es Mademoiselle Jane Weld, mi sobrina. Cuidará de vos los próximos días. —Mademoiselle Jane, aún atónita, asintió tímidamente. Riba sonrió nerviosa—. Albin, ¿os importaría esperar fuera con Riba, mientras hablo con Mademoiselle Jane?

Albin salió con Riba y cerró la puerta tras ellos. Vipond observó a su atónita sobrina.

—Cerrad la boca, Jane, u os tragaréis una mosca.

La boca de Mademoiselle Jane se cerró de un golpe tan brusco que resultó casi audible, pero volvió a abrirla casi de inmediato.

—¿Quién demonios era esa criatura?

—¡Sentaos y escuchad, e intentad hacer lo que os mandan, por una vez! —A regañadientes, Mademoiselle Jane obedeció—. Os haréis amiga de Riba, y conseguiréis que os cuente todo lo que ya me ha contado a mí, y más. Anotadlo todo y enviádmelo, sin omitir ningún detalle, no importa lo trivial o extraño que sea... —Miró a la joven—. Y os aseguro que os contará cosas extrañas... Cuando hayáis oído su historia, veréis si puede conseguirse que se la calle y finja que viene de las Islas del Sur o algo parecido. Tiene sus propias maneras, pero vos le enseñaréis las nuestras. Tal vez, si lo hace bien, pueda llegar a ser doncella personal, o incluso dama de compañía.

—¿Esperáis que prepare a una doncella? —preguntó Mademoiselle Jane, indignada.

—Espero que hagáis lo que es mande. Y ahora marchaos.

Capítulo 13

Tras dejar a sus cien hombres y sus perros en un pueblo, cincuenta kilómetros atrás, el redentor Roy Stape, explorador de la partida de rastreo del sur, fue cabalgando hasta Menfis en un estado de inquietud como no había experimentado en toda su vida. Aquella incomodidad no era ninguna tontería, dado que Stape había vivido muchas experiencias infernales, y provocado otras tantas. Pero en aquel momento, cuando se acercaba a Ciudad Kitty, sentía que se internaba en el lugar más semejante al verdadero infierno que pudiera encontrarse en la tierra. Al acercarse a la entrada iluminada con colores chillones de aquel arrabal de pesadilla, se detuvo, se bajó del caballo, y lo llevó de la brida los últimos metros. Incluso a aquellas horas tardías, seguía habiendo visitantes y vecinos que pasaban sin parar ante los guardias. Los guardias ignoraban a la mayoría, pero registraban a algunos.

—No podéis meter eso aquí —dijo uno de los guardias señalando al caballo—. ¿Vais armado?

«Hasta los dientes», pensó Stape, pero explicó:

—No deseo entrar. Traigo una carta para Kitty la Liebre.

—Nunca he oído hablar de él. Ahora, ¡marchaos al infierno!

Lentamente, observado con atención por los guardias, Stape metió la mano en las alforjas del caballo y sacó dos bolsas, una mucho más grande que la otra. Cogió la más pequeña.

—Esto es para que lo compartáis. La otra es para Kitty la Liebre.

—Entregádmelas. Me encargaré de hacerlas llegar a su destino. —Los guardias, cinco en total, que eran enormes y habían sido cuidadosamente elegidos por su falta de simpatía, empezaron a rodear a Stape—. Volved mañana o, mejor aún, pasado mañana.

—Guardaré el dinero hasta entonces.

—No, no es eso lo mejor —dijo el guardia—. Nosotros lo cuidaremos bien.

Se movió hacia Stape tan rápido como pudiera hacerlo un hombre de más de cien kilos de peso, y le cogió el dinero. Parecía que Stape transigía. Dejó caer los hombros, como derrotado. Entonces, cuando el guardia le dio un empujón en el pecho, él sencillamente cruzó sus manos por encima de las del guardia y lo empujó hacia el

suelo. Se oyó un chasquido no especialmente fuerte y un grito de agonía, mientras el guardia caía de rodillas. Los otros, sorprendidos por aquel movimiento repentino, se abalanzaron sobre él. Pero apenas habían empezado a hacerlo cuando vieron la punta de la espada corta que Stape acababa de ponerle al guardia en el cuello. No resultó necesario el grito del guardia, pidiéndoles que permanecieran donde estaban.

—Ahora traedme a alguien con autoridad, y aprisa. No tengo intención de quedarme en esta cloaca más tiempo del necesario.

Veinte minutos después, Stape se sentaba en una antesala. Seguía inquieto, pese al hecho de que se trataba de una de las estancias más agradables que hubiera visto en su vida: recubierta con maderas de cedro y sándalo, era una muestra de suntuosa sencillez, y olía de manera tan sutil y grata a los sentidos que estuvo tentado de cortar un trozo y llevárselo con él. Y esa inquietud no se debía a la lucha que había tenido lugar en las puertas de Ciudad Kitty, sino a lo que había visto después de que le permitieran la entrada. El hombre que había supervisado las matanzas de Odessa y el bosque Polaco, famoso incluso en la lista de atrocidades que caracterizaban las guerras del frente oriental, estaba turbado por las cosas que había visto en los últimos cinco minutos. Al final de la antesala se abrió una puerta, y un anciano avanzó hacia él y le dijo cortésmente:

—Kitty la Liebre os atenderá ahora.

Cuando la puerta se abrió, un curioso olor llegó hasta él. Era un olor solo levemente desagradable y un poco dulce, aunque de un dulzor que a Stape Roy le erizaba los pelos de la nuca. Estaba seguro de que nunca lo había olido, y, aun así, algo había en él que parecía una advertencia, algo que, pese a su coraje feroz, le hacía sentirse incómodo. Ya profundamente alterado por las escenas contempladas en Ciudad Kitty, caminó hacia la puerta, y cuando la hubo atravesado, el viejo, quedándose en la antesala, cerró la puerta tras él.

La estancia era oscura pero estaba iluminada de manera muy estudiada, de tal forma que el suelo se veía con claridad. Más arriba de un metro, sin embargo, no se podían distinguir sino contornos oscuros. Había alguien sentado ante una mesa, en el centro de la estancia, pero era como si aquella persona estuviera hecha de sombra.

—Por favor, poneos cómodo, Padre.

Aquella voz... No se parecía a nada que hubiera oído nunca. No tenía el tono de la crueldad, ni el silbido de la malevolencia, no había en ella sombra de amenaza, todos ellos tonos con los que estaba familiarizado desde hacía tanto tiempo que ni podía recordarlo. Se parecía más al zureo de una paloma, a un suspiro de tristeza inconmensurable, a un maullido profundo. Era, por algún motivo, la cosa más horrible que hubiera oído jamás. El sonido parecía resonar en su estómago como la nota más profunda jamás oída del órgano de la gran catedral de Kiev. Notó que se empezaba a marear.

—No tenéis buen aspecto, Padre —zureó la voz—. ¿Queréis un poco de agua?

—No, gracias.

La voz de Kitty la Liebre lanzó un suspiro como de honda preocupación, que fue, para Stape, como ser besado por algo inimaginablemente nauseabundo.

—Vamos al asunto, pues.

El redentor necesitó toda su fuerza de voluntad para responder, una fuerza demostrada tantas veces en la quema de apóstatas y en la matanza general de inocentes.

Respirar profundamente no le sentó bien, pues hizo más intenso aquel horrible olor dulce.

—Es cierto —dijo Kitty la Liebre—, que los cuatro jóvenes que buscáis están en Menfis.

—¿Podéis capturarlos?

—¡Ah, redentor, todo el mundo puede ser capturado! ¿Los queréis vivos?

—¿Podéis hacerlo? —Al pobre Roy Stape le costaba un esfuerzo ímprobo no desmayarse.

—No lo haré, Padre. No os conviene.

Entonces emitió un sonido que podía ser una risa suave, o tal vez no. La puerta se abrió y el viejo que le había hecho pasar le dijo:

—Si venís por aquí, redentor, yo concluiré los aspectos pendientes.

Diez minutos después, y todavía blanco como el papel, el redentor Roy Stape se iba recobrando de su horrible entrevista con Kitty la Liebre.

—¿Os sentís mejor, Padre? —preguntó el viejo. Stape lo miró.

—¿Qué clase de...?

—No hagáis preguntas que podrían parecer ofensivas —interrumpió el viejo—. Es poco prudente en este lugar resultar insultante con ese tipo de cosas. —El viejo respiró hondo—. Bien, esta es la situación: vos deseáis que saquemos a esas cuatro personas de la ciudad vieja. Esto es factible, pero no lo haremos porque interfiere con intereses muy próximos a nuestro corazón.

—Entonces partiré e informaré a mi Señor. Él quiere oír de inmediato las malas noticias.

—Sed razonable, redentor —dijo el viejo—. Vestidme despacio, que tengo prisa. No les quitaremos el ojo de encima. En algún momento tendrán que salir de la ciudad. Os lo haremos saber. Entonces, como gesto de buena voluntad, os los entregaremos sin que sufran ningún daño. Lo prometo.

—¿Dentro de cuánto tiempo?

—Dentro del tiempo que haga falta, redentor. Cumpliré lo que prometo, pero permitidme que hable con claridad: si hacéis algún intento de capturarlos por vuestra cuenta, Kitty la Liebre lo considerará un ataque a sus intereses.

Se oyó un golpe en la puerta.

—Entrad.

La puerta se abrió, y entraron dos guardias.

—Estos hombres os escoltarán hasta las puertas de Ciudad Kitty. Como gesto de hospitalidad, le hemos dado de comer y beber a vuestro caballo. Id con Dios.

Al salir del edificio, el aire de Ciudad Kitty lo recibió como una bofetada en el rostro. ¡Aquel ruido, aquella gente! Era como un ciego que recupera la vista y lo primero que ve es el arco iris del infierno, o como un sordo que recupera el oído para escuchar los sonidos del fin del mundo. Había gente que berreaba con sus lucíluos, mauyas con las yayas colgando a la vista de todo el mundo, benjamines en jemima, que no paraban de gritar: «Compaños, venid y tras tras». Había burtones con sus alabarderos desnudos, intermediarios lanzando gritos de agonía, abuelas con los bungos nipos pintados de carmín clamando por mitad y mitad, hugonotes vendiendo el culipatio al más alto postor y pibes majaras de larga lengua buscando una paloma entre dobles manzanas. Asustado y horrorizado hasta la inmovilidad, el redentor Stape soltó de pronto un grito de profundo odio y disgusto. Entonces, para asombro de los dos guardias que lo escoltaban, empezó a correr y salió por las puertas exteriores de Ciudad Kitty, internándose en la noche como alma que lleva el diablo.

IdrisPukke se hallaba sentado en una zanja, bajo la lluvia, a cincuenta kilómetros de distancia del último pueblo protegido por Menfis. No había por allí nada seco con lo que prender un fuego, y aunque lo hubiera habido, encenderlo habría sido demasiado peligroso. En las últimas veinticuatro horas no había comido más que media patata, que para colmo de males estaba ya casi podrida. ¿Cómo había descendido a aquella situación un hombre que había tenido tres ejércitos a su mando, al que habían prestado oído reyes y emperadores, y que había deshonorado a una generación casi entera de hermosas hijas del nabab de aquí y del sátrapa de allá? Esta es una buena pregunta cuya respuesta IdrisPukke conocía bien. Hay gente que tienta a la suerte con demasiada frecuencia, pero él lo hacía a diario. Había cosechado donde no había sembrado; le habían ofrecido la mano y se había tomado el brazo; se había enriquecido seis veces y arruinado siete. En cuanto a sus siete vidas, hacía tiempo que las había consumido. No se podía negar ni su ingenio ni su brillantez como soldado en el campo de batalla; y tanto su destreza con las armas como su discernimiento político habían causado admiración en todo el mundo conocido, lo que equivale a decir que se había dictado sentencia de muerte contra él en todas

partes, salvo en aquellos lugares donde cosas tales como juicios y sentencias se consideraban tediosas formalidades sin sentido. En resumen: no había estado al que IdrisPukke pudiera escapar sin riesgo a ser sumergido en agua hirviendo, o destripado, o quemado en la pira, o colgado en la horca, y a menudo las cuatro cosas juntas y varias veces cada una. Empapado, exhausto y padeciendo una indigestión de mil demonios a causa del estado de su último almuerzo, el más grande mercenario que hubiera conocido el mundo se veía obligado, así pues, a meterse en una zanja para esconderse de uno de los soldados y cazarrecompensas que lo perseguían, que eran varias docenas. Durante el mes anterior, lo habían capturado en dos ocasiones y se había escapado casi de inmediato. Pero el verdadero problema con el que se enfrentaba era que no tenía ningún lugar al que escapar: lo único que IdrisPukke podía hacer era encogerse de hombros y pagar las consecuencias.

¡CHAS!

Sin pensarlo, IdrisPukke se puso de rodillas y empezó a gatear por la zanja lo más rápido que podía.

—¡Teas, luces! ¡Nos ha visto!

Por todas partes, el resplandor de las teas iluminó el negro impenetrable de los campos. Pero lo que les servía de ayuda a ellos, también le era de ayuda a IdrisPukke, que en aquel momento pudo distinguir a treinta metros de distancia una maraña de árboles.

Raudo como un perro, echó a correr hacia allí, pero resbalaba en el barro.

—¡Ahí!

Lo habían descubierto. Mientras corría, podía distinguir la luz de las teas, que todas juntas avanzaban hacia él. De un momento a otro podía dar con él una flecha, o una espada que le deparara una muerte terrible. Jadeando, temeroso, trató de correr, y lo haría mientras siguiera estando libre y pudiera moverse. Tenía que llegar a los árboles. Resbalando, se propuso salir de la zanja, y justo cuando llegaba arriba recibió un golpe. ¡CRAC!

Se quedó de pie por un momento. El mundo se había detenido en un destello de luz y dolor. Después recibió otro golpe, y cayó hacia atrás. Antes de llegar al suelo de la zanja y de que su cabeza recibiera otro terrible golpe, IdrisPukke estaba ya inconsciente. Cuando despertó, un gorila enorme y peludo le había agarrado firmemente ambos pies con una sola mano y, como quien no quiere la cosa, le sacudía la cabeza contra un muro de ladrillo, como la señora que sacude una alfombra cansinamente. Entonces se detuvo, y el gorila lo levantó hasta poner su cara a la altura de la de él, para mirarlo fijamente a los ojos. Sabía que se trataba de un gorila porque había visto uno en el circo de Arnhemland. Aquel era mucho más grande, su respiración era caliente y húmeda, y olía a carne podrida de un mes. Por el hocico le caían enormes velas de moco verde.

—Seguís vivo, pues —dijo el gorila. Pero hasta aquel momento no comprendió IdrisPukke, con cierto alivio, que seguía inconsciente y soñando. Entonces el gorila siguió golpeándole la cabeza contra el muro de ladrillo.

Se forzó a abrir los ojos, con lo que aquella escena se desvaneció para convertirse en un carro de granjero al que iba atado de pies y manos. A cada sacudida que daba el carro por aquel terreno lleno de surcos, la cabeza le pegaba contra el tablero lateral.

Tomó aliento para ayudarse a recobrar la conciencia, y separó la cabeza hacia el centro del carro. Qué agradable es dejar de darse cabezazos contra la pared, qué gran verdad. Pero entonces regresó el dolor y dejó de sentirse agradecido. Gruñó.

—Estáis despierto, ¿no es así?

Se trataba de un soldado y no de un cazarrecompensas, lo que le hacía pensar que había caído en manos de gente que tal vez tuviera que someterse a ciertas formalidades antes de infligirle daño. Eso suponía una posibilidad de huida. El soldado le hincó en el estómago el extremo no afilado de su lanza corta.

—Os he preguntado con cortesía, y espero una respuesta igual de cortés.

—Sí, estoy despierto —gruñó IdrisPukke—. ¿Adónde me lleváis?

—Cerrad el pico. Me dijeron que no hablara con vos bajo ningún pretexto, aunque no veo por qué. No me parecéis gran cosa. —Y tras volver a clavarle el lado romo de la lanza, el soldado se recostó y no volvió a decir palabra.

Capítulo 14

—¿Que queréis que haga con ellos? —preguntó Albin. Pensativo, Vipond levantó la vista de su escritorio.

—Me interesan. Pero pienso que es el momento de sonsacarles un poco más. Quiero que vos superviséis su interrogatorio sobre los redentores. Tenemos que hacernos con un cuadro más completo del Santuario, y averiguar si lo que traman los redentores tiene importancia para nosotros. Mientras tanto, inscribid a los muchachos como pajes de armas en el Mond.

—A Solomon Solomon no le hará mucha gracia.

—¡Santo Dios! —exclamó Vipond casi sin aliento—. ¿Es que ya nadie hace lo que se le manda? Si a él no le hace gracia, que se aguante.

—Los del Mond son un grupo arrogante, Canciller. No les va a resultar fácil a ninguno de los tres.

—Lo comprendo. Pero no quiero que los perdáis de vista. Quiero saber cómo reaccionan al tratamiento. No les reprocho que me mintieran, porque en su lugar yo hubiera hecho lo mismo, pero quiero llegar al fondo de este asunto.

Y así fue como dos días después, Cale, Kleist y Henri el Impreciso se encontraron en el Patio de Armas de los Excelentes, junto con otros cincuenta pajes, que vigilaban a otros tantos jóvenes aristócratas Materazzi, que hacían ejercicio delante de Solomon Solomon, entrenador de artes marciales en el Mond. Era un hombre grande, de cabeza afeitada y ojos tan fríos como el viento de levante de un glacial día de enero.

Aquel día el cielo estaba azul y el viento era cálido. Los nuevos pajes permanecían en pie, admirando a los jóvenes de catorce y quince años que tensaban y relajaban los músculos en el patio. En general, su apariencia era uniforme: eran altos, rubios, delgados y asombrosamente ágiles. La confianza en ellos mismos que mostraban era tan grande que parecía relumbrar cuando tensaban sus miembros en contorsiones imposibles o hacían flexiones con un solo brazo, que parecía propulsado por un motor mágico. Los contemplaban atemorizados cuarenta y siete pajes, hijos de ricos mercaderes que pagaban a Solomon Solomon una buena cantidad de dinero para que el comercio llano tuviera la oportunidad del contacto diario con la aristocracia Materazzi. Aquella última sustitución, por la que había tenido que admitir a los tres

pihuelos del Malpaís, le haría perder a Solomon Solomon más de mil dólares al año. Por ese motivo su frío corazón estaba aún mucho más frío de lo habitual.

Cada uno de los pajes había sido colocado bajo un escudo de armas diferente y, aunque Cale no tenía ni idea de lo que eran, podía ver que los Materazzi que hacían ejercicio junto a él llevaban cada uno una enseña en el pecho, y que algunas de esas enseñas eran iguales que los escudos de armas que veía detrás de los pajes. Pasó un rato antes de que pudiera distinguir al que llevaba la enseña que se correspondía con su propio escudo. Era como los otros, solo que más: más alto, más rubio, más grácil y más fuerte. Se movía con extraordinaria velocidad, luchando fingidamente con varios oponentes, amagando golpes con los que los derribaba al suelo, sin que eso pareciera costarle ningún esfuerzo. Cale se tomó unos segundos para mirar atrás y examinar el amplio despliegue de armas de que disponía cada miembro del Mond: media docena de espadas diferentes, lanzas cortas, medias y largas, hachas y otras armas que nunca había visto.

—¡Vos! ¡VOS! ¡QUEDAOS DONDE ESTÁIS! —Era Solomon Solomon, y se dirigía a Cale. Solomon Solomon bajó del tosco tablado lleno de muñecos de paja con los que había estado entrenando, y se fue directo a Cale, sin apartar de él los ojos ni un momento hasta que lo tuvo delante. En el campo, los Materazzi que entrenaban hicieron un alto para observar lo que ocurría. No tuvieron que esperar mucho: tan pronto como Solomon Solomon llegó ante Cale, le propinó un tremendo bofetón en la cara. Algunos del Mond se rieron con esa crueldad de la que uno hace gala al ver caerse de bruces a un atleta en medio de una carrera, o a un débil boxeador que recibe un puñetazo que lo deja inconsciente durante unas horas.

Aunque Cale se tambaleó, no cayó al suelo como esperaba Solomon Solomon. Ni, cuando enderezó la cabeza, protestó ni miró con odio a Solomon Solomon. Cale tenía demasiada experiencia de actos de violencia arbitraria y del incomprensible mal genio de los que estaban por encima de él, para cometer errores.

—¿Sabéis lo que habéis hecho?

—No, señor —contestó Cale.

—¿No, señor? ¿Os atrevéis a decirme que no lo sabéis? —dijo esto con toda la furia acumulada de un tacaño que había perdido mil dólares al año sin explicación razonable. Volvió a golpear a Cale. Y cuando llegó el tercer golpe, Cale comprendió su error: en el Santuario, caer al suelo tras recibir un golpe era motivo para recibir otro; allí, estaba claro que era al revés. Así que decidió caerse, tal como se esperaba de él—. En lo sucesivo —gritó Solomon Solomon—, mantened la vista al frente, atended a vuestro señor y no apartéis de él los ojos. ¿HABÉIS ENTENDIDO?

—Sí, señor.

Tras eso, Solomon Solomon se dio la vuelta y regresó a su podio. Cale se levantó lentamente, con la cabeza aturdida. Los demás pajes miraban al frente, aterrorizados, salvo Kleist y Henri el Impreciso, que solo miraban al frente porque sabían que eso

era lo que se les pedía. Una persona, sin embargo, lo miraba a él: el más alto y grácil de los Materazzi, aquel cuyo escudo guardaba Cale. Los que lo rodeaban se reían, pero el rubio Materazzi no lo hacía: estaba rojo de ira.

Ni siquiera la paliza que le había propinado a Cale mejoró el humor de Solomon Solomon; la pérdida de tanto dinero había sido un duro golpe para su corazón.

—A vuestros pajes: espada corta.

Los del Mond avanzaron hacia la fila de los pajes y se quedaron en pie frente a ellos. El alto Materazzi miró a Cale y le habló en voz baja:

—Haced otro ridículo como ese y lamentaréis haber nacido, ¿me habéis oído?

—Sí —respondió Cale.

—Me llamo Conn Materazzi. Me llamaréis señor desde ahora.

—Sí, señor, lo he entendido.

—Dadme la espada corta.

Cale se dio la vuelta. Había tres espadas que colgaban de una barra de madera, con la hoja de igual longitud pero forma diferente, que iba de recta a curva. Para Cale, una espada era una espada. Cogió una al azar.

—Esa no —dijo, y le dio una patada en el culo—. La otra.

Cale cogió la que tenía más cerca, y recibió otra patada. Eso fue recibido con muchas risas por parte de sus compañeros y de algunos pajes.

—La otra —explicó Conn Materazzi. Cale la cogió y se la entregó al sonriente joven—. Bueno, ahora dadme las gracias por esa patada tan instructiva.

Entonces se hizo el silencio: un silencio expectante, ante la posibilidad de que el paje fuera lo bastante idiota como para protestar o, aún mejor, para contraatacar.

—Dadme las gracias —repitió Conn.

—Gracias, señor —dijo Cale en tono casi agradable, para alivio de Kleist y de Henri el Impreciso.

—Excelente —dijo Conn mirando a sus compañeros—. Falta de entereza: me encanta esa cualidad en un sirviente.

Las risas halagadoras fueron interrumpidas en seco por otra orden bramada por Solomon Solomon. Durante las siguientes dos horas, Cale vigiló, con la cabeza dolorida, mientras el Mond hacía sus ejercicios de entrenamiento. Cuando acabaron, dejaron el patio entre risas, para bañarse y comer. Entonces llegaron varios hombres mayores, los exploradores, para instruir a los pajes en el uso y cuidado de las armas que estaban apiladas tras ellos.

Después, los tres se sentaron a conversar y, sorprendentemente, Kleist y Henri el Impreciso parecían más abatidos que Cale.

—Dios —dijo Kleist—, creí que por fin habíamos tenido un poco de suerte al venir aquí. —Miró a Cale con amargura—. Tienes un gran talento, Cale, para crisparle los nervios a la gente. Esto parecía jauja, y en tan solo veinte minutos has conseguido pelearte con los dos tipos con los que menos hubieras debido hacerlo.

Cale pensó en ello, pero no dijo nada.

—¿Quieres que nos vayamos esta noche? —preguntó Henri el Impreciso.

—No —respondió Cale, aún pensativo—. Tengo que robar todo lo que pueda.

—No es prudente esperar. Piensa lo que podría ocurrir.

—No pasará nada. Además, vosotros dos no necesitáis iros. Kleist tiene razón: habéis tenido suerte viniendo aquí.

—¡Ja! —repuso Henri—. En cuanto tú te vayas, se meterán con nosotros.

—Puede que sí, puede que no. Tal vez tenga razón Kleist: hay algo en mí que irrita a la gente.

—Yo me iré contigo —dijo Henri el Impreciso.

—No.

—He dicho que iré.

Hubo un prolongado silencio, roto finalmente por Kleist.

—Bueno, no me pienso quedar aquí con vosotros —declaró enfurruñado, y se fue.

—Tal vez —propuso Cale— podríamos irnos antes de que vuelva.

—Lo más sensato es que permanezcamos juntos los tres.

—Supongo que sí, pero ¿por qué tiene que quejarse tanto?

—Se queja, simplemente, porque es así. Pero es buen tipo.

—¿De verdad? —preguntó Cale como si solo sintiera una ligera curiosidad.

—¿Cuándo quieres que nos vayamos?

—Dentro de una semana. Aquí hay mucho que birlar, y tenemos que aprovisionarnos.

—Es demasiado peligroso.

—No pasará nada.

—Yo no estoy tan seguro.

—Bueno, soy yo el que pone la cabeza y el culo, así que soy yo el que decide.

Henri el Impreciso se encogió de hombros.

—Supongo que tienes razón. —A continuación cambió de tema—: ¿Qué te parece el Mond? Se lo tienen muy creído, ¿no te parece?

—Pero son bastante buenos.

—Digamos que son bastantes en general —dijo Henri el Impreciso, sonriendo.

—¿Creéis que Riba estará bien?

—¿Por qué no iba a estar bien? —Era evidente que Henri el Impreciso estaba sinceramente preocupado—. Pero el caso es que ella no es como nosotros. No podría soportar una paliza ni nada así. No fue criada para eso.

—Estará bien. Vipond nos ha tratado bien a nosotros, ¿no?

—Kleist tiene razón en lo que ha dicho: si no fuera por mí, os daríais aquí la gran vida. —Ni siquiera sabía lo que significaba eso de «darse la gran vida», pero había oído la expresión un par de veces, y le gustaba cómo sonaba—. Riba sabe cómo tratar a la gente. No tendrá problemas.

—¿Y por qué no puedes aprender tú a tratar a la gente?

—No lo sé.

—Pues intenta quitarte de en medio y, si no puedes, deja de mirar a todo el mundo como si fueras a rebanarle la garganta y echar el cadáver a los perros.

Pero, al día siguiente, las esperanzas que tenía Henri el Impreciso de que mejoraran las cosas con Solomon Solomon y Conn Materazzi se vieron defraudadas. Solomon Solomon encontró otra excusa para proseguir con los golpes del día anterior, pero esta vez en medio del campo, para que todo el mundo pudiera verlo perfectamente y le entraran ganas de encontrar a su vez alguna excusa para hacer otro tanto. Sin embargo, Conn Materazzi, siendo más sutil que su maestro de lucha, y no deseando que pensaran que simplemente lo imitaba, siguió dándole patadas a Cale al menor pretexto, pero sin fuerza. El joven tenía maña para la humillación, y trataba a Cale como si fuera una carga que se había encontrado en la vida, pero que al mismo tiempo le divertía, y a la cual tenía el deber de tratar con toda la bondad posible. Con sus piernas largas y ágiles, y tras una vida de entrenamientos, le pegaba a Cale en los gemelos, en el trasero o incluso en las orejas, como si usar las manos en alguien como Cale fuera dedicarle una consideración excesiva. Tras cuatro días transcurridos de aquella manera, a Henri el Impreciso le preocupaba más el efecto que aquel trato pudiera producir en Cale que las palizas propinadas por Solomon Solomon. Cale estaba acostumbrado a una brutalidad mayor que la que Solomon Solomon era capaz de ofrecer. Pero la burla, pensada para dejar a alguien en ridículo, no formaba parte de sus experiencias. A Henri le preocupaba que Cale terminara respondiendo a las provocaciones.

—Yo lo veo más tranquilo que nunca —le respondió Kleist a Henri el Impreciso, que se había sentado a su lado para transmitirle sus inquietudes.

—Sí, «tan tranquilo como una casa encantada justo antes de que se despierten los demonios». —Ambos se rieron con aquella frase que los redentores repetían tan a menudo—. Solo dos días más.

—Mañana nos iremos. Le convenceremos.

—De acuerdo.

Cada vez con peor intención, Conn Materazzi siguió representando el papel del tolerante amo de un idiota ridículo, y al hacerlo recibía la admiración de sus amigos. Entre una y otra de las palizas que le propinaba Solomon Solomon a Cale, Conn le alborotaba el pelo por cualquier cosa que pretendidamente hubiera hecho mal, como si se tratara de una vieja mascota incontinente a la que por compasión no se le llega a pegar. De manera incesante, le lanzaba unos sopapos suaves y provocadores a la parte de atrás de la cabeza, o bien le daba golpecitos en las nalgas con la hoja de la espada puesta de plano. Y Cale cada vez se mostraba más tranquilo. Conn se daba cuenta de que las palizas no le hacían aparentemente ningún efecto, pero comprendía que, sin embargo, y pese al esmerado disimulo, sus burlas tenían que estar penetrando en aquella alma endurecida. Conn Materazzi podía ser un monstruo, pero no un idiota.

Los Materazzi tenían fama por dos cosas: la primera, por su suprema destreza en las artes marciales, que iba acompañada de un valor realmente temerario; la segunda, por la extraordinaria belleza de las mujeres Materazzi, combinada con una frialdad igualmente extraordinaria. Se decía, de hecho, que era imposible comprender la disposición que mostraban los Materazzi a morir en la batalla hasta que se conocía a sus esposas. Tanto solo como en grupo, un Materazzi era una aterradora máquina de guerra. Pero cuando uno conocía a su esposa, se topaba con una altivez, orgullo y desdén que no había visto nunca. Sin embargo, uno también se quedaba atónito por su sorprendente belleza y, como les pasaba a los Materazzi, pasaba a estar dispuesto a soportarlo todo a cambio de una sonrisa o un beso. Aunque los Materazzi dominaban casi un tercio del mundo conocido bajo el yugo de su poder militar, económico y político, los sometidos siempre podían consolarse pensando que, no importaba lo grande que fuera su influencia, los Materazzi eran esclavos de sus mujeres.

Mientras continuaba el acoso y vapuleo de Cale, los tres antiguos acólitos pasaban robando todo el tiempo posible, cosa que no resultaba especialmente difícil ni peligrosa, pues los Materazzi tenían lo que a los muchachos les parecía una extraña actitud ante sus pertenencias, y es que parecían dispuestos a desprenderse de cualquier cosa casi en cuanto acababan de adquirirla. Como los acólitos tenían prohibido poseer nada, aquella actitud los desconcertaba. Al principio robaban cosas que pensaban que podían serles de utilidad: una navaja, un afilador, dinero que sus señores se dejaban en el dormitorio, a menudo en cantidad pasmosa. Después, se dieron cuenta de que les resultaba más fácil preguntar a los señores si deseaban que recogieran alguna cosa determinada, o que la pusieran en otro sitio, porque a menudo la respuesta era que la tiraran. Al cabo de cuatro días habían robado, y habían recibido, más cosas de las que podían utilizar, e incluso de las que sabían cómo utilizar: cuchillos, espadas, un arco ligero de caza con una hendidura

fácilmente reparada por Kleist, una pequeña tetera de campaña, cuencos, cucharas, cuerda, cordel, comida en conserva de las cocinas y una gran cantidad de dinero, del que obtendrían más cuando limpiaran las habitaciones de sus señores justo antes de partir. Lo tenían todo cuidadosamente escondido en una serie de huecos y rincones, y había pocas posibilidades de que descubrieran nada de todo ello, porque no echaban nada en falta. Al comprender que uno podía darse allí la vida padre solo con las cosas que los otros no querían, a Kleist y Henri el Impreciso les daba pena tener que partir. Pero a Henri no le daba buena espina ver que Cale se tranquilizaba más a cada burla de Conn Materazzi y con cada golpe o pinchazo que recibía para humillarlo. Le daba en las orejas o le tiraba de la nariz como si fuera un niño malo.

La tarde del quinto día, Cale estaba buscando algo útil que robar en una parte del castillo en la que, como paje, tenía prohibida la entrada. En Menfis, la palabra «prohibido» significaba algo muy diferente a lo que significaba en el Santuario: allí una infracción podía suponer, digamos, cuarenta golpes infligidos con un cinturón de cuero con tachuelas de metal, que podían hacerle a uno sangrar fácilmente hasta morir; en tanto que en Menfis significaba que eso no se debía hacer, bajo pena de un castigo levemente desagradable del que uno podía zafarse simplemente con excusas. En aquel caso, por ejemplo, si pillaban a Cale, podría disculparse diciendo que se había perdido.

Se desplazaba en aquel momento por la parte más vieja del castillo, que de hecho era lo más viejo que había en Menfis. Una gran parte de la muralla, con sus estancias interiores usadas ahora de almacén, había sido demolida y reemplazada por elegantes casas con aquellas enormes ventanas que eran tan del gusto de los Materazzi. Pero aquella parte vieja de Menfis era oscura, y la única luz que tenía llegaba de los pasadizos que atravesaban la muralla, que a menudo tenían una separación de casi veinte metros. Estaban diseñados para ayudar a resistir un asedio, y no como paso cotidiano. Mientras Cale subía con cuidado un tramo de escalera de piedra negra, que no tenía barandilla ni resguardo alguno que le impidiera caer de más de doce metros de altura contra las losas de abajo, oyó que alguien bajaba a toda carrera la escalera, en dirección a él. No podía verlo a causa de un recodo de la escalera, pero fuera quien fuera llevaba un farol. Retrocedió hasta un hueco de la escalera, con la esperanza de que no lo viera el que bajaba. Los apresurados pasos y la tenue luz siguieron bajando hasta que pudo ver a la persona que bajaba. Cale se apretó contra el muro, de forma que la muchacha no lo vio al pasar. Pero en aquel gran espacio oscuro la luz era pobre y las piedras irregulares. Ella había doblado el recodo demasiado rápido y, algo desequilibrada ya, pisó una losa torcida. Por un momento, se debatió intentando no caer contra las duras losas del suelo por la pendiente de unos quince metros de altura. La muchacha lanzó un grito al tiempo que dejaba caer el farol por el borde, y estaba a punto de caer tras él cuando Cale la agarró por el brazo y tiró de ella.

La muchacha volvió a gritar, aterrorizada esta vez por aquella sorprendente aparición.

—¡Dios mío!

—No os asustéis —dijo Cale—. Habéis estado a punto de caer.

—¡Ah! —exclamó ella mirando el farol, que se había roto pero seguía ardiendo con el aceite derramado—. ¡Ah! —repitió—. Me habéis asustado.

Cale se rio.

—Tenéis suerte de poder asustaros todavía.

—No me hubiera pasado nada.

—Sí que os hubiera pasado.

Ella bajó la mirada para observar la caída en vertical, y después observó a Cale en la penumbra. No se parecía a ningún muchacho u hombre que hubiera visto nunca, con altura solo mediana, y su cabello negro, aunque fue la expresión de los ojos, ojos viejos y oscuros, y algo más que no podía identificar, lo que hizo que, de repente, sintiera miedo.

—Tengo que irme —dijo—. Gracias.

Y empezó a correr escalera abajo.

—Con cuidado —dijo Cale en voz tan baja que seguramente ella no le oyó.

Y enseguida desapareció de la vista.

Cale sintió como si le hubiera caído un rayo. Hasta la cabeza más vieja y prudente podía verse afectada por la muchacha con la que acababa de encontrarse, y en lo que se refería a mujeres, la de Cale estaba muy lejos de ser ni vieja ni prudente. La muchacha era Arbell Materazzi, hija del Mariscal Materazzi, Dogo de Menfis. Aunque nadie más que su padre pensaba en Arbell por su nombre de pila, pues todos la llamaban Arbell Cuello de Cisne, y todo el mundo opinaba que era la mujer más bella de Menfis y, probablemente, también de los vastos territorios que pertenecían a la ciudad. ¿Cómo describir su belleza? Imaginad una mujer que fuera como un cisne.

Qué diferente habría sido la historia si Cale no se hubiera encontrado con ella aquella tarde dentro de la gran muralla, o si hubiera carecido de la habilidad necesaria para sujetarla en aquel lugar oscuro y resbaladizo y ella se hubiera roto en las losas aquel largo y elegante cuello, como habría ocurrido sin duda en el caso de que hubiera caído.

Unas horas después, Cale, locamente enamorado, les había explicado a un compañero desconcertado y a otro resentido que había cambiado de idea con respecto a abandonar Menfis. Por supuesto, no explicó el verdadero motivo, y la única explicación que dio fue que toda su vida había estado recibiendo palizas peores que las que le propinaba Solomon Solomon, y que en cuanto a las idioteces de Conn Materazzi, había decidido ignorarlas. ¿Por qué iba a dejar que le preocuparan las bromas estúpidas de un niño mimado, cuando tenía tantas buenas razones para

quedarse? Por muy desconcertados que se quedaran, Kleist y Henri el Impreciso no tenían ningún motivo para dudar de lo que decía. Y, sin embargo, Henri lo hizo.

— ¿Le crees? —preguntó más tarde, al quedarse a solas con Kleist.

— ¿Y a mí qué más me da, al fin y al cabo? Si quiere quedarse, me conviene, aunque no me gusta que se comporte todo el tiempo como si fuera Dios Todopoderoso.

Durante los días siguientes, Henri el Impreciso permaneció vigilante mientras proseguían las palizas y las burlas. Como siempre, lo que más le preocupaban eran estas últimas. Conn Materazzi podía ser un niño mimado, pero era también un luchador sin rival en las artes marciales. Solo los soldados Materazzi más maduros y experimentados conseguían vencerlo en las peleas dolorosamente verosímiles que tenían lugar cada viernes y se prolongaban durante todo el día. Y esas derrotas frente a soldados de sanguinaria habilidad y terrible crueldad se iban haciendo cada vez más infrecuentes, conforme pasaban las semanas. Conn Materazzi tenía fama, así de sencillo, y tenía buenos motivos para tenerla. Y no tuvo nada de sorprendente que la última semana de su entrenamiento formal ganara un premio que muy raramente se concedía a alguien que pasara por el ejército de los Materazzi: el Vástago de Forza o Dánzig, conocido popularmente como «el Filo». Fabricado cien años antes por Martin Bacon, el gran armero, era un arma forjada con un acero de fuerza y flexibilidad únicas, un secreto tristemente perdido cuando Bacon se suicidó por una joven aristócrata Materazzi que no le hacía caso. Peter Materazzi, el Dogo para el que había hecho la espada, se hundió en un estado de inconsolable tristeza tras su muerte, y durante el resto de su vida se negó a creer que un hombre del genio de Bacon hubiera podido matarse por semejante motivo.

— ¡Por una muchacha! —exclamaba sin poder creérselo—. ¡Yo le habría dado a mi propia esposa si me la hubiera pedido!

Aunque dada la reputación de frialdad de las mujeres Materazzi, la efectividad de semejante oferta podía quedar en entredicho. En todo caso, la custodia del Filo era un enorme honor para Conn, ya que no se le concedía a nadie desde hacía más de veinte años.

La ceremonia de entrega y el desfile de licencia fueron tan espléndidos como cabe imaginarse: enormes multitudes, sombreros agitados por el aire, vítores, música, pompas y esplendores, discursos y todo eso. El Mond exhibió ante sus progenitores una formación de casi cinco mil hombres, que no habría que confundir con meros soldados, pues eran una auténtica elite en armadura, los hombres más entrenados y mejor equipados del mundo, todos ellos de alto rango y noble cuna.

Y en el centro de todos ellos, Conn Materazzi: dieciséis años, un metro ochenta, rubio, musculoso, esbelto y apuesto; aquel a quien contemplaban todos los observadores, el centro mismo de todas las miradas, el amado de las muchedumbres, el orgullo de los Materazzi. Imbuido de su propia importancia, agradecía los vítores

y aplausos cuando le entregaron el Filo. En el momento en que lo levantó por encima de la cabeza, se oyó un clamor que parecía el fin del mundo.

Henri el Impreciso aplaudió para no llamar la atención. Kleist expresó su disgusto con entusiasmo, exagerando sus vítores y aplausos, que no hubieran sonado más fuerte de haber sido Conn hermano gemelo suyo. Pero pese a los codazos de Kleist y los ruegos susurrados de Henri el Impreciso, Cale siguió sin inmutarse, una actitud que no le pasó desapercibida a su jefe, pese a que Conn parecía herido por el rayo de la gloria.

Dada su ya alta opinión de sí mismo, reforzada por los halagos de sus admiradores, la conciencia que Conn tenía de su propia excelencia había crecido hasta alcanzar cumbres de vértigo. Incluso dos horas más tarde, cuando ya se había dispersado la multitud y él había regresado al aislamiento del gran castillo, el cerebro le zumbaba como un enjambre de abejas excitadas. Sin embargo, después de que los cumplidos y la adoración de sus amigos y de la flor y nata de la sociedad Materazzi comenzaran a apagarse, había regresado al mundo real en medida suficiente como para recordar el calculado insulto que le había brindado Cale al negarse a aplaudir su triunfo. No pensaba tolerar aquel espectacular acto de insubordinación, y envió a uno de sus criados para que hiciera presentarse de inmediato a su paje de armas.

Al criado le costó cierto tiempo encontrar a Cale, especialmente porque cuando llegó al dormitorio de los pajes cometió el error de preguntarle a Henri el Impreciso dónde podía encontrarlo. Su talento para eludir las preguntas llevaba algún tiempo sin serle de utilidad, pero al ser preguntado directamente, vio la ocasión de ponerlo en práctica:

—¿Cale? —preguntó como si ni siquiera estuviera seguro de saber qué era eso.

—El nuevo paje de armas del Señor Conn Materazzi.

—¿De qué Señor?

—Tiene el pelo negro, es así de alto. —El criado, creyendo que estaba viéndoselas con alguien corto de entendederas, colocó la mano a la altura de un metro sesenta y cinco—. Y una pinta que da pena.

—¡Ah, os referís a Kleist! Está abajo, en las cocinas.

Tal vez, pensó el criado, estuviera buscando a Kleist. Le parecía que Conn Materazzi había dicho Cale, pero tal vez hubiera dicho Kleist y, dado el humor en que se encontraba, no quería volver a preguntarle. Por desgracia, Cale entraba en ese momento en el dormitorio con la intención de dormir un poco, y las intenciones de Henri el Impreciso de mandar al criado hasta la mitad del camino que llevaba al Santuario no llegaron a verse realizadas.

—Es él —le explicó el criado a Henri el Impreciso.

—Ese no es Kleist —repuso Henri el Impreciso, en tono de triunfo—. Ese es Cale.

Para cuando Cale llegó al jardín de verano, la multitud que rodeaba a Conn se había ido dispersando hasta desaparecer. Sin embargo, al final había llegado un último visitante, que para Conn era el más importante: Arbell Cuello de Cisne. Educada para tratar a los hombres con un desdén solo atemperado por la condescendencia, le resultaba ciertamente difícil a Arbell dar la impresión de que sentía algo por Conn aparte de indiferencia. La verdad era que, por muy hermosa y semejante a los cisnes que fuera, ella no era más indiferente a su belleza y hazañas que la mayor parte de las jóvenes. Si se hubiera tratado de cualquier otro, Arbell habría sabido cómo levantarse en medio de la ceremonia, ofrecer un entusiasta cumplido, y desaparecer. Pero mostrarse indiferente en aquella ocasión no era tan fácil como de costumbre. Ni la más fría de las integrantes de la elite femenina de los Materazzi podía permanecer completamente impasible ante aquel guerrero joven y apuesto por el que clamaba la multitud y que constituía el alma y gloria de la ceremonia. Arbell Cuello de Cisne sentía, en realidad, mucho menos desdén de lo que aparentaba y, para confusión suya, temblaba en el momento en que Conn levantaba el Filo ante la multitud, y la multitud lanzaba su clamor de admiración ante aquel magnífico joven. Como consecuencia, su habilidad para parecer completamente indiferente ante los jóvenes, incluso ante algunos excelentes, la había abandonado en gran medida, y su indecisión la había llevado tanto a llegar demasiado tarde como a ponerse colorada (aunque no tanto que Conn lo notara) en el momento de felicitarle por su hazaña. Solo había dos personas a las que Conn contemplara con alguna deferencia: su tío y la hija de su tío. Arbell le impresionaba muchísimo, tanto por su pasmosa belleza como por el desprecio ficticio pero rotundo que mostraba por él. Pese a que aquel día había dado más fuerza a su juvenil engreimiento, Conn seguía sumido en la confusión ante la llegada de la joven, y no habría notado ningún indicio de su interés aunque ella le hubiera echado los brazos al cuello y lo hubiera ahogado a besos. Escuchó sus felicitaciones en tal estado de aturdimiento que apenas pudo entender lo que ella le decía, mucho menos apreciar el tono inseguro que empleaba. Justo cuando se inclinaban uno ante el otro y Arbell Cuello de Cisne se volvía para marcharse, llegó Cale.

Por lo general, Arbell no habría prestado a un paje más atención que a una polilla gris. Pero, hallándose ya alterada, se puso aún más nerviosa al encontrar de repente al extraño muchacho que tan solo dos días antes la había salvado de caer en la vieja muralla. Bajo semejante tensión, el rostro de Arbell se quedó congelado en una expresión de total desconcierto.

Solo los más grandes y más experimentados amantes de la historia, el legendario Nathan Jog, tal vez, o el fabuloso Nicholas Panick, podrían haber descifrado lo que disimulaba su frialdad. Por supuesto, el pobre Cale estaba muy lejos de aquellos grandes amantes y solo vio lo que temía ver. Para Cale, su expresión no era más que una fría afrenta: él le había salvado la vida y se había enamorado de ella, y ella ni siquiera lo reconocía. Incluso en su intensa confusión, la huida de Arbell Cuello de Cisne de aquel encuentro inesperado fue bastante evidente. Simplemente se volvió y

empezó a caminar hacia la cancela, que se encontraba a unos cien metros, al otro extremo del jardín. Para entonces había solo otras ocho personas en el jardín además de estas tres: cinco de los amigos más cercanos de Conn Materazzi y tres guardas aburridos, ataviados con armadura ceremonial y portando el triple de armas de las que hubieran llevado a una batalla. Aunque se acababa de acercarse también un observador: preocupado por su amigo, Henri el Impreciso se había abierto camino hasta el tejado que dominaba el jardín, y observaba escondido tras una chimenea.

Conn Materazzi se volvió entonces hacia su paje con no sabemos qué intenciones exactamente, pero se le adelantó uno de sus amigos que, habiendo bebido bastante, juzgó que a todo el mundo le divertiría verle imitar la costumbre de Conn de tratar a Cale como si estuviera mal de la cabeza. De ese modo, alargó la mano y le dio a Cale un par de tortas en la cara. Los demás, salvo Conn, empezaron a reírse lo bastante fuerte como para hacer que Arbell Cuello de Cisne se volviera hacia ellos, a tiempo de ver la tercera torta. Se quedó consternada ante lo que veía, pero Cale lo interpretó todo como simple desdén.

Fue la cuarta torta la que consiguió, podríamos decir, que el mundo cambiara. Sin que eso le costara aparentemente gran esfuerzo, Cale agarró la muñeca del joven con la izquierda y el antebrazo con la derecha, y retorció. Se oyó un chasquido y un grito de dolor. Sin abandonar su aparente lentitud, Cale cogió por los hombros al adolescente de los chillidos y lo lanzó contra el asustado Conn Materazzi, que cayó al suelo. Cale retrocedió un paso, metió el puño de la mano derecha en la palma izquierda, e hincó el codo en la cara del Materazzi más cercano, que perdió el conocimiento antes incluso de caer al suelo. Los otros dos se reponían de su asombro y sacaban las dagas de ceremonia, dando un paso atrás para colocarse en posición de lucha. No solo parecían temibles, sino que lo eran. Cale se dirigió hacia ellos, pero al mismo tiempo se agachó y cogió un puñado de tierra que les lanzó a los ojos. Mientras se retorcían, Cale les propinó sendos puñetazos, a uno en los riñones y al otro en el esternón. Cogió las dos dagas y se volvió de frente a Conn, que para entonces se había desembarazado de su amigo, que no paraba de chillar. Todo aquello no le había llevado más de cuatro segundos. Entonces todo quedó en silencio durante mucho rato, mientras Conn y Cale se colocaban frente a frente. La expresión de Conn Materazzi era contenida pero furiosa; la de Cale, absolutamente inexpresiva.

Para entonces, los tres soldados habían regresado corriendo del claustro, en cuya sombra se habían refugiado para tratar de aliviar el calor producido por la armadura.

—Nosotros nos encargaremos de él, Señor —dijo el sargento de armas.

—Quedaos donde estáis —dijo Conn sin alterarse—. Si lo cogéis, voto a Dios que os pasaréis el resto de la vida recogiendo bostas. Estáis obligados a obedecerme.

Eso era cierto. El sargento se retiró un poco, pero indicó a uno de los otros que fuera a buscar más guardias.

«Espero —pensó el sargento— que el chiquillo le dé una buena patada en el culo a ese soberbio capullo».

Pero sabía que eso no iba a ocurrir: Conn Materazzi era un soldado de destreza sin par, un auténtico maestro a la edad de dieciséis años. Podía ser un capullo, pero lo demás también había que reconocérselo.

Conn sacó el Filo, que, aparte de ser utilizado para la ceremonia que había tenido lugar aquel día, no se podía hacer con él otra cosa que guardarlo en el Gran Salón. Desde luego, era demasiado valioso para ser empleado en una lucha. Pero Conn podía argumentar que no tenía otra arma de la que echar mano, y así, por primera vez desde hacía cuarenta años, el Filo fue esgrimido con la intención de matar.

—¡Alto! —gritó Arbell Cuello de Cisne.

Conn no le hizo caso. En materia como aquella, ni siquiera ella tenía voz. Cale no dio muestras de haberla oído. Desde lo alto del tejado, Henri el Impreciso comprendía que no podía hacer nada.

Entonces empezó la lucha.

Conn cortó el aire con el Filo a enorme velocidad, y repitió la acción una y otra vez mientras Cale retrocedía, parando cada golpe con las dos dagas de ceremonia, que pronto estuvieron tan melladas como una sierra. Conn se movía, paraba y esquivaba con gracia y celeridad más propias de un bailarín que de un espadachín. Cale seguía retrocediendo, logrando a duras penas parar cada uno de los golpes que Conn le lanzaba a la cabeza, al corazón, a las piernas, a cualquier punto donde encontrara un hueco. Y no se oía nada salvo la extraña música de las estocadas del Filo, que sonaba casi como un instrumento afinado, y la sorda respuesta de las dagas.

Conn Materazzi arremetía y Cale paraba, una estocada por arriba, la siguiente por abajo, pero retrocediendo siempre. Al final, Conn lo acorraló contra un muro y Cale no pudo seguir retrocediendo. Una vez lo tuvo a su merced, Conn retrocedió un poco, cubriendo todo movimiento que Cale pudiera intentar hacia un lado o hacia el otro.

—Vos peleáis igual que muerden los perros —le dijo a Cale. Pero el rostro de Cale siguió sin revelar ninguna emoción. Era como si no le hubiera oído.

Conn se movió entonces de un lado a otro, dando algunos pasos elegantes que indicaban, a aquellos que le observaban, que se preparaba para entrar a matar. Estaba exaltado, experimentando el éxtasis de saber que no volvería a ser el mismo.

Para entonces habían llegado al jardín otros veinte soldados, algunos de ellos arqueros, aunque los había refrenado el sargento de armas, que los había hecho respetar un semicírculo de varios metros de distancia. El sargento comprendía, igual que todos los demás, en qué iba a consistir el final. Pese a las órdenes de Conn, sabía muy bien que habría tenido problemas si hubiera recibido algún daño. Lo lamentaba de verdad por aquel muchacho que se había quedado fijo al muro mientras Conn

levantaba la espada para asestar el último golpe. Pero Conn la mantuvo en alto, esperando descubrir el terror en los ojos de Cale. Y, sin embargo, la expresión de Cale no cambió: seguía inexpresivo y ausente, como si ya no hubiera alma en su interior.

«Terminad de una vez, cerdo», pensó el sargento.

Entonces Conn asestó el golpe. No es posible decir lo rápido que el Filo cortó el aire: comparado con él, el rayo se mueve con lentitud. Esta vez Cale no paró el golpe, simplemente se hizo a un lado, apenas lo suficiente. La espada no encontró su objetivo, pero le faltó el grosor de un pelo. Entonces Conn lanzó otro golpe, y volvió a fallar. Y después lanzó de frente la espada, y Cale la esquivó, pese a que había sido rápida como el salto de una serpiente.

Entonces Cale atacó por primera vez. Conn lo paró, pero por poco. Golpe tras golpe, fue retrocediendo hasta que volvieron casi al mismo sitio en que había empezado la lucha. Conn tenía la respiración agitada, y el creciente temor le hacía jadear. Su cuerpo no estaba habituado al terror, y la presencia de la muerte se rebelaba contra su enorme destreza y sus años de entrenamiento. Se le crispaban los nervios y se le ablandaban las tripas.

Entonces Cale se detuvo.

Retrocedió un paso de sorprendente amplitud y miró a Conn de arriba abajo. Hubo una pausa de uno o dos segundos, y entonces Conn volvió a golpear, furioso. El Filo silbó al cortar el aire. Pero Cale se movió antes incluso de que comenzara el golpe, y paró el Filo con una daga al tiempo que clavaba la otra hasta el fondo en el hombro de Conn.

Con un grito de sorpresa y dolor, Conn dejó caer la espada al tiempo que Cale lo retorció y le rodeaba el cuello con el antebrazo, apuntando con la otra daga al estómago de Conn.

—Estaos quieto —le susurró en voz baja y al oído, y después les dijo a los soldados que se acercaban para detenerlo—: Quedaos donde estáis, o atravesaré a este gusano —y le metió a Conn la daga en el estómago para dar fuerza a sus palabras.

Aterrorizado, el sargento ordenó a sus hombres con un gesto que se quedaran quietos.

Al mismo tiempo, Cale había apretado tanto el cuello de Conn que no le dejaba respirar. Volvió a susurrarle al oído:

—Antes de que os vayáis, Señor, os diré algo para que os llevéis con vos: la lucha no es un arte.

Entonces Conn perdió el conocimiento y cayó como un muñeco, sujeto por Cale, que ya había aflojado la presión sobre su cuello.

—Sigue vivo, sargento, pero dejará de estarlo si os hacéis el valiente. Voy a coger la espada, y espero que os comportéis.

Cargando el considerable peso de Conn, Cale se agachó lentamente para coger el Filo. Cuando lo tuvo en su poder, volvió a levantarse, sin dejar de observar a los soldados. En aquel momento entraban más y más por las puertas de fuera, hasta que se congregó allí cerca de un centenar.

—¿Dónde vais a ir, hijo? —preguntó el sargento.

—La verdad es que no lo he pensado —respondió Cale.

Entonces Henri el Impreciso gritó desde el tejado:

—Prometed que no le haréis daño, y él lo soltará.

Sorprendidos, los soldados respondieron a aquel primer intento de negociación lanzando tres flechas en dirección de Henri, que se agachó y desapareció de la vista.

—¡Alto! —gritó el sargento—. ¡El próximo que ataque sin recibir órdenes se pasará cincuenta y un años limpiando las letrinas! —Se volvió hacia Cale—. ¿Qué os parece la idea, hijo? Sobadlo y no os haremos daño.

—¿Y después?

—No puedo aseguraros nada. Haré lo que pueda. Diré que esos chicos os estaban acosando. Si es que me quieren escuchar... ¿Qué alternativa os queda?

—¡Cale, haz lo que te dice! —gritó Henri el Impreciso desde el tejado, con cuidado esta vez de no asomar más que la cabeza.

Cale esperó un instante, aunque era obvio lo que tenía que hacer. Apartando el Filo de la garganta de Conn, buscó a su alrededor un lugar en que colocarlo. Tuvo suerte: justo dos pasos por detrás, que dio con extremo cuidado, quedaba un viejo trozo de muralla, y por debajo de la altura de la rodilla se encontraban dos enormes peñas que hacían de cimientos. Metió el Filo por entre las dos piedras hasta más de un palmo de profundidad.

—¿Qué estáis haciendo, muchacho? —gritó el sargento.

Y entonces Cale dejó caer al suelo al inconsciente Conn Materazzi, se volvió hacia la espada, y con toda su fuerza presionó contra las piedras. El Filo, tal vez la espada más grande en la historia del mundo, se torció y después se partió con un sonido como el tañido de una campana: ¡TING!

Todos a la vez, los soldados ahogaron un grito. Cale miró al sargento, y entonces tiró al suelo tranquilamente la mitad del Filo que sujetaba en las manos. El sargento se dirigió a él, y le cogió a uno de los soldados una cadena con cerradura.

—Volveos, muchacho.

Cale hizo lo que se le pedía. Mientras le ataba las manos, le dijo al oído:

—Esa es la última idiotez que haréis, hijo.

Uno de los médicos-soldado, que eran uno de cada sesenta hombres en el ejército Materazzi, examinó al inconsciente Conn. Le dirigió al sargento un gesto afirmativo y, a continuación, examinó a los otros. Entonces Arbell Cuello de Cisne traspasó el círculo que rodeaba a Conn y le tomó el pulso. Una vez satisfecha, se levantó y miró a Cale, que estaba sujeto por dos soldados. Él le devolvió una mirada calma e inexpresiva.

—Espero que no me olvidéis por segunda vez —dijo antes de que se lo llevaran los soldados.

Pero entonces Cale tuvo un golpe de suerte. Henri el Impreciso no había subido solo al tejado. Igual de curioso, aunque menos preocupado por la suerte de Cale, Kleist había seguido a Henri el Impreciso. En cuanto comenzó la lucha, Henri le había pedido a Kleist que buscara a Albin.

Kleist había encontrado a Albin en el único lugar en el que se le ocurría que pudiera estar. En un instante, salió de su gabinete y les pidió a sus hombres que lo acompañaran. Y de esa manera, Albin llegó justo cuando cuatro soldados sacaban a Cale del jardín y se lo llevaban hacia la cárcel de la ciudad, un lugar donde tendría suerte si conseguía sobrevivir toda la noche.

—Nosotros nos haremos cargo —dijo Albin, respaldado por diez de sus hombres, vestidos con su uniforme de chaleco y sombrero hongo negro.

—El sargento de armas nos ha dicho que lo llevemos a la cárcel —dijo el más veterano de los soldados.

—Soy el capitán Albin, de Asuntos Internos, responsable de la seguridad en la Ciudadela. Así que entregádmelo o ateneos a las consecuencias.

La imponente autoridad de Albin y sus diez duros «bulldogs», como los llamaban con poco cariño, intimidaron a los soldados, que raramente entraban en la Ciudadela y se sentían incómodos en un enfrentamiento en un lugar que les resultaba extraño. Sin embargo, el más veterano insistió.

—Tendré que consultar al sargento de armas.

—Consultad con quien deseéis, pero es nuestro prisionero y se viene con nosotros.

Diciendo esto, Albin hizo un gesto a sus hombres para que avanzaran, y los soldados soltaron a Cale con muchas dudas. El veterano hizo a su vez un gesto dirigido a uno de los otros, que regresó al jardín en busca de ayuda, pero para entonces los «bulldogs» ya se habían llevado a Cale y, cargando con él, habían emprendido camino por el laberinto de sinuosos callejones que entraban y salían de la Ciudadela. Para cuando llegó la ayuda, ya no se les veía.

Diez minutos después, Cale era encerrado en una de las celdas privadas de Vipond, y el carcelero forcejeaba en los grilletes. Veinte minutos más tarde, era

liberado de las cadenas, y se quedaba en pie en medio de la penumbrosa celda, mientras cerraban la puerta tras él. Tenía otra celda a cada lado de la suya, separada en parte por un muro y en parte por barras. Cale se sentó y comenzó a considerar detenidamente lo que había hecho. No eran pensamientos alegres, pero al cabo de unos minutos fueron interrumpidos por una voz que provenía de la celda de la derecha.

— ¿No tendréis tabaco?

Capítulo 15

—Parece que siempre nos encontramos en situaciones desgraciadas —comentó IdrisPukke—. Puede que nos viniera bien cambiar de ruta.

—Hablad por vos, abuelo. —Cale se sentó en el catre de madera y se esforzó por ignorar a su compañero de prisión. Era demasiada casualidad volver a encontrarse a IdrisPukke.

—Curiosa coincidencia, esto.

—Bien lo podéis decir.

—Y de hecho lo digo. —IdrisPukke hizo una pausa—. ¿Qué os ha traído por aquí?

Cale pensó detenidamente antes de responder:

—Una pelea.

—Por una pelea no lo traen a uno a la cárcel personal de Vipond. ¿Con quién os habéis peleado?

Cale volvió a meditar su respuesta. Pero al fin y al cabo, ¿qué más daba?

—Con Conn Materazzi.

IdrisPukke se rio, pero resultaban evidentes su alegría y admiración, y Cale intentó resistirse a los efectos de aquella admiración, algo que le costó esfuerzo.

—Dios mío, el tipo con la mayor potra del mundo. Por lo que me han contado, tenéis suerte de seguir con vida.

Cale debería haber comprendido que lo estaba incitando a hablar, pero pese a todas sus raras virtudes, seguía siendo demasiado joven:

—Es él el que ha tenido suerte. En estos momentos estará volviendo en sí, y con un buen dolor de cabeza.

—Bueno, veo que sois un pozo de sorpresas. —Se quedó un momento callado—. Pero nada de eso explica por qué os han traído aquí. ¿Qué tiene que ver eso con Vipond?

—Puede que haya sido por la espada.

—¿Qué espada?

—La espada de Conn Materazzi.

—¿Por qué tendría que traeros aquí su espada?

—Es que no era exactamente su espada.

—¿Qué queréis decir?

—En realidad era la espada del Mariscal Materazzi. La que llaman el Filo. —El silencio fue mucho más intenso esta vez—. Tiré al suelo a Conn, y entonces metí la espada entre dos piedras y la partí.

IdrisPukke guardó un silencio frío e intenso.

—Un acto de vandalismo especialmente salvaje, si me permitís que lo diga. Esa espada era una obra de arte.

—No tenía tiempo de admirarla mientras Conn trataba de cortarme en dos con ella.

—Pero la pelea ya había terminado... eso es lo que dijisteis.

Lo cierto era que Cale había empezado a lamentar aquel impulso desde el mismo instante en que se había partido la espada.

—¿Queréis un consejo?

—No.

—Os lo daré de todas maneras: si vais a matar a alguien, matadlo. Si vas a dejarle vivir, dejadle vivir. Pero no compliquéis las cosas.

Cale le volvió la espalda a IdrisPukke y se tendió en el suelo.

—Cuando durmáis, soñad con esto: todo lo que hicisteis, y en especial lo de romper la espada, os debería haber llevado a manos del Dogo. Nada de eso explica que estéis aquí.

Media hora más tarde, un insomne Cale oyó el sonido que hacía la puerta de la celda al ser abierta. Se sentó para ver entrar a Albin y Vipond. Vipond le dirigió una mirada torva.

—Buenas, Señor Vipond —saludó con alegría IdrisPukke.

—Callaos, IdrisPukke —respondió Vipond sin dejar de mirar a Cale—. Y ahora decidme... Y quiero toda la verdad, o voto a Dios que os entregaré al Dogo en este mismo instante. Contadme exactamente qué sucedió. Y cuando hayáis acabado, entonces me explicaréis quién sois y cómo es posible que vencierais con tal facilidad a Conn Materazzi y sus amigos. Quiero la verdad y, si no la tengo, me desentenderé de vos en menos que hierven los espárragos.

Por supuesto, Cale no sabía lo que era un espárrago. Pero la única dificultad era decidir cuánto sería necesario contarle a Vipond para convencerle de que se lo decía absolutamente todo.

—Perdí los estribos. Eso es lo que suele hacer la gente, ¿no?

—¿Por qué rompisteis la espada?

Cale se sintió incómodo.

—Fue una idiotez hecha en el ardor de la pelea. Me disculparé ante el Dogo.

Albin se rio.

—¡Ah, bueno, si lo lamentáis...!

—¿Dónde aprendisteis a luchar de ese modo? —preguntó Vipond.

—En el Santuario: he estado entrenando toda mi vida, doce horas al día y seis días a la semana.

—¿Queréis decir que Henri y Kleist pueden luchar como vos?

Eso resultaba delicado para Cale.

—No... Aunque ellos han entrenado durante toda la vida, y como Kleist no hay nadie... es un especialista.

—¿En qué?

—En la lanza y el arco.

—¿Y Henri?

—En intendencia, cartografía y espionaje. —Eso era verdad, pero no toda la verdad.

—¿Así que ninguno de ellos podría haber hecho lo que habéis hecho hoy vos?

—No, ya os lo dije.

—¿Hay otros en el Santuario con la misma habilidad que vos?

—No.

—¿Qué es —preguntó Vipond—, lo que os hace tan especial?

Cale hizo una pausa para dar la impresión de que le costaba responder.

—Cuando tenía nueve años... Yo ya era bueno en la lucha, pero no tanto como ahora.

—¿Y qué sucedió?

—Yo estaba en los entrenamientos, luchando con otro muchacho mucho mayor que yo. Luchábamos sin reglas, con armas de verdad, aunque tenían matados el filo y las puntas. Yo llevaba las de ganar, y lo tiré al suelo, pero él logró derribarme porque me empecé a hacer el gallito. Entonces me golpeó en un lado de la cabeza con una piedra. Y eso fue todo: los redentores lo apartaron de mí a tiempo, y gracias a eso no me sacó los sesos. Desperté un par de semanas después, y al cabo de otras dos semanas me había recuperado totalmente, aunque me quedó una rotura en el cráneo.

—Levantó la mano y se llevó un dedo a un punto del lado izquierdo, hacia atrás. Entonces volvió a quedarse callado, como si no quisiera continuar.

—Pero no erais exactamente el mismo...

—No. Al principio no podía luchar tan bien como antes. Algo fallaba en mi capacidad de reacción, pero al cabo de un tiempo me habitué a lo que me había sucedido al romperme el cráneo.

—¿Que os habituasteis a...?

—Cada vez que uno lanza un golpe, ha decidido a qué parte de su oponente va dirigido ese golpe. Y uno siempre se descubre, ya sea por la manera de mirar, por el movimiento del cuerpo, o por la manera en que uno se inclina para evitar perder el equilibrio al lanzar el golpe. Todo eso le da pistas al oponente sobre el lugar al que se dirige el ataque: si el oponente interpreta mal esas pistas, entonces el golpe llega a su destino; pero si las interpreta correctamente, entonces puede interceptar el golpe.

—Eso lo sabe cualquier luchador o cualquier jugador —comentó Albin—. Un buen luchador, como un buen jugador de pelota, es el que consigue disimular su golpe o su lanzamiento.

—Pero, haga lo que haga, nadie me puede engañar a mí. Ya no. Yo sé siempre cuál es el movimiento que el otro está a punto de hacer.

—¿Nos lo podéis mostrar? —preguntó Vipond—, Sin matar a nadie, me refiero.

—Pedidle al capitán Albin que esconda las manos a la espalda.

Albin se sintió incómodo, algo que no le pasó desapercibido a la (hasta el momento) discreta observación de IdrisPukke.

—Si yo fuera vos, no me fiaría de él, mi guapo capitán.

—Cerrad la boca, IdrisPukke. —Albin dirigió a Cale una prolongada mirada, y después se llevó las manos a la espalda lentamente.

—Lo único que tenéis que hacer es decidir con qué mano me atacáis, y hacerlo lo más aprisa posible. Para engañarme, podéis intentar lo que gustéis: amagar, mover el cuerpo, tratar de que elija el rumbo equivocado... Cuando queráis.

Antes de que Cale terminara la frase, Albin le lanzó la izquierda, que Cale paró con la derecha con tanta suavidad como si se tratara de una pelota que le tirara un niño de tres años especialmente patoso. Lo mismo se repitió otras seis veces, por mucho empeño que pusiera Albin en engañarlo.

—Ahora me toca a mí —dijo Cale cuando Albin se dio por vencido, molesto pero fuertemente impresionado. Cale se llevó las manos a la espalda y volvieron a hacer lo mismo, al revés. Cale atacó seis veces, y en las seis ocasiones Albin tomó la opción incorrecta—. Yo sé lo que vais a hacer —explicó Cale— en el mismo instante en que empezáis a moveros. Lo adivino tan solo un levísimo instante antes de lo que podía

hacerlo antes de recibir la herida, pero con eso basta. Y, por el contrario, nadie puede adivinar lo que voy a hacer yo, no importa lo rápido o experimentado que sea.

—¿Y ese es todo el secreto? —preguntó Albin—. ¿Un golpe en la cabeza?

—No —respondió Cale, enojado sin saber muy bien por qué—. Toda la vida me he estado entrenando en una sola cosa. Pese a lo bueno que es, yo podría haber vencido a Conn Materazzi de todas maneras, solo que no con tanta facilidad ni contando él con la ayuda de otros cuatro. Así que no, ese no es todo el secreto.

—¿Cómo reaccionaron los redentores al comprender lo ocurrido?

Cale gruñó. Era una especie de carcajada sin alegría.

—No reaccionaron los redentores, sino un solo redentor: Bosco, el Padre Militante, responsable del entrenamiento en marciales.

—¿Marciales...? ¿Como nuestras artes marciales?

Cale se rio, esta vez con auténtico regocijo.

—No hay arte en lo que hago... podéis preguntarles a Conn Materazzi y a sus amigos.

Vipond ignoró la burla.

—Ese Bosco, ¿qué hizo al descubrir el efecto de vuestra herida?

—Me puso a prueba durante meses, haciéndome luchar contra otros chicos mayores y más fuertes. Incluso llevó a cinco veteranos, luchadores de escaramuza de las guerras del frente oriental que estaban condenados a muerte, según dijo —empezó a decir Cale, y se calló de pronto.

—¿Y qué sucedió?

—Durante cuatro días seguidos me hizo luchar con ellos. «A vida o muerte», nos dijo a todos. Tras el cuarto día, interrumpió las luchas.

—¿Por qué?

—Había visto lo suficiente para estar seguro. Una quinta pelea hubiera supuesto un riesgo innecesario. —Esbozó una sonrisa nada agradable—. Al fin y al cabo, en una pelea nunca se sabe, ¿verdad? Siempre hay una posibilidad, claro... Un fallo lo puede tener cualquiera.

—¿Y entonces?

—Entonces trató de copiarme.

—¿Qué queréis decir?

—Se pasó días midiéndome la herida de la cabeza y reproduciéndola en cráneos que sacaba del cementerio. Después hizo un modelo en arcilla. Se pasó seis meses intentando repetir el fenómeno.

—No entiendo. ¿Cómo...?

—Cogió a doce acólitos de mi misma edad y tamaño, los ató y les clavó en la cabeza un formón que había hecho fabricar con la forma exacta de mi herida. Se lo clavaba con un martillo en el mismo punto del cráneo. Iba probando: más fuerte, más suave, más suave aún...

Se quedaron en silencio durante unos instantes.

—¿Qué sucedió? —preguntó Vipond en voz baja.

—Lo que sucedió fue que la mitad murieron en el acto, y el resto... bueno, no volvieron a ser los que eran. Y nadie volvió a verlos.

—¿Se los llevaron a otra parte?

—Puede decirse así.

—¿Y después?

—Bosco comenzó a ocuparse personalmente de mi entrenamiento. No lo había hecho nunca. A veces me hacía trabajar diez horas al día para encontrar cualquier debilidad, y me daba una buena paliza cuando hacía algo mal, antes de corregirme. Entonces desapareció durante seis meses, y cuando volvió lo hizo con siete redentores que dijo que eran los mejores en lo que hacían.

—¿Qué es lo que hacían?

—Básicamente matar a gente... gente con armadura, sin ella, con espada, con palos, con las manos desnudas... Sabían cómo organizar una matanza... —Cale se detuvo.

—¿De prisioneros?

—No solo de prisioneros... de cualquiera. Dos de ellos eran una especie de generales. Uno era un táctico: batallas, retiradas, grandes jugadas... La especialidad del otro era la guerra de guerrillas: pequeñas razias, magnicidios, cómo aterrorizar a los nativos para que lo ayuden a uno y no al enemigo...

—¿Y todo eso para qué?

—¿Sabéis? Nunca fui lo bastante tonto como para preguntar...

—¿Tenía algo que ver con las guerras de los redentores en el este?

—Ya os digo que no pregunté.

—Pero os formaríais una opinión.

—¿Formarme una opinión? Pues sí. Pensé que tendría que ver con las guerras en el este.

Vipond dirigió a Cale una mirada severa y prolongada. Cale se la aguantó con insolencia. Entonces dio la impresión de que el Canciller acababa de tomar una decisión. Se volvió hacia Albin.

—Traed a mi casa a los otros dos lo antes posible. Albin hizo una seña al carcelero, y ambos salieron. Cale se sentó en el catre. IdrisPukke se acercó a las barras.

—Una vida interesante —comentó—. Deberíais escribir un libro.

Capítulo 16

Cuando el Señor Vipond terminó de hablar con Henri el Impreciso y con Kleist, se dirigió al palacio del Mariscal Materazzi, Dogo de Menfis. El Dogo tenía muchos consejeros porque era hombre al que le encantaba consultar sobre todo y hablar de todo largo y tendido. El hecho de que raramente hiciera caso del consejo que le daban era simplemente una peculiaridad de esas que afectan a menudo a los nacidos en el poder. La única excepción a aquella regla de hablar sin escuchar la hacía ante el Señor Vipond, que era también inmensamente poderoso por virtud de su propia red de espías e informadores, y cuyo talento para estar en lo cierto era muy difícil de superar. Como decía el dicho:

El Canciller Vipond cuando no siembra, cosecha;
y lo que él ignora es cosa que desecha.

Como rima no valía gran cosa, pero no andaba desencaminada.

El Mariscal Materazzi era un hombre implacable que había llegado a gobernar el mayor imperio que hubiera visto el mundo. Mantener el control de semejante imperio durante veinte años sin grandes problemas requería proezas militares, talento político y una considerable inteligencia. Pero pese a haber tenido a Vipond como Canciller suyo durante casi todo ese tiempo, no había llegado a comprender cómo Vipond había él mismo llegado a adquirir tal poder. Un día, a los tres años más o menos de su reinado, empezó a comprender, horrorizado, que Vipond se había convertido en indispensable. Al principio se volvió hostil hacia él, pues tal poder le resultaba intolerable, y le dejaba expuesto al magnicidio o, aún peor, a convertirse en una especie de marioneta. Pero Vipond había dado pruebas al Mariscal de que siempre sería su leal vasallo mientras no interfiriera en su papel de Canciller y le dejara en paz a su vez. Desde aquel momento su relación había sido no exactamente difícil pero sí, como decían los campesinos de los alrededores de Menfis, llena de recelo.

Conducido a presencia del Mariscal, Vipond saludó con un gesto de la cabeza, y fue invitado a sentarse.

— ¿Qué tal os encontráis, Vipond?

— Muy bien, mi Señor. ¿Y vos?

— ¡Bien!

Hubo un silencio incómodo. Incómodo para el Mariscal, porque Vipond se quedó allí sentado, sonriendo con benevolencia.

— Creo que hoy habéis recibido a la embajada noruega.

— Así es.

Siendo uno de los pueblos limítrofes conquistados por Materazzi hacía más de quince años, los noruegos habían recibido con entusiasmo las ventajas de la ocupación: carreteras, palacios con calefacción central y artículos de lujo importados, sin que todo eso les hiciera abandonar su feroz apetito por la lucha. Cinco años antes el Mariscal, cansado de guerras y cada vez más molesto con los gastos que le ocasionaba mantener su vasto imperio, había tomado la decisión de poner fin a las conquistas. Los noruegos, aunque permanecieran conmovedoramente leales al conquistador, siempre estaban buscándose problemas y tratando de expandir su propio territorio hacia el norte cada vez que veían la ocasión, y eso a pesar de las repetidas órdenes que recibían de no hacer tal cosa. Siempre taimados, los noruegos provocaban a sus vecinos, y generalmente usaban todos los trucos que se sabían para decir que habían sido ellos los atacados, y que no tenían más remedio que defenderse invadiendo a sus agresores. Como bien sabía Vipond, aquellos ataques eran ejecutados en realidad por soldados noruegos disfrazados de aquellos vecinos a los que tan ansiosos estaban de saquear.

— ¿Qué os han dicho?

— ¡Ah! —respondió Vipond—, la monserga de siempre de que son ellos las víctimas... unas víctimas amantes de la paz, que no tienen más remedio que defenderse a sí mismos y al imperio, del que son leales súbditos...

— ¿Y qué respondisteis vos?

— Les dije que no nació ayer, y que si no replegaban su ejército pensaríamos en la posibilidad de concederles la independencia.

— ¿Y cómo se lo han tomado?

— Se quedaron los seis pálidos de horror, y prometieron que el ejército se retiraría antes de una semana.

Materazzi examinó a Vipond con detenimiento.

—Tal vez les debiéramos conceder la independencia de todas formas, y también a otros. El coste de gobernarlos y someterlos a control es una sangría para nosotros. Supera lo que obtenemos de impuestos, ¿me equivoco?

—Realmente no, pero eso os llevaría a reducir nuestro ejército y a tener que soportar a un buen montón de soldados de mal genio pululando por ahí y haciendo de las suyas, o bien a pagarlos de vuestro bolsillo.

Materazzi soltó un gruñido.

—Estamos entre la espada y la pared.

—Efectivamente, mi Señor. Pero, naturalmente, si queréis que haga un estudio en condiciones...

—¿Por qué os llevasteis al muchacho que partió mi espada?

Estos cambios de tema repentinos eran una vieja táctica del Mariscal para desconcertar a aquel con quien estuviera molesto.

—Soy responsable de la seguridad en la ciudad.

—Sois responsable de asuntos que tengan que ver con la sedición, pero no sois ningún policía. Esto no tiene nada que ver con vos. Ha roto mi espada, cuyo valor es incalculable, y ha herido gravemente a mi sobrino y a los hijos de cuatro de mis cortesanos. Todos ellos reclaman su cabeza y, ya de paso, yo también.

Vipond se quedó pensativo.

—Tal vez se pueda reparar el Filo.

—No sabéis nada de eso. No finjáis que sí.

—Claro que no, pero conozco a un hombre que sí sabe. El prefecto Walter Gurney ha regresado de su embajada en Riben.

—¿Por qué no se ha presentado ante mí?

—No se encuentra bien. No creo que llegue a final de año.

—¿Qué tiene que ver con mi espada?

—El informe de Gurney incluye una larga sección sobre el arte del metal en Riben. Dice que nunca había visto semejante maestría. Hablé con él brevemente, y me aseguró que si el Filo puede repararse, los armeros de Riben son los que pueden hacerlo. —Se quedó un instante en silencio—. Esto, claro está, correría bajo mi responsabilidad y a mis expensas.

—¿Por qué? —preguntó Materazzi—. ¿Qué significa para vos ese muchacho, para que os toméis tantas molestias y estéis dispuesto a pagar?

—Si puedo seros franco, creo que debido al comprensible enojo por lo que le ha sucedido a una valiosa posesión vuestra y por las heridas que ha recibido vuestro sobrino, estáis olvidando el hecho de que un muchacho de catorce años les ha dado

una buena paliza a cinco de vuestros más prometedores soldados, incluyendo uno que se supone que es el mejor de toda su generación. ¿Eso no os importa?

—Mayor motivo para deshacerse de él.

—¿No os interesa saber cómo adquirió su extraordinario talento?

—¿Cómo?

—Ese joven, Cale, recibió entrenamiento de los redentores, en el Santuario. Están entrenando más soldados, y lo hacen de manera despiadada.

—¿Teméis que se propongan atacarnos? Muy locos serían si lo intentaran.

—En primer lugar, es mi obligación temer semejantes cosas. En segundo lugar, ¿cuántos reyes y emperadores pensaban lo mismo sobre vos hace treinta años?

Incómodo y molesto, el Mariscal Materazzi lanzó un suspiro: habiendo sido un sanguinario demonio durante los años de conquista de su enorme imperio, la verdad era que en los últimos diez años de paz había perdido todo su apetito bélico. Aquel soldado despiadado que había sido en otro tiempo sinónimo de conquista rapaz, se había convertido, a punto de entrar en la vejez, en un hombre que ansiaba una vida tranquila en la que no tuviera que volver a pasar frío una semana para morir de sed a la siguiente, ni temer, como le confesó en una ocasión a Vipond estando borracho, que algún campesino decrepito le sajara las tripas con una podadera en un golpe de suerte. Nunca lo había admitido ante nadie, pero el desagrado que le producía la guerra había aparecido tras un invierno que había pasado al borde de la muerte por hambre en los hielos de Stetl, donde se había visto obligado a alimentarse de los restos del brigada de su regimiento, al que tenía gran estima.

—Entonces ¿cuál es vuestro plan? Porque estoy seguro de que tenéis un plan, y espero que incluya algún medio para quitarme de encima este asunto de Conn.

Vipond dejó una carta sobre la mesa. Era de Conn Materazzi. El Mariscal la abrió y empezó a leerla. Cuando terminó, puso la carta de nuevo en la mesa.

—Conn Materazzi tiene muchas cualidades admirables; pero no sabía que la benevolencia fuera una de ellas.

—Vuestro buen ojo para la gente, Mariscal, es una lección para todos nosotros. Funcionó el recurso a la vanidad. Hablé con él y le convencí de que si Cale era castigado por derrotarle, eso le haría quedar en ridículo. Y accedió.

—Pero no podéis dejar que ese muchacho vuestro merodee suelto por Menfis. Los mandatarios de la ciudad no lo permitirán, y yo tampoco. No puedo consentir que la gente piense que miro para otro lado, Vipond.

—Por supuesto que no. Pero todo el mundo sabe que está a mi recaudo. Si escapara, las críticas recaerían sobre mí.

—¿Queréis soltarlo?

—Claro que no. Ese muchacho tiene cualidades únicas. Además, él y sus amigos son las únicas fuentes de conocimiento a nuestro alcance sobre los redentores y sus intenciones. Necesitamos saber mucho más. Ya lo he puesto en marcha, pero los necesito para verificar la información que me llegue. Son demasiado valiosos, más importantes que cualquier espada o que las cabezas magulladas de un grupo de bravucones que obtuvieron lo que se merecían.

—¿Me estáis desafiando, voto a Dios?

—Si os he molestado, mi Señor, presentaré mi dimisión de inmediato.

Materazzi ahogó un gruñido provocado por la irritación.

—¡Miraos! ¡Vuelta a las andadas! No se os puede decir nada sin que os pongáis hecho un energúmeno. Cuanto más viejo, más susceptible os volvéis, Vipond.

—Mis disculpas, Mariscal —dijo Vipond en un falso tono de arrepentimiento—. Tal vez mis heridas me hayan dejado peor carácter del que me gustaría tener.

—¡Exacto! Mi querido Vipond, debéis tener cuidado. Fue una prueba terrible, ¡terrible! Os he retenido demasiado tiempo, algo muy egoísta por mi parte. Necesitáis descansar.

Vipond se puso en pie, asintió a la preocupación del Mariscal con un gesto afirmativo de la cabeza, y se dispuso a marcharse. Pero al acercarse a la puerta, el Mariscal Materazzi le dijo en tono muy amable:

—Así pues, quedamos en que costearéis la reparación de la espada y os encargaráis de ese otro asunto.

Capítulo 17

Dos días después, Cale e IdrisPukke avanzaban lentamente por la Vía Séptima, una de las anchas carreteras empedradas que salían de Menfis y que, tanto de día como de noche, estaban abarrotadas de productos que entraban y salían de aquella ciudad que era el más grande centro comercial del mundo. Tras varias horas en silencio, Cale hizo una pregunta.

—¿Os pusieron en las celdas para espiarme?

—Sí —respondió IdrisPukke.

—No, no es verdad.

—Entonces ¿por qué preguntáis?

—Quería ver si podía fiarme de vos.

—Pues ya veis que no.

—¿Confía en vos el Canciller Vipond?

—Solo si me pone antes un lazo alrededor del cuello.

—Entonces, ¿por qué puso como condición para que no les pasara nada a mis amigos, que me quedara con vos?

—Teníais que habérselo preguntado a él.

—Lo hice.

—Y ¿qué os contestó?

—Que por querer saber, la zorra perdió la cola.

—Pues ahí lo tenéis.

Cale se quedó un instante en silencio.

—¿Qué hizo para asegurarse de que vos permanecíais conmigo?

—Me pagó.

Eso no era completamente falso, pero lo que mantenía a Idris— Pukke con Cale era mucho más que el dinero. Porque para que el dinero tenga alguna utilidad, tiene que haber donde gastarlo, y no había lugar en que pudiera hacerlo en que no pendiera sobre su cabeza una sentencia de muerte, o algo peor. Vipond se había

limitado a plantearle a IdrisPukke su futuro, o más bien su falta de futuro, tras lo cual le había ofrecido una posible escapatoria: primero, un lugar razonablemente cómodo en el que ocultarse durante unos meses; y después, si hacía lo que se le pedía, la posibilidad de una serie de indultos temporales que al menos lo mantendrían a salvo de ser ejecutado por algún gobierno que estuviera bajo la férula de los Materazzi.

—¿Y qué me decís de los que me quieren matar y no pertenecen a ningún gobierno? —le había preguntado a Vipond.

—Eso es problema vuestro. Pero si no os separáis del muchacho, os enteráis de algo útil sobre él y lo mantenéis apartado de los problemas, puede que tenga algo para vos.

—No es una gran oferta, Señor.

—Para un hombre de vuestra posición, que es lo mismo que decir sin posición ninguna, creo que es una oferta muy generosa —respondió Vipond, haciéndole un gesto con la mano para que se fuera—. Pero si recibís otra oferta más interesante, mi consejo es que no la desaprovechéis.

—¿Qué vamos a hacer al lugar al que vamos, sea el que sea? —preguntó Cale al cabo de otra hora de silencio.

—Quitarnos de problemas. Y aclarar algunas cosas.

—¿Como...?

—Esperad a que lleguemos.

—¿Sabíais... —preguntó Cale— que nos están siguiendo?

—¿Os referís al tipo ese de aspecto brutal, el de la chaqueta verde?

—Sí —dijo Cale, algo decepcionado.

—Es demasiado evidente, ¿no os parece?

Cale se volvió para mirar, como si también a él le resultara demasiado evidente. IdrisPukke se rio.

—El que se lo haya ordenado espera que lo agarremos y lo dejemos en una zanja, por alguna parte. El verdadero perseguidor va doscientos metros por detrás.

—¿Cómo es?

—He ahí vuestra primera lección. Mirad a ver si lo veis antes de que me encargue de él.

—¿Queréis decir antes de matarlo?

IdrisPukke miró a Cale.

—Pero ¿se puede saber qué clase de sanguinario asesino sois vos? Vipond me dejó claro que no debíamos hacernos notar, y no creo que el mejor modo de conseguirlo sea dejar tras nosotros un rastro de cadáveres.

—Entonces ¿qué es lo que vais a hacer?

—Mirad y aprended, hijito.

Cada ocho kilómetros en cada una de las calzadas que salían de Menfis había un puesto de guardia, ocupado por no más de media docena de soldados. En uno de esos puestos, IdrisPukke, observado por un regocijado Cale, se enzarzó en una disputa con un cabo.

—¡Por Dios Santo, soldado, esta es una orden firmada por el Canciller Vipond en persona!

El cabo hablaba en todo de disculpa, pero con firmeza.

—Lo siento, señor. Parece oficial, pero yo no he visto nunca una cosa de estas. Este tipo de órdenes suele firmarlas el Comandante en Jefe. Sé cómo son y conozco su firma. Intentad comprenderme. Enviaré a buscar al Lugarteniente Webster.

—¿Cuánto llevará eso? —preguntó IdrisPukke, exasperado.

—Hasta mañana, seguramente.

IdrisPukke lanzó un gruñido de frustración y se dirigió a la ventana. Le hizo una seña a Cale para que se acercara y le susurró:

—Esperad fuera.

—Creía que tenía que mirar y aprender.

—No respondáis, limitaos a obedecer. Id a la parte de atrás y que nadie os vea.

Sonriendo, Cale hizo lo que le mandaba. En la parte de atrás del puesto de guardia había cuatro soldados sentados en una tapia, fumando, con pinta de aburrimiento. Cinco minutos después, IdrisPukke salió y le hizo un gesto de cabeza a Cale para que se acercara mientras él llevaba los caballos al camino que salía de la calzada principal.

—Entonces, ¿qué ocurre? —preguntó Cale.

—Va a arrestarlos y los tendrá un par de días encerrados en las celdas.

—¿Cómo ha cambiado de opinión?

—¿A vos qué os parece?

—No lo sé, por eso lo pregunto.

—Lo he sobornado. Quince dólares para él y cinco para cada uno de sus hombres.

Cale se quedó realmente impresionado. Con todo lo malvados, crueles y estrechos de miras que eran los redentores, la idea de que descuidaran su deber por dinero era impensable.

—Tenemos una orden firmada —repuso con indignación—. ¿Por qué tenemos que sobornarlos?

—No sirve de nada enfurruñarse por eso —respondió IdrisPukke, algo irritado—. Míralo simplemente como parte de tu educación, un nuevo hecho del que aprender cómo es la gente. No te creas —siguió con el mismo tono de enojo— que solo porque los redentores te trataron como a un perro, ya lo sabes todo sobre ese montón de bastardos corruptos que constituyen la especie humana.

Y con aquel malhumor siguió el resto del día, sin decir otra palabra.

Tal vez no sea fácil decir por qué estaba tan enfadado IdrisPukke, dado que estaba acostumbrado a cosas mucho peores que ser sableado por un soldado cínico. Pero ¿cuántos de nosotros necesitamos un gran desastre para enfurruñarnos? Perder una llave, tropezar en una piedra o que nos lleven la contraria en un asunto sin importancia es suficiente para irritar incluso a un hombre o una mujer razonables, si se encuentran proclives a ello. No había más, y cualesquiera que fueran los límites de Cale en su comprensión de la naturaleza humana cuando se trataba de gente que no eran malvados fanáticos, tenía la suficiente sensatez como para dejar en paz a IdrisPukke hasta que se calmara. Sin embargo, si IdrisPukke hubiera sabido quién encargaba aquella persecución, hubiera tenido todo el derecho del mundo a enfurecerse y asustarse al mismo tiempo, porque habría comprendido que Kitty la Liebre no hubiera permitido a sus espías que se dejaran ver con tanta facilidad. Los dos hombres que había visto IdrisPukke habían sido encerrados en una celda en menos de una hora, pero lo cierto es que no eran más que señuelos destinados a ser atrapados. Mientras Cale e IdrisPukke volvían a la carretera principal, para abandonarla un día más tarde y encaminarse hacia el bosque Blanco, había otros dos pares de ojos que los seguían, y esta vez eran ojos mucho más astutos. Al entrar en la montaña el sol brillaba y el aire era claro como el agua pura. A IdrisPukke se le había pasado el malhumor del día anterior y había retomado su carácter extrovertido, por lo que había empezado a contarle a Cale todo lo concerniente a su vida, aventuras y opiniones, de las cuales tenía en abundancia. Podríaís pensar que a Cale, capaz como era de ser acometido por una rabia y violencia terribles, le fastidiaría que su compañero de viaje se las diera de maestro y lo tratara como alumno, pero tenéis que comprender que Cale todavía era joven, pese a todas sus férreas cualidades, y que el rango y naturaleza de las experiencias de IdrisPukke, sus altos y sus bajos, sus filias y sus fobias, habrían cautivado incluso al oyente más hastiado. No era la menor de las virtudes de IdrisPukke aquella manera que tenía de reírse de sí mismo y aceptar su propia responsabilidad en la mayor parte de sus fracasos. Un adulto que se reía de sí mismo era algo completamente desconocido para Cale, y resultaba prácticamente

incomprensible. Para los redentores la risa era ocasión de pecado, una especie de balbuceo inspirado por el mismísimo demonio.

No es que IdrisPukke tuviera ideas alegres sobre el mundo, sino que expresaba su pesimismo con un cierto deleite de entendido y una cierta disposición a incluirse en su sabio cinismo, una disposición que a Cale le resultaba extrañamente reconfortante, además de divertida. Cale no hubiera estado preparado para escuchar a nadie que tuviera una visión alegre sobre el ser humano, pues tal temperamento no podría concordar con su experiencia cotidiana. Pero encontraba que su ira se apaciguaba y le resultaba más llevadera al escuchar a alguien que se reía de la crueldad y la estupidez humanas.

—No hay mejor manera de poner a la gente de buen humor —proclamaba IdrisPukke, sin venir a cuento— que contarle alguna terrible desgracia que le haya ocurrido a uno recientemente.

Y también:

—La vida es un viaje para la gente como vos y como yo, un viaje durante el cual nunca estamos muy seguros de adónde vamos. Durante el camino encontramos un destino nuevo, que parece mejor, y así una vez y otra hasta que uno se olvida completamente del lugar al que se dirigía al principio. Somos como alquimistas: vamos buscando oro, pero mientras pasamos el tiempo sin encontrarlo, hallamos medicinas que nos son útiles, una manera sensata de poner orden en las cosas, y también descubrimos los fuegos de artificio. De hecho, ¡lo único que no encontramos nunca es oro!

Cale se rio.

—¿Por qué debo escuchar lo que decís? La primera vez que os vi, os caísteis a mis pies y, después, el resto de las veces habéis sido apresado.

En el rostro de IdrisPukke apareció una expresión de ligero desdén, como si aquella fuera una objeción habitual a la que apenas merecía la pena responder.

—Entonces aprended de mis errores, Maestro Sinexperiencia, y después aprended del hecho de que, habiendo caminado por los pasillos del poder durante cuarenta años, sigo vivo, que es mucho más de lo que puede decir la mayor parte de la gente con la que he compartido viaje, y eso os incluirá a vos a menos que empecéis a tener más seso del que habéis mostrado hasta ahora.

—Hasta ahora lo he hecho bastante bien.

—¿Ah, sí? —Sí.

—Lo que habéis tenido es buena suerte, hijito, y en grandes cantidades. Y me da igual lo bueno que seáis con los puños. Que hasta ahora os hayáis librado de pender de una soga se debe más a la suerte que al buen juicio. —Hizo una pausa y lanzó un suspiro—. ¿Confíais en Vipond?

—Yo no confío en nadie.

—Cualquier idiota podría haber dicho que no confía en nadie. El problema es que a veces uno tiene que hacerlo. Las personas pueden ser nobles y desprendidas, y tener un montón de cualidades admirables. Todo eso existe, pero el problema es que esas nobles virtudes tienden a ir y venir en la gente. Nadie espera que un hombre de buen humor o una mujer bondadosa lo sean siempre y en todo momento. Y, sin embargo, la gente se sorprende de que alguien que ha sido de fiar durante un mes, deje de serlo durante una hora o un día.

—Si no se puede uno fiar de ellos todo el tiempo, entonces no son de fiar.

—Y vos, ¿sois de fiar?

—No... Yo sé, IdrisPukke, que puedo hacer cosas nobles. Puedo rescatar al inocente. —Esbozó una sonrisa burlona—. Rescatarlo de las garras del malvado. Pero eso no va con mi carácter. Fue un buen día, o tal vez un mal día, aquel en que salvé a Riba. Pero eso no volverá a ocurrir ahora mismo.

—¿Estáis seguro?

—No, pero haré todo lo que pueda.

Cabalaron en silencio durante otra media hora.

—¿Confiáis vos en Vipond? —preguntó Cale al fin.

—Eso depende. ¿Por qué lo preguntáis?

Incómodo en la silla, Cale se cambió de postura.

—Me ha prometido que si me quedaba con vos y me comportaba, no les pasaría nada a Kleist ni a Henri el Impreciso. Que los protegería. ¿Lo hará?

—¿Eso significa que estáis preocupado por vuestros amigos? O sea que no sois tan desalmado como pretendéis.

—¿Que no soy desalmado? Intentad depender de mi alma, ya veréis dónde os lleva eso.

IdrisPukke se rio.

—Lo que pasa con Vipond es que hay que recordar que es un hombre importante, y los hombres importantes tienen responsabilidades importantes, y la de no mantener su palabra es una de ellas.

—Eso lo decís solo para parecer inteligente.

—En absoluto. Vipond se trae entre manos cosas muy importantes, y vos y vuestros amigos no sois importantes. ¿Y si cientos de vidas, o bien la seguridad futura de Menfis y de su millón de almas dependiera de romper la palabra dada a tres renacuajos como vos y vuestros amigos? ¿Qué haríais vos en su lugar? Vos que os creéis tan duro, decídmelo.

—Kleist no es amigo mío.

—¿Qué creéis que Vipond quiere de vos?

—Creo que quiere que empiece a confiar en vos, para que os cuente toda la verdad sobre lo que sucedió con los redentores. Teme que puedan representar una amenaza.

—¿Y tiene razón?

Cale lo miró.

—Los redentores son una maldición en la faz de la tierra... —Parecía como si quisiera seguir, pero hizo un esfuerzo por callarse.

—Ibais a decir algo más.

—Es cierto.

—¿Y era...?

—Yo tengo que aprender, y vos tenéis que averiguar.

—Como queráis. Y en cuanto a confiar en Vipond... creo que sí que podéis, hasta cierto punto. Hará lo posible por proteger a vuestro amigo, y al otro que no es amigo vuestro, a menos que tenga un motivo importante para dejar de hacerlo. Mientras no se vuelvan importantes en el sentido equivocado, estarán tan seguros como en su propia casa.

Y mientras seguían cabalgando en silencio, ninguno de ellos era consciente de que los ojos de Kitty la Liebre los observaban, y sus oídos los escuchaban.

Esa tarde a las cuatro, IdrisPukke desmontó e, indicándole a Cale con un gesto que hiciera lo mismo, se salió del camino para entrar en lo que parecía una selva virgen. El trayecto habría sido difícil incluso de no haber llevado los caballos con ellos, y necesitaron casi dos horas completas hasta que aclaró la espesura de árboles y arbustos y llegaron a otro camino que, claramente, apenas era transitado.

—Juraría que conocíais el camino —observó Cale, yendo a la zaga de IdrisPukke.

—Me doy cuenta de que no se os escapa nada, señor Sabelotodo.

—¿Y cómo es que lo conocíais?

—De niños, mi hermano y yo veníamos muy a menudo al Pabellón del Soto.

—¿Quién es vuestro hermano? —El Canciller Leopold Vipond.

Capítulo 18

Cale hubiera pensado que los dos meses siguientes que pasó en el Pabellón del Soto, eran los más felices de su vida, si no fuera porque no tenía ninguna otra experiencia feliz con la que comparar. Pero, dado que dos meses pasados en el Séptimo Círculo del Infierno hubieran supuesto una mejora con respecto a la vida en el Santuario, su felicidad no podía compararse con nada. Era, simplemente, feliz. Dormía doce horas al día y a veces más, bebía cerveza y al anochecer fumaba con IdrisPukke, quien se tomó muchas molestias para asegurarle que, en cuanto venciera su inicial desagrado, fumar sería tanto un gran placer como uno de los escasos consuelos seguros que podía ofrecer la vida.

Se sentaban al final del día en el exterior del viejo pabellón de caza, en la gran galería de madera, mientras escuchaban el cricrí de los insectos y veían las golondrinas y los murciélagos volando, desplomándose y remontando el vuelo. A menudo se quedaban allí horas sentados en un silencio roto de vez en cuando por alguna de las gracias de IdrisPukke sobre la vida y sus placeres e ilusiones.

—La soledad es algo maravilloso, Cale, por dos motivos: primero, porque le permite a un hombre estar consigo mismo; y segundo, porque le libra de estar con los demás.

Cale asentía con la cabeza, con una sinceridad solo posible en alguien que se había pasado cada hora de su vida, ya fuera de sueño o de vigilia, en compañía de cientos de chicos, observado y espiado en todo momento.

—Ser sociable —proseguía IdrisPukke— es muy arriesgado, incluso fatal, porque supone estar en contacto con personas, la mayor parte de las cuales son aburridas, perversas o ignorantes, y solo lo buscan a uno porque no soportan su propia compañía. La mayor parte se aburren a sí mismos y reciben a los demás no como a verdaderos amigos, sino como una distracción, algo así como un perro que baila o un tonto actor con su caudal de historias divertidas.

IdrisPukke odiaba en especial a los actores, y se le oía a menudo clamar contra sus defectos, algo que no podía entender Cale, pues no había visto nunca una obra de teatro. La idea de fingir por dinero que uno es otra persona le resultaba incomprensible.

—Por supuesto, vos sois joven y tenéis todavía que sentir el impulso más fuerte de todos: el amor a las mujeres. No me malinterpretéis: todo hombre y toda mujer debieran sentir alguna vez lo que significa amar y ser amado, y el cuerpo de una mujer es la mejor imagen de la perfección que yo haya visto nunca. Pero para ser completamente sincero con vos, Cale (y ya sé que eso no va a influir en nada), desear el amor, como dijo algún gran ingenio, es desear ser encadenado a un loco.

Entonces abría otra cerveza, vertía un cuarto (nunca más y nunca demasiadas veces) en la jarra de Cale, y se negaba a darle más tabaco, diciendo que en lo referente a fumar, el exceso era tan malo que podía echar a perder el resuello de un joven.

A veces se quedaban hasta la madrugada, y Cale ansiaba entonces aquello que se había convertido casi en su mayor placer: una cama caliente, un colchón blando y todo para él, sin gruñidos ni gritos ni ronquidos ni el olor de cientos de pedos ajenos, sino solo un silencio y una paz maravillosos. Aquellos días, para Cale era una bendición estar vivo.

Empezó a dar paseos sin rumbo por entre los árboles, paseos que duraban horas. Se iba en cuanto se levantaba, y solo volvía al pabellón de caza al caer la noche. Las colinas, alguna pradera ocasional, los ríos, el cauteloso ciervo y las palomas que zureaban en los árboles durante las horas de calor, la maravillosa dicha de pasear solo constituían un placer más intenso que la cerveza o el tabaco. Lo único que empañaba aquella felicidad era el recuerdo de Arbell Cuello de Cisne, cuyo rostro lo visitaba a última hora de la noche o a primera de la tarde, cuando estaba tendido junto al río, donde el único sonido era el salto ocasional de algún pez, el canto de los pájaros y la brisa en los árboles. Los sentimientos que lo embargaban cuando pensaba en ella eran extraños e inoportunos, y entraban en pugna con la maravillosa paz que disfrutaba. Esos pensamientos le ponían furioso, y él no quería volver a sentir furia, solo quería sentirse así: libre, perezoso, sin tener que rendir cuentas a nadie, en la calidez y verdor del bosque estival.

El otro gran placer que descubrió fue la comida. Ya sabía lo que era comer para vivir, satisfacer un hambre intensa llenando simplemente el estómago. Pero para un muchacho cuya dieta había consistido la mayor parte de su vida en pies de muertos, la posibilidad de la buena comida en aquella nueva vida significaba que algo que la gente da por hecho para él constituía un motivo de asombro y maravilla.

IdrisPukke era un gran amante de la comida y, habiendo vivido en un momento u otro de su vida en casi todas las partes del mundo civilizado, se consideraba a sí mismo, al igual que en la mayoría de las cosas, un experto. Le gustaba preparar una comida casi tanto como le gustaba comérsela, pero, por desgracia, aquel deseo de enseñar a su muy dispuesto discípulo había tenido muy mal comienzo.

Su primer intento de introducir a Cale en el gran arte de la comida había terminado de mala manera. Cierta día Cale había vuelto al pabellón, tras una ausencia de diez horas, lo bastante hambriento para comerse a un cura, y se encontró

con el Banquete del Emperador, una versión improvisada de la comida más espléndida que había comido nunca, una especialidad de la Casa de Imur Lantana, en la ciudad de Apsny. Había tenido que sustituir muchos de los ingredientes: las vergas de cerdo resultaban imposibles de encontrar en las montañas, porque los nativos consideraban al cerdo un animal impuro; el azafrán porque era demasiado caro, y nadie había oído hablar de él. Además, desapareció del menú el plato que muchos consideraban el principal: IdrisPukke, que no era ningún sentimental, no se sentía capaz de ahogar en brandy diez crías de alondra para meterlas después menos de treinta segundos en el horno muy caliente.

Cuando llegó Cale, con la cara bruñida del sol y muerto de hambre, empezó a reírse de felicidad al ver las exquisiteces extendidas ante él por un orgulloso IdrisPukke.

—Empezad por ahí —dijo el sonriente cocinero, y Cale se lanzó casi literalmente sobre un plato de cangrejos de río picados y fritos en pan blanco con salsa amarga de frambuesas silvestres. Después de cinco de aquellos, IdrisPukke señaló con un gesto de la cabeza el pato a la brasa con tiras de ciruela, y después, con una suave advertencia para que fuera más despacio, las alitas de pollo empanadas y fritas con patatas paja.

Naturalmente, Cale no tardó en ponerse muy malo. IdrisPukke había visto vomitar a mucha gente durante su vida, y también lo había hecho él. Había presenciado la desagradable costumbre de Kvenland de interrumpir los banquetes de treinta y nueve platos con visitas al bilismatorio, o sala de vomitar, visitas que se hacían obligatorias cada diez platos más o menos si uno quería llegar al final y evitar, por tanto, el terrible insulto a los anfitriones que suponía no dar cuenta de los treinta y nueve platos. Fueron de dimensiones épicas las arcadas que sufrió Cale mientras su estómago expulsaba todo cuanto había comido durante los veinte minutos anteriores y, según la impresión que le produjo a IdrisPukke, mucho de lo que había comido también durante el resto de su vida.

Finalmente, el muchacho, exhausto, terminó de vomitar y se fue a la cama. A la mañana siguiente Cale se levantó con un color de piel blanco verdoso que IdrisPukke solo había visto antes en cadáveres de tres días. Cale se sentó y tomó, con considerable cuidado, una taza de té flojo sin leche. Con voz lánguida, le explicó a IdrisPukke el motivo de ponerse tan malo.

—Bien —dijo IdrisPukke cuando Cale acabó de hablarle de los hábitos culinarios de los redentores—. Si alguna vez pienso mal de vos, intentaré disculparos recordando que poco puede pedírsele a un muchacho criado a base de pies de muertos. —Se hizo un breve silencio—. Espero que no os importe que os dé un consejo.

—No —dijo Cale, demasiado débil para molestarse.

—No podemos esperar que el resto de la gente soporte cosas más allá de cierto límite. Si surge el tema en una conversación de sociedad, yo os aconsejaría que no mencionarais las ratas.

Capítulo 19

Reist y Henri el Impreciso habían visto a Cale tan solo unos minutos antes de su apresurada partida, de manera que apenas habían tenido tiempo de darse cuenta de la sospechosa reaparición de IdrisPukke, no digamos ya de escuchar un relato satisfactorio de todo lo que le había sucedido a Cale después de que se lo llevaran del jardín de verano. Kleist ni siquiera había podido explicarle a Cale (y esto lo irritaba) que su carencia de disciplina y el egoísmo de que daba muestras en general los habían hundido en aquel montón de mierda. Pero al final resultó que los razonables temores que albergaba Kleist de que Cale les hubiera acarreado la enemistad de todo el mundo a su alrededor no se confirmaron completamente. Había enemistad, sí, pero la feroz paliza que Cale le había propinado a la flor y nata del Mond había vuelto a aquellos que ansiaban la venganza muy cautelosos con respecto a Kleist y Henri el Impreciso, por si resultaba que tenían las mismas habilidades en la lucha que su amigo. Y el Mond no tenía tanto miedo a las heridas ni a la muerte como a la humillación de recibir una paliza de manos de gente que estaba, obviamente, muy por debajo de ellos en el espectro social.

Vipond les había asignado a los dos las cocinas, donde no era fácil que tuvieran un encuentro inoportuno. Las prolongadas y repetidas maldiciones que Kleist arrojaba sobre la cabeza de Cale por dejarlos lavando platos durante diez horas al día apenas requieren esfuerzos de imaginación. Sin embargo, disfrutaban de una ventaja inesperada, y era que los criados que guardaban rencor al Mond por su engreimiento y arrogancia, que eran muchos, los miraban a ellos con admiración; la suficiente admiración, por lo menos, para que al cabo de un mes los dejaran ayudar en labores más interesantes que la de lavar platos. Kleist se ofreció a echar una mano en la zona de la carne, y todos se quedaron impresionados por su destreza como carnicero.

—Talento innato —explicaba. Fue lo bastante inteligente como para no decir con qué pequeños animales había adquirido aquella destreza.

—A mí —le dijo Kleist a Henri el Impreciso al tiempo que descuartizaba, encantado, una enorme vaca Holstein—, lo que me gusta es trabajar a gran escala.

Henri el Impreciso se encargaba de dar de comer a los animales, y de recoger de vez en cuando en la puerta algún mensaje de los criados de los palacios de alrededor. Eso le daba a veces la ocasión de ver a Riba, en la que ahora estaba siempre pensando. Cuando la veía no era nunca durante mucho rato, pero a ella se le

alegraba la cara y hablaba con emoción, tocándole el brazo y sonriéndole con sus hermosos dienteillos blancos. Pero, como empezaba a notar, apenas pasaba nadie que no se hiciera acreedor de la misma sonrisa y de las mismas emociones. Estaba en su naturaleza ser abierta y encantadora con todo el mundo, y todos le correspondían, a menudo sorprendiéndose ellos mismos de lo mucho que apreciaban aquella hermosa sonrisa. Sin embargo, Henri el Impreciso quería aquella sonrisa solo para él.

Llevaba algún tiempo alimentando un oscuro secreto con respecto a Riba, desde que se habían quedado solos en el Malpaís durante casi cinco días. Al principio él la había tratado con asombrada deferencia, tal como trataría cualquiera a un ángel con el que le hubiera tocado hacer un viaje a pie. Todos los hombres se han quedado alguna vez extasiados ante la belleza de una mujer, pero imaginaos la fascinación que puede sentir alguien que no había visto nunca criaturas tales. Al cabo de unos días en su compañía, había empezado a calmarse un poco, aunque fuera por la aparición de otros sentimientos menos elevados que la reverencia y la adoración. Ponía un puntilloso cuidado en no tratar a aquella presencia divina de forma que pudiera rebajar su propia adoración (aunque no tenía nada claro qué significaba realmente aquello de «rebajar»). En su interior se agitaban sentimientos y sensaciones para las que no disponía de nombre. Al cabo de unos días, habían llegado a un pequeño oasis en torno a un manantial, de agua afortunadamente muy abundante, que había dado lugar a un pequeño estanque. Ella se había reído, encantada, y Henri el Impreciso, con su delicadeza innata, se había ofrecido a retirarse hasta el otro lado de un montículo que casi bordeaba el estanque. Se tendió boca arriba, pero enseguida había empezado a luchar ferozmente con el demonio. En el Santuario, las grandes tentaciones eran raras. El redentor Hauer, que había sido su consejero espiritual durante casi diez años, se hubiera quedado horrorizado al descubrir lo débil que era la resistencia de Henri, y lo poco efectiva que resultaba su interminable insistencia sobre la certeza del infierno para los que cometían crímenes contra el Espíritu Santo. (Por razones nunca explicadas, era el Espíritu Santo el que resultaba especialmente traumatizado con aquel tipo de deseos pecaminosos). El demonio se había apoderado repentinamente de la voluntad de Henri, que se puso bocabajo para arrastrarse lentamente como la serpiente de Belcebú hasta situarse al borde mismo del montículo. ¿Alguna vez se recompensó a alguien tan espléndidamente por caer en la tentación? A Riba le llegaba el agua hasta la mitad del muslo, y se la echaba encima, de manera perezosa. Su pecho era enorme, y no es que Henri tuviera con qué compararlo. Y las areolas que rodeaban los pezones eran de un rosa extraordinario que no se parecía a nada que hubiera visto nunca. Se movían cuando se movía ella, temblando con una gracia que le hizo ahogar una exclamación. Entre las piernas... pero no llegaremos hasta allí, aunque no es esta una prohibición que contuviera a Henri el Impreciso ni por un instante, pues el demonio se había apoderado de él por completo. Se quedó sin respiración, completamente impactado con aquel lugar secretísimo. Henri el Impreciso tenía impresas en el alma muchas imágenes del infierno, pero hasta aquel momento celestial no había contemplado ni una sola

imagen del cielo. Era un cuadro de la gracia, en piel y pliegues suaves, que nunca sería superado, que seguiría vibrando y resonando en su alma hasta el día de su muerte. De esa manera Henri el Impreciso, transfigurado por un terror sagrado, volvió a esconderse tras el montículo. La visualmente transgredida Riba siguió así durante varios minutos, inconsciente de la adoración que provocaba tras el montículo. Aunque no hubiera tenido mayores problemas si Henri el Impreciso se hubiera quedado simplemente junto al estanque, contemplándola, pues le gustaba dar placer a los hombres. Para eso había sido educada, al fin y al cabo. En cuanto a Henri el Impreciso, había sido golpeado como un diapasón, y meses después seguía vibrando. La naturaleza le proporcionaba intensos deseos, pero la vida le privaba de cualquier experiencia o comprensión que le permitiera tratar con ellos.

Riba había tenido mucha más suerte que los muchachos en cuanto a su empleo. Había comenzado como doncella de la doncella de la doncella personal de Mademoiselle Jane Weld, posición (pese a lo baja que pueda parecer en el despiadado mundo de la doncellez de grandes damas) a la cual podía costar más de quince años de servicio llegar. La sobrina del Canciller Vipond había aceptado a Riba con resentimiento, pues le avergonzaba tener, y sobre todo le avergonzaba que supieran que tenía, una sub-sub-subdoncella de tan poca categoría. Sin embargo, aquel resentimiento empezó a desaparecer (y por consiguiente a aumentar el que le tenían las demás doncellas) al quedar patente que Riba era excepcional en determinadas sabidurías muy valoradas en las doncellas de las señoras: era una peluquera de gran delicadeza y habilidad, podía reventar un grano o una espinilla causando el menor daño posible a la piel, y después disimular la rojez hasta volverla invisible; la piel alcanzaba su perfección bajo el tratamiento de las cremas y lociones caseras de Riba, en cuya fabricación parecía una verdadera maga; bajo su cuidado, uñas que antes eran impresentables se volvían hermosas, las pestañas se poblaban, los labios enrojecían, las piernas se suavizaban (exfoliadas lo menos dolorosamente posible, es decir, con un poco menos de dolor que el que se experimenta en la sala de tortura). En resumen: Riba era un hallazgo.

Aquello le planteaba a Mademoiselle Jane el problema de qué hacer con las otras tres doncellas personales, que ahora le sobraban, la más antigua de las cuales había permanecido con ella desde niña. Mademoiselle Jane, aunque en muchos aspectos era fría como una diosa, tenía su lado sensible, y no conseguía decirle a Briony que había dejado de necesitarla. Sabía que su antigua doncella se iba a disgustar muchísimo, y también le preocuparon, al caer en la cuenta, todas las confidencias que había compartido con ella, confidencias que una persona resentida podría estar dispuesta a revelar si se le daba motivo suficiente. Mademoiselle Jane ahorró a Briony, por consiguiente, la dolorosa experiencia de ser despedida después de doce años de servicio, haciendo que le empaquetaran sus cosas mientras ella iba a comprar

una tarrina de crema fría de romero. Al volver, la desgraciada doncella encontró solo una alcoba vacía y un criado que le presentaba un sobre. El sobre contenía veinte dólares y una nota de agradecimiento por sus leales servicios, y le informaba que se la enviaba para ser doncella de una pariente lejana en una remota provincia, y en reconocimiento de dichos servicios, sería acompañada en el largo viaje por el criado que le había ofrecido el sobre, que tenía instrucciones de permanecer con ella y protegerla en todo momento hasta que llegara a su destino. Mademoiselle Jane le deseaba buena suerte y expresaba sus esperanzas de que aprovechara esa suerte. Veinte minutos después, la aturdida Briony montaba a caballo y, acompañada por su protector, partía hacia una nueva vida. Y nunca volvieron a tener noticias de ella.

Las otras doncellas, solo por si Briony hubiera sido tan indiscreta como su señora, fueron dispersadas de manera similar, y Mademoiselle Jane se quedó disfrutando una vida en la que los granos, las espinillas, los labios demasiado finos y el pelo intratable pertenecían al pasado:

Durante varios meses, la joven aristócrata vivió en la gloria. La habilidad de Riba en las artes del embellecimiento sacaban todo el partido posible a su buen aspecto, que no pasaba de mediano. Empezaron a visitarla incluso nuevos pretendientes, lo que la ponía en disposición de tratar a todos aquellos posibles amantes con creciente desdén y mofa, tal como requerían las tradiciones de los Materazzi en lo referente al cortejo. Como bien sabía ella, no había droga, por rara y cara que fuera, que ofreciera los maravillosos placeres de constituirse en centro de los sueños y deseos de otro y ser capaz, con tan solo una sonrisa y una mirada, de hacerlos añicos.

Aunque al principio estuviera obnubilada en la dicha de saber que rompía más corazones incluso que su detestada Arbell Cuello de Cisne, Mademoiselle Jane empezó a ser incómodamente consciente de algo tan extraño que durante unas semanas creyó que se trataba de imaginaciones suyas: algunos de los jóvenes aristócratas que la visitaban (pero solo algunos) no parecían tan destrozados por sus continuos rechazos como ella habría esperado. Gemían, se lamentaban e imploraban que reconsiderara sus negativas tanto como los otros, sí, pero ella era, tal como hemos visto, una muchacha sensible (por lo menos para sí misma), y empezaba a sospechar que sus declaraciones no eran sinceras del todo. ¿Qué podía significar aquello?

Tal vez, pensó, lo que ocurría era que se estaba acostumbrando a romper corazones, y el placer que eso le proporcionaba iba disminuyendo, como suele pasar con los placeres demasiado gastados. Pero no podía ser eso, porque ella seguía sintiendo exactamente lo mismo y con la misma intensidad con aquellos a los que su frialdad realmente partía el corazón. Algo estaba ocurriendo.

Mademoiselle Jane siempre reservaba la última hora de la mañana para romper corazones, y concedía a sus pretendientes generosas franjas de su tiempo, algunas veces hasta de treinta minutos si se portaban especialmente bien, lamentando su belleza, crueldad e insensibilidad. Pero decidió reservar la mañana completa para

aquellos de los que sospechaba, para ver si podía llegar al fondo de sus inquietantes dudas. Sus habitaciones habían sido construidas de tal manera que ella podía espiar con facilidad a sus pretendientes en el momento de llegar y de salir y, muy aplicada, dedicó la mañana entera a hacerlo. Hacia mitad de la mañana, se encontraba ya de pésimo humor, habiendo confirmado todos sus temores, incluso de un modo difícil de creer: era todo por culpa de aquella putilla ingrata: Riba.

Aquella mañana había soportado tres veces las falsas declaraciones de desconsuelo de tres jóvenes que, como quedaba por fin patente, habían ido a verla solo porque eso les daba la ocasión de implorarle rutinariamente a Mademoiselle Jane, y después despedirse de ella para poder ponerle ojitos tiernos a aquella puta gorda. Se trataba de una humillación inimaginable: no solo estaban engañando a la mujer más bella y deseada de Menfis (esto es un poco exagerado, pues como mucho haría la número quince, pero se lo perdonaremos porque estaba sumamente enfadada, cosa comprensible), sino que además lo hacían con una criatura del tamaño de una casa, a la que, cada vez que se ponía en movimiento, le temblaban las carnes como un flan de nata.

Aquel insulto (y para una Materazzi, llamar gorda a otra mujer constituía un insulto capital) no resultaba exacto en absoluto. Desde luego, Riba contrastaba de manera llamativa con su señora, y de hecho también con el resto de las mujeres Materazzi, pero las carnes no le temblaban nunca como un flan. Además, en los meses que llevaba en Menfis, Riba había estado tan atareada que no tenía el tiempo ni el modo de comer como lo había hecho en el Santuario. El resultado era que había perdido una considerable cantidad de sus hermosas grasas. Lo que antes constituía un exceso desacostumbrado, era ahora algo muy atractivo y raro. Habitados a la delgadez asexual y al malhumor de las Materazzi, las curvas y balanceos de Riba hacían que cada vez más hombres Materazzi miraran a Riba con un interés cada vez mayor cuando pasaba por delante con su desdeñosa señora. Y casi resultaban igual de encantadoras su alegre sonrisa y su actitud hospitalaria. Los Materazzi habían sido educados en los rituales de un amor cortés que incluía una adoración desesperada y no correspondida hacia un distante objeto de afecto que consideraba a los hombres como si fueran basura. Y por eso, la rápida conversión de unos cuantos caballeros a una joven con buenas formas que no los miraba como si fueran algo que había traído el gato apenas necesita explicación.

Hecha una furia, Mademoiselle Jane salió corriendo de su escondite, cruzó la puerta de sus aposentos y entró en el vestíbulo, donde Riba acababa de cerrar la puerta tras un joven Materazzi que había salido a la calle sonriendo y envuelto en una nube de anhelos. Mademoiselle Jane llamó a gritos al ama de llaves:

—¡Anna-Maria! ¡Anna-Maria!

Anonadada, Riba se quedó mirando a su señora, que se había puesto colorada de la furia.

—¿Qué ocurre, Mademoiselle?

—Cerrad la boca, bola de grasa —respondió Mademoiselle Jane con modales poco dignos de una mademoiselle, al tiempo que Anna-Maria, asustada con aquellos gritos salvajes, entraba apresuradamente en el vestíbulo. Mademoiselle Jane miró a su ama de llaves como si fuera a estallar, y después señaló a Riba—: ¡Echad a esta traidora de mi casa! ¡No quiero volver a ver nunca a esa cucaracha !

Mademoiselle Jane estuvo a punto de concluir su invectiva propinándole a Riba una bofetada en la cara, pero se lo pensó mejor al ver que la expresión de la muchacha, al verse insultada de aquel modo, cambiaba de la sorpresa a la ira.

—¡Quitádmela de la vista! —le gritó a Anna-Maria, y regresó a sus aposentos como una flecha.

Capítulo 20

IdrisPukke no había desistido de reeducar el estómago de Cale. Su nueva dieta tendría que empezar siendo simple, y ¿no era la simplicidad, al fin y al cabo, la demostración de la habilidad de un buen cocinero? La siguiente ocasión en que Cale se las vio con uno de los menús especiales de IdrisPukke, fue con una trucha fresca capturada en el lago que había junto al pabellón, ligeramente cocinada al vapor, acompañada de patatas cocidas, y condimentada con hierbas. Cale tuvo cuidado con las patatas, porque tenían un poco de mantequilla derretida por encima, pero le sentaron bien e incluso pidió repetir.

Y así fueron pasando los días y las noches. Cale prosiguió con sus largos paseos, a solas y en compañía de IdrisPukke. Se quedaban sentados en silencio durante horas, y también hablaban durante horas, aunque casi todo lo decía IdrisPukke. También enseñó a Cale a pescar, a comer de manera civilizada (sin eructar, sin sorber, masticando con la boca cerrada...), le habló de su extraordinaria vida, junto con muchas historias en las que él mismo quedaba en ridículo, algo que Cale seguía encontrando desconcertante. Reírse de un adulto significaba para él una soberana paliza; pero encontrarse a uno que lo invitaba a reírse de él, era algo que no podía creerse. De noche lo acometían a menudo estallidos de júbilo que ni siquiera parecían responder a un motivo inmediato. Además, IdrisPukke seguía ofreciéndole su provechosa filosofía de la vida:

«El amor entre un hombre y una mujer es el mejor ejemplo posible del hecho de que todas las esperanzas del mundo no son sino un engaño absurdo, y es así debido al hecho de que el amor promete demasiado y da demasiado poco».

también:

«Sé que no necesitáis que os explique que este mundo es el infierno, pero intentad comprender que hombres y mujeres somos las almas que sufren tormento en ese infierno y, al mismo tiempo, los demonios que lo causan».

aún más:

«Ninguna persona de verdadera inteligencia aceptará nada solo porque lo declare una autoridad. No aceptéis la verdad de algo que no comprobéis por vos mismo».

Por su parte, Cale le hablaba de su vida con los redentores.

—Al principio no eran solo las palizas lo que nos asustaba. Durante aquellos días, creíamos lo que nos decían: que aunque no nos sorprendieran haciendo algo mal, habíamos nacido malos, y que Dios lo veía todo, así que teníamos que confesarlo todo. Si no lo hacíamos y moríamos en pecado, iríamos al infierno y arderíamos en él por toda la eternidad. Y cada pocos meses moría alguno, y nos decían que la mayoría de esos que morían iban al infierno y ardían en él durante toda la eternidad. A menudo yo me pasaba toda la noche despierto en aquellos días, después de rezar las oraciones que siempre acababan: «¿Y si muero esta noche?». En ocasiones estaba convencido de que, si me dormía, moriría y ardería por siempre con horribles dolores. —Se calló por un instante—. ¿Vos qué edad teníais, IdrisPukke, cuando conocisteis el terror?

—Mucho más de cinco años, desde luego. Fue en la Batalla del Río de la Cabra. ¿Cuántos años tendría...? Diecisiete. Nos tendieron una emboscada durante una salida de reconocimiento. Era la primera vez que me veía envuelto en una lucha real. Y no es que no hubiera recibido entrenamiento. De hecho era bastante bueno, había quedado el tercero de mi promoción. La caballería drusa apareció sobre la colina, y todo fue confusión, ruido y caos. No podía hablar, la lengua se me pegó al velo del paladar. Empecé a temblar, y estaba a punto de... bueno... quiero decir...

—¿Manchar los pantalones? —propuso Cale.

—Sí, seamos francos. Cuando todo terminó, y la cosa no duró más de cinco minutos, yo seguía vivo. Pero ni siquiera había desenvainado la espada.

—¿Lo vio alguien? —Sí.

—¿Y qué os dijeron?

—Que ya me acostumbraría.

—¿No os pegaron?

—No. Pero si hubiera vuelto a ocurrir, bueno, no hubiera durado mucho. —Hubo otro silencio—. Así que vos ¿no os habéis sentido nunca así? —preguntó finalmente IdrisPukke.

No era en absoluto una pregunta azarosa. Una de las condiciones que le había puesto su hermano, o, para ser preciso, hermanastro, al soltar a IdrisPukke y dejar a Cale bajo su responsabilidad era que debía enterarse de todo con respecto al muchacho, y en especial de lo relativo a su aparente carencia de miedo, y si ello era excepcional o se trataba de un rasgo producido, de algún modo, por los redentores.

—Cuando era pequeño yo tenía miedo todo el tiempo —confesó Cale al cabo de un rato—. Pero eso cesó.

—¿Por qué?

—No lo sé. —Eso no era cierto, por supuesto, o al menos no completamente cierto.

—¿Y ahora nunca tenéis miedo?

Cale lo miró. Las últimas semanas lo habían asombrado. Se sentía muy agradecido a IdrisPukke, y albergaba hacia él sentimientos nada habituales, de amistad y confianza. Pero costaría más que unas pocas semanas de bondad y generosidad quebrar la prudencia de Cale. Pensó si debía cambiar de tema. Pero, bien pensado, tampoco parecía que tuviera mucha importancia decir la verdad.

—En general, tengo miedo de cosas que pueden hacerme daño. Sé lo que quieren hacerme los redentores. Es difícil de explicar. Pero la lucha... eso es diferente. ¿Qué estabais diciendo sobre la batalla de...? —Miró a IdrisPukke.

—Del Río de la Cabra.

—Todo eso de temblar y estar a punto de manchar los pantalones...

—Hablad sin problemas, no os sintáis cohibido.

—A mí me ocurre lo contrario. En esos momentos yo lo veo todo con frialdad, todo muy claro.

—¿Y después?

—¿A qué os referís?

—¿Sentís miedo después?

—No. En general no siento nada... Salvo después de darle una buena paliza a Conn Materazzi. Entonces me encontré muy bien. Y todavía me dura. Pero cuando maté a los soldados en el corro no me sentí nada bien. Al fin y al cabo, ellos no me habían hecho ningún daño. —Se detuvo—. Pero no quiero hablar más de eso.

Y, como era listo, IdrisPukke no forzó las cosas. Y de ese modo, durante las semanas siguientes Cale regresó a sus paseos, y por las noches bebían, fumaban y cenaban juntos, y la comida se iba volviendo más fuerte a medida que Cale se encontraba capaz de tomar algo de pescado rebozado en una masa crujiente, de poner más mantequilla en la verdura o una gota de nata en las moras.

Durante el mes que Cale e IdrisPukke habían disfrutado la calma y tranquilidad del Soto, los habían estado vigilando un hombre y una mujer. Aquella vigilancia no estaba motivada por el cuidado ni por la preocupación: imaginad la amorosa vigilancia de una madre para su hijo, pero sin el amor.

En las historias de buenos y malos, solo los buenos padecen infortunios y comenten errores garrafales. Los malos son siempre fuertes y actúan con disciplina, discurren planes astutos que solo fracasan en el último instante. Los malos llevan siempre las de ganar. En la vida real, los malos igual que los buenos comenten errores tontos y fácilmente evitables, tienen sus días malos y sus fracasos. Los malos tienen otras debilidades aparte de su disposición a matar y mutilar. I hasta el alma más sombría y cruel puede tener su lado tierno, igual que hasta el peor de los

desiertos tiene sus oasis, sus umbrías entre los árboles y sus suaves arroyos. No solo la lluvia cae igual para buenos y malos, sino que también lo hacen la buena y la mala suerte, las inesperadas victorias y las derrotas innmerecidas.

Daniel Cadbury, con la espalda apoyada en una morera, cerró el libro que estaba leyendo, *El príncipe melancólico*, y lanzó un gruñido de satisfacción.

— ¡Silencio! —exigió la mujer, que había estado mirando atentamente hacia otro lado, pero que al oír el golpe del libro al cerrarse había vuelto la cabeza bruscamente hacia él.

— El chico está a doscientos metros —repuso Cadbury—. No ha oído nada.

Tras comprobar en un instante que Cale seguía dormido a la orilla del río, la mujer se volvió hacia Cadbury y esta vez se limitó a mirarlo fijamente. Si hubiera sido alguien diferente de quien era, un asesino, antiguo esclavo en galeras y ocasional espía para Kitty la Liebre, Cadbury se habría sentido incómodo. No es que ella fuera exactamente fea, tal vez solo muy poco llamativa, pero sus ojos, vacíos de todo salvo de hostilidad, habrían puesto nervioso a cualquiera.

— ¿Queréis que os lo deje? —le preguntó Cadbury, haciendo un movimiento con el libro en dirección a ella—. Es muy bueno.

— No sé leer —respondió, pensando que él se burlaba de ella, como así era. En condiciones normales Cadbury no habría sido tan imprudente como para burlarse de Jennifer Plunkett, una asesina tan admirada por Kitty la Liebre que la reservaba para los asesinatos más importantes y difíciles. Consternado, él había rezongado, cuando Kitty la Liebre le había dicho quién iba a acompañarlo.

— Jennifer Plunkett no, por favor.

— No se trata de una compañía cordial, estoy de acuerdo —había respondido Kitty con su gorjeo característico—, pero hay mucha gente importante interesada en ese muchacho, incluido yo, y el instinto me dice que puede necesitarse mucha habilidad de esa en la que es especialista Jennifer Plunkett. Tendréis que soportarla, Cadbury. Hacedlo por mí.

Y así fue la cosa.

Era el aburrimiento lo que impulsaba a Cadbury a aguijonear a la peligrosa y hábil carnícera que seguía mirándolo. Llevaban casi un mes observando al muchacho, que no había hecho otra cosa que comer, dormir, nadar, caminar y correr. Ni siquiera los placeres de *El príncipe melancólico*, un libro que había disfrutado una docena de veces a lo largo de otros tantos años, bastaban para contener su creciente impaciencia.

— No pretendía molestar, Jennifer.

— No me llaméis Jennifer.

— De algún modo os tendré que llamar.

—No, no necesitáis llamarme de ningún modo. —Ella no parpadeó ni apartó la mirada. Su tolerancia tenía límites, que no eran muy holgados. Cadbury se encogió de hombros para sugerir que cedía, pero ella no movió un músculo. El empezaba a preguntarse si haría bien en estar preparado. Entonces, como un animal, y no del tipo al que le gusta la compañía humana, ella apartó la cabeza y se volvió a mirar al muchacho durmiente.

«Lo extraño no está solo en sus ojos —pensó Cadbury— sino en lo que hay tras ellos. Está viva, pero no sabría decir de qué manera».

Dado su oficio, Cadbury estaba acostumbrado al trato con asesinos. Al fin y al cabo, él era uno de ellos. Mataba cuando era necesario, raramente con placer, y a menudo a regañadientes y hasta con remordimiento. La mayor parte de los sicarios experimentaban cierto placer, mayor o menor, en lo que hacían. Jennifer Plunkett resultaba diferente, en el sentido de que él no podía adivinar qué era lo que sentía al matar. La experiencia de verla deshacerse de los dos hombres a los que habían arrestado los soldados merced al soborno de IdrisPukke no se parecía a nada que hubiera visto nunca. Cuando los dejaron en libertad, inconscientes del papel que jugaban como meros títeres, habían llegado al bosque no se sabía cómo y habían acampado a menos de un kilómetro del Soto. Sin consultarle (algo profesionalmente descortés, pero él había decidido no tenérselo en cuenta), ella se había dirigido hacia ellos, que estaban sentados, preparando un té, y los había apuñalado. Lo que le había dejado impresionado a Cadbury era que lo había hecho sin inmutarse. Los había matado con tan poco esfuerzo como una madre que recoge los juguetes de los niños, sin apenas distraerse de su aburrimiento. Para cuando los hombres comprendieron lo que sucedía, ya estaban muriendo. Incluso los más malvados asesinos que conocía Cadbury se preparaban, o al menos intentaban prepararse, antes de matar. Pero no Jennifer Plunkett.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por el sonido del muchacho que, río abajo, acababa de despertar y se ponía en movimiento. Se había alejado de la orilla hasta una distancia de unos veinte metros. Empezó a gritar un bajo «¡Eeeeeeeeh!» y se lanzó hacia el borde del río, adquiriendo velocidad en la carrera. Elevando la voz hasta un grito agudo, saltó de la orilla, formó una bola en medio del aire y cayó en el agua. Casi de inmediato volvió a salir a la superficie, riéndose de manera estrepitosa en el agua helada y nadando de regreso a la orilla. Desnudo como había venido al mundo, corrió de un lado para el otro, riendo y gritando ante el espantoso placer del agua fría y de la cálida atmósfera estival.

—Es hermoso ser joven, ¿verdad? —comentó Cadbury. Era imposible no contagiarse de la alegría del muchacho. Y entonces se quedó boquiabierto al comprender hasta qué punto había acertado en lo que acababa de decir. Jennifer Plunkett estaba sonriendo, y su rostro se había transformado en la viva imagen de una santa pintada en un lienzo: Jennifer Plunkett estaba enamorada. En cuanto fue consciente de que Cadbury la miraba, desapareció aquel paraíso en el que la

sumergía el muchacho. Lo miró, parpadeó como un halcón o un gato salvaje, y se volvió hacia el río, con el rostro completamente inexpresivo.

—¿Qué creéis que querrá hacer con él Kitty la Liebre? —preguntó ella.

—Ni idea —respondió Cadbury—. Pero nada bueno. Es una pena —añadió con total sinceridad—. Parece un muchacho tan feliz... —En cuanto lo dijo, se arrepintió de haber abierto la boca, pero seguía turbado por lo que acababa de descubrir. Era algo parecido a ver una serpiente ponerse colorada.

«Eso te enseñará —pensó Cadbury— a no creer que conoces lo que sienten los demás».

Maravillado ante aquel extraño giro de los acontecimientos, se sentó y volvió a apoyar la espalda contra la morera.

No tardó mucho en comprender. Aparentemente estaba dormido, pero tenía demasiado juicio para dormirse de verdad y no enterarse de lo que sucedía. Con sus ojos no completamente cerrados, vigiló la espalda de Jennifer, sacó su cuchillo y lo escondió, con la mano en la empuñadura, bajo el muslo derecho, el que se encontraba a más distancia de ella. Durante treinta minutos enteros observó su espalda inmóvil, mientras oían una y otra vez el «¡eeeeeeeh!» del muchacho, el ruido que hacía al salpicar el agua, y sus gritos de alegría. Y entonces ella se volvió y se dirigió hacia él, de nuevo sin inmutarse, con el cuchillo en la mano, y empezó a asestar el golpe mortal. Él lo paró con la izquierda y atacó levantando el cuchillo que tenía en la derecha. El se sorprendió de la velocidad de ella, incluso cuando los dos cayeron rodando sobre las hojas secas que cubrían el suelo del bosque. Hacia un lado y hacia el otro, giraban agarrados en un abrazo mortal, oyendo cada uno tan solo la bronca respiración del otro y el susurro de las hojas secas al tiempo que, con la boca de uno casi pegada a la del otro, se miraban fijamente a los ojos.

Y, poco a poco, empezó a vencer la superior fuerza de él. Ella se retorció y contorsionaba con toda la potencia de sus músculos, pero Cadbury la tenía bien sujeta, y Jennifer estaba agotada. Pero ella tenía otra arma a la que podía recurrir además de su odio y su furia: su desmedido amor. ¿Cómo iba a abandonarlo y morir? Y haciendo un ímprobo esfuerzo, Jennifer se hizo a un lado, desequilibrando a Cadbury, se liberó de su mano izquierda, se puso en pie, y bajó a la carrera por la colina, en dirección al muchacho que amaba.

—¡Thomas Cale! ¡Thomas Cale! —gritaba. El muchacho levantó la vista al tiempo que salía desnudo a la musgosa orilla del río. Con la boca abierta, observó aquella especie de arpía que corría colina abajo desesperadamente, gritando su nombre una y otra vez—: ¡Thomas Cale! ¡Thomas Cale!

Para su desgracia, Cale había visto muchas cosas raras en su vida, pero aquella era una de las más extrañas de todas: un ser de rostro salvaje y sin sexo claramente identificable que blandía un cuchillo, gritaba su nombre y apellido y se precipitaba hacia él con ojos dementes. Anonadado, Cale corrió a buscar su ropa, tentó en busca

de su espada, se le— cayó, la cogió de nuevo y la levantó para golpear con ella al tiempo que ella llegaba a él, sin dejar de gritar como una loca. Oyó un silbido brusco, y un ruido sordo y hueco, como el de la cachetada que da el jinete contra el flanco del caballo. Jennifer tosió o algo parecido y cayó al suelo dando una voltereta y, pasando por delante del aterrorizado Cale, pegó un golpe tremendo contra el tronco de un roble japonés.

Cale corrió a esconderse detrás de un árbol. El corazón le palpitaba como el de un pájaro recién atrapado. De inmediato empezó a buscar una escapatoria. Rodeaba el árbol un espacio de tierra desnuda de unos cuarenta a cincuenta metros de ancho. Miró el cuerpo. Se dio cuenta entonces de que se trataba de una mujer que había caído retorcida contra la base de un árbol, con la espalda en el aire, hacia un lado. De esa espalda salía lo que parecía el asta de una flecha de noventa gramos, cuya punta asomaba por el pecho. La nariz le sangraba a razón de una gota cada tres o cuatro segundos. No debía de haber sido fácil dar en un blanco en movimiento como aquel, pero tampoco demasiado difícil, pues ella había ido corriendo en la dirección de la flecha, mientras que si Cale escapaba en aquel momento, lo haría corriendo en perpendicular a la línea de fuego. Desde que empezara a correr, le llevaría cinco o seis segundos ponerse a cubierto: el tiempo suficiente para un disparo, no más, y tendría que tener muy buena puntería para darle. Aunque tal vez la tuviera: Kleist, por ejemplo, podía acertar a un blanco como aquel tres de cada cuatro veces.

—¡Eh, hijito!

«A unos doscientos metros y justo delante», pensó Cale.

—¿Qué queréis?

—¿Qué os parecería darme las gracias?

—Gracias. Ahora, ¿por qué no os vais al demonio?

—Mierdecilla desagradecida, os he salvado la vida.

¿Se movía? A juzgar por el ruido, parecía que sí.

—¿Quién sois?

—Vuestro ángel de la guarda, amigo, ese soy. Era una chica mala, una chica muy, muy mala.

—¿Qué quería?

—Cortaros el pescuezo, amigo. Ese era su medio de vida.

—¿Por qué?

—Ni idea, amigo. Vipond me ha enviado para que os eche un vistazo, a vos y al borrico de su hermano.

—¿Por qué tendría que creerlos?

—Pues la verdad es que no tenéis ningún motivo. Y a mí me da lo mismo. Lo único que quiero es que no me sigáis. No me gustaría tener que clavaros otra a vos, y menos después de las molestias que me he tomado para salvaros la vida. Así que quedaos aquí quince minutos. Durante ese tiempo yo me iré por mi camino, y nadie se hará daño. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Quince minutos.

—¿Palabra de honor?

—¿Qué?

—No importa. ¿Qué tal un «gracias», entonces?

Y a continuación, ambos, Cadbury y Cale, se pusieron en movimiento: Cadbury se internó de nuevo en lo más espeso del bosque; y Cale, usando el árbol como pantalla, se alejó con cuidado, nadando por la orilla.

Tres horas después, Cale e IdrisPukke habían regresado al río y examinaban el cuerpo de la mujer muerta, bajo las copas entrelazadas de varios árboles. Se habían pasado dos horas buscando cualquier huella del que se proclamaba salvador de Cale, pero no habían encontrado nada. IdrisPukke registró el cuerpo y descubrió enseguida tres cuchillos, dos alambres para estrangular, unas empulgueras, unas nudilleras y, en la boca, a lo largo de la encía izquierda, una hoja flexible de tres centímetros de largo, envuelta en seda.

—Fuera lo que fuera lo que se traía entre manos —comentó IdrisPukke—, no trataba de venderos pinzas para la ropa.

—¿Creéis que decía la verdad?

—¿Vuestro salvador? Es posible. No sé si le creo realmente. Pero lo cierto es que si hubiera querido mataros, podría haberlo hecho en cualquier momento durante este mes. Aun así... me huele mal.

—¿Creéis que lo enviaría Vipond?

—Puede ser. Pero son demasiadas molestias por alguien como vos, y no pretendo ofender.

Cale no se ofendió por el comentario de IdrisPukke, sencillamente porque él pensaba exactamente lo mismo.

—¿Y la mujer? —preguntó al fin.

—Al río con ella.

Eso es lo que hicieron. Y aquel fue el final de Jennifer Plunkett.

Esa noche los dos cenaron dentro del pabellón, por si acaso, hablando sobre lo que debían hacer en cuanto a los extraños sucesos de aquel día.

—La cuestión es —dijo IdrisPukke—, ¿qué podemos hacer? Si los que mataron a esa joven hubieran querido hacer lo mismo con vos, ya lo hubieran hecho. O puede que lo hagan mañana...

—Como dijisteis, esto huele mal.

—Es perfectamente posible que Vipond haya enviado alguien a vigilarnos, aunque sea por sus propios motivos. También es posible que alguno de esos del Mond a los que humillasteis públicamente haya pagado a alguien para que os mande al otro barrio. Tienen las dos cosas que se necesitan: el dinero y el odio. Da la impresión de que la mujer iba a atacaros, porque llevaba un cuchillo en la mano. Ese hombre lo evitó y después desapareció. Estos son los hechos. Pero eso no puede ser todo, y lo que descubramos más tarde puede hacer que lo veamos todo a una luz completamente distinta. Pero hasta entonces lo que tenemos no es más que eso. Nos quedemos aquí o nos vayamos, el caso es que estamos completamente a merced de un hombre, o una mujer, que tiene buena puntería y además tiene, o bien odio, o bien la promesa de una buena paga. Aceptemos lo que nos indican los hechos, porque es lo mejor que podemos hacer. ¿O se os ocurre a vos otra posibilidad?

—No.

—Entonces, decidido.

Sin lograr conciliar el sueño, Cale se dio cuenta de que no tenía mucho sentido quedarse dentro del pabellón, así que salió a fumar un cigarrillo, preso de una gran incomodidad. Comprendía la razón que asistía al fatalismo de IdrisPukke, pero al fin y al cabo no era su destino el que estaba en peligro. Como se decía siempre a sí mismo, un filósofo es capaz de soportar el dolor de muelas... que aflige a los demás. Con la preocupación que tenía, apenas se dio cuenta de que había una pulcra paloma que caminaba de un lado a otro de la mesa de la terraza, comiendo viejas migas de pan.

—No os mováis —dijo IdrisPukke en voz baja, justo por detrás de él, sujetando un pedazo de pan que acercó despacio a la paloma para que comiera. Entonces le puso con cuidado la mano alrededor y la cogió con firmeza. Dándole la vuelta, IdrisPukke le quitó un pequeño anillo de metal que llevaba en una de las patas. Cale no dejaba de mirarlo, completamente extrañado.

—Es una paloma mensajera —explicó IdrisPukke—. Enviada por Vipond. Sujetadla. —Le entregó la paloma a Cale y abrió el anillo, sacó un trocito de papel de arroz y empezó a leer. Su rostro se entristeció de repente.

—Una tropa de redentores se ha llevado a Arbell Cuello de Cisne.

El rostro de Cale enrojeció a causa del asombro y la confusión.

—¿Por qué?

—No lo dice. El caso es que ella estaba en el lago Constanza, que se encuentra a unos ochenta kilómetros de aquí. El camino más rápido de regreso al Santuario es a través del paso de la Cortina, que está a unos treinta kilómetros de donde estamos, hacia el norte. Si ese es el camino que han cogido, tenemos que encontrarlos y dar parte a las tropas que Vipond ha enviado ya en pos de nosotros. —Parecía preocupado y confuso—. Esto es absurdo. Es una declaración de guerra. ¿Por qué hacen esto los redentores?

—No lo sé. Pero tiene que haber una razón. Esto no podría suceder sin el consentimiento de Hosco. Y Hosco sabe lo que hace.

—Bueno: no hay luna, así que ellos no pueden viajar de noche y nosotros tampoco. Lo prepararemos ahora todo, dormiremos un poco y saldremos al alba. —Respiró hondo—. Aunque Dios sabe que tenemos pocas posibilidades de alcanzarlos.

Capítulo 21

Al día siguiente, IdrisPukke se negó a ponerse en marcha hasta que hubiera luz suficiente para ver con claridad. Cale argumentó que era necesario correr el riesgo, pero IdrisPukke no se dejó convencer.

—Si uno de los caballos se hiere una pata en la oscuridad, no podremos continuar.

Cale comprendió que tenía razón, pero se desesperaba por ponerse en camino, y lanzó un gruñido de desdén e irritación. IdrisPukke no le hizo caso durante otros veinte minutos, al cabo de los cuales se pusieron en marcha.

Durante los dos días siguientes pararon solo lo suficiente para que descansaran los caballos y comer un poco. Cale insistía siempre para que fueran más aprisa, pero IdrisPukke reponía con tranquilidad que los caballos no podían ir más deprisa, y tampoco él, aunque Cale pudiera. Necesitaban llegar hasta los redentores los cuatro, si es que llegaban. Y al menos uno de los caballos tenía que encontrarse en buen estado para regresar con rapidez y llevar a los Materazzi la información sobre número y dirección.

—No parecéis preocupado por la chica —comentó Cale.

—Precisamente porque lo estoy, hago esto a mi manera. Porque tengo razón. Además, ¿qué es para vos Arbell Cuello de Cisne?

—Nada en absoluto. Pero si puedo ayudar a detener a los redentores, entonces el Mariscal tendrá una buena razón para sentirse más generoso conmigo. Tengo amigos en Menfis que son también rehenes.

—Creía que no teníais amigos. Creía que eran solo las circunstancias lo que os habían hecho huir juntos.

—Yo les salvé la vida. Creo que eso fue bastante amistoso.

—¡Ah! —exclamó IdrisPukke—. Yo pensaba que lo habíais hecho todo a regañadientes.

—Y así es.

—Entonces vos, Maestro Cale, ¿sois noble por vocación o meramente por circunstancia?

—No soy noble de ninguna manera.

—Eso decís vos. Pero me pregunto si no habrá en vuestro interior un héroe incipiente.

—¿Qué quiere decir «incipiente»?

—Algo que comienza a aparecer, a existir.

Cale se rio, pero sin ganas.

—Si eso es lo que pensáis, esperemos que no os encontréis en situación de tener que comprobarlo.

Y tras esta conversación, IdrisPukke decidió permanecer en silencio.

Al segundo día descendieron sobre la vía principal que iba al paso de la Cortina. No parecía un camino importante.

—Nadie lo usa ya desde hace sesenta años, cuando los redentores cerraron las fronteras.

—¿Qué distancia hay del paso al Santuario? —preguntó Cale.

—¿No lo sabéis?

—Los redentores no se dejaban los mapas a la vista, ni nada que nos pudiera facilitar la huida. Hasta hace unos meses yo creía que Menfis se encontraba a miles de kilómetros de distancia.

Si IdrisPukke no hubiera estado distraído en aquel momento con una hermosa libélula de color dorado y bermellón, habría visto la cara de mentiroso descubierto que ponía Cale justo en el instante en que creía haberse delatado.

—Quiero decir —añadió Cale—, antes de venir aquí y comprender que estaba más cerca.

Entonces IdrisPukke notó el tono de incomodidad.

—¿Qué pasa?

—No pasa nada.

—Si vos lo decís...

Asustado por la posibilidad de haber revelado algo que estaba muy interesado en mantener en secreto, Cale permaneció en un cauteloso silencio durante los diez minutos siguientes. Cuando IdrisPukke volvió a hablar, parecía haber olvidado el incidente, y así era.

—El Santuario estará a unos trescientos kilómetros del paso, pero no necesitan llegar tan lejos. Hay una plaza fuerte a treinta kilómetros de la frontera: la Ciudad del Mártir.

—Nunca he oído hablar de ella.

—Bueno, no es muy grande, pero sus murallas son fuertes. Se necesitaría un ejército para tomarla.

—¿Y entonces qué?

—Nada. Materazzi adora a la muchacha. Les dará lo que pidan por ella.

—¿Cómo sabéis que pedirán algo?

—Es lo único que tendría sentido.

—Lo que tiene sentido para vos y para los redentores son caballos blancos de color diferente.

—O sea que tenéis alguna idea. Sobre lo que ellos están tramando, me refiero.

—No.

—¿No tendrá nada que ver con vosotros?

Cale se rio.

—Los redentores son un atajo de bastardos, pero ¿creéis de verdad que iban a empezar una guerra con Menfis solo por tres chicos y una muchacha gorda?

IdrisPukke lanzó un gruñido.

—Si lo ponéis así, no. Por otro lado, me habéis estado mintiendo durante dos meses.

—¿Y quién sois vos para reclamar la verdad?

—El mejor amigo que tenéis.

—¿Es verdad eso?

—Sí, realmente. Así que ¿no hay nada que me queráis decir?

—No. —Y eso fue todo.

Veinte minutos después, llegaron ante los restos de una fogata.

—¿Qué os parece? —preguntó Cale mientras IdrisPukke se pasaba restos de ceniza entre los dedos.

—Todavía está caliente. Hace solo unas horas que la apagaron. —Entonces señaló con un gesto de la cabeza la hierba aplastada y las huellas en la tierra—. ¿Cuántos serán?

Cale lanzó un suspiro.

—Seguramente, no menos de diez ni más de veinte. Lo siento, no soy muy bueno en estas cosas.

—Tampoco yo. —Miró a su alrededor, pensativo e inseguro—. Creo que uno de nosotros debería volver para informar a los Materazzi.

—¿Por qué? ¿Les hará eso cabalgar más rápido? Y aunque así fuera, ¿qué iban a hacer al llegar aquí? Si plantean cualquier tipo de batalla campal, los redentores la matarán. No se rendirán, eso os lo aseguro.

IdrisPukke lanzó un suspiro.

—Entonces, ¿qué sugerís ?

—Alcanzarlos sin que nos vean. En cuanto lleguemos, veremos qué podemos hacer. Tal vez puedan acercarse hasta ellos solo un pequeño número de Materazzi, y hacerlo con sigilo. Pero hasta que les demos alcance, sugiero seguir. Entonces las cosas podrían haber cambiado.

IdrisPukke aspiró aire ruidosamente, y escupió en el suelo.

—De acuerdo. Vos los conocéis mejor.

Cinco horas después, mientras anochecía, Cale e IdrisPukke subieron a la cima de una pequeña colina que se hallaba justo ante la entrada del paso de la Cortina, que era una enorme grieta en la montaña de granito que señalaba la frontera norte entre los redentores y los Materazzi.

La colina dominaba una depresión de unos siete metros de profundidad por setenta de largo, donde vieron media docena de redentores que estaban preparando el campamento. En medio del grupo se hallaba Arbell Materazzi, sentada y presumiblemente atada, a juzgar por el hecho de que no se movió mientras ellos miraban. Al cabo de cinco minutos, los dos se retiraron hasta un grupo de arbustos, a unos doscientos metros de distancia.

—Por si acaso os preguntáis por qué son solo seis, creo que habrá otros cuatro de vigía, por lo menos —explicó Cale—. Habrán enviado un jinete hacia la plaza fuerte, para que los esperen al otro lado.

—Yo regresaré e intentaré traer a los Materazzi —dijo IdrisPukke.

—¿ Para qué ?

—Si están cerca, correrán el riesgo de cabalgar en la oscuridad. Aunque pierdan la mitad de los caballos por el camino, aquí hay como mucho una docena de redentores.

—Y si no estáis de vuelta y os desplegáis antes del alba, ellos llegarán al paso y quedarán fuera del alcance. Y aunque no fuera así: un ataque a la luz del día significa la muerte de la muchacha. Tenemos que detenerlos antes de que se pongan en marcha, o será demasiado tarde.

—Solo somos dos —señaló IdrisPukke.

—Sí —respondió Cale—. Pero uno de los dos soy yo.

—Es suicida.

—Si fuera suicida, yo no lo haría.

—Entonces, ¿por qué queréis hacerlo?

Cale se encogió de hombros.

—Si rescato a la muchacha, entonces Su Enormidad el Mariscal me estará eternamente agradecido. Lo bastante para darme dinero, un montón de dinero, y concederme un viaje seguro.

—¿Adonde?

—A cualquier sitio donde se esté caliente, la comida sea buena y esté tan lejos de los redentores como sea posible, sin caer por el confín de la Tierra.

—¿Y vuestros amigos?

—¿Amigos? Ah, ellos también podrían venirse. ¿Por qué no?

—El riesgo es demasiado grande. Sería mejor dejarla como rehén, y que Materazzi pueda canjearla por lo que pidan los redentores.

—¿Tan seguro estáis de que la quieren como rehén? —preguntó Cale con voz fría e irritable.

IdrisPukke lo miro.

—Veamos... tal vez ahora salga la verdad.

—La verdad es que vos pensáis que los redentores son como vos, solo que peores y más enloquecidos, pero creéis que lo que queréis vos y lo que quieren ellos... es lo mismo en el fondo. Pero no es así. —Lanzó un suspiro—. No es que yo los comprenda, porque no los comprendo. Creía que sí hasta lo que ocurrió antes de que yo matara a ese puerco de Picarbo, el redentor. Os dije que lo hice para evitar que la... ya me entendéis, que la volara.

—Violara.

Cale enrojeció. Odiaba que le corrigieran.

—Da igual cómo se diga; la verdad es que no es eso lo que hacía. La estaba cortando. —Y entonces le contó a IdrisPukke exactamente lo que sucedió aquella noche.

—¡Dios mío! —exclamó horrorizado IdrisPukke cuando Cale terminó de contarle—. ¿Por qué?

—Ni idea. A eso me refería cuando dije que ya no estaba seguro de conocer lo que pasa por sus asquerosas mentes.

—¿Por qué motivo podrían hacerle algo así a Arbell Materazzi?

—Ya os dije que no lo sé. Tal vez quieran ver cómo es una mujer Materazzi. Ya sabéis... —se detuvo, violento por una vez—: cómo es por dentro. No lo sé. Pero no me creo que quieran dinero a cambio de ella. No es su estilo.

—Tal vez tenga más sentido que os quieran a vosotros.

Cale ahogó una exclamación que era casi una carcajada.

—Les gustaría dar un buen escarmiento conmigo: montar una buena hoguera con gran pompa. Y no niego que sean capaces de ir muy lejos por conseguirlo, pero ¿empezar una guerra con los Materazzi por un acólito? Ni en mil años. —Sonrió con tristeza—. Me imagino que la misma idea habrá pasado por la mente del Mariscal. Estoy dispuesto a apostar que no tarda nada en enviarnos a los cuatro al Santuario solo como gesto de buena voluntad. ¿No lo creéis vos?

IdrisPukke no respondió, porque eso era exactamente lo que él estaba pensando. Se quedaron los dos en silencio durante un par de minutos.

—Es arriesgado, pero lo podemos intentar —dijo Cale—. Ella no significa nada para mí —mintió—. No daría la vida por una de esas Materazzi, que son unas mocosas mimadas. Pero si los redentores se la llevan, tengo mucho que perder. Si la recuperamos, tengo mucho que ganar. Y vos también, lo mismo que yo. Todo lo que tenéis que hacer es cubrirme. Aunque saliera mal, vos tenéis muchas posibilidades de huir. Y nadie, afrontémoslo, nos va a dar las gracias si averiguan que llegamos hasta aquí y los dejamos escapar sin hacer nada.

IdrisPukke sonrió.

—Lo injusta que es la vida: siempre es el mejor argumento. Muy bien. Explicadme vuestro plan.

—Hay tres palabras que Bosco me repetía casi a diario: sorpresa, violencia, velocidad. Ahora lamentará haberlo hecho. —Cale trazó un círculo en las pinochas que cubrían el suelo del bosque—. Habrá cuatro vigías alrededor del círculo: al este, al oeste, al norte y al sur. Esta noche no hay luna, así que no podemos hacer nada hasta que raye el alba. Entonces vos tendréis que matar al vigía que está al oeste: lo haréis en cuanto podáis descubrirlo. Yo me encargaré del vigía del sur. Vos tenéis que mantener la posición del vigía del oeste porque es la única desde la que se puede disparar tras la roca junto a la cual se encuentra la chica. Ahí es donde la llevaré en cuanto pueda liberarla. ¿Conocéis algún canto de pájaro?

—Puedo imitar el búho —dijo IdrisPukke, dudando—. Pero no hay búhos en esta parte del mundo. —IdrisPukke hizo una demostración—. ¿Y si el vigía grita mientras intento matarlo?

—¿Mientras intentáis...? —preguntó Cale, consternado—. No podéis intentarlo. No quiero oíros decir que vais a hacer todo lo que podáis. Si fracasáis soy hombre muerto. ¿Lo entendéis?

IdrisPukke miró a Cale, ofendido.

—No os preocupéis por mí, muchacho.

—Bueno, sí que me preocupo. Así que en cuanto oiga vuestra señal, mataré al vigía del sur. Necesitaré un minuto para ponerme su hábito. Entonces entraré en el

campamento con todo el sigilo que pueda. Cuando los demás vigías comprendan lo que sucede...

—¿Por qué no matamos primero a todos los vigías?

—No es posible andar por aquí mucho tiempo sin ser descubierto. Este es el procedimiento más seguro. Ellos se quedarán confundidos, y en el campamento yo tendré el mismo aspecto que los otros. Será aún casi de noche. Si hacéis vuestro trabajo correctamente, de un modo u otro, todo llevará muy poco tiempo.

—¿Qué es lo que tengo que hacer?

—No veréis dónde están los vigías del norte y el este hasta que empiecen a disparar. Si lo hacen, entonces vos debéis responder. Encargaos de que no puedan asomar la cabeza. Yo llevaré a la chica tras esa roca. No nos pueden disparar desde ningún punto, salvo de arriba. —Cale sonrió—. Ahí viene lo peliagudo. Vos tenéis que evitar que se coloquen encima y detrás de nosotros hasta que yo pueda escapar. Ella estará segura allí siempre y cuando podáis evitar que tomen vuestra posición. Cuando llegue arriba, seremos dos contra dos.

—Eso supone treinta y cinco metros al descubierto, los últimos doce subiendo por un terreno bastante abrupto. Con que sean un poco buenos, no me fío mucho de vuestras posibilidades.

—Pues buenos son.

—De cualquier manera, no sé por qué me preocupo por una carrera suicida. Al fin y al cabo, primero tendréis que matar a seis hombres armados sin ayuda de nadie. La idea entera es absurda. Deberíamos esperar a los Materazzi.

—La matarían antes de que los Materazzi se acercaran. La única posibilidad que tiene es esta. Depende de nosotros. Puedo hacerlo en menos tiempo de lo que tardo en contarlo. No esperarán un ataque tan cerca del alba, y no serán capaces de distinguirme de los suyos en la oscuridad. Cuando hayan comprendido que se trata de un ataque, esperarán que el lugar se llene de Materazzi, no esperarán nada parecido a esto.

—Desde luego, porque es un plan demasiado idiota para creerlo.

—Es mi vida la que está en juego, no la vuestra.

—Y la de la chica.

—La chica tendrá algún valor solo si somos nosotros quienes la salvamos. Si no lo hacemos, vos quedaréis convertido en una especie de nulidad, o algo peor. La elección es bastante sencilla, diría yo.

Seis horas después, IdrisPukke se encontraba en pie sobre el cadáver del vigía del punto sur. En el pasado IdrisPukke había tenido el mando en numerosas batallas en las que habían muerto miles de hombres. Pero hacía mucho tiempo que no mataba a un hombre cara a cara. Se quedó por un instante contemplando sus ojos vidriosos y su boca abierta, con los labios retraídos sobre los dientes, y sintió que todo su cuerpo empezaba a temblar.

Como resultado, en sus esfuerzos por imitar un búho se le atascó la garganta, y el alarido resultante podría haber alarmado a cualquiera que hubiera oído a un búho de verdad. Pero, al cabo de menos de un minuto, pudo distinguir la silueta de Cale bajando la pendiente con mucho cuidado de no hacer ruido ni movimientos apresurados, para no ser descubierto por los dos vigías que quedaban.

Un profundo terror comenzó a invadir a IdrisPukke al ver al que, al fin y al cabo, el que caminaba con soltura hacia los seis hombres dormidos y empezaba a actuar era poco más que un niño.

No estaba seguro de qué esperaba que ocurriera, pero no era lo que vio: Cale sacó su espada corta y con un movimiento muy sencillo apuñaló el primer dormido. El hombre ni se movió ni gritó. Con la misma calma, Cale se acercó al segundo hombre. Se repitió el potente golpe de arriba abajo, en completo silencio. Mientras se movía, el tercer redentor empezó a rebullir y levantó la cabeza. Otro golpe: si este gritó, IdrisPukke no pudo oírlo. Cale se dirigió entonces hacia el cuarto hombre, que casi dormido se había incorporado y observaba a Cale. Cayó profiriendo un grito ahogado pero potente.

El quinto y el sexto de los durmientes despertaron, como hombres experimentados que eran, curtidos en la batalla y en las emboscadas. El primero le gritó a Cale y se abalanzó contra él, dirigiéndole una lanza corta al rostro. Cale le lanzó un golpe al cuello, pero falló y le atravesó la oreja. El redentor gritó y se agachó, bramando de dolor. El último de los durmientes perdió su habitual entereza, como si los años de experiencia en la lucha no le sirvieran de nada, y contempló horrorizado a su amigo, que se aferraba a las hojas del suelo del bosque, cubiertas de sangre. Lo contempló en silencio, inmóvil como un tocón, mientras Cale, que parecía en trance, le atravesaba el esternón. Un simple grito ahogado y cayó, mientras el otro seguía bramando en el suelo.

Por primera vez, Cale empezó a correr. Se dirigía hacia la muchacha, que había despertado y contemplado las tres últimas muertes. Estaba atada de pies y manos, y él, con un solo movimiento, se la echó sobre el hombro y corrió a ponerse a cubierto tras la peña contra la cual ella había estado durmiendo. Una flecha le pasó volando junto al oído izquierdo y rebotó en la roca. En lo alto, IdrisPukke respondió con una flecha suya. Hubo una réplica inmediata del segundo vigía, que fue a clavarse en los árboles tras los cuales se ocultaba IdrisPukke.

Durante los minutos siguientes, las flechas volaron de un lado hacia el otro. IdrisPukke comprendió cómo llegaban: uno de los vigías iba avanzando hacia él

mientras el otro le cubría. A cada segundo que pasaba había más luz, y, por tanto, se desvanecían las posibilidades de Cale de hacer una escapada exitosa. IdrisPukke debería moverse pronto o sería arrinconado. Cale le hizo un gesto a Arbell para que se quedara allí y en silencio, y entonces avanzó, salió corriendo de detrás de la peña, hacia la pendiente por la que se salía de la hondonada. Tan pronto como vio correr a Cale, IdrisPukke, con el arco tensado, esperó un disparo demasiado apresurado que revelara la posición del arquero. Pero el arquero tenía sangre fría, y estaba esperando a que Cale llegara a la pendiente, por la que tendría que avanzar más despacio, para dispararle entonces. Al muchacho solo le costó unos cuatro segundos llegar hasta allí, y entonces empezó a trepar, hundiendo pies y manos en la capa de pinochas sueltas y secas, y yendo cada vez más despacio. Entonces, cuando ya había subido tres cuartas partes de la pendiente, resbaló en una raíz de árbol cubierta de limo y tuvo que pararse, buscando dónde asentar los pies. Solo duró un segundo, pero eso frenó el impulso con el que ascendía, y le dio al arquero todo el tiempo que necesitaba. La flecha llegó, zumbando en el aire como una avispa, y se clavó en Cale justo cuando llegaba arriba.

El corazón le dio un vuelco a IdrisPukke: en la penumbra era difícil ver dónde había impactado la flecha, pero el sonido que había hecho era inconfundible, a la vez duro y suave.

Ahora también él tenía problemas. Los dos vigías ya solo tenían que preocuparse de él. Si se quedaba allí, sus posibilidades de sobrevivir eran escasas, pero si huía ellos podrían ocupar el puesto que él estaba protegiendo, desde donde les bastaría con inclinarse sobre el borde de la hondonada para acabar con la muchacha, algo que harían seguramente al haber quedado solo dos. Los arbustos que lo rodeaban eran densos y, aunque eso le protegía, también protegía a los vigías. Todo parecía haberse vuelto a favor de los redentores, nada a favor de él.

Durante los cinco minutos siguientes muchas cosas desagradables le pasaron por la mente, como la horrible experiencia de ver acercarse la muerte y la tentación de huir. Si moría allí, como ocurriría sin duda, según le aseguraba el lado malvado de su conciencia, eso no le haría ningún bien a la muchacha: morirían dos en vez de una. Pero después, claro estaba, tendría que llevar esa carga el resto de la vida. «Pero podrías soportarlo —le decía el lado malvado de la conciencia—. Más vale ser perro vivo que león muerto».

Y así IdrisPukke, con la espada clavada en tierra delante de él y el arco preparado, aguardaba, soportando los pensamientos que le venían a la cabeza. Y aguardó. Y aguardó.

El dolor no era nada nuevo para Cale, pero el que le producía la flecha que se le había clavado justo encima de la paletilla estaba muy por encima de cualquier otro que hubiera soportado antes. El sonido que dejaba escapar a través de los dientes apretados era un gemido, tan imposible de contener por el valor o por un acto de voluntad como la sangre caliente que notaba que le caía por la espalda. Su cuerpo empezó a temblar por el dolor, como si fuera a tener un ataque. Intentó respirar hondo, pero el dolor seguía golpeándolo y produjo un espasmo de gritos entrecortados. Tuvo que sentarse erguido para controlar el dolor. Empezó a arrastrarse, gimiendo, hasta que perdió el conocimiento. Despertó sin saber muy bien cuánto tiempo había permanecido inconsciente. ¿Segundos, minutos? Estaban yendo a por él, y tenía que ponerse en pie. Se arrastró hasta un pino y, apoyándose en él, comenzó a levantarse. Demasiado. Se detuvo, después siguió. Ponte en pie o muere. Pero todo lo que podía hacer era volverse y apoyar contra el tronco del árbol la parte indemne de la espalda. Vomitó y volvió a desvanecerse. Cuando despertó, lo hizo con un sobresalto y un gemido de dolor, pero esta vez fue a causa de una piedra del tamaño de un puño que le había arrojado un redentor desde unos diez metros de distancia.

—Imaginé que os estaríais haciendo el muerto —dijo el redentor—. ¿Dónde están los demás?

—¿Qué habéis dicho? —Cale sabía que debía permanecer consciente y seguir hablando.

—Que dónde están los demás.

—Por allí. —Intentó levantar la mano para señalar lejos de IdrisPukke, pero volvió a perder la conciencia. Otra piedra, otro despertar sobresaltado.

—¿Qué? ¿Qué...?

—Decidme dónde están u os meteré la siguiente flecha entre las ingles.

—Son veinte... conozco al Padre Bosco... él me ha enviado.

El redentor había tensado el arco, pensando que no sacaría nada en limpio de Cale, pero la mención de Bosco lo dejó petrificado. ¿Cómo podía haber oído hablar sobre el Padre Militante alguien de fuera del Santuario? Bajó el arco, y eso fue bastante.

—Bosco dice... —Cale empezó a murmurar palabras como si fuera a desvanecerse otra vez, y el redentor, de manera inconsciente, avanzó unos pasos para oírle mejor. Entonces Cale proyectó su brazo izquierdo, que era el sano, y lanzó una piedra que le dio al redentor en la frente. El redentor puso los ojos en blanco, abrió la boca, y se desplomó. Cale volvió a desvanecerse.

IdrisPukke siguió aguardando en el espacio pequeño y más o menos circular rodeado en tres de sus lados por arbustos tan espesos que ni él podía ver al otro lado, ni le podían ver. Detrás de él se hallaba la caída de nueve metros al fondo de la cual aguardaba también Arbell Materazzi, o al menos eso esperaba IdrisPukke. Oyó un débil susurro de hojas al otro lado de los arbustos. Levantó el arco, tensándolo al máximo, y aguardó. Una piedra cayó en el círculo, y él estuvo a punto de dejar escapar la flecha, que era lo que pretendía el vigía. Moviendo el arco a un lado y otro, para cubrir una posible entrada, gritó con voz temblorosa:

—¡Acercaos y tendréis la mitad de posibilidades de encontraros una flecha en las tripas! —Se desplazó tres pasos de lado, para desorientar sobre su posición. Una flecha atravesó los arbustos y salió al borde de la hondonada, fallando su objetivo por justamente aquellos tres pasos.

—Idos ahora y no os perseguiremos. —Se agachó y se desplazó de nuevo hacia un lado. Otra flecha, que de nuevo pasó casi exactamente por el punto en el que se había encontrado antes. Había sido un error hablar. Pasaron veinte segundos. La respiración de IdrisPukke sonaba tan fuerte en sus oídos que estaba convencido de que revelaba con claridad su posición.

A unos doscientos metros de distancia, se oyó un agudo grito de terror. Después el silencio. Todo pareció detenerse durante varios minutos salvo el viento que atravesaba las hojas.

—Ese fue vuestro amigo, redentor. Ahora solo quedáis vos. —Otra flecha, otro fallo—. Marchad ahora y no iremos detrás. Ese es el trato, tenéis mi palabra.

—¿Por qué iba a confiar en vos?

—A mi compañero le costará dos o tres minutos llegar hasta aquí. El responderá por mí.

—De acuerdo, acepto el trato. Pero perseguidme y voto a Dios que antes deirme me llevaré a uno de vosotros.

IdrisPukke decidió quedarse allí, en silencio. Estando allí Cale, claramente vivo y de muy malas pulgas, todo lo que tenía que hacer era esperar. De hecho Cale había vuelto a perder el sentido después de matar al redentor, y no se encontraba como para hacer nada, mucho menos rescatar a IdrisPukke. Pero diez minutos después, durante los cuales su ansiedad había ido en aumento, Cale le habló, en voz baja, desde la derecha, al otro lado de los arbustos:

—IdrisPukke, voy a entrar y no me gustaría que me volarais la cabeza cuando lo haga.

«Gracias a Dios», se dijo IdrisPukke a sí mismo, agachando el arco y aflojando la tensión de la cuerda.

Tras un buen rato de torpe deambular entre las hojas, apareció Cale delante de él.

IdrisPukke se sentó, resopló y empezó a revolver en el interior de su bolsillo en busca del tabaco.

—Creí que estaríais muerto.

—Ya veis que no —respondió Cale.

—¿Y el vigía?

—El sí lo está.

IdrisPukke se rio con tristeza.

—Con vos hay que andarse con cuidado.

—No importa. —IdrisPukke terminó de liar el tabaco y lo encendió—. ¿Queréis uno? —dijo gesticulando con el cigarrillo.

—La verdad —explicó Cale— es que no me siento muy bien. —Y tras decir esto, se desplomó boca abajo, completamente inconsciente.

Durante las tres semanas siguientes, Cale no despertó y se encontró al borde de la muerte en más de una ocasión. En parte, eso se debía a la infección causada por la punta de la flecha que se había alojado en el hombro, pero también, y sobre todo, por el tratamiento médico otorgado por los caros médicos que lo atendían día y noche, y cuyos métodos ruinosamente tontos (sangrías, friegas y defosculación) habían estado a punto de lograr lo que no había conseguido una vida entera de brutalidades en el Santuario. Al abrir los ojos, confuso y desorientado, Cale se encontró cara a cara con un anciano tocado con un solideo de color rojo.

—¿Quién sois vos?

—Soy el doctor Dee —explicó el anciano, volviendo a poner un cuchillo afilado y no muy limpio en una vena del antebrazo de Cale.

—¿Qué estáis haciendo? —preguntó Cale, retirando el brazo.

—Tranquilo —dijo el anciano con voz que inspiraba confianza—. Tenéis una herida grave en el hombro, que se ha infectado. Hay que sangraros para sacar el veneno. —Aferró el brazo de Cale e intentó inmovilizarlo.

—¡Dejadme en paz, viejo lunático! —gritó Cale, aunque estaba tan débil que el grito fue poco más de un susurro.

—¡Estaos quieto, maldita sea! —gritó el doctor, y afortunadamente esta exclamación atravesó la puerta y llegó a los oídos de IdrisPukke.

—¿Qué sucede? —preguntó desde el umbral. Entonces, viendo que Cale estaba despierto, exclamó—: ¡Gracias a Dios! —Se acercó al lecho y se inclinó sobre el muchacho—. Me alegro de veros.

—Decidle a este imbécil que se vaya.

—Es vuestro médico. Está aquí para curaros.

Cale volvió a liberar el brazo. Entonces hizo un gesto de dolor.

—Alejadlo de mí —pidió Cale—. O voto a Dios que le cortaré el cuello a ese viejo bastardo.

IdrisPukke le indicó al doctor que saliera, algo que él hizo dando muchas muestras de dignidad ofendida.

—Quiero que me miréis la herida.

—Yo no sé nada de medicina. Dejad que la mire el médico.

—¿I le perdido mucha sangre?

—Sí.

—Entonces no necesito que ningún imbécil me haga perder más. —Se volvió hacia su lado derecho—. Decidme de qué color es.

Con cuidado, aunque no sin causarle a Cale considerable dolor, IdrisPukke retiró la mugrienta venda.

—Hay mucho pus de color gris claro. Y alrededor está rojo.

Su rostro se ensombreció. Había visto antes heridas como aquella, que habían resultado mortales.

Cale lanzó un suspiro.

—Necesito larvas.

—¿Qué?

—Larvas. Sé lo que digo. Necesito unas veinte. Lavadlas cinco veces en agua limpia, agua potable, y traédmelas.

—Dejadme que busque a otro doctor.

—Por favor, IdrisPukke. Si no me hacéis caso, soy hombre muerto. Os lo ruego.

Y así, veinte minutos después y albergando muchos recelos, IdrisPukke regresó con veinte larvas cuidadosamente lavadas, que había sacado de un cuervo muerto que había encontrado en una acequia. Con la ayuda de una doncella, siguió las detalladas instrucciones de Cale:

—Lavaos las manos, después lavad con agua hirviente... Poned las larvas en la herida. Usad una venda nueva y sujetadla bien a la piel. Aseguraos de que me mantengo bocabajo. Hacedme beber toda el agua posible. —Después de eso, volvió a perder la conciencia y tardó otros cuatro días en despertar.

Cuando volvió a abrir los ojos, tenía ante él a un aliviado IdrisPukke.

—¿Cómo os encontráis?

Cale respiró hondo varias veces.

—No estoy mal. ¿Tengo fiebre?

IdrisPukke le puso la mano en la frente.

—No mucha. Los dos primeros días estabais ardiendo.

—¿Cuánto tiempo llevo durmiendo?

—Cuatro días. Aunque no habéis descansado mucho. Hacíais mucho ruido. Era difícil sujetaros bocabajo.

—Echad un vistazo bajo la venda. Me escuece.

Algo inseguro, IdrisPukke retiró el borde de la venda. La nariz le temblaba, anticipando el disgusto de lo que esperaba encontrarse. Lanzó un gruñido de desagrado.

—¿Está mal? —preguntó Cale, nervioso.

—¡Santo Dios!

—¿Qué?

—Ya no hay pus, ni rojez. O queda muy poca, desde luego. —Retiró más la venda. Las larvas, que habían engordado mucho, cayeron sobre las sábanas en grupos de dos y tres—. No había visto nunca nada parecido.

Cale suspiró, inmensamente aliviado.

—Deshaceos de ellas... las larvas. Después traed más y repetid la operación. —Y diciendo eso, volvió a sumirse en un profundo sueño.

Capítulo 22

Tres semanas después, IdrisPukke y Cale, que todavía estaba amarillento, se dirigían hacia el gran castillo de Menfis. Para sus adentros, Cale había esperado algún tipo de recibimiento oficial y, aunque no lo reconocía ni siquiera ante sí mismo, era lo que deseaba. Al fin y al cabo, había matado a ocho hombres sin ayuda de nadie y librado a Arbell Cuello de Cisne de una muerte horrenda. No es que él quisiera gran cosa a cambio de afrontar tales peligros: hubiera bastado con unos miles de personas gritando su nombre y tirándole flores, y al final el recibimiento de la hermosa Arbell, con lágrimas en los ojos, sobre un estrado decorado con sedas, y a su lado un padre infinitamente agradecido y tan emocionado que no le salieran las palabras.

Pero no había nada, solo Menfis entregada a su incesante actividad de ganar y gastar dinero, aquel día bajo un cielo que amenazaba tormenta. Cuando estaban a punto de atravesar las grandes puertas del castillo, a Cale le dio un vuelco el corazón, pues en ese instante empezaron a sonar las campanas de la gran catedral, a las que hicieron eco las campanas del resto de las iglesias de la ciudad. Pero IdrisPukke defraudó todas sus ilusiones.

—El tañido de las campanas —explicó, señalando con un gesto de la cabeza las nubes que traían la tormenta—, es para alejar los rayos.

Diez minutos después desmontaban ante el palacio del Señor Vipond. Ante ellos, para recibirlos, había un solo criado.

—Hola, Stillnoch —saludó IdrisPukke al criado.

—Bienvenido de nuevo, señor —dijo Stillnoch, un hombre tan viejo y con la cara tan profundamente arrugada y agrietada que a Cale le recordó el viejo roble que había en el campo de entrenamiento del Santuario: un árbol tan viejo que era difícil decir qué parte de él seguía viva, y qué parte estaba muerta. IdrisPukke se volvió hacia el muchacho, que estaba exhausto pero profundamente decepcionado:

—Tengo que ir a ver a Vipond. Stillnoch os conducirá a vuestra habitación. Nos vemos esta noche en la cena.

Y diciendo eso, se fue caminando hacia la puerta principal. Stillnoch le hizo un gesto indicando una puerta más pequeña que había al final del palacio.

«Será algún cuarto apestoso», pensó Cale para sí, sintiendo que su resentimiento alcanzaba la plenitud.

Pero lo cierto fue que su habitación, o habitaciones, resultaron ser sumamente agradables. Había una zona de estar, con un blando sofá y una mesa de roble, un cuarto de baño con todas sus cosas, algo de lo que él había oído hablar, aunque había supuesto que sería una loca fantasía. Y, naturalmente, un dormitorio con una cama grande y un colchón relleno de plumas.

—¿Os gustaría tomar un ágape, señor? —preguntó Stillnoch.

—Sí —respondió Cale, pensando que seguramente tendría algo que ver con comida. Stillnoch hizo una inclinación. Cuando volvió, veinte minutos después, con una bandeja en la que había cerveza, pastel de cerdo, huevos cocidos y patatas fritas, Cale estaba dormido en la cama.

Stillnoch había oído lo que decían de él. Posó la bandeja y contempló con detenimiento al durmiente. Con la piel amarillenta y su aspecto demacrado producido por la infección que había estado a punto de acabar con él, Cale no parecía gran cosa, pensó Stillnoch. Pero si le había dado a aquel bastardo presumido de Conn Materazzi una buena paliza, merecía respeto y admiración. Y con ese pensamiento, tapó al durmiente con la colcha, cerró las cortinas y se fue.

—Atravesó el campamento como la misma Muerte. He visto asesinos en mi vida, pero nada parecido a ese muchacho.

IdrisPukke estaba sentado frente a su hermanastro, tomando una taza de té, y parecía claramente atribulado.

—¿Y eso es todo lo que es... un asesino?

—Para ser sincero, si todo lo que hubiera visto en él fuera eso... bueno, me habría alejado de él lo antes posible. Y os aconsejaría que le pagarais y os deshicierais de semejante persona.

Vipond lo miró con sorpresa.

—Santo Dios, os habéis vuelto un viejo muy sentimental. Ese tipo de gente es muy útil, ya lo creo. Pero os preguntaba si es algo más que un matón asesino.

IdrisPukke lanzó un suspiro.

—Yo diría que mucho más. Y si me hubierais preguntado antes de la lucha del paso de la Cortina, si es que puede llamarse lucha a aquello, os hubiera dicho que era un gran hallazgo. Ha sufrido mucho, pero tiene cerebro e ingenio, aunque lamentablemente lo ignora todo sobre muchas cosas. Y os habría dicho que tiene un buen corazón. Pero me quedé impresionado con lo que sucedió después. Y eso es

todo lo que os puedo decir. No sabría qué hacer con él. Para ser franco: me gusta, pero también me asusta.

Vipond se apoyó contra el respaldo, pensativo.

—Bien —dijo al fin—, pese a vuestras dudas, él os ha granjeado aprecio a vos, y, para ser justo, también a mí. Y Dios sabe que no os vienen nada mal. El Mariscal Materazzi ha perdonado todas vuestras faltas, y ahora disfrutáis de su favor. —Miró a IdrisPukke sonriendo—. Por supuesto, si no fuera por la necesidad de mantener en secreto este asunto, se os habría recibido a ambos con honores, con una banda y todo eso... —Vipond sonrió, esta vez de manera burlona—. Os hubiera gustado, ¿no?

—Desde luego —admitió IdrisPukke—. ¿Cómo no? Dios sabe que ha pasado mucho tiempo desde la última vez que alguien se alegró de verme.

—¿Y de quién es la culpa?

—Mía, hermano querido —dijo IdrisPukke riéndose—. Solamente mía.

—Tal vez debierais explicarle al muchacho por qué su recepción ha sido tan silenciosa.

—La verdad es que no creo que le importe un comino. Para él, salvar a Arbell Cuello de Cisne ha sido solo un medio de lograr un fin. Pensó que le interesaba arriesgar la vida, y eso es todo. Ni una vez ha preguntado por ella. Cuando, con todos mis recelos, elogí su valor, me miró como si yo fuera idiota. Solo quiere dinero y un viaje seguro por el mar hacia el lugar más alejado posible de sus antiguos amos. No le importan un comino las alabanzas ni las reprobaciones. La opinión que los demás tengan de él, eso le da igual.

—Entonces —dijo el Señor Vipond—, es realmente un tipo excepcional. —Se puso en pie—. En cualquier caso, tengáis razón o no, el Mariscal desea darle las gracias en persona esta noche. Y, naturalmente, también Arbell Cuello de Cisne. Aunque la cara que puso cuando su padre se lo dijo fue como si prefiriera comerse una rata.

Capítulo 23

—¡Por el amor de Dios! —le dijo el Mariscal a su hija—. ¡Alegrad esa cara!

—Él me aterroriza —respondió aquella joven bella pero pálida como la muerte.

—¿Que os aterroriza? ¡Os ha salvado la vida! Pero ¿qué demonios os pasa?

—Sé que me salvó la vida. Pero fue espantoso.

El Mariscal se quedó casi sin aire a causa del enfado.

—Por supuesto que fue espantoso. Matar es algo espantoso. Pero hizo lo que tenía que hacer, y puso en juego su propia vida. ¡Y la puso en juego con muy pocas posibilidades de ganar! Y vos os quedáis ahí, quejándoos de lo espantoso que fue. Lo que deberíais pensar es en las cosas terribles que os habrían ocurrido si él no os hubiera salvado.

Arbell Cuello de Cisne, que no estaba acostumbrada a ser reprendida de aquel modo, puso cara aún más triste.

—Sé que me salvó la vida... pero me sigue aterrorizando. Vos no habéis visto cómo es. Yo lo he visto... dos veces. No se parece a nada que haya visto antes... no es humano.

—Qué tontería... Nunca he oído nada tan absurdo. Voto a Dios, más os valdrá ser amable con él, o tendremos problemas.

Tampoco estaba acostumbrada Arbell a ser amenazada, y estaba a punto de cambiar su actitud de hija abnegada por otra más vehemente cuando se abrió la puerta del pequeño salón e interrumpió su conversación el anuncio del criado.

—El Canciller Vipond y sus invitados, Señor.

—Bienvenidos, bienvenidos —dijo el Mariscal con entusiasmo, poniendo tanto empeño en disipar la frialdad de la atmósfera que tanto Vipond como IdrisPukke percibieron que había cierta tirantez.

Cale no fue consciente sino de la presencia de Arbell Cuello de Cisne, que estaba en pie junto a la ventana, con su hermoso aspecto, intentando, sin éxito, evitar temblar.

—Vos debéis de ser Cale —dijo el Mariscal, estrechando su mano calurosamente—. Gracias, gracias. Nunca podremos recompensar lo que habéis hecho. —Miró a su

hija—. Arbell. —Su tono era al mismo tiempo alentador y amenazante. Muy despacio, la hermosa joven, alta, delgada, con su gracia natural, se acercó a Cale y le tendió la mano.

Cale la tomó como si no supiera muy bien qué hacer con ella. No notó que el rostro de Arbell (nadie lo hubiera juzgado posible) se volvía tan pálido como la luz de la luna sobre la nieve.

—Gracias por todo lo que habéis hecho por mí. Me siento muy agradecida.

A IdrisPukke le pareció que había oído más entusiasmo en las últimas palabras de algunos condenados a la horca. El Mariscal miró a su hija con dureza, y pudo ver que estaba profundamente asustada ante el muchacho que tenía delante. A su irritación contra la falta de cortesía de su hija, se añadía el propio desconcierto. Pese a su profunda gratitud, que era realmente muy profunda, pues adoraba a su hija, estaba, en cierto modo, decepcionado por Cale. Había esperado... bueno, no estaba seguro de qué era realmente lo que había esperado, pero tal vez alguien, dada su temible reputación, con cierta presencia majestuosa, cierta fuerza carismática que, debido a su experiencia, poseen siempre los grandes hombres de armas. Pero Cale parecía un joven campesino, no mal parecido (aunque al estilo rústico), pero tan aturrido y apocado ante la presencia de la realeza como suelen mostrarse los campesinos. Cómo podía semejante criatura haber apaleado al mejor de los jóvenes Materazzi y matado a tantos hombres él solo era algo profundamente misterioso.

—Sentémonos a la mesa. Debéis de estar hambriento. Venid y sentaos junto a mí —dijo él, pasándole el brazo a Cale por los hombros.

En cuanto se sentó enfrente de Arbell, que había abatido los ojos y no los separaba del plato, vio la enorme exposición de cubertería que tenía delante, un tropel de tenedores de distintos tamaños, un escuadrón semejante de cuchillos, unos romos y otros con punta. Lo más desconcertante de todo era un instrumento que parecía diseñado para algún tormento especialmente doloroso, como arrancar la nariz o tal vez el pene. Era como unas tenazas, solo que se cruzaba sobre sí mismo varias veces de una manera completamente incomprensible.

Él ya se sentía bastante mal, con una incomprensible mezcla de adoración y odio hacia la mujer que estaba sentada enfrente de él y que le había estrechado la mano con tanto entusiasmo como si fuera un pez muerto. Qué preciosa perra desagradecida. Estaba convencido de estar mirando algo que no podía soportar: la idiotez. El dolor más terrible y hasta la misma muerte no parecían atemorizar a Cale, pues, al fin y al cabo, ¿quién se podía enfrentar a uno y otra con más éxito que él? Sin embargo, la posibilidad de quedar en ridículo le producía una debilitadora ansiedad. Se sobresaltó cuando Stillnoch se presentó detrás de él tan sigilosamente que Cale no fue consciente de su presencia, cosa sorprendente, hasta que le puso un plato delante de él, susurrándole al oído, en tono comprensivo:

—¡Caracoles!

Ignorante de la admiración que su heroísmo despertaba en Stillnoch, Cale pensó que «¡Caracoles!» podía ser el insulto mordaz de un criado al que le parecía ofensiva su presencia entre los más grandes. Aunque también pensó, intentando tranquilizarse, que tal vez se tratara de una advertencia. Pero, si era una advertencia, ¿de qué tipo? Miró al plato y se quedó aún más confuso. Ante él yacían seis cosas que parecían seis diminutos cascos de guerrero en espiral, de cuyo interior rezumaba una goma moteada de horrible aspecto. Sin lugar a dudas, parecían algo contra lo que uno necesitaba ser advertido.

—¡Ah! —exclamó IdrisPukke olfateando el aire como el peor actor de una pantomima—. ¡Excelente! ¡Caracoles con ajo y mantequilla!

Sentado al lado de Cale, había notado enseguida la alarma del muchacho ante la amplia exhibición de cubertería que tenía delante, y la mirada de horror ante los seis caracoles guardados en sus respectivas conchas. Una vez atraída la atención de Cale y, dicho sea de paso, también del resto de la mesa, levantó con la mano derecha aquel peculiar instrumento y lo apretó. Los dos extremos en forma de cuchara se abrieron, y los utilizó para capturar en su interior uno de los caracoles. Aflojó un poco la presión que ejercía en el mango, y las cucharas se cerraron en torno a él, sujetándolo con firmeza. Cogiendo después una aguja de mango de marfil, la introdujo en el interior de la concha y hábilmente, si bien con movimientos exagerados para que Cale pudiera ver con claridad lo que estaba haciendo, extrajo lo que parecía (pese a la mantequilla, el ajo y el perejil en que parecía ahogarse) un cartílago verdegris del tamaño del lóbulo de una oreja. Entonces se lo metió en la boca con otro teatral gesto de satisfacción. Aunque al principio se divirtieran con aquella extraña exhibición, sus compañeros de mesa comprendieron enseguida qué era lo que pretendía, y evitaron concienzudamente dirigir la mirada hacia Cale, que observaba con mala cara su primer plato.

Podríais sorprenderos de que un muchacho dispuesto a comer rata arrugara la nariz ante un caracol. Pero él no había visto nunca un caracol, y quién puede decir que, en principio, no parezca preferible comerse una rata cebada y bien dorada a la lumbré que un caracol que asoma su mala pinta por el agujero de una cáscara podrida.

Volviendo a observar disimuladamente a sus compañeros de mesa mientras agarraban su alimento acorazado, Cale cogió las pinzas, agarró con ellas una concha y, usando la aguja, extrajo aquella cosa húmeda, gris y blanda. Se detuvo un instante, concienzudamente evitado por todas las miradas, se lo llevó entonces a la boca, y comenzó a masticarlo con el mismo entusiasmo que pondría alguien al comerse uno de sus propios testículos.

Por suerte, el resto de la cena fue bastante habitual, o al menos se parecía a algunas de las cosas que había comido en la mesa de IdrisPukke. Mirando a su mentor, Cale fue capaz de usar el resto de la cubertería más o menos correctamente, aunque los tenedores seguían siendo un misterio que manejaba de manera torpe. Los

tres hombres llevaban la conversación, que evitaba los temas serios: hablaban de recuerdos, de historias de algún suceso compartido, pero no de la delicada historia de las indiscreciones y expulsión de Idris— Pukke.

En toda la cena, Arbell Cuello de Cisne no levantó la vista del plato, aunque tampoco es que comiera mucho. De vez en cuando, Cale le dirigía una mirada, y cada vez le parecía más bella que la vez anterior, con su largo cabello rubio, sus ojos verdes en forma de almendra, sus labios rojos como el escaramujo en medio de su blanca piel, un cuello tan largo y esbelto que ni las palabras ni las miradas podían admirarlo lo suficiente. Se volvía a mirar su plato, y el corazón le latía como una campana bien repicada. Pero en el repique de aquella campana había más que alegría y adoración: había también el sonido de la ira y el resentimiento. Ella no lo miraba porque no deseaba estar en su presencia. Ella lo odiaba, y él (¿cómo si no?) la odiaba a ella en justa reciprocidad.

En cuanto sirvieron el último plato (fresas con nata), Arbell Cuello de Cisne se detuvo y dijo:

—Lo siento, no me encuentro bien. ¿Me dais permiso...?

—Su padre la miró, refrenando la ira solo por respeto a sus invitados. Se limitó a hacer un gesto afirmativo con la cabeza, esperando que el temblor que la irritación imprimía a aquel gesto dejara bastante claro lo que quería decir: «Ya tendremos después unas palabras».

Miró apresuradamente a los demás, aunque no a Cale, y se fue. Cale se quedó allí sentado, furioso. En la rocosa alma de aquel muchacho rompían no se sabe qué olas, enormes como montañas, de amor, amargura e ira.

Sin embargo, una vez se hubo ido la muchacha, ya no había necesidad de andarse con pies de plomo en el asunto del secuestro y su misteriosa finalidad. Y entonces quedó claro por qué no los habían recibido las multitudes bramando a Cale su eterna gratitud por la valentía que había demostrado al rescatar a Arbell Materazzi. El motivo era que casi nadie estaba enterado. El Mariscal se disculpó ante Cale, explicando que si el secuestro hubiera llegado a ser del dominio público, hubieran exigido la guerra de manera irremediable. Él y el Señor Vipond estaban de acuerdo en que debían saber todo lo posible sobre aquella acción incomprensible de los redentores antes de dar un paso tan drástico.

—Estamos ciegos —le dijo Vipond a Cale—. Y ciegos, tenemos muchas probabilidades de tropezar en semejante gran empresa. IdrisPukke me asegura que no tenéis ni idea de por qué pueden haber hecho algo tan provocador...

—Ni idea.

—¿Estáis seguro?

—¿Por qué iba a mentir? La cosa no tiene para mí más sentido que para vos. De lo único de lo que hablaban siempre los redentores era de la guerra contra los

antagonistas. Y lo único que incluso entonces decían era que los antagonistas adoraban al Antirredentor, y que eran herejes a los que había que barrer de la faz de la tierra.

—¿Y Menfis?

—De Menfis no hablaban casi nunca, pero cuando lo hacían era con asco. Lo mencionaban como un lugar de pecado y perversión, donde podía comprarse y venderse cualquier cosa.

—Una opinión dura —comentó IdrisPukke—, pero se puede entender por qué lo decían.

El Mariscal y Vipond ignoraron deliberadamente aquel comentario.

—¿Así que no nos podéis decir nada? —preguntó el Dogo.

Cale comprendió que estaban a punto de despedirse de él, y que aquella era su única oportunidad de buscarse un sitio entre los poderosos.

—Solo esto: si han decidido hacer algo, los redentores no se detendrán. No sé por qué quieren a vuestra hija, pero sí sé que volverán a buscarla, no importa lo que les cueste.

Al oír aquello, el Mariscal se quedó pálido. Cale aprovechó la ocasión.

—Vuestra hija es muy... —se detuvo, como si buscara la palabra más adecuada— ...muy prestigiosa. —Le había gustado la palabra cuando la había oído, aunque no la hubiera entendido del todo—. Me refiero a que todo el mundo la considera, según he oído decir a la gente, como el más suntuoso ornamento del imperio. Todo lo que admiran en ella, lo admiran en los Materazzi. Ella os representa, ¿no es cierto?

—¿Qué queréis decir? —preguntó el Mariscal.

—Si querían enviar un mensaje...

—¿Qué tipo de mensaje? —preguntó el Mariscal, cada vez más nervioso.

—Secuestrar a Arbell Materazzi o matarla para mostrar a vuestros súbditos que los redentores pueden alcanzar incluso a lo más alto en la tierra. —Hizo una nueva pausa para crear expectación—. Sabrán que un segundo secuestro es imposible, seguramente, pero en mi opinión, no dejarán las cosas así. Los redentores siempre terminan lo que empiezan. Para ellos es importante dejar claro que pueden alcanzar a cualquiera. Están tratando de deciros que no se detendrán.

Para entonces, el Mariscal se había quedado completamente blanco.

—Aquí ella estará a salvo. La rodearemos de una guardia protectora que nadie podrá traspasar.

Cale intentó parecer más inseguro de lo que realmente se sentía.

—Según me han dicho, cuando se la llevaron del castillo del lago Constanza estaba protegida por una guardia de cuarenta hombres. ¿Hubo supervivientes?

—No —respondió el Mariscal.

—Y esta vez... (es solo mi opinión, y no es que esté seguro), vendrán tan solo a matar. ¿Podrán pararlos ochenta hombres o ciento ochenta?

—Si algo nos enseña la historia, Señor —dijo IdrisPukke—, es que si uno está dispuesto a sacrificar su propia vida, puede matar a quienquiera.

Vipond no había visto al Mariscal tan incómodo y alarmado en ningún momento de su vida.

—¿Podéis pararlos vos? —le preguntó el Mariscal a Cale.

—¿Yo? —Cale puso una cara como si la idea no se le hubiera ocurrido. Meditó un instante—. Mejor que ningún otro, según creo. Y cuento con Kleist y Henri el Impreciso.

—¿Quiénes? —preguntó el Mariscal.

—Son amigos de Cale —observó Vipond, cada vez más interesado en lo que decía Cale.

—¿Tienen vuestro talento? —preguntó el Mariscal.

—Tienen sus habilidades particulares. Entre los tres podemos tratar con cualquier cosa que nos envíen los redentores.

—Es evidente que tenéis mucha confianza en vuestras fuerzas, Cale —observó Vipond—, puesto que habéis pasado los últimos diez minutos hablando de lo invulnerables que son los redentores.

Cale lo miró.

—Dije que sus asesinos son invulnerables a los hombres de Menfis. —Sonrió—. No dije que fueran invulnerables a mí. Yo soy mejor que ningún soldado que hayan entrenado nunca los redentores. No estoy fanfarroneando: es un hecho. Si no me creéis, Señor —dijo mirando al Mariscal—, preguntad a vuestra hija y a Idris—Pukke. Y si no os bastan ellos, preguntadle a Conn Materazzi.

—Refrenad vuestra lengua, pequeño —le dijo Vipond, en quien la ira estaba reemplazando a la curiosidad—. No podéis hablarle en ese tono al Mariscal Materazzi.

—Me han dicho cosas peores —repuso el Mariscal—. Si podéis proteger a mi hija, os haré rico y podréis hablar conmigo en privado siempre que os venga en gana. Pero espero que sea cierto lo que decís. —Se levantó—. Para mañana por la tarde quiero tener en mi mesa por escrito un plan para su protección. ¿De acuerdo?

Cale asintió.

—De momento, hasta el último soldado de la ciudad está de servicio. Ahora, si no os importa dejarnos... Id con él, IdrisPukke.

Los dos se levantaron, hicieron un gesto con la cabeza, y salieron.

—Esa ha sido una buena actuación —comentó IdrisPukke al tiempo que cerraba la puerta—. ¿Hay algo de cierto en todo lo que habéis dicho?

Cale se rio pero no respondió.

Si le hubiera dado una respuesta a IdrisPukke, habría sido que apenas nada de sus funestas predicciones tenía otro fundamento que el deseo de obligar a Arbell Cuello de Cisne a prestarle atención. Estaba furioso por su ingratitud, y la amaba más que antes. Pero Arbell se merecía un castigo por tratarle como lo había hecho, y ¿qué mejor castigo que poder decidir cuándo quería verla y contar con un sinfín de oportunidades para entristecerle la vida con su presencia? Naturalmente, el hecho de que esa presencia le resultara a ella tan desagradable era un duro golpe para su corazón, pero él no era menos capaz de vivir con semejantes contradicciones dolo — rosas que cualquier otro.

La preocupación por su hija le hacía al Mariscal temer lo peor, de manera que era presa fácil para las ominosas predicciones de Cale. Por el contrario, Vipond no estaba más convencido que IdrisPukke. Por otro lado, tampoco veía ningún problema en lo que proponía Cale. Y la idea de que los redentores pudieran intentar matarla no era descabellada. En cualquier caso, eso haría pensar al Mariscal que algo se hacía mientras Vipond trabajaba día y noche intentando llegar a la raíz de las intenciones de los redentores. Estaba convencido de que sería inevitable una guerra de algún tipo, y estaba resignado a prepararse para ella, aunque fuera de manera subrepticia. Pero para Vipond, luchar en cualquier guerra sin saber qué es lo que buscaba exactamente el enemigo era un desastre en su misma concepción. Y por eso se alegraba de que Cale hiciera lo que estuviera haciendo, aunque tampoco era difícil intuir de qué se trataba. Era evidente que Cale no sabía nada de los motivos que se ocultaban tras el secuestro, pero ponerlo de escolta de Arbell Materazzi era la mejor manera de protegerla. A su manera, menos paternal que la de su padre, Vipond se sentía tan agradecido a Cale por el rescate como el propio Mariscal: no cabía la posibilidad de pensar en las implicaciones políticas de tener al miembro más adorado de la familia real en las manos de un régimen tan asesino y brutal como el de los redentores. Las noticias que llegaban del frente oriental sobre el enconado punto muerto en que se hallaba la guerra entre redentores y antagonistas eran terribles, tan terribles, de hecho, que serían difíciles de creer si no fuera porque el número lamentablemente pequeño de los que escapaban por las fronteras hasta territorio de los Materazzi coincidían en contar exactamente la misma historia, que confirmaba de manera horrible los informes que a su vez le enviaban sus agentes. Si había guerra contra los redentores, prometía no parecerse a ninguna otra.

Capítulo 24

—Decidme todo lo que sepáis sobre la guerra de los redentores contra los antagonistas.

Vipond miraba a Cale muy serio desde el otro lado de su gran mesa. IdrisPukke estaba sentado junto a la ventana, como si tuviera más interés en el jardín.

—Los antagonistas son los antirredentores —explicó Cale—. Odian al Redentor y a todos sus seguidores, y quieren destruirle y barrer su bondad de la faz de la tierra.

—¿Eso es lo que creéis vos? —preguntó Vipond, sorprendido al ver que Cale había pasado de su tono normal de voz a un monótono recitado.

—Eso es lo que nos mandaban recitar en misa dos veces al día. Yo no creo en nada de lo que dicen los redentores.

—Pero ¿qué sabéis de los antagonistas, de sus creencias?

Cale se quedó desconcertado y pensativo durante un momento.

—Nada. Nunca nos dijeron que los antagonistas creyeran en nada. Lo único por lo que se preocupaban era por destruir la Única Fe Verdadera.

—¿Y no preguntasteis?

Cale se rio.

—No se hacen preguntas sobre la Única Fe Verdadera.

—Si sabíais que los antagonistas odiaban tanto a los redentores, ¿por qué no intentasteis escapar al este?

—Habríamos tenido que recorrer dos mil quinientos kilómetros por tierra de redentores, y después intentar cruzar más de mil kilómetros de trincheras en el frente oriental. Y aunque hubiéramos sido lo bastante tontos como para intentarlo, se nos decía siempre que los antagonistas martirizaban a un redentor en cuanto lo veían. Siempre nos estaban hablando del Santo Padre Jorge, que fue hervido vivo en orines de vaca, o del Santo Padre Pablo, al que volvieron del revés (lo de dentro para afuera y lo de fuera para dentro) por el procedimiento de meterle un gancho por la garganta, y después lo ataron a un tiro de caballos. Nunca dejaban de hablar de mazmorras, sangre y fuego, ni de cantar sobre los mismos temas. Como os he dicho,

no se me pasó nunca por la cabeza que los antagonistas creyeran realmente en nada salvo en matar redentores y destruir la Única Fe Verdadera.

—¿Piensan igual todos vuestros compañeros acólitos?

—Algunos piensan como yo; muchos no. Para la mayoría, eso era todo lo que sabían, no se preguntaban si era verdad. Para ellos el mundo era así. Pensaban que se salvarían si creían, y que si no creían, arderían en el infierno por toda la eternidad.

Vipond empezó a impacientarse.

—La guerra contra los antagonistas empezó doscientos años antes de que vos nacierais. Lo que me habéis dicho todo el tiempo es que, aparte de pertenecer a la Única Fe Verdadera, lo único para lo que se os preparaba (y a vos en especial) era para luchar, y sin embargo no sabéis nada sobre victorias ni derrotas ni tácticas, ni de cómo se había ganado o perdido esta o aquella batalla en concreto. Me parece difícil de creer.

El escepticismo de Vipond estaba completamente justificado. La verdad era que Cale había repasado con el Padre Bosco cada batalla y cada escaramuza que había habido entre redentores y antagonistas, y que Bosco estaba pendiente de él y le pegaba con el cinturón cada vez que cometía un error en sus análisis sobre lo que habían hecho bien o mal. Cale se había empapado de las batallas en el este cuatro horas al día durante diez años. Pero sí que era cierto que no sabía nada sobre las creencias de los antagonistas. Su decisión de mentir sobre lo que sabía al respecto de la guerra se basaba tanto en el instinto como en el cálculo, pues pensaba que si había guerra entre los Materazzi y los redentores, se abatiría sobre ellos la desgracia y la muerte en terribles proporciones. Él no quería formar parte de aquello, y si admitía todos sus conocimientos, entonces Vipond le arrastraría a la guerra a cualquier precio.

—Lo único de lo que nos hablaban era de gloriosas victorias y de derrotas debidas a la traición. Solo había historias, no nos contaban detalles. No hacíamos preguntas. Yo —siguió mintiendo—, yo solo me entrenaba para matar gente. Eso es todo: combate cuerpo a cuerpo y muerte en tres segundos. No sé nada más.

—Por el amor de Dios —preguntó desde la ventana Idris— Pukke—, ¿qué es eso de muerte en tres segundos?

—Pues muerte en tres segundos —repuso Cale—. Una verdadera lucha a muerte se decide en tres segundos y eso es lo que hay que buscar. Cualquier otra cosa, como todas esas artes que enseñan en el Mond, no es más que una gilipollez. Cuanto más se prolonga una lucha, más posibilidades aparecen. Uno tropieza; su contrincante, pese a ser más débil, tiene un golpe de suerte; o bien descubre tu punto débil en tanto que resulta que él tiene un punto fuerte. Por eso lo que hay que hacer es matar en tres segundos, o atenerse a las consecuencias. Los redentores en el paso de la Cortina murieron como perros porque no les di la oportunidad de hacerlo de otra forma.

Cale estaba resultando impactante a propósito. Desde que era un niño pequeño había mostrado tanta habilidad en la mentira como ahora mostraba en el asesinato. Y por el mismo motivo: era necesario para sobrevivir. Lo que estaba haciendo ahora era desviar el interés que mostraban ellos por determinado aspecto de su pasado del que él no quería hablar, admitiendo la verdad en otro aspecto. Y, por supuesto, cuanto más impactante resultara, incluso para hombres tan experimentados como Vipond e IdrisPukke, mejor. Si los Materazzi pensaban que él era solo un joven asesino desalmado y nada más, entonces a Cale le convenía alimentar esa impresión. Y de hecho, eso era bastante cierto, lo que hacía que sus palabras resultaran persuasivas, pero no era toda la verdad ni mucho menos.

Vipond le hizo algunas otras preguntas pero, creyera o no a Cale enteramente, parecía claro que el muchacho no iba a revelar nada más, y así pasó a los planes para la seguridad de Arbell Cuello de Cisne.

Quedaba claro, tanto por sus disposiciones escritas para protegerla como por las respuestas a las preguntas de Vipond, que Cale era tan hábil en prevenir la muerte como en suministrarla. Satisfecho finalmente con las respuestas de Cale, al menos en este asunto, Vipond cogió del escritorio una gruesa carpeta y la abrió.

—Antes de que os vayáis, quiero preguntaros otra cosa. He recibido unas cuantas noticias procedentes de refugiados antagonistas, agentes dobles y documentos incautados, sobre una táctica de los redentores a la que llaman la Dispersión. ¿Habéis oído algo al respecto?

Cale se encogió de hombros.

—No.

Esta vez, Cale puso una cara de desconcierto que convenció a Vipond plenamente.

—Esas noticias —prosiguió Vipond— tratan sobre algo llamado Actos de Fe. ¿Este término os resulta familiar?

—Son ejecuciones públicas por crímenes contra la religión, presenciadas por los fieles.

—Se dice que hasta mil antagonistas capturados a la vez son [llevados al centro de las ciudades de los redentores para ser quemados vivos. Aquellos que se retractan de la herejía antagonista se benefician de su misericordia, y son estrangulados antes de ser quemados en la pira. —Hizo una pausa durante la cual observó a Cale con detenimiento—. ¿Pensáis que puede ser cierto?

—Sí, claro.

—Hay otras declaraciones, que parecen respaldadas por los documentos incautados, que aseguran que esas ejecuciones no son más que el principio. Esos documentos se refieren a la Dispersión de todos los antagonistas. Algunos entre los míos opinan que es un plan para desplazar después de la victoria a toda la población antagonista a la isla de Malagasia. Pero algunos refugiados antagonistas aseguran

que la Dispersión proyecta, después de desplazarlos allí, matarlos a todos para eliminar para siempre esa herejía. Esto me resulta difícil de creer, pero vos tenéis más experiencia que ninguno de nosotros sobre la naturaleza de los redentores. ¿Qué pensáis de un proyecto semejante? ¿Creéis que es posible?

Durante un rato Cale permaneció en silencio, claramente desgarrado entre su aversión a los redentores y la enormidad de lo que se le preguntaba.

—No lo sé —respondió al fin—. No he oído nunca tal cosa.

—Mirad, Vipond —dijo IdrisPukke—, está claro que los redentores son un hatajo brutal, pero recuerdo que hace veinte años, durante el alzamiento del Mont, había toda clase de rumores sobre cómo, en cada ciudad que tomaban, cogían a todos los bebés, los tiraban al aire delante de sus madres y los atravesaban con la espada. Todo el mundo se lo creyó, pero no eran más que cochinas mentiras. Nada de eso ocurrió realmente. Según mi experiencia, por cada atrocidad real se inventan otras diez.

Vipond asintió con la cabeza. El encuentro no había resultado productivo, y se sentía al mismo tiempo frustrado e inquieto por las historias procedentes del este. Pero algo más trivial le incomodaba en aquel instante. Miró a Cale con recelo.

—Habéis estado fumando. Lo noto en vuestro aliento.

—¿Eso os importa?

—A mí me importa lo que yo decido que me importe, niño insolente. —Dirigió la mirada a IdrisPukke, que seguía mirando por la ventana y sonriendo. Después volvió a mirar a Cale—. Pensaba que tendríais demasiado juicio como para imitar en todo a IdrisPukke. Deberíais contemplarlo como ejemplo de lo que no se debe hacer. En cuanto a fumar, eso es una afectación infantil, un hábito desagradable a la vista, odioso a la nariz, dañoso para el cerebro y peligroso para los pulmones, que vuelve el aliento apestoso, y afeminado al hombre que abusa de él. Y ahora marchaos, los dos.

Capítulo 25

Cuatro horas después, Cale, Kleist y Henri el Impreciso se establecían en sus cómodas estancias, en la zona del palacio en que vivía Arbell Materazzi.

—¿Y si se enteran de que no tenemos ni idea de cómo ser escoltas? —preguntó Kleist, mientras se sentaban a comer.

—Bueno, yo no se lo pienso decir a nadie —repuso Cale—. ¿Y tú? De todas formas, ¿qué dificultad puede haber? Mañana recorreremos el lugar y lo verificaremos todo. ¿Cuántas veces has practicado eso? Después pararemos a cualquiera que pretenda entrar, y uno de nosotros la acompañará a dondequiera que vaya. Si sale de aquí, aunque la desanimaremos a que haga tal cosa, iremos con ella dos de nosotros más una docena de guardias, y aun así no podrá dejar el castillo. Y eso es todo.

—¿Por qué no aceptamos una recompensa por haberla salvado y nos vamos?

La pregunta de Kleist tenía sentido, porque era exactamente lo que Cale pensaba que deberían hacer, y si no fuera por los sentimientos que le inspiraba Arbell Cuello de Cisne, sería lo que hubieran hecho.

—Estamos más seguros aquí que en ningún otro lugar —fue todo cuanto respondió—. Recibiremos la recompensa prometida, más el dinero por el trabajo que realizamos aquí. Esto es dinero regalado, y la verdad es que aquí tenemos a todo un ejército para protegernos de los redentores. Si sabéis algún sitio mejor al que ir, adelante.

Y eso fue todo. Esa noche Kleist y Henri el Impreciso vigilaron desde la puerta el sueño de Arbell Cuello de Cisne.

—Será mejor que tengamos cuidado hasta que mañana podamos hacer un plano del lugar —dijo Cale, que no dejaba de darle vueltas a cómo haría al día siguiente su aparición como todopoderoso protector suyo. Le mostraría su desdén por todo cuanto la rodeaba a ella, y ella se acobardaría; en tanto que él se quedaría muy orgulloso de sí mismo y al mismo tiempo muy desolado.

Eran las nueve en punto de la mañana siguiente cuando Arbell Cuello de Cisne salió de su apartamento privado, después de que las doncellas que le habían llevado el desayuno le dijeran que en el pasillo había dos guardias acompañados por dos desarrapados a los que antes habían visto limpiando los establos.

Con la expresión más fría que podía imprimir a su rostro, ella se molestó al descubrir que además de los dos guardias que permanecían firmes a cada lado de la puerta, tenía delante no a Cale sino a dos muchachos a los que no había visto nunca.

—¿Quiénes sois vosotros y qué hacéis aquí?

—Buenos días, Señora —dijo Henri el Impreciso de manera afable. Ella no le respondió.

—¿Y bien? —apremió.

—Somos vuestra escolta personal —explicó Kleist, controlando la impresión que le producía su sorprendente belleza y ocultándola con una mirada de haber visto muchas bellas aristócratas en su vida y de no estar especialmente impresionado con aquella.

—¿Dónde está vuestro...? —No encontró ninguna palabra lo bastante insultante—. ¿Vuestro cabecilla? —dijo al fin, no del todo satisfecha.

—¿Preguntáis por mí? —dijo Cale al doblar la esquina de un pasillo cercano, acompañado por dos hombres que llevaban varios rollos largos de papel.

—¿Quiénes son estos hombres?

—Son vuestra escolta. Este es Henri, el otro es Kleist. Están en representación mía, y os ruego que hagáis lo que os pidan.

—O sea que son vuestros allegados —dijo, esperando resultar todo lo ofensiva posible.

—¿Allegados? ¿Qué es eso?

—Demonios —respondió ella en tono triunfante—: como las moscas que acompañan a Belcebú cada vez que sale del infierno.

Como no podía ser menos, aquello molestó a Henri y Kleist pero encantó a Cale.

—Sí —dijo, mirando a los dos y sonriéndoles—. Efectivamente, son mis allegados.

—Son algo raquíuticos para escoltas, ¿no os parece?

Cale les dirigió una mirada lastimera.

—Lamento su condición. A mí tampoco me gustaría tener que mirarlos todo el día, pero ¿raquíuticos? Tal vez os complacería enfrentarlos con dos Materazzi. Entonces veríais lo raquíuticos que son.

—Entonces ¿son asesinos como vos?

Henri se sintió profundamente ofendido por aquella pregunta, pero a Kleist obviamente le gustó el insulto.

—Sí —respondió Cale sin incomodarse—. Asesinos exactamente igual que yo.

Incapaz de encontrar una buena respuesta, Arbell Cuello de Cisne volvió a entrar en sus apartamentos y dio un portazo tras ella.

Diez minutos después, llamaron a la puerta, y Arbell Cuello de Cisne le pidió a su doncella personal que abriera. Cuando lo hizo, esa doncella se alegró al encontrar los ojos de Cale, abiertos como platos a causa de la sorpresa: era Riba.

El ascenso de Riba a un puesto tan elevado había sido a su modo tan extraño como el de Cale. En cuanto Anna-Maria hubo supervisado la expulsión de Riba de los aposentos de Mademoiselle Jane, la vieja criada se fue rápidamente al palacio habitado por la Honorable Edith Materazzi, madre de Arbell Cuello de Cisne y esposa del Mariscal, de quien estaba separada. Debemos explicar que desde que se concertara su matrimonio veinte años antes, nunca habían sido nada más que extraños, y la concepción de Arbell Cuello de Cisne debía de haber constituido una de las uniones más frías de la historia de la realeza. Los intentos del Mariscal por evitar a toda costa a su esposa fracasaban a menudo, pero aún tenían menos éxito los intentos de evitar que ejerciera cualquier influencia en el curso de los acontecimientos de Menfis. La Honorable Edith Materazzi estaba al tanto de todas las intrigas, y en Menfis había pocas cosas turbias o solapadas sobre las que no estuviera informada, y eso en el caso de que no las hubiera originado ella. Pese a no tener poder oficial de ningún tipo, algo de lo que se había encargado el Mariscal personalmente, la Honorable Edith Materazzi ejercía una influencia respaldada, la mitad de las veces, por su conocimiento de que los trapos sucios que suele haber en toda familia nunca fueron tan grandes ni tan vistosos como los de la suya. De esa manera, a los treinta minutos de la rabieta de Mademoiselle Jane contra Riba, la Honorable Edith Materazzi había sido perfectamente informada por su espía, Anna-Maria, y había dispuesto que la tan airada como desconcertada Riba tuviera una habitación en su propio palacio.

Cuando Vipond conoció lo sucedido, y que Riba se encontraba ya en las garras de la Honorable Edith Materazzi, hizo presentarse ante él de inmediato a Mademoiselle Jane, y le echó una bronca monumental. Mademoiselle Jane salió del despacho de él sollozando y gimiendo de terror, pero no se podía hacer nada más que esperar y ver qué era lo que tramaba la vieja bruja.

La Honorable Edith Materazzi no perdió el tiempo. Sabía que ocurría algo, y que su hija estaba de por medio. Había desenfundados rumores sobre su ausencia tras la visita al lago Constanza hacía tres semanas, rumores que incluían un matrimonio secreto, y también un parto secreto. Nada que fuera tan increíble, sin embargo, como la misma verdad. La Honorable Edith Materazzi había gastado mucho tiempo y dinero tratando de llegar al fondo de lo ocurrido, pero con escaso éxito, y el escaso éxito no era algo con lo que estuviera dispuesta a conformarse.

—¿Os han tratado bien? —preguntó la Honorable Edith Materazzi al tiempo que daba unas palmadas a su lado en el asiento del sofá, para indicarle a Riba, con una amplia sonrisa, que se sentara.

Con nervios y también con cautela, Riba hizo lo que se le pedía. Tenía ya la suficiente experiencia en las distinciones sociales de Menfis para comprender que allí había algo raro, pues el respeto por la más leve diferencia en el rango se observaba como si hubiera sido dispuesto por el propio Dios, y a los forasteros se los trataba con burlas, no importaba el estatus de que gozaran en las provincias. Riba había oído repetidamente que de la condesa de Karoo, que había llegado a Menfis hacía más de diez años, se decía que se había costeadado el viaje vendiendo su pocilga. Eso era una grotesca calumnia, como bien sabía todo el mundo, pues la gente del Karoo consideraba al cerdo como un animal impuro. ¿Por qué entonces, se preguntaba Riba al sentarse, la trataba con semejante bondad una mujer de tal importancia?

—Antes que nada, querida —dijo la Honorable Edith Materazzi—, lamento muchísimo que Jane os haya sometido a algo tan desagradable. No es excusa, desde luego, pero yo fui amiga de su difunta madre y no se puede decir de otra manera: la malcrió, dándole siempre todos los caprichos. Pero así es como se hace hoy día, a los niños les dan todo lo que piden, y ya podéis ver el resultado. Pero qué se le va a hacer —dijo exhalando un suspiro y dándole a Riba unas palmaditas en la mano—. Lo siento mucho.

Riba no sabía muy bien qué decir:

—Sí, Señora.

—Bien —dijo la Honorable Edith Materazzi, que parecía encantada—. Ahora os quiero pedir un gran favor. —Riba apenas podía creer lo que oía—. Yo también tengo una hija, ya sabéis —dijo con tristeza la Honorable Edith Materazzi—. Y sufro mucho por ella. —Se volvió hacia Riba—. ¿La habéis visto?

—¿A Mademoiselle Arbell? Sí, Señora.

—¡Ah! —suspiró suavemente la Honorable Edith Materazzi como inmersa en lejanos recuerdos—. ¡Es tan hermosa!, ¿verdad?

—Sí, Señora.

Entonces la Honorable Edith Materazzi le cogió la mano a Riba.

—Ahora quiero haceros una confidencia y también ayudaros, porque me parece que sois una chica de buen corazón y que se os pueden confiar los desvelos de una madre. ¿No es así, Riba?

—Sí, Señora. Creo que sí —respondió la anonadada muchacha.

—Sí, estoy segura de que sí —dijo la Honorable Edith Materazzi, como si hubiera mirado al fondo del alma de Riba y solo hubiera encontrado bondad y una profunda compasión ante los desasosiegos de las madres—. Tenemos que hablar de cosas que

me resultan difíciles... pero ser madre se antepone al orgullo, como estoy segura que descubriréis algún día. —Suspiró—. Mi marido me odia y hace todo lo posible para no dejarme ver a mi hija. ¿Qué os parece eso?

Asombrada, Riba puso los ojos como platos.

—Me parece muy triste, Señora.

—Lo es. Me impide verla, y la emponzoña contra mí. Pero no puedo defenderme, porque si ella tomara partido contra el Mariscal, eso arruinaría su futuro. Y yo no podría permitir tal cosa. Por eso, Riba, tengo que soportarlo. Tengo que soportar que mi propia hija, a la que adoro, piense que soy una madre distante y fría, y que no me preocupo por ella. ¿Qué opináis?

—Yo... —Riba dudó—. Pienso que tenéis que sufrir mucho.

—Lo hago. Pero vos me podéis ayudar. —Riba abrió los ojos aún más, pero no fue capaz de encontrar una respuesta—. He oído que sois una dama de compañía excelente, y que tenéis una gran habilidad en cosas de belleza.

—Gracias, Señora.

—Todo el mundo comenta que vuestro talento ha transformado a esa desagradecida, Jane. No era una gran belleza, a decir verdad, pero vos lograsteis que casi lo pareciera.

—Gracias, Señora.

Hubo una pausa.

—Lo que me gustaría que hicierais es algo que además os permitirá situaros muy alto. Lo he dispuesto todo para que cuidéis a mi hija.

—¡Ah! —exclamó Riba.

La Honorable Edith Materazzi sonrió.

—Sí, ¿no os parece maravilloso?

—Sí, Señora.

—Sé que lo haréis bien. Y lo único que os pido a cambio son dos cosas. Una de ellas os costará trabajo, porque veo que sois una chica buena y sincera. —Miró a Riba, que estaba ya buscando la trampa—. Os pido que no reveléis a mi hija que habéis llegado a ese puesto a través de mí. —Le cogió a Riba la mano y se la apretó como si ahogara una objeción perfectamente natural—. Sé que eso parece incorrecto, y lo comprendo, pero es necesario, porque si no se negará. Para hacer mucho bien a veces es necesario hacer un pequeño mal. Y la otra cosa que quiero pedir os es que de vez en cuando vengáis a decirme cómo está ella, de qué habla, qué le preocupa. Solo pequeñas cosas, las cosas que le contaría una hija a su madre que la adora. ¿Estaríais dispuesta, Riba?

Desde luego que estaría dispuesta, y, además, ¿qué remedio le quedaba? De esa forma estableció aquel acuerdo con la Honorable Edith Materazzi, y si no la creía del todo, ¿qué más daba? Riba no tenía dónde elegir, y las dos lo sabían.

Su Santidad el Padre Bosco estaba sentado en su galería contemplando los soldados que se movían a sus pies y que llegaban hasta donde se perdía la vista, llenando la inmensidad de su Santuario. Los hombres gritaban, las muías rebuznaban, los caballos resoplaban y soportaban los juramentos de sus cuidadores. La visión y el sonido de tales preparativos le gustaban, pues representaban, al fin y al cabo, el inicio de la ambición de su vida. Tomó otro sorbo de su sopa favorita, hecha con patas de pollo y una verdura conocida como «limpiaculos» en Menfis, donde se la valoraba por otras utilidades que no eran las gastronómicas.

Llamaron a la puerta.

—Entrad.

Era el Padre Stape Roy.

—¿Queríais verme, Santidad?

—Quiero que cojáis veinte hombres e intentéis matar a Arbell Materazzi.

Pero, Santidad, ¡eso es imposible! —protestó Roy.

—Soy bien consciente de eso. Si fuera posible, no os enviaría.

Molesto pero temeroso, Roy refrenó el impulso de preguntarle a Bosco qué demonios pretendía.

—Estáis enfadado conmigo, Padre Roy Stape.

—Yo solo obedezco vuestros deseos, Santidad.

Bosco se puso en pie y le indicó al redentor que se acercara hasta una mesa en la que había un mapa de las fortificaciones de Menfis.

—Estuvisteis en el sitio de Voorheis, ¿no es así?

—Sí, Santidad.

—¿Cuánto tiempo costó tomarla?

—Casi tres años.

Bosco señaló en el mapa las fortificaciones de Menfis.

—Como hombre experimentado que sois, ¿cuánto tiempo pensáis que se tardaría en arrasar Menfis?

—Más de eso.

—¿Cuánto más?

—Muchísimo más.

Bosco se volvió a mirarlo.

—Pese a todas nuestras fuerzas, podríamos pasarnos el resto de la vida intentando tomar Menfis por la fuerza, y por eso no lo haremos. ¿Habéis oído los rumores sobre por qué intentamos secuestrar a Arbell Materazzi?

El Padre Stape Roy parecía incómodo.

—Es pecado prestar oído a los rumores, y aún más propagarlos, Santidad.

Bosco esbozó una sonrisa.

—Por supuesto, pero en este caso os concedo una dispensa. El pecado de propagar un rumor ya os ha sido perdonado.

—Sobre todo, lo que se dice es que ella se había convertido en secreto a los antagonistas, y predicaba su palabra, y que era una bruja y organizaba orgías y corrompía a los hombres por miles, y obligaba a los redentores capturados a mancillarse haciéndoles comer langostinos bajo tortura.

Bosco asintió.

—Horrible pecadora, de ser cierto.

—Solo repito los rumores, no he dicho que crea en ellos.

—Muy bien, Padre —sonrió Bosco—. La razón por la que la hice secuestrar es que quería que los Materazzi salieran de las murallas de Menfis. Para todos los habitantes de su imperio, ella es una reina idolatrada por su juventud y belleza, una estrella en el firmamento. Por todas partes, hasta en los peores antros del imperio, se habla de sus méritos; sin duda muchos de ellos son inventados o exagerados. La adoran, redentor, y el que más la adora es su propio padre. Cuando oí que el secuestro había fracasado no me preocupé demasiado. En cuanto llegara a saberse que habíamos hecho algo tan atroz, mi propósito se habría cumplido. Los Materazzi habrían salido de Menfis como la pólvora, dispuestos a barrernos de la faz de la tierra. —Bosco se sentó y observó a aquel hombre de aspecto fuerte que tenía delante—. Por supuesto, estaréis pensando que eso no ha sucedido, así que debo de haberme equivocado. O sois demasiado cortés o demasiado temeroso para decirlo. Pero también podríais engañaros vos, Padre. El Mariscal Materazzi, por el contrario, está de acuerdo conmigo. Resulta que aunque sea un padre amoroso, no es un impulsivo sentimental. Ha mantenido en secreto el secuestro precisamente porque sabe que no hubiera podido resistirse a los deseos de venganza del pueblo. Y eso me lleva a vos, redentor. Vos tenéis una relación muy buena con esa «cosa» de...

—Ciudad Kitty, Santidad.

—Quiero que le convenzáis de que os ayude a lanzar un ataque usando ese número de soldados: treinta, tal vez cincuenta, lo que juzguéis apropiado.

Informaréis a esos soldados de que son ciertos los rumores ya extendidos entre los redentores sobre su espantosa maldad y apostasía, y que serán venerados como mártires los que mueran... que serán todos. Os aseguraréis de que los capitanes que elijáis lleven cada uno un certificado de martirio que explique por qué hacen el trabajo del Señor. Con un poco de buena suerte, algunos vivirán lo suficiente para que los Materazzi les puedan torturar y hacer que lo cuenten todo. Esta vez no quiero que haya ninguna posibilidad de que nuestras acciones queden en secreto. ¿Lo comprendéis?

—Sí, Santidad —respondió el Padre Roy, completamente pálido.

—Habéis perdido el color, Padre. Debo aclararos que no os exijo vuestra propia muerte. Todo lo contrario. Además, deberíais elegir soldados que hayan caído en desgracia por algún motivo. Lo que os pido es un mal necesario.

Al comprender que no se requería el sacrificio de su propia vida despreciable, el color regresó a las mejillas del Padre Roy.

—Kitty la Liebre —dijo— querrá saber en qué se mete. Y no es fácil que juzgue adecuado a sus intereses verse envuelto en un asunto tan dudoso como este.

Bosco le hizo un gesto para que se fuera.

—Prometedle lo que queráis. Decidle que cuando vencamos le nombraremos Sátrapa de Menfis.

—El no es idiota, Santidad.

Bosco exhaló un suspiro y meditó un instante.

—Llévadle la estatua de oro de la Venus Lujuriosa de Estrabón.

El Padre Roy puso cara de asombro.

—Creí que la habían roto en diez pedazos y arrojado al volcán de Delfos.

—Eso no es más que un rumor. Por blasfema y obscena que sea, la estatua henchirá los oídos de ese amigo vuestro y le volverá sordo a las preguntas que él mismo se haga, sea idiota o no lo sea.

Capítulo 26

Durante las semanas siguientes, Cale experimentó el auto— destructivo placer de hacerle la vida desagradable a alguien a quien se adora pero se odia. Si vamos a decir la verdad, cosa que él no hacía, aquel placer lo estaba enfermando.

No se había planteado realmente qué era lo que buscaba convirtiéndose en escolta de Arbell Cuello de Cisne. Sus sentimientos hacia ella (un deseo y un resentimiento igualmente intensos) serían difíciles de reconciliar para cualquiera, no digamos para alguien que era una mezcla tan extraña de experiencias brutales y completa inocencia. Tal vez si Cale hubiera tenido cierto atractivo, eso hubiera podido impedirle a ella apocarse cada vez que él le hablaba, pero ¿dónde podía encontrarse algún atractivo en semejante muchacho? La aversión que sentía Arbell ante su presencia era, comprensiblemente, una gran herida para él, pero él no sabía responder de otro modo que siendo más hostil con ella.

Para Riba, aquel extraño ambiente entre Cale y su señora era fuente de grandes inquietudes. A ella le gustaba Arbell Cuello de Cisne, aunque tuviera mayores ambiciones que ser la doncella de una señora, no importaba lo importante que fuera esa señora. Arbell era bondadosa y amable y, al descubrir la inteligencia de su doncella, empezó a comportarse con ella de manera muy natural y abierta. No obstante, Riba sentía por Cale una simpatía que se acercaba a la veneración. El había arriesgado su vida para salvarla de algo terrible que no solía recordar sino en sus pesadillas. No podía comprender, por tanto, la frialdad de Arbell hacia él, y decidió hacer algo por corregirla.

La manera en que lo hizo podría parecerle extraña a un observador: fingiendo que tropezaba, le echó encima a Cale el contenido de una taza caliente de té, y lo hizo a propósito, asegurándose previamente de que el agua del té no quemaba demasiado, para lo cual había añadido un poco de agua fría. Pese a lo cual estaba bastante caliente. Profiriendo un grito de dolor, Cale se arrancó la túnica de algodón que llevaba puesta.

—Lo siento, lo siento —repitió Riba muy inquieta, agarrando una taza de agua fría que había colocado cerca intencionadamente y echándosela encima—. ¿Estás bien? Lo siento mucho.

—Pero ¿qué te pasa? —preguntó, aunque sin enfado—. Primero, intentas abrasarme y, ahora, ahogarme.

—¡Ah! —exclamó Riba, sin aliento—. Lo siento muchísimo. —Siguió disculpándose, tendiéndole una pequeña toalla y armando mucho alboroto.

—Está bien, sobreviviré a esta —dijo mientras se secaba. Saludó a Arbell con una inclinación de la cabeza—. Pero ahora tengo que cambiarme. Por favor, no dejéis vuestros aposentos hasta que regrese. —Y diciendo eso, se fue. Entonces Riba se volvió para ver si había funcionado su estratagema. Pero como suele ocurrir con las estratagemas complicadas, tuvo un efecto también complicado. Lo que encendió la compasión de Arbell, y de un tipo que nunca habría imaginado que pudiera sentir por Cale, fue verle la espalda cubierta de cicatrices y verdugones. Apenas había un centímetro de su piel libre de las marcas de su brutal pasado.

—Lo habéis hecho a propósito.

—Sí —admitió Riba.

—¿Por qué?

—Para que vierais lo que ha sufrido. Y para que, con el debido respeto, no seáis tan desagradable con él.

—¿Qué queréis decir? —preguntó la asombrada Arbell.

—¿Puedo hablar con franqueza?

—¡No, no podéis!

—Habiendo llegado hasta aquí, lo haré de todas maneras.

Arbell no era una pomposa aristócrata, para lo que se suele estilar entre ellos, pero nadie, no solo ninguna criada, sino nadie en absoluto le había hablado nunca de aquella manera, salvo su padre. Estaba tan anonadada que le faltaban las palabras.

—Vos y yo, Mademoiselle —se apresuró a decir Riba—, podemos no tener mucho en común ahora, pero en otro tiempo yo gozaba de todos los caprichos y mi expectativa era una vida consagrada tan solo a recibir y otorgar placer. Todo eso se acabó en una hora en la que aprendí lo horrible, lo increíble y cruel que es la vida.

Entonces ella le contó a su anonadada señora los detalles, sin ahorrarse nada del destino de su amiga ni de la manera en que Cale lo había arriesgado todo, exponiéndose a una muerte más horrible aún por salvarla a ella.

—Mientras atravesábamos el Malpaís me dijo muchas veces que salvarme era la cosa más tonta que había hecho nunca.

—¿Y le creéis? —Hizo la pregunta y ahogó un grito. Riba se rio.

—No estoy segura. Creo que a veces lo piensa y a veces no. Pero le vi la espalda cuando nos lavábamos en una de las pozas del Malpaís (Dios sabrá cómo la encontró en aquel horrible lugar). Y Henri me explicó lo que le hacían a Cale. Desde que era un niño pequeño, ese Padre Bosco lo señalaba a él entre los demás por el más leve detalle. Lo acusaba por nada, cuanto más insignificante fuera el motivo, mejor: por

rezar con los pulgares cruzados, por no alargar lo suficiente el rabo del nueve... Entonces lo arrastraba ante los demás y le propinaba una feroz paliza: lo derribaba al suelo de un puñetazo y le daba patadas. Y de esa forma lo convirtió en un asesino.

Para entonces, Riba se había empezado a alterar por un resentimiento no dirigido únicamente contra los redentores.

—Así que lo que me parece sorprendente es que él se moleste en ofrecernos a vos o a mí un moco de sus narices, no digamos ya que arriesgue su vida para salvar la nuestra.

Aunque no parecía posible, los ojos de Arbell Cuello de Cisne se abrieron aún más ante aquella sorprendente figura del discurso.

—Por tanto, Mademoiselle, pienso que ya es hora de que dejéis de mirarlo por encima de vuestra hermosa nariz, y le mostréis la gratitud y la compasión que merece.

Para entonces, Riba había olvidado en parte la pureza de las intenciones que tenía al comenzar su reprimenda, y había empezado a gozar de su indignación y del malestar de su señora. Pero no era tonta, y comprendió que no debía seguir. Hubo un largo silencio, acentuado por los numerosos parpadeos de Arbell, que hacía esfuerzos para que no se le cayeran las lágrimas. Miró a su alrededor con los ojos empañados y después volvió a mirar a Riba, y otra vez a la estancia. Exhaló un prolongado suspiro.

—No lo comprendía. No lo he comprendido hasta ahora.

Entonces se oyó llamar a la puerta, y entró Cale. Pese a que el ambiente de la estancia había cambiado por completo desde que él se fuera, él no notó nada diferente. Aquel cambio, sin embargo, era más profundo de lo que imaginaba Riba e incluso de lo que comprendía la joven. Arbell Cuello de Cisne, la mujer más bella y deseada de todas las mujeres deseadas, había quedado embargada por la compasión al ver las terribles cicatrices de la espalda de Cale, pero también por algo menos noble: un ansia tan intensa como inesperada. Desnudo hasta la cintura, Cale suponía un absoluto contraste con los esbeltos cuerpos de los Materazzi, por fuertes y ágiles que fueran. Cale era ancho de hombros y prodigiosamente estrecho de cintura. No tenía nada de elegante. Era todo músculo y fuerza, como un buey o un toro. No había nada lindo en su torso, nadie hubiera hecho una escultura de aquella masa de nervios y cicatrices. Pero al verlo de aquel modo algo le dio un vuelco a Arbell Materazzi... y no era solo el corazón.

Capítulo 27

—En fin, Padre —susurró Kitty la Liebre, acariciando con las uñas la madera de la mesa en que reposaba la estatua de oro de la Venus Lujuriosa de Estrabón. El débil sonido de su voz producía en el Padre Roy la sensación de que algo peor de lo imaginable trataba de penetrarle suavemente en el oído—. Todo esto es muy extraño —prosiguió Kitty la Liebre mirando la estatua. O al menos el Padre Roy tuvo la sensación de que la estaba mirando, pues, como siempre, el rostro de Kitty la Liebre estaba tapado por una capucha gris, algo que agradecía inmensamente el redentor.

—La estatua es vuestra si nos ayudáis. ¿Qué más dan los motivos que tengamos nosotros?

Prosiguieron aquellos distraídos arañazos de las uñas en la madera. El redentor estuvo a punto de dar un salto del susto cuando esos arañazos se detuvieron, la mano cubierta avanzó hacia la estatua, y la tela gris se deslizó, dejando la mano de Kitty la Liebre al descubierto... solo que no se trataba de una mano. Imaginaos algo gris cubierto de pelo, aunque no mucho, una pata de perro solo que más larga, mucho más larga, y con uñas moteadas, y aun así lo que imaginéis no se acercará mucho. Sus uñas acariciaron la estatua durante un momento, con la suavidad de una madre que acariciara la carita de su bebé, y se retiraron.

—Una hermosa pieza —dijo Kitty la Liebre gorjeando—. Me habían dicho que la habían roto en diez pedazos y la habían tirado al volcán de Delfos.

—Es evidente que no.

Exhaló un largo suspiro que el redentor pudo sentir en el rostro como el aliento caliente y húmedo de un perro grande y hostil.

—No lo lograréis —susurró Kitty la Liebre.

—Eso es opinable.

—Eso es seguro —repuso bruscamente Kitty la Liebre.

—Es cosa nuestra.

—Estáis tratando de emprender una guerra, y eso también es cosa mía.

Hubo un largo silencio.

—El hecho es —prosiguió Kitty la Liebre— que no tengo objeciones que hacer a una guerra. En el pasado siempre me han venido bien. Os sorprendería, estimado Padre, saber cuánto dinero puede amasarse suministrando comida de baja calidad y bebida y ollas y sartenes incluso para la más insignificante de las guerras. Quiero una garantía por escrito de que, si ganáis, ninguna de mis posesiones sufrirá daño y podré viajar con protección a donde quiera.

—Concedido.

Ninguno creía al otro. Kitty la Liebre estaba ciertamente contento por la oportunidad de ganar dinero que le proporcionaba una guerra, pero sus planes iban mucho más allá.

—Llevará algún tiempo —dijo Kitty la Liebre suspirando y derramando al hacerlo otra vaharada de aliento caliente y húmedo—. Pero tendré los planes listos en tres semanas.

—Demasiado tiempo.

—Tal vez, pero eso es lo que tardarán. Id con Dios.

Y entonces acompañaron al Padre Roy desde los aposentos privados de Kitty la Liebre al patio, y de allí a la propia ciudad. Se había congregado una multitud para ver cómo colgaban en la horca a dos chicos que no pasarían de los dieciséis años. Alrededor del cuello tenso de terror tenían escrito: «VIOLADOR».

—¿Qué es un violador? —preguntó al guardia el Padre Roy, en quien el mal y la inocencia convivían satisfactoriamente.

—Uno que quiere irse sin pagar —fue la respuesta.

Inmerso en sus pensamientos, Cale se dirigía hacia los aposentos de Arbell Cuello de Cisne, ahora cautelosamente acordonados. Pese a sus profundos recelos y resentimientos, hasta él había empezado a notar que el trato que ella le dispensaba se había suavizado. Ya no lo fulminaba con la mirada, ni se estremecía cada vez que él se acercaba. A veces incluso se preguntaba si aquella nueva forma de mirar de sus ojos (aunque no podía, por supuesto, reconocerla como piedad y deseo) podría tener algún significado. Pero rápidamente desechaba tales ideas por absurdas. Y, sin embargo, algo extraño sucedía. Perdido en aquellos pensamientos, era apenas consciente de un grupo de muchachos de unos diez años que, al borde del campo de entrenamiento, se miraban de mala manera y se tiraban piedras unos a otros. Al acercarse se dio cuenta de que uno de ellos era bastante mayor que los otros, como de unos catorce años, y era tan alto, esbelto y apuesto como solían ser los jóvenes Materazzi a esa edad. Lo curioso era que los niños no se tiraban piedras entre sí, sino que se las tiraban al muchacho más mayor, al que además le gritaban cosas como: «¡Imbécil! ¡Idiota! ¡Gilipollas babeante! ¡Zurullo papamoscas!». Y a continuación le

tiraban las piedras. Pese a su tamaño, el muchacho grande se limitaba a dar vueltas confuso y aterrorizado, mientras le golpeaban las piedras. Entonces una le dio en la frente, y se desplomó. Cuando los niños empezaron a correr hacia él para darle patadas, llegó Cale, agarró a uno de ellos por la oreja, y a otro le puso la zancadilla y le dio una patada floja mientras estaba tendido en el suelo. En un instante, el grupo emprendió la huida, gritando insultos al tiempo que corrían.

—¡Si os vuelvo a ver, marranos —les gritó Cale—, probaréis mis botas en el bullarengue!

Cale se agachó sobre el muchacho que yacía en el suelo.

—No pasa nada, se han ido —le dijo al chico lloroso que tenía al lado, que se tapaba la cara con la mano y se encogía hasta hacerse una bola. No hubo respuesta. El muchacho, simplemente, seguía lloriqueando—. No te haré daño. Ya se han ido. —Pero siguió sin haber respuesta. Algo irritado, Cale le tocó en el hombro. El muchacho revivió entonces, y le atacó con tal rapidez que le dio con la mano en la frente. Con un grito de sorpresa y dolor, Cale dio un salto atrás, mientras el muchacho lo miraba profundamente sorprendido y retrocedía hacia un muro, aterrorizado, buscando en torno a él a sus agresores.

—¡Mierda! —exclamó Cale—. ¡Mierda, mierda, mierda! —El muchacho llevaba nudilleras de hierro, y era como si le hubieran pegado de refilón con un martillo—. Pero ¿qué te pasa, maldito loco? —le gritó al muchacho, que miraba con ojos enfurecidos—. Estaba intentando ayudarte y casi me dejas sin cabeza.

El muchacho siguió mirándolo, pero al final habló. Solo que no eran palabras, sino series de gruñidos.

No estando acostumbrado a ningún tipo de minusválido (no vivían mucho tiempo en el Santuario), le costó mucho tiempo a Cale comprender que el muchacho era mudo. Le tendió la mano. Lentamente, el muchacho la tomó, y Cale le ayudó a levantarse.

—Ven conmigo —le dijo. El muchacho se le quedó mirando. Era sordo además de mudo. Cale le hizo un gesto para que lo siguiera, y lentamente, llorando por el dolor y la humillación, lo hizo.

Diez minutos después, Cale limpiaba al muchacho en las habitaciones acondicionadas provisionalmente entre los aposentos de Arbell Cuello de Cisne, cuando ella entró apresuradamente, acompañada de Riba. Ahogó un grito al ver al muchacho que sangraba, sentado enfrente de Cale, y gritó:

—¿Qué le habéis hecho?

—¿De qué me habláis, loca? —respondió él—. Le estaba dando una paliza una panda de vuestros caballeretes, y yo los espanté.

Ella lo miró con remordimiento, arrepentida de haber estropeado la labor de los últimos días.

—Lo siento, lo siento —dijo tan lamentable y claramente afligida que Cale sintió un intenso placer. Por una vez, se sentía con cierta ventaja en su presencia. Sin embargo, ahogó una exclamación de rechazo—. Lo siento mucho —repitió ella, y se acercó al muchacho, llena de preocupación y nerviosismo, para darle un beso. Cale no la había visto nunca mostrar hacia nadie aquel tipo de preocupación, y se quedó pensando en ello, sorprendido. Casi al instante, el muchacho empezó a tranquilizarse. Mientras acariciaba el pelo del muchacho, Arbell Cuello de Cisne miró a Cale.

—Es mi hermano, Simón —dijo ella—. La mayoría lo llama Simón el Idiota, aunque no delante de mí. Es sordomudo. ¿Qué ocurrió?

—Estaba en el campo de entrenamiento, y un grupo de niños le tiraba piedras.

—¡Monstruos! —dijo ella, volviéndose hacia su hermano—. Piensan que pueden hacerle lo que quieran porque él no les puede delatar.

—¿No tiene un tutor?

—Sí, pero le gusta estar solo, y siempre anda escapándose al campo de entrenamiento porque quiere ser como los demás. Pero los demás lo odian y lo temen porque no es inteligente. Dicen que está poseído por un demonio.

Ya más contento, Simón empezó a señalar a Cale y gruñir, explicando con gestos el lanzamiento de piedras y su rescate.

—Os está dando las gracias.

—¿Cómo lo sabéis? —preguntó Cale sin rodeos.

—Bueno... No lo sé, pero él tiene buen corazón, aunque no sea inteligente.

Le cogió la mano a Simón y se la abrió para tendérsela a Cale. Una vez que comprendió de qué se trataba, Simón se la estrechó con tanto ímpetu que a Cale le costó cierto tiempo detener aquel enérgico movimiento. Durante todo el tiempo la sangre empapaba la venda provisional que Cale le había puesto en la herida. Mediante gestos le pidió que se sentara y, observado atentamente por la angustiada Arbell, desprendió la venda. Era un corte profundo y feo, de casi cinco centímetros de largo.

—Esos pequeños bastardos podrían haberle sacado un ojo. Habrá que coserlo.

Arbell Cuello de Cisne lo miró desconcertada.

—¿Qué queréis decir?

—Habrá que coserlo, igual que se cose una camisa o un calcetín roto. —Cale se rio por lo que acababa de decir—. Bueno, no exactamente igual.

—Haré venir a uno de nuestros doctores.

Cale resopló en señal de desprecio.

—El último doctor Materazzi que me ha tratado me habría matado si no fuera porque no le dejé. No es solo que tenga una enorme cicatriz... una herida tan fea como esta no sanará. Tiene diez posibilidades contra una de que se le infecte, y entonces, sabe Dios... Con tres o cuatro puntos la cerraremos, y después apenas se notará.

Arbell lo miraba sin saber qué decir.

—Dejadme que primero traiga a un doctor que lo vea. Por favor, intentad comprender.

Cale se encogió de hombros.

—Haced como queráis.

Una hora después, habían llegado dos médicos, y tras discutir uno con el otro a voz en grito, no habían conseguido detener la hemorragia y, si habían hecho algo, había sido empeorarla con sus apretones y manoseos. Para entonces Simón se hallaba tan confundido y sufría tales dolores que se había hartado, y no dejaba que los médicos se le acercaran. Mientras tanto, la herida de la cabeza seguía sangrándole profusamente.

Cale se había marchado al cabo de unos minutos, y no volvió hasta media hora después, para encontrar a Simón que, de pie en un rincón, se negaba a permitir que lo tocara nadie, ni siquiera su hermana.

Cale apartó a un lado a la consternada Arbell.

—Mirad —dijo—. He comprado en el mercado un poco de milenrama para detener la hemorragia. —Con un gesto de la cabeza, señaló la tragedia que tenía lugar en el rincón—. Esto no le está haciendo ningún bien. ¿Por qué no recabáis la opinión de vuestro padre?

Arbell Cuello de Cisne lanzó un suspiro.

—Mi padre se niega a tener nada que ver con él. Tenéis que comprenderlo: es una terrible vergüenza tener un hijo así. Yo puedo tomar la decisión.

—Entonces, tomadla.

En unos instantes, los doctores fueron despachados y la estancia quedó vacía, salvo por Cale y Arbell. Simón había dejado de gritar, pero desde su rincón los miraba a los dos con desconfianza.

Cale se aseguró de que Simón podía verle abriendo el papel retorcido que envolvía la milenrama en polvo, y cómo vertía un poco en la palma de la mano. Cale señaló con el dedo los polvos, y después la herida de Simón, y luego su propia frente. Se detuvo durante un segundo y después se acercó cautelosamente a Simón y se puso de rodillas, mostrándole la mano abierta con la milenrama en polvo. Simón lo miró, y la desconfianza se fue transformando en simple cautela. Cale cogió un

pellizco de la milenrama y lo acercó lentamente a la cabeza de Simón. Entonces echó para atrás la cabeza, para que Simón entendiera que debía hacer lo mismo.

Con toda la cautela del mundo, el muchacho lo hizo y Cale roció con los polvos la herida aún sangrante. Repitió la operación seis veces. Entonces volvió a levantarse, y esperó que Simón se tranquilizara.

Al cabo de diez minutos la hemorragia había cesado. Ya más tranquilo, Simón dejó que Cale se le acercara, y Cale pudo quitar los polvos de milenrama de la herida. Aunque esto dolía, Simón aguantó con paciencia que Cale hiciera delicadamente su trabajo, observado todo el tiempo por Arbell Cuello de Cisne. Cuando terminó, convenció a Simón para que volviera al medio de la estancia y se tendiera sobre la mesa. Entonces, observado todavía con desconfianza por Simón, sacó de un bolsillo interior un pequeño trozo de seda plegado y lo abrió sobre la mesa. Dentro había varias agujas, algunas de las cuales tenían diversas curvaturas, con unos breves hilos de seda pasados ya a través de los ojos. La desconfianza regresó a la mirada de Simón cuando Cale cogió una de las agujas con el hilo enhebrado y la levantó para mostrárselo. Intentó varias demostraciones mediante gestos para explicarle lo que pretendía hacer, pero en el rostro de Simón lo único que aparecía era una creciente inquietud. Cada vez que intentaba empezar a coser la herida, Simón, sin comprender nada, gritaba y chillaba aterrorizado.

—No os va a dejar. Tenéis que intentar otra cosa —dijo Arbell, consternada.

—Mirad —repuso Cale, cada vez más irritado—, la herida es demasiado profunda. Ya os he dicho que se infectará, y entonces sí que tendrá motivos para gritar o para callarse para siempre.

—No es culpa suya: él no comprende.

Eso era obvio, y Cale se limitó a enderezarse y lanzar un suspiro. Entonces retrocedió, cogió un pequeño cuchillo de uno de sus bolsillos interiores y, antes de que Simón o Arbell Cuello de Cisne pudieran reaccionar, se abrió un tajo en la palma de la mano izquierda, en ese lugar carnoso que antecede al pulgar.

Por primera vez en muchos minutos, hubo silencio. Tanto Simón como su hermana se quedaron mirando, asustados por lo que acababan de ver. Cale retiró el cuchillo y, mientras la sangre manaba de la herida, cogió una venda de la mesa y presionó con ella en el corte. Durante los siguientes cinco minutos, no dijo nada, y los otros dos se limitaron a observar. Entonces retiró la venda con cuidado y vio que la herida había dejado de sangrar. Se acercó a la mesa, cogió la aguja con el hilo, y se los mostró a Simón, como si estuviera a punto de realizar un truco de magia. Entonces colocó con cuidado la aguja junto a la herida y empezó a atravesar con ella de un lado del corte al siguiente. Tensó el hilo, arrugando la frente como si estuviera zurciendo un calcetín. Entonces hizo un nudo y, cogiendo otra aguja con su hilo del paquete, repitió la acción, tres veces más en total, hasta que la herida quedó completamente cerrada. Entonces le mostró a Simón la herida cosida para que la

podría ver bien. Cuando acabó, Cale lo miró a los ojos, asintió con la cabeza, y aguardó. Simón, ahora pálido de temor, respiró hondo y asintió a su vez. Cale cogió otra aguja con el hilo, lo llevó hasta la herida del niño (pensaba en él como si fuera un niño, aunque en realidad tenían la misma edad), y apretó.

Las cinco puntadas fueron hechas como es debido, aunque no, como se comprenderá, sin una buena ración de gritos y alaridos por parte de Simón. Cuando hubo acabado, Cale sonrió y le estrechó la mano, y aunque Simón se había quedado tan blanco como la leche, había soportado un dolor infernal. Cale se volvió hacia Arbell Cuello de Cisne, que estaba casi tan pálida y temblorosa como su hermano.

— Está bien —le dijo—. Vuestro hermano vale más de lo que la gente piensa.

La descarada exhibición de Cale tuvo el efecto esperado. Mientras miraba al extraordinario ser que tenía delante, Arbell Materazzi, impresionada, deslumbrada, pasmada y temerosa, estaba ya medio enamorada.

Los güelfos (pueblo de carácter notoriamente egoísta) suelen decir: «Ninguna buena acción queda sin castigo». Cale iba a descubrir pronto la ocasional verdad que encierra este espantoso proverbio. Por desgracia para él, no había sido educado para vigilar el comportamiento de niños malos que hacían gala de su crueldad infantil: había sido educado para matar. La moderación en la violencia era para él una noción completamente extraña, y lamentablemente la patada que le había dado a uno de los torturadores de Simón había sido más fuerte de lo que él pretendía, y le había roto al niño dos costillas. Por una desgraciada coincidencia, el padre del niño era Solomon Solomon, que ya estaba anhelando vengarse contra Cale por haberles dado una paliza a seis de sus mejores alumnos, y que ahora estaba fuera de sí de la rabia por causa de las heridas de su hijo. Como ocurre a menudo con las personas más brutales, Solomon Solomon pertenecía a ese tipo de padres consentidores. Su ardorosa ira, no obstante, debía ser refrenada, pues no era posible retar a duelo a Cale cuando la razón de ese posible duelo era una herida a su hijo causada mientras este pequeño monstruo atacaba al hijo del Mariscal Materazzi. Por muy mortificado y avergonzado que se sintiera el Mariscal de tener por heredero varón a un idiota, estaría furioso ante el ataque al honor familiar y, a pesar de toda su importancia y habilidad marcial, Solomon Solomon podía verse embarcado hacia algún basurero del Medio Oriente, con la misión de supervisar los entierros de una leprosería. A la ira ya enconada contra Cale se añadía un odio asesino que solo aguardaba una oportunidad. Oportunidad que no tardaría en llegar.

No era sorprendente que Simón el Idiota, como era conocido universalmente cuando no escuchaban su padre ni su hermana, empezara a pasar todo el tiempo posible con Cale, Kleist y Henri el Impreciso. Y, curiosamente, aquella adición a su compañía por parte de alguien que ni hablaba ni oía no les resultaba tan fastidiosa

como podría imaginarse. Como ellos, también él era un intruso frecuentemente maltratado; y por otro lado lo compadecían por estar tan cerca de tener todo lo que para ellos representaba la gloria: dinero, posición, poder... y, sin embargo, no poder alcanzar nada de todo ello. Además, no se le permitía llegar a ser un incordio. Era verdad que su comportamiento era imprevisible y emocionalmente salvaje, pero eso ocurría tan solo porque nadie se había tomado la molestia de inculcarle eso que los muchachos consideran un comportamiento correcto. Ellos lo intentaron primero por el procedimiento de gritarle cada vez que él les molestaba, lo cual, siendo sordo, no servía de nada con él, y después dándole una rápida patada en el culo, que sí servía. Aunque lo más útil de todo, como comprendieron enseguida, era ignorarlo por completo cuando lanzaba sus gritos incomprensibles o cuando se comportaba mal del modo que fuera. Eso le molestaba más que ninguna otra cosa, y así pronto aprendió las habilidades sociales básicas del acólito del Santuario. Estas, que no le serían de gran utilidad en los salones de Menfis, eran sin embargo las únicas habilidades que alguien le había enseñado.

Arbell le aseguró a Cale que a Simón le habían puesto los mejores profesores, pero que no habían conseguido sacar nada de él. Pero los tres muchachos tenían una ventaja sobre los mejores profesores de Menfis: los redentores habían desarrollado un lenguaje de signos sencillo para los distintos días y semanas durante los cuales tenían prohibido hablar. Los acólitos, a los que eso les estaba prohibido aún más a menudo, habían desarrollado más ese lenguaje de signos. Tras fracasar al intentar enseñarle a Simón algunas palabras, Cale empezó a mostrarle alguno de sus signos, que él adquirió rápidamente: agua, piedra, hombre, pájaro, cielo y algunos más. Al cabo de tres días, Simón le tiró a Cale de la manga cuando caminaban por un jardín que tenía un gran estanque en el que nadaba un par de patos, y había hecho los gestos que decían «pájaro de agua». Fue entonces cuando Cale empezó a pensar que tal vez Simón no fuera tan idiota, al fin y al cabo. Durante la semana siguiente, Simón absorbió el lenguaje de signos de los redentores como hace una esponja reseca con el agua. Resultó que, lejos de ser idiota, era más listo que el hambre.

—Necesita a alguien —dijo Cale cuando los cuatro estaban cenando en las habitaciones de los guardias— que invente más palabras para él.

—¿Para qué le va a servir —observó Kleist— si nadie más sabe lo que está diciendo? ¿Qué utilidad va a tener eso?

—Simón no es un don nadie, ¿verdad? Es el hijo del Mariscal. Pueden pagar para tener a alguien que vaya con él, lea sus signos y los transmita en voz alta.

—Claro, Cuello de Cisne pagará —observó Henri el Impreciso.

Pero eso no estaba en los planes de Cale.

—Todavía no —dijo mirando a Simón—. Creo que merece desquitarse de su padre y de todos los demás, salvo de Cuello de Cisne. Necesita hacer algo importante, algo que les enseñe realmente. Yo buscaré a alguien y le pagaré.

Siendo ciertos todos aquellos motivos que exponía, había algún otro que se callaba. Era consciente de que Arbell Cuello de Cisne había cambiado en gran medida su actitud hacia él, aunque no se daba cuenta de hasta qué punto. El no era, al fin y al cabo (y ¿cómo iba a serlo?) muy ducho en asuntos tales como los sentimientos de una joven hermosa y muy deseada hacia alguien que todavía la asustaba. Sentía que necesitaba impresionarla con algo espectacular, cuanto más increíble mejor. Y de ese modo al día siguiente fue con IdrisPukke, su consejero en la materia, al despacho del Interventor del Buró de Estudiosos, una institución a la que solían llamar «el Cerebrero». Allí se preparaba a los muchos burócratas necesarios para la administración del imperio.

Naturalmente, los puestos más importantes estaban reservados para los Materazzi, no solo la gobernación de esta o aquella provincia, sino también cualquier puesto en el que se ejerciera poder e influencia. Sin embargo, se comprendía, aunque no se reconociera públicamente, que eran insuficientes los Materazzi que contaban con la inteligencia o el sentido común necesarios para dirigir de manera eficiente, y hasta ineficiente, un dominio tan amplio. De ahí la fundación del Cerebrero, un lugar que funcionaba según estrictos principios de mérito para lograr que la administración de las cosas no cayera rápidamente bajo la incompetencia y el caos. Allí donde fuera nombrado gobernador de tal o cual estado conquistado algún hijo imbécil o algún sobrino derrochador de los Materazzi, tenía que haber siempre un número significativo de graduados del Cerebrero para asegurarse de que se ponía un límite al daño que podía ocasionar. Era, por tanto, tan solo por el interés de la aristocracia por lo que se tomó la sabia decisión de asegurarse de que los inteligentes y ambiciosos hijos de los comerciantes (aunque no de los pobres) tenían un campo para sus ambiciones y una participación en el futuro de Menfis. Eso evitaba, además, que participaran en conspiraciones contra el orden establecido, algo que ha arruinado a más de un régimen aristocrático antes y después.

El Interventor miró a IdrisPukke, un hombre al que acompañaba su inestable reputación, levantando recelos. Esos recelos no quedaron disipados por la presencia del joven rufián de aspecto malvado que lo acompañaba, cuya reputación era peor si cabe que la de IdrisPukke, y aún más misteriosa.

—¿En qué os puedo servir? —preguntó en su tono menos servicial.

—El Señor Vipond —dijo IdrisPukke, sacando una carta del bolsillo interior y colocándola en la mesa, delante del Interventor— os pide que nos prestéis toda la ayuda que podáis.

El Interventor miró la carta con recelo, como si sospechara que pudiera no ser auténtica.

—Necesitamos a vuestro mejor alumno para que sea secretario de un miembro importante de la familia del Mariscal.

El Interventor alegró la cara: aquello podía ser interesante.

—Ya veo. Pero ¿no es ese el tipo de cargo que normalmente ocupan los propios Materazzi?

—Normalmente —añadió IdrisPukke, como si aquella tradición inamovible no tuviera la más leve importancia—. Pero en este caso, necesitamos un secretario con inteligencia y verdaderas dotes: es decir, con dotes de lenguaje. Alguien flexible, capaz de pensar por sí mismo. ¿Contáis con alguien así?

—Contamos con muchas personas así.

—Entonces queremos el mejor.

Y de ese modo, dos horas después, Jonathan Koolhaus, que estaba atónito, sin poder apenas poder creerse la buena suerte que tenía, atravesaba el castillo y, con la deferencia debida a un secretario de los Materazzi, se le conducía a la zona del palacio habitada por Arbell Cuello de Cisne, y en concreto a las habitaciones de los guardias.

Por si Jonathan Koolhaus no había oído el dictamen del General Void («Ninguna noticia resulta jamás tan buena ni tan mala como parecía al principio»), estaba a punto de enterarse de lo cierto que resultaba. Había esperado encontrarse en un gran salón, que sería la sala de espera a una gran vida, algo que estuviera a la altura de lo que merecía por su talento. Pero, en vez de eso, se encontró en una especie de dormitorio de cuartel lleno de camas arrimadas contra la pared, junto con numerosas armas de distintos tipos pero todas de terrible aspecto. Algo no encajaba. Media hora después, entró Cale con Simón Materazzi. Cale se presentó, y a continuación, mediante un gruñido, Simón hizo algo semejante ante el desconcertado sabio. Entonces le explicaron lo que se esperaba de él: tenía que usar sus habilidades para desarrollar un buen código de signos para Simón, y después lo acompañaría a todas partes y sería su intérprete. Imaginaos la terrible decepción del pobre Jonathan. Había esperado un glorioso futuro en la mismísima cúspide de la alta sociedad de Menfis, para descubrir que en realidad estaba destinado a ser el portavoz del que entre los Materazzi era el equivalente al tonto del pueblo. Se quedó blanco como el papel. Cale mandó a un criado que le mostrara su cuarto, que no era mucho mejor que el que había tenido en el Cerebrero. A continuación lo llevaron a las habitaciones de Simón, donde Henri el Impreciso lo aguardaba para instruirle sobre los signos básicos del lenguaje mudo de los redentores. Eso al menos le ofreció al abatido Koolhaus algo con lo que distraer su mente de la decepción. Su reputación como alguien con talento natural para las lenguas era bien merecido, y pronto comprendió que aquel código no era gran cosa. En dos horas había consignado por escrito todos los signos. Poco a poco, empezó a sentir curiosidad. Inventar una lengua, en vez de aprenderla, podía resultar interesante. Ninguna noticia es tan buena ni tan mala como parece al principio. Además, por mucho que lamentara tener que trabajar con un idiota, no podía hacer otra cosa que apechugar con ello.

Durante los días siguientes, Koolhaus empezó a cambiar su opinión: a Simón le habían dejado que se las apañara solo durante toda la vida, y por eso era

completamente indisciplinado, pues nunca le habían impuesto el control de ningún sistema de educación ni de normas de comportamiento. Dos cosas le permitían a Koolhaus enseñarle: el miedo y veneración que Simón sentía por Cale; y su propio desesperado deseo de aprender a comunicarse con otros, una vez que había empezado a saborear ese maravilloso placer, aunque solo fuera en un nivel muy primario, el que le permitía el código mudo de los redentores. Aquella combinación de factores convertía a Simón en un pupilo más prometedor de lo que parecía al principio, y juntos hicieron rápidos progresos, aunque interrumpidos al menos dos veces al día por las pataletas de Simón, que tenían lugar cada vez que no lograba comprender lo que hacía Koolhaus. La primera vez que Simón tuvo una de aquellas rabietas, Koolhaus, alarmado, mandó llamar a Cale, quien hizo callar a Simón amenazándole con darle una buena paliza si no se comportaba. Simón, que después del episodio de las puntadas, juzgaba a Cale capaz de cualquier cosa, hizo lo que se le mandaba. Cale representó ante él la cesión de su autoridad a Koolhaus, al que daba permiso para administrar castigos horribles pero no especificados, y así quedó la cosa. Koolhaus siguió con su enseñanza, y Simón, que por encima de todo quería agradar a Cale, siguió con su aprendizaje.

Koolhaus no podía, bajo ninguna circunstancia, decirle a nadie lo que estaba haciendo, y su presencia era explicada simplemente diciendo que era el cuidador provisional de Simón.

Aunque no sabía nada de los ambiciosos planes de Cale con respecto a su hermano, Arbell Cuello de Cisne sí era consciente de otras cosas que hacía por él. En el Santuario no se jugaba: el juego era ocasión de pecado. Lo más cercano que tenían a un juego era cierto ejercicio de entrenamiento en el que los dos jugadores, separados por una línea trazada en el suelo que ninguno de los dos podía cruzar, intentaban golpearse mutuamente con una bolsa de cuero al extremo de una cuerda. Si esto os parece inofensivo, tendríais que saber que la bolsa de cuero estaba llena de piedras de buen tamaño: las heridas graves eran frecuentes, y la muerte, aunque rara, se había dado alguna vez. Comprendiendo que los tres se estaban ablandando por la fácil vida de Menfis, Cale revivió este juego, pero poniendo en las bolsas arena en lugar de piedras. Aunque siguieran viéndolo como un mero ejercicio físico, se sorprendieron al descubrir que sin la constante amenaza de una herida seria, disfrutaban y se reían. Como les faltaba un contrincante, dejaron que Simón practicara con ellos. Era torpe, y carecía de la gracia de otros Materazzi, pero estaba lleno de energía, y ponía tanto entusiasmo que continuamente se estaba pegando a sí mismo. Aunque no parecía importarle. Hacían tanto ruido, riéndose y burlándose de los errores e inutilidad de los demás, que Arbell no podía dejar de oírlos. A menudo se quedaba en la ventana que dominaba el jardín, viendo a su hermano reírse y jugar con los demás: relacionarse con alguien por primera vez en su vida.

También esto le llegó al corazón, juntamente con la extraña fuerza de Cale y sus músculos bañados de sudor, mientras corría, lanzaba la bola, perseguía a alguien o reía.

Después, cuando él llevaba ausente de sus habitaciones más o menos una hora, mandó a Riba que fuera a buscarlo. Mientras Arbell se preparaba cuidadosamente para dar la impresión de una descuidada belleza, Cale aguardó en la sala principal. Como era la primera ocasión que tenía de mirar a sus anchas, empezó a examinarlo todo de manera sistemática, desde los libros que había en las mesas a los tapices y el enorme retrato de una pareja que dominaba la sala. Lo estaba examinando atentamente cuando entró por detrás Arbell y le dijo:

—Esos son mi bisabuelo y su segunda esposa. Causaron un gran escándalo con su amor. —Cale estaba a punto de preguntarle por qué tenía su retrato en la pared cuando Arbell cambió de tema.

—Yo quería —dijo con voz tímida y suave— agradeceros todo lo que hacéis por Simón. —Cale no respondió porque no sabía qué decir, y porque, desde la primera vez que se la encontró y se enamoró de ella, era la primera vez que el objeto de su confusa adoración le hablaba de manera tan amable—. Hoy os he visto jugando. Él está muy contento porque ahora por fin tiene con quien... —iba a decir «con quien jugar», pero se dio cuenta de que aquel hombre de maneras alternativamente brutales y bondadosas podía tomárselo de mala manera—: ...tiene quien sea amable con él. Os estoy muy agradecida.

A Cale le encantó cómo sonaba aquello.

—No tiene importancia —repuso—. Simón coge las cosas al vuelo, cuando se le explican un poco. Se irá haciendo más duro. —En cuanto dijo esto último, comprendió que no era lo que tenía que haber dicho—. Quiero decir que le enseñaremos a cuidar de sí mismo.

—¿No le enseñaréis cosas demasiado peligrosas? —preguntó Arbell.

—No le enseñaré a matar a nadie, si eso es lo que preguntáis.

—Lo siento —dijo ella, lamentando haberle ofendido—. No quería ser desagradable.

Pero Cale ya no era tan susceptible con ella como antes, pues comprendía que era tratado con mucha más calidez.

—No lo habéis sido. No debería estar siempre tan dispuesto a picarme. IdrisPukke me dice que no debo olvidar que no soy más que un gamberro, y que debo tener cuidado con lo que digo cuando me hallo entre gente educada.

—¿De verdad os ha dicho eso? —preguntó ella riéndose.

—De verdad. Sin embargo, no tiene mucho respeto por mi lado sensible.

—¿Tenéis un lado sensible?

—No estoy seguro. ¿Pensáis que estaría bien que lo tuviera?

—Creo que sería maravilloso.

—Entonces, si no lo tengo, intentaré adquirirlo. Aunque no sé cómo. Tal vez vos podríais indicarme cuándo me estoy portando como un gamberro, y regañarme.

—Eso me daría demasiado miedo —dijo ella, parpadeando repetidamente, con coquetería.

Cale se rio.

—Sé que todo el mundo piensa que tengo peor carácter que un turón, pero no mato a nadie solo porque me parezca mal lo que me dice.

—Sois mucho más que eso. —Seguía haciéndole ojitos.

—Pero también soy eso.

—Volvéis a mostraros demasiado susceptible.

—Y, sin embargo, ya veis: me estáis regañando y aún no he matado a nadie. Intentaré seguir mejorando.

Arbell sonrió, y Cale se rio, y a ella algo le llegó un poco más adentro en su desconcertado corazón.

Kleist les estaba enseñando a Simón y Koolhaus a ponerles plumas de ganso a las flechas. Simón iba por su tercer intento fallido, y se puso tan furioso que rompió la flecha y tiró los trozos contra la pared opuesta. Kleist lo miró con tranquilidad y le pidió a Koolhaus que tradujera.

—Volved a hacer eso, Simón, y sabréis lo que es sentir mi bota en el bullarengue.

—¿Bullarengue? —preguntó Koolhaus, mostrando su desagrado ante semejante palabra.

—Vos sois inteligente, así que podéis traducirlo sin ayuda.

—¿Adivináis lo que he encontrado aquí abajo en la bodega? —preguntó Henri el Impreciso, entrando en la sala como si alguien le hubiera puesto mermelada además de mantequilla en la tostada.

—Por todos los demonios —dijo Kleist sin levantar la mirada de la mesa—, ¿cómo iba a adivinar lo que has encontrado en la bodega?

Henri el Impreciso se negó a dejar disminuir su emoción.

—Venid a verlo. —Su alegría era tan evidente que Kleist empezó a sentir curiosidad. Henri los condujo a una planta que había debajo del palacio, y después por un pasillo cada vez más oscuro hasta una pequeña puerta que abrió con dificultad. Una vez dentro, un tragaluz les proporcionó toda la luz que necesitaban.

—Estuve hablando con uno de los veteranos, que me ha estado contando historias de la guerra, cosas realmente interesantes, y mencionó que hace unos cinco años,

estaba de exploración por el Malpaís buscando gurrieros, cuando se encontraron un carro pesado de los redentores que se había separado de la caravana principal. No había por allí más que una pareja de redentores, así que les dijeron que se perdieran, y confiscaron el carro. —Se acercó hasta la lona y la corrió a un lado. Debajo había una enorme colección de reliquias: santas horcas de varios tamaños tanto en madera como en metal, estatuas de la Santa Hermana del Ahorcado Redentor, y renegridos dedos de pies y manos de diversos mártires, conservados en pequeños relicarios de muy elaborada decoración. Uno contenía una nariz, o al menos eso le pareció a Henri el Impreciso que era, aunque después de setecientos años no era fácil saberlo. Había un antebrazo derecho de San Esteban de Hungría, y también un corazón en perfecto estado de conservación.

Koolhaus miró a Henri el Impreciso.

—¿Qué es todo esto? No comprendo.

Henri el Impreciso levantó una botellita llena hasta tres cuartos, y leyó la etiqueta:

—Esto es «Óleo de santidad rezumado del ataúd de Santa Walburga».

Kleist estaba agotando su paciencia, y la pila de reliquias le traía malos recuerdos.

—Dime que no nos has traído hasta aquí solo para que veamos esto.

—No. —Caminó un poco más allá, hasta otra lona más pequeña, y esta vez la apartó de una sacudida, tal como había hecho el mago en el punto culminante del truco de magia que habían contemplado la semana anterior en el palacio.

Kleist se rio.

—Bueno, ahora servirás para algo.

En el suelo había un surtido de ballestas ligeras y pesadas. Henri el Impreciso cogió una de ellas, que tenía un sistema de cremallera y piñón.

—Mira: una arbalesta. Apuesto a que le podemos sacar partido. Y esta... —Cogió una ballesta pequeña que tenía una especie de caja en lo alto—. Pienso que es de repetición. Había oído hablar de ellas, pero nunca había visto una.

—Parece un juguete infantil.

—Lo veremos cuando pueda hacerles unas saetas. Ninguna de las ballestas tiene. Seguramente los Materazzi las abandonaron porque no sabían lo que eran.

Simón le hizo a Koolhaus unos signos con los dedos.

—Simón está preocupado por lo que le dijisteis a Henri.

Kleist puso cara de desconcierto:

—Yo no le he dicho nada.

—Por lo que le dijisteis antes de que no servía para nada. Quiere que os disculpéis, y dice que si no lo hacéis, sabréis lo que es sentir su bota en vuestro bullarengue.

Era normal que Simón no entendiera la manera en que los muchachos hablaban entre ellos. Antes de conocerlos, él estaba acostumbrado solamente a la adulación o al insulto rotundos. Kleist miró a Simón. Los dedos de Koolhaus se movían velozmente mientras él hablaba.

—Henri el Impreciso es lo que los Materazzi llaman... —se le olvidó la palabra y anduvo buscándola— un *cecchino*, un francotirador. La ballesta es lo que usa siempre.

Pasaron dos horas antes de que Cale apareciera en el cuarto de guardia, y la noticia de las ballestas le puso inmediatamente de mal humor.

—¿Les dijisteis a Simón y Koolhaus que cerraran la boca?

—¿Por qué tendríamos que haberlo hecho? —preguntó Kleist.

—Porque —respondió Cale, ya verdaderamente irritado— no veo ningún buen motivo para que nadie se entere de que Henri es un francotirador.

—¿Y algún motivo para que no lo hagan?

—Lo que los demás no sepan, no lo utilizarán contra nosotros. Así que cuanto menos sepan, mejor.

—Tiene gracia que eso lo diga alguien que hizo semejante demostración en el jardín de verano —comentó Kleist.

—Mira, Cale —dijo Henri—, yo no podría haber sacado las ballestas ni hecho nada con ellas sin que se enteraran. Necesito que me hagan saetas, y también practicar.

De todas formas, ya era demasiado tarde para lamentaciones. Dos días después, el capitán Albin pidió ver a los tres. Más que nada, daba la impresión de que la cosa le hacía gracia.

—Vos no tenéis pinta de asesino, Henri.

—No soy asesino, solo francotirador.

—Jonathan Koolhaus dijo que sois un *cecchino*.

—No deberíais hacerle caso.

—O sea que sois un francotirador que no mata gente. ¿Para qué servís, entonces?

Aunque ofendido, Henri el Impreciso se negó a morder el anzuelo, pero el resultado final fue que Albin pidió una demostración.

—He oído hablar de ese artefacto. Me gustaría verlo en funcionamiento.

—No es un artefacto: son seis.

—Muy bien, seis. ¿Valdrá el Campo de los Sueños?

—¿Cuánto tiene de largo?

—Casi trescientos metros.

—No.

—Entonces ¿cuánto necesitáis?

—Quinientos metros largos.

Albin se rio.

—¿Me estáis diciendo que podéis darle a algo a quinientos metros con esas cosas?

—No: solo con una de ellas.

Albin parecía dudar.

—Supongo que podremos cerrar el extremo occidental del Parque Real. ¿Os parece bien dentro de cinco días?

—Necesitaré ocho. He mandado hacer unas saetas, y todas las ballestas requieren cuerdas nuevas.

—Muy bien. —A continuación miró a Kleist—. Koolhaus me ha dicho que vos sois arquero.

— Ese Koolhaus tiene la boca muy grande.

—Aparte de eso, ¿es cierto?

—Soy el mejor arquero que hayáis visto nunca.

—Entonces vos también nos haréis una demostración. ¿Y qué me decís de vos, Cale? ¿Os quedan más ases en la manga?

Ocho días después, una pequeña reunión de generales Materazzi, el Mariscal, que se había invitado él mismo, y Vipond se encontraron tras unas grandes pantallas de lona utilizadas normalmente para canalizar a los ciervos dejándoles las cosas fáciles a las damas de la alta sociedad que querían cazar un poco. Albin, que era tan implacablemente cauto como Cale, había decidido que sería mejor no darle mucha publicidad a la demostración. No sabía por qué, pero los tres muchachos andaban siempre ocultando algo, y, por tanto eran impredecibles. Y había algo en el que se llamaba Cale que parecía atraer líos tremendos. Era mejor andarse con cuidado.

A los cinco minutos de comenzada la demostración, Albin comprendió que había cometido un error terrible. No es fácil de aceptar, en lo más profundo del alma, que por razón de nacimiento otra gente menos capaz, menos trabajadora, menos inteligente y menos deseosa de aprender, tenga que tener siempre la primera oportunidad de meter las narices en lo que el poeta Demidov llama «el gran abrevadero de la pocilga de la vida». Teniendo tanto que ver con Vipond (un hombre trabajador de inteligencia y extraordinaria capacidad), el infantil sentimiento de

justicia que permanecía en la mente de Albin había de buen grado pasado por alto el hecho de que el aristocrático Vipond hubiera podido fácilmente convertirse en Canciller aunque hubiera sido un burro. Los generales que aguardaban el comienzo de la demostración no eran ni más ni menos capaces como generales que cualquier otro grupo seleccionado por virtud de sus parientes. Los panaderos, los cerveceros, los canteros de Menfis: todos observaban los derechos de nacimiento con la misma rigidez que una duquesa Materazzi.

«Eres imbécil —pensó Albin para sí—, y te mereces esta humillación». No era solo que aquellos tres fueran unos niños (aunque para lo que suelen ser los niños, estos resultaban un poco raros), sino que su categoría ni siquiera llegaba a la del pueblo llano. Era posible respetar a un cantero, a un armero; hasta la mayor parte de los Materazzi consideraban vulgar tratar con brusquedad a un criado. Pero esos chicos ni siquiera tenían identidad, no eran parte de nada, eran inmigrantes, y, lo peor de todo, uno de ellos había ido demasiado lejos. No es que los generales aprobaran el abuso por parte del Mond y de Solomon Solomon, que tenía fama entre todos de ser un bárbaro; sino que corregir tal cosa era competencia de los propios Materazzi. Cosas tales como la injusticia contra miembros de las clases inferiores debían enmendarse con discreción, y si no se enmendaban, pues no se enmendaban. No podía el ofendido en tales circunstancias tomarse la justicia por su mano, y menos de un modo tan efectivo y humillante. El hecho de que Cale hubiera solucionado por sí mismo los agravios sufridos representaba una dolorosa amenaza. Y tal vez tuvieran razón, pensó Albin.

El primero fue Kleist. A doscientos setenta metros de distancia, habían colocado doce soldados de madera, que normalmente se utilizaban para los entrenamientos de esgrima. Los Materazzi estaban familiarizados con los arcos, pero los usaban más que nada para cazar: los suyos eran arcos de varias piezas, bellos y elegantes, que importaban a gran precio. Por contra, el arco de Kleist era lo más cercano a un palo de escoba que hubieran visto nunca. Parecía imposible que un chisme tan feo se dejara curvar. Puso en el suelo el extremo inferior del arco y lo apuntaló con el pie izquierdo. Sujetando la cuerda justo por debajo del lazo, comenzó a tensar el arco. Más grueso que el dedo pulgar de un hombre gordo, el palo se fue curvando lentamente hasta llegar al límite, y después Kleist enlazó delicadamente la cuerda en la muesca. Intentó, por supuesto, mostrar el menor esfuerzo posible al tensar un arco ante el que se hubiera rendido cualquier hombre normal. Volviéndose hacia el semicírculo de flechas clavadas tras él en el suelo, tiró de una, la colocó en la cuerda, se la acercó a la mejilla, apuntó y disparó. Todo eso lo hizo en un solo movimiento fluido, soltando una flecha cada cinco segundos. Se oyeron once golpes idénticos al impactar las flechas. Otra flecha erró el blanco y no sonó. Uno de los hombres de Albin salió corriendo de detrás de una pared protectora de vigas de madera, y confirmó los aciertos agitando dos banderas: 11 de 12. El Mariscal aplaudió con entusiasmo. Los generales lo imitaron, pero sin ningún entusiasmo.

— ¡Bien hecho! —exclamó el Dogo. Molesto por la falta de respuesta de los generales, Kleist dio las gracias con una inclinación de la cabeza, en un gesto lleno de resentimiento, y se retiró para que Henri el Impreciso hiciera su demostración.

—Hay tres tipos básicos de ballesta —empezó diciendo con alegría, convencido de que la audiencia compartiría su interés. Levantó la más ligera, dejando otras dos delante de él, en sus soportes—. Esta es la ballesta de un pie. Se llama así porque hay que poner un pie aquí. —Colocó el pie derecho en el estribo, en la parte superior del arco, enganchó la cuerda en una pinza sujeta al cinturón que llevaba puesto, y tiró hacia abajo con el pie al tiempo que tensaba la espalda, hasta que el mecanismo del gatillo capturó la cuerda y la colocó en su lugar—. Ahora —dijo Henri el Impreciso con algo menos de alegría, al ser consciente de las miradas de desaprobación de los generales—, coloco la saeta en su sitio, y entonces... —Se volvió, apuntó y disparó. Lanzó un gruñido de alivio al oír el impacto de la saeta en su blanco, que sonó potente incluso a casi trescientos metros de distancia.

—¡Buen disparo! —exclamó el Dogo.

Los generales miraron a Henri el Impreciso no solo nada impresionados, sino hoscos y desdeñosos. Como esperaba que la potencia y precisión del disparo impresionara a todos, perdió la confianza al instante y empezó a titubear. Se volvió hacia la siguiente ballesta, que era mucho más grande pero tenía más o menos el mismo diseño.

—Esta es la ballesta de dos pies, así llamada porque hay que poner, um..., los dos pies en el estribo... y... ah... no solo uno. Eso significa —añadió sin convicción— que tiene... aún más potencia. —Repitió los anteriores movimientos y disparó la saeta contra el segundo blanco, pero esta vez pegó con tal fuerza que le arrancó la cabeza al soldado de madera.

Se hizo un silencio cargado de reproche, tan frío como los hielos de la cima del gran glaciar de la Montaña Salada. Si hubiera sido más viejo o más versado en el arte de la presentación, Henri el Impreciso se habría callado y cortado por lo sano. Pero como no era ni una cosa ni la otra, incurrió de lleno en su tercer gran error. A un lado, Henri tenía un gran objeto que había envuelto con una de las lonas de la bodega del palacio. Esta vez no la levantó con ímpetus de mago, sino que con la ayuda de Cale corrió la lona hacia un lado para mostrar una ballesta de acero que era el doble de grande que la anterior y estaba fija a un grueso poste firmemente clavado en el suelo. En el extremo trasero de la ballesta había un armatoste de bobinado. Henri el Impreciso empezó a darle a la manivela del armatoste, gritando por encima del hombro:

—Esto es demasiado lento para el campo de batalla, por supuesto, pero utilizando un cabrestante y acero para el arco, se puede alcanzar un blanco a más de quinientos metros.

Al menos esa afirmación produjo una reacción diferente al frío rechazo. Se oyeron rotundos gruñidos de incredulidad. Como él no había compartido las posibilidades de su nuevo descubrimiento ni con Cale ni con Kleist, ellos albergaban las mismas dudas, aunque se las guardaron para sí. Aquel escepticismo le levantó el ánimo a Henri el Impreciso. Todavía era lo bastante joven, lo bastante inocente, lo bastante tonto, para no saber que cuando uno le demuestra a los demás que están equivocados, los demás lo odian a uno por ello. Le hizo seña a uno de los hombres de Albin para que levantara una bandera. Hubo una breve pausa, y después levantaron otra bandera en el extremo del parque y retiraron una lona de una diana pintada de color blanco, de un metro aproximadamente de diámetro. Henri apoyó el hombro al final de la cureña, hizo una pausa para crear expectación, y disparó. Se oyó un tremendo «¡tuang!» al liberarse aquella fuerza equivalente a media tonelada contenida por el acero. La saeta pintada de rojo salió disparada, como lanzada por el demonio, y se perdió de vista en dirección al blanco. Henri había tenido el ingenio suficiente para recubrir la saeta con polvos rojos, y cuando dio en el blanco, el polvo rojo se extendió de manera espectacular sobre la blanca superficie. Hubo gritos ahogados y más bufidos, sobre todo de Kleist y Cale. Ciertamente, era una sorprendente muestra de buena puntería, aunque no tan extraordinaria como podía parecer. Le había llevado a Henri el Impreciso muchas horas fijar con precisión y seguridad el cabrestante en su sitio, y poner a punto el arco para disparar a la distancia exacta.

Se produjo un largo silencio, que el Mariscal intentó disimular dirigiéndose a Henri el Impreciso y haciéndole muchas preguntas. «¿De verdad?». «¡Santo Dios!». «¡Extraordinario!». Llamó a sus generales, que procedieron a examinar el arco con el entusiasmo de una duquesa a la que se le pidiera examinar un perro muerto.

—Bien —dijo al fin uno de ellos—, si alguna vez necesitamos asesinar a alguien desde una distancia segura, sabremos adónde acudir.

—No seáis así, Hastings —le reprendió el Mariscal, como haría un bondadoso tío que hace un reproche sin perder la jovialidad. Se volvió a Henri—: Y vos, joven, no le hagáis caso, yo pienso que es fascinante. Bien hecho.

—Tienes suerte —le dijo Cale a Henri— de que no te haya acariciado la barbilla y dado un caramelo.

—Esa ballesta —dijo Kleist, señalando con la cabeza el gigante de acero fijado al poste—. ¿Cuántas horas te ha llevado prepararla?

—No muchas —mintió Henri. Hubo un breve silencio.

—El otro día aprendí una palabra nueva en el mercado de Menfis: «¡Joder!».

—No teníais por qué saber —dijo Vipond a los tres muchachos en su despacho al día siguiente— cómo funcionan las cosas entre los Materazzi, pero es hora de que empecéis a aprender. Los militares tienen una ley para sí mismos, sometida solo al Mariscal. Aunque yo le aconsejo en cuestiones de política, tengo mucha menos influencia en lo que se refiere a la guerra. Sin embargo, tengo que interesarme en la guerra en general y, en especial, en vuestro considerable talento para la violencia. Me avergüenza decir —prosiguió en un tono nada avergonzado— que de vez en cuando puedo tener necesidad de ese talento, y por eso hay ciertas cosas que quisiera que comprendierais. El capitán Albin es un excelente policía, pero no pertenece a los Materazzi y, al permitir que los generales presenciaran vuestra exhibición, demostró no haber captado algo que ahora por fin comprende y que vosotros haríais bien en comprender también. Los Materazzi sienten una profunda repugnancia ante la idea de matar sin riesgo. Lo contemplan como si estuviera muy por debajo de su dignidad, como un terreno solo apto para vulgares asesinos. La armadura Materazzi es la más fina del mundo, y ese es el motivo de que sea tan cara. Muchos Materazzi necesitan veinte años para pagar las deudas en las que incurren tan solo por comprarse una armadura. Consideran indigno de ellos luchar con aquellos que no tienen armadura ni han recibido instrucción. Pagan esas enormes sumas para luchar contra hombres de su mismo rango, a quienes pueden matar o de quienes pueden recibir la muerte sin perder su categoría social ni siquiera en la tumba. ¿Qué categoría proporciona matar a un porquero o un carnicero?

—O ser muerto por ellos —apuntó Cale.

—Exactamente —corroboró Vipond—. Hay que ver las cosas desde su punto de vista.

—Pero nosotros no somos porqueros ni carniceros, sino soldados entrenados —dijo Kleist.

—No quiero ofenderos, pero vosotros no tenéis ninguna relevancia social. Empleáis armas y métodos que desafían todo aquello en lo que ellos creen. Para ellos, sois una suerte de herejía. Sabéis lo que es la herejía, ¿no?

—¿Y qué importa eso? —preguntó Cale—. Una saeta o una flecha no saben ni les importa quién fue el abuelo materno de aquel en quien se clavan. Matar no es más que matar, igual que una rata con un diente de oro no es más que una rata.

—Vale —admitió Vipond—, pero no necesitáis estar de acuerdo con ellos para poder entender que ese ha sido el comportamiento de los Materazzi durante trescientos años, y que no van a cambiar de repente solo porque a vos os parezca que deberían hacerlo. —Miró a Kleist—. ¿Vuestras flechas pueden atravesar una armadura Materazzi?

Kleist se encogió de hombros.

—No lo sé. No he disparado nunca a un Materazzi vestido de gala. Pero tendría que ser muy buena para aguantar una flecha de ciento quince gramos a cien metros de distancia.

—Entonces veremos qué puedes hacer para comprobarlo. Ballestas como esa vuestra de acero, Henri, ¿tienen muchos los redentores?

—Solo oí hablar de ellas una vez, yo no las había visto nunca. Mi maestro solo había visto dos en toda su vida, así que no creo.

—Vi cuánto tiempo llevaba cargarlo. Los Materazzi tenían razón en descartarlo para el campo de batalla.

—Yo ya lo dije cuando hice la demostración —protestó Henri el Impreciso—. Una saeta de una de las otras ballestas puede atravesar una armadura, eso lo he visto. Lo he hecho.

—Pero ¿también puede atravesar una armadura Materazzi?

—Dejadme que lo averigüe.

—A su debido tiempo. Os enviaré mañana a uno de mis secretarios y a uno de mis consejeros militares. Quiero que pongáis en un papel todo lo que sabéis sobre la táctica militar de los redentores, ¿entendido?

Al oír esto, los tres recelaron, pero ninguno protestó.

—Excelente. Ahora marchaos.

Capítulo 28

En la historia de los duelos, lo normal es que haya motivos serios para que un hombre se enfrente con otro en una lucha a muerte. Cuáles son esos motivos, sin embargo, es algo que casi nunca se recuerda. Los motivos que conocemos consisten en insultos leves, reales o imaginados, diferencias de opinión sobre la belleza de los ojos de determinada mujer, comentarios no lo bastante elogiosos sobre la honradez con que otro reparte las cartas, y cosas así. El famoso duelo entre Solomon Solomon y Thomas Cale comenzó con la cuestión de la prioridad en la elección de piezas de carne.

Cale se había visto envuelto en este asunto porque el cocinero contratado para dar de comer a los treinta hombres necesarios para proteger día y noche a Arbell Cuello de Cisne se había lamentado de la espantosa calidad de la carne que le entregaban. Criados a base de pies de muertos, los tres muchachos no habían notado que la carne que comían no fuera muy buena, pero los soldados se habían quejado al cocinero, y el cocinero se quejaba a Cale.

Al día siguiente, Cale fue a ver al proveedor y, no teniendo nada mejor que hacer, lo acompañó Henri el Impreciso. Si no fuera porque estaba de guardia, también hubiera ido Kleist, pues el caso es que proteger a una mujer las veinticuatro horas del día, no importa lo bella que fuera, resultaba extremadamente aburrido, especialmente sabiendo que el peligro que la acechaba era casi enteramente inventado. Para Cale era diferente, porque él estaba enamorado, y se pasaba las horas con Arbell Cuello de Cisne, ya fuera mirándola o poniendo en marcha su plan para hacer que ella sintiera lo mismo por él.

Aquel plan seguía funcionando incluso mientras Cale y Henri el Impreciso entraban en el mercado para tratar con el proveedor de carne, pues en sus aposentos, Arbell Cuello de Cisne trataba de arrancarle al reacio Kleist historias sobre Cale. Si se mostraba tan reacio, era porque se daba cuenta de que ella se moría de ganas de oír anécdotas del pasado de Cale que lo mostraran a una luz generosa o misericordiosa, y él se moría a su vez de ganas de no darle a Cale esa satisfacción. Ella era, sin embargo, una inquisidora extremadamente hábil y persuasiva, y además ponía todo el empeño. Al cabo de unas semanas, le había arrancado a Kleist, y a Henri el Impreciso, que estaba mucho más dispuesto a cooperar, mucha información sobre Cale y su vida. De hecho, las reticencias de Kleist servían solo para convencerla más y más de lo terrible que era el pasado de aquel joven del que se iba enamorando. La

tensión y renuencia con que confirmaba las historias de Henri el Impreciso conseguía hacerlas más convincentes.

— ¿Es verdad lo de la brutalidad de ese tal Bosco? — Sí.

— ¿Por qué eligió a Cale?

— Supongo que lo tenía enfilado.

— Por favor, decidme la verdad. ¿Por qué era tan cruel con él?

— Era un lunático, especialmente en lo que se refería a Cale. No quiero decir que fuera como vuestros lunáticos corrientes, de esos que gritan. En todos los años que pasé en el Santuario, no le oí levantar la voz ni una vez. Pero a pesar de eso está tan loco como un saco lleno de gatos.

— ¿Es verdad que lo hizo luchar a muerte con cuatro hombres?

— Sí, pero si los venció fue solo porque gracias al agujero que tiene el cabeza puede saber lo que va a hacer el otro.

— A vos Cale no os cae muy bien, ¿verdad?

— ¿Tiene algo para caer bien?

— Riba me dijo que os salvó la vida.

— Teniendo en cuenta que también fue él quien la puso en peligro, creo que no le debo nada.

— ¿En qué puedo servirlos, joven? — preguntó el alegre carnicero, gritando por encima del barullo del mercado.

Cale gritó a su vez en el mismo tono de alegría:

— Podéis dejar de enviar carne de perros y gatos muertos al cuarto de guardia del Palacio Occidental.

El carnicero, ya mucho menos alegre, sacó de debajo del mostrador un garrote de aspecto terrible y se fue hacia Cale.

— ¿Quién os habéis creído que sois para hablarme de esa manera, mierdecilla?

Se fue hacia Cale con rapidez sorprendente dado su tamaño, haciendo oscilar el garrote mientras se acercaba. Cale se agachó en el momento en que el garrote le pasó por encima de la cabeza, con lo que el carnicero perdió el equilibrio, lo que, junto con el hecho de que Cale le hiciera una zancadilla baja, ayudó a que cayera en el barro. Entonces puso un pie, descargando su peso sobre la muñeca del carnicero, y le arrancó el garrote de las manos.

—Ahora —dijo Cale, haciendo rebotar con suavidad el extremo del garrote en la parte de atrás de la cabeza de su atacante—, vos y yo vamos a entrar en donde quiera que guardéis la carne, y me vais a elegir la mejor, y cada semana me enviaréis carne igual de buena. ¿Nos empezamos a entender? —¡Sí!

—Bien. —Cale dejó de rebotar el garrote en la cabeza del carnicero, y le permitió ponerse en pie.

—Por aquí —dijo con la voz llena de odio contenido.

Los tres se dirigieron a una bodega que había detrás del puesto, llena de piernas y costados de buey, cerdo y cordero, además de un rincón dedicado a las pequeñas carcasas de gatos, perros y otras criaturas que Cale no reconoció.

—Elegid la mejor —dijo Henri el Impreciso.

El carnicero empezó a levantar de los ganchos las mejores piezas de cadera y cuarto trasero, cuando se alzó una voz familiar: —¡Alto!

Era Solomon Solomon con cuatro de sus soldados más experimentados. Si parece extraño que un hombre del rango de Solomon Solomon acudiera en persona a elegir la carne para sus hombres, hay que aclarar que los soldados están mucho más dispuestos a soportar las heridas, las privaciones, la enfermedad y la muerte que a soportar una mala comida. Solomon Solomon se tomaba muy en serio ofrecer a sus hombres la mejor pitanza siempre que era posible, y se aseguraba de que ellos se enteraran.

—¿Qué pensáis que estáis haciendo? —le preguntó al carnicero.

—Estoy apartando algunas piezas para la nueva guardia de Palacio —respondió, haciendo un gesto de la cabeza hacia Cale y Henri el Impreciso, a los que Solomon Solomon hizo como que no veía. Entró e inspeccionó con curiosidad los costados de carne, y después pasó la vista por toda la bodega.

—Quiero que lo llevéis todo esta tarde al cuartel Tolland, menos esa mierda del rincón. —Entonces bajó la vista hacia la carne que acababa de separar para Cale—: Eso también lo quiero.

—Estábamos primero —dijo Cale—. Esto ya está pedido. —Solomon Solomon levantó la vista hacia Cale y lo miró como si no lo hubiera visto nunca.

—Tengo prioridad en este asunto. ¿No me lo negaréis?

Aunque fuera hiciera calor, en la bodega hacía frío. Estaba excavada en la roca, y en los rincones se apilaban gruesos bloques de hielo. Pero la temperatura cayó aún más cuando Solomon Solomon hizo aquella pregunta. No había duda de que la respuesta de Cale conllevaba algo horrible. Al darse cuenta, Henri el Impreciso intentó ser razonable y amable con Solomon Solomon.

—Nosotros no necesitamos gran cosa, señor, es solo para treinta hombres.

Solomon Solomon no dirigió la vista hacia Henri, y de hecho parecía que ni siquiera le hubiera oído.

—Tengo prioridad en este asunto —le repitió a Cale—. ¿Me lo negáis ?

—Lo niego, si es lo que andáis buscando... —respondió Cale.

Muy despacio, dejando que Cale viera exactamente lo que estaba haciendo, Solomon Solomon levantó la mano derecha en lo que era claramente un ritual, y con la palma abierta golpeó a Cale en la mejilla de manera casi acariciadora. Entonces bajó la mano y aguardó. Cale también levantó entonces la mano, igual de lentamente, y la acercó con mucho cuidado al rostro de Solomon Solomon, pero en el último instante sacudió la muñeca con toda su fuerza, de manera que el golpe retumbó en el intenso silencio como el libro sagrado cuando lo cerraban de golpe en la iglesia.

Los cuatro guardias, furiosos ante el golpe propinado por Cale, avanzaron hacia él.

—¡Alto! —exclamó Solomon Solomon—. El capitán Grey os visitará esta tarde.

—¿Ah, sí? —preguntó Cale—. ¿Para qué?

—Ya lo veréis.

Diciendo eso, se volvió y se fue.

—¿Y nuestra carne? —gritó Cale con jovialidad, cuando se fue. Miró al carnicero, que tenía los ojos como platos, anonadado y espantado como estaba ante la sangrienta escena que acababa de tener lugar en su bodega—. No estoy seguro de poder confiar en que nos sirváis lo que os pedimos.

—Me juego más que la vida, señor.

—Entonces será mejor que nos llevemos algo de esto con nosotros. —Se echó al hombro un enorme costado de buey, y salió.

Capítulo 29

Corno un rayo que cae sobre un árbol en un bosque reseco, y después devora rápidamente a todos los demás, el alboroto que resultó del encuentro en la bodega del carnicero se extendió por Menfis de casa en casa. Al oír la noticia, el Mariscal Materazzi se puso a lanzar juramentos, hecho una furia. Vipond profirió una maldición. Tanto uno como otro, mandaron buscar a Cale y le pidieron que renunciara a la lucha.

—Pero me han dicho que si me niego a pelear, entonces cualquiera tendrá derecho a matarme en cuanto me vea, sin previo aviso.

Era difícil discutirse, porque era cierto. Cale era en aquel asunto el lado inocente, y había que estar de acuerdo con él. Así que después el Mariscal y el Canciller lo intentaron con Solomon Solomon, pero, pese al torrente de improperios del primero y las patentes amenazas del segundo de mandarlo al Medio Oriente el resto de su vida a enterrar leprosos, Solomon Solomon no se apeó del burro. El Mariscal estaba furioso.

—Daréis marcha atrás a esto o seréis colgado —gritó el Mariscal.

—Ni daré marcha atrás, ni seré colgado —respondió también a gritos Solomon Solomon. Y tenía razón: ni siquiera el Mariscal podía evitar un duelo cuando ya se habían dado las bofetadas, y tampoco podía castigar a los participantes. Vipond intentó apelar al esnobismo de Solomon Solomon:

—¿Qué os puede traer, aparte de deshonra, matar a un muchacho de catorce años? Él no es nadie. Ni siquiera tiene padre ni madre, no digamos ya un apellido digno de un juicio por combate. ¿En qué demonios estáis pensando para rebajaros de ese modo?

Aquel era un argumento contundente, pero Solomon Solomon simplemente se negó a dar una respuesta.

Y así quedó la cosa. El Mariscal lo echó de allí a gritos y Solomon Solomon se fue con airada solemnidad.

El encuentro de Cale con Arbell Cuello de Cisne estuvo tan envuelto en angustia como pueda imaginarse. Ella le rogó que no luchara, pero como la alternativa era mucho peor, Arbell pronto lanzó una furiosa diatriba contra Solomon Solomon, y se fue corriendo a ver a su padre para pedirle que detuviera aquello. Durante el

desgarrador encuentro con Arbell, Cale se había asegurado de llevar a Henri el Impreciso para que respaldara su versión de los acontecimientos. Cuando se marchó la consternada joven, Cale vio que Henri el Impreciso lo estaba mirando a él, y que era evidente que no pensaba nada bueno.

—¿Qué problema tienes?

—Tú.

—¿Por qué?

—Porque hiciste como que no sabías exactamente lo que iba a suceder cuando te preguntó si le discutías su prioridad a elegir la carne.

—Yo estaba primero. Eso lo sabes.

—Vas a matar o morir por... ¿unas piezas de carne?

—No: voy a matar o morir por la docena de palizas que me dio sin motivo. Nadie me volverá a hacer una cosa así.

—Solomon Solomon no es Conn Materazzi, y tampoco es un puñado de redentores medio dormidos que no te vieron llegar. Estás haciendo el imbécil. Puede matarte.

—¿Puede matarme?

—Sí.

—Espero que esté de acuerdo contigo en que soy un imbécil, porque entonces se llevará una sorpresa aún mayor cuando lo haga puré.

Capítulo 30

La Ópera Rosso es un magnífico anfiteatro semicircular con vistas a la Bahía de Menfis capaz de dejar atónito incluso al viajero más experimentado. Las gradas se alzan sobre la arena de manera tan empinada que se sabe que algunos espectadores demasiado apasionados han encontrado la muerte al caer desde las gradas superiores. Pero el propósito de «il Rápido», como se llama a su vertiginosa ascensión, es permitir a una multitud de treinta mil personas reunirse en torno al campo que circunda teniendo la sensación, incluso desde los puestos más elevados, de que la acción transcurre al alcance de la mano.

Los duelos eran de dos tipos: simplex y complex. En los primeros, el mero derramamiento de sangre podía dar por finalizada la lucha; en los segundos, uno de los combatientes tenía que morir. La oposición del Mariscal a los duelos complex se debía no tanto a la compasión, aunque con la madurez había dejado de encontrar placer en semejantes espectáculos sangrientos, como en los enormes problemas que ocasionaban. Las riñas, enemistades y venganzas a que daba origen una lucha a muerte causaban tanto dolor que el Mariscal había decidido emplear todos los medios a su alcance, formales e informales, para asegurarse de que no tenían lugar. Las luchas a muerte eran algo que solo podía causar problemas en general y, en particular, rebajar entre las clases populares el respeto hacia las clases dirigentes. Por aquellos días, a la Opera Rosso se acudía solo a contemplar corridas de toros y hostigamientos de osos, aunque estos últimos habían pasado de moda. También tenían lugar allí los combates de boxeadores profesionales y las ejecuciones. No podían perderse, por tanto, la ocasión de contemplar a sus superiores (y nadie sabía la diferencia que había con respecto a Cale) matándose en público unos a otros. ¿Quién sabía cuándo se volvería a presentar otra ocasión semejante?

Desde primeras horas de la mañana la enorme plaza que había delante de la Opera Rosso estaba ya abarrotada. Las colas ante las diez puertas constaban ya de miles de personas, y los que enseguida comprendían que no iban a entrar pululaban por los mercados y puestos que aparecían en aquellas grandes ocasiones formando una pequeña ciudad. Había policías y antidisturbios por todas partes, atentos a los ladrones y a cualquier otro problema, sabiendo que la frustración por no poder entrar podía dar lugar a duras peleas. Todos los pillos y tribus de la ciudad se encontraban allí: los «cabezas de gamuza», con sus chalecos de rojo y oro y las botas de plata; los «vándalos», con sus tirantes blancos y sombrero negro de copa; los

«roqueros», con sus bombines, monóculos y finos bigotes. Las chicas también estaban bien representadas: las «lolardas» con sus largos gabanes, botas hasta el muslo y cabeza afeitada, las «tiquitas» con sus labios rojos en forma de arco de Cupido, sus corpiños rojos ajustados y sus largas medias, negras como la noche. Había llamadas, gritos, risas y abucheos, música repentina y fanfarrias cuando aparecían, rodeados de admiradores, los jóvenes Materazzi.

Y por cada centavo ganado, la mitad iba a parar a Kitty la Liebre.

En las ejecuciones, el vulgo solía arrojar gatos muertos a los condenados. Aunque eso se consideraba totalmente adecuado para criminales y traidores, tal comportamiento estaba estrictamente prohibido en ocasiones como aquella, pues bajo ningún pretexto podía consentirse la falta de respeto a los Materazzi. Sin embargo, tales prohibiciones no impedían que los vecinos lo intentaran y, conforme avanzaba la mañana, iban creciendo ante las diez puertas grandes montones de gatos muertos, junto con comadreas, perros, armiños y hasta algún cerdo hormiguero.

A las doce sonaron fanfarrias por la llegada de Solomon Solomon. Diez minutos después, Cale, acompañado por Henri el Impreciso y por Kleist, hacía su aparición sin ser reconocido por la multitud, llamando la atención tan solo cuando los policías que vigilaban las colas las hicieron detenerse y observaron con curiosidad morbosa la entrada de los muchachos en la Ópera Rosso.

Capítulo 31

En las umbrías cámaras que había por debajo de la Ópera reservadas a los Materazzi que estaban a punto de salir a matarse entre sí, estaba Cale sentado en silencio, junto con Kleist y Henri el Impreciso, dándole vueltas a lo que iba a suceder. Hasta dos días antes, sus pensamientos habían sido solo de rabia y deseos de venganza, sentimientos potentes pero completamente familiares. Sin embargo, todo había cambiado tras dormir desnudo, bajo lujosas sábanas de algodón, con Arbell Cuello de Cisne, y comprender por primera vez en su vida el sorprendente poder de la felicidad. Imaginad lo que fue para Cale (Cale, el que pasaba hambre, el que sufría tratos inhumanos: Cale el asesino) ser envuelto por los brazos y piernas de aquella hermosa mujer, desnuda y enormemente apasionada, que le acariciaba el pelo y le cubría de besos. Y ahora aguardaba en una oscura cámara que olía ligeramente a humedad, mientras por encima de él, la Ópera estaba abarrotada con treinta mil espectadores que habían ido a verlo morir. Hasta dos días antes, lo que le movía era la voluntad de supervivencia, una voluntad intensa, animal, llena de rabia; pero siempre había una parte de él a la que le resultaba indiferente vivir o morir. Ahora, sin embargo, morir le preocupaba, y mucho, y por eso, por primera vez en su vida, tenía miedo. Amar la vida es, desde luego, algo maravilloso, pero no lo era precisamente aquel día.

Así que los tres estaban sentados, Kleist y Henri el Impreciso captando de manera semejante aquella sensación de terror completamente extraña, proviniendo de alguien a quien habían llegado a ver, les gustara o no, como intocable. Ahora, con cada aclamación o grito apagado, con cada golpe sordo de puertas y montacargas, de máquinas nunca vistas que sonaban y retumbaban, la expectación y la seguridad se veían reemplazadas por la duda y el miedo.

Cuando faltaba media hora, se oyó un suave golpe en la puerta. Abrió Kleist para dejar pasar al Señor Vipond e IdrisPukke. Le hicieron preguntas con voz suave, intimidados por el extraño clima que se respiraba en la oscura cámara.

¿Estaba bien?

—Sí.

¿Necesitaba algo?

—No. Gracias.

Y entonces se hizo un silencio mortuorio. IdrisPukke, testigo de la terrible matanza de redentores que había contradicho todas las posibilidades en el paso de la Cortina, estaba desconcertado. El Canciller Vipond, tan sabio y astuto, que sabía que nunca había conocido una criatura semejante a Cale, veía ante él a un joven que acudía a una horrible muerte ante el griterío de la multitud. Aquellos duelos le habían parecido siempre insensatos e injustificados, pero ahora le parecían grotescos e inaceptables.

—Dejadme que vaya a hablar con Solomon Solomon —le pidió a Cale—. Esto es una estupidez criminal. Presentaré disculpas. Dejadlo de mi cuenta.

Se levantó para irse, y Cale sintió algo sorprendente, algo que pensaba que no iba a volver a sentir nunca.

«Sí, déjale. Yo no quiero esto, no lo quiero».

Pero cuando Vipond estaba llegando a la puerta, otra cosa que no era orgullo, sino la honda comprensión de la realidad, le hizo llamarlo.

—Por favor, Canciller Vipond. Eso no serviría de nada. El tiene más ganas de quitarme la vida que de conservar la suya propia. Nada de lo que podáis decirle le hará cambiar de opinión. Le daréis sobre mí una ventaja a cambio de nada.

Vipond no discutió con él, porque comprendió que tenía razón. Se oyó un golpe fuerte en la puerta.

—¡Quince minutos!

Entonces se abrió.

—¡Ah, el vicario ha venido a veros!

Un hombre sorprendentemente pequeño y de amable sonrisa entró en la cámara vestido con traje negro y con una banda blanca alrededor del cuello que parecía un alzacuellos.

—He venido —dijo el vicario— para daros la bendición. —Se detuvo—. Si queréis que lo haga.

Cale miró a IdrisPukke, que evidentemente esperaba que echara al vicario con cajas destempladas. Viendo aquello, Cale sonrió y dijo:

—Daño no me hará.

Le tendió la mano a IdrisPukke, y este la estrechó.

—Buena suerte, muchacho —dijo él, y salió rápidamente. Cale inclinó la cabeza ante Vipond, y el Canciller respondió con el mismo gesto, dejando solos a los tres muchachos y el vicario.

—¿Empezamos? —preguntó el vicario con simpatía, como si estuviera oficiando una boda o un bautismo. Se metió la mano en el bolsillo y sacó una cajita de plata. Abrió la tapa y le mostró a Cale el polvoriento contenido.

—Son cenizas de la corteza de un roble —explicó—. Se piensa que representan la inmortalidad —añadió, como si ese fuera un punto de vista al que él, naturalmente, daba poco crédito—. ¿Puedo? —Metió el índice en la ceniza y lo extendió en una breve línea que trazó en la frente de Cale—. Recuerda, hombre, que eres polvo y al polvo volverás —entonó con alegría—. Pero recuerda también que aunque tus pecados sean como escarlata, se volverán blancos como la nieve; aunque sean tan rojos como el carmesí, serán de lana. —Cerró la tapa de la cajita de plata y se la volvió a guardar en el bolsillo, con el aire del que ha concluido un trabajo bien hecho—. Eh... hum... buena suerte.

Cuando se dirigía a la puerta, Kleist le preguntó:

—¿Le habéis dicho lo mismo a Solomon Solomon?

El vicario se volvió y miró a Kleist como haciendo un esfuerzo por recordar.

—¿Sabéis? —dijo, sonriendo de manera extraña—. Me parece que no.

Y diciendo eso, se fue.

Recibieron otra visita. Oyeron un golpe flojo en la puerta, abrió Henri, y entró Riba en la cámara. Henri se puso colorado cuando ella le apretó brevemente la mano antes de entrar. Cale miraba al suelo, como perdido. Ella aguardó un instante hasta que él levantó la vista, y se sorprendió.

—He venido a desearte buena suerte —dijo ella, hablando de manera nerviosa y apresurada—, y a pedirte perdón y a darte esto. —Le ofreció una nota. Cale la cogió y rompió el elegante sello:

«Te quiero. Por favor, regresa conmigo».

Durante un minuto, nadie dijo nada.

—¿Por qué me pedías perdón? —preguntó Cale.

—Es culpa mía que estés aquí.

Kleist lanzó un resoplido desdeñoso, pero no dijo nada. Cale la miró mientras le pasaba la nota a Henri para que se la guardara.

—Lo que pretende decir mi amigo es que la culpa solo es mía —terció Cale—. No trato de ser amable: es la verdad.

Como podría pasarle a cualquiera de nosotros en aquella situación, ella quería estar segura de su perdón, y por eso llevó su angustia demasiado lejos:

—Sigo pensando que es culpa mía.

—Está bien, como tú quieras.

Ella dio la impresión de quedarse tan entristecida al oír esto, que Henri el Impreciso se compadeció de ella al instante, volvió a ponerle la mano entre las suyas, y la acompañó al oscuro corredor que había tras la puerta.

—Soy una idiota —dijo ella, con lágrimas y enfadada consigo misma.

—No te preocupes. El no cree que sea culpa tuya, lo que pasa es que en este momento no quiere pensar en eso.

—¿Qué va a ocurrir?

—Cale vencerá. Siempre vence. Tengo que volver. —Ella le apretó nuevamente la mano y le dio un beso en la mejilla. Henri el Impreciso la miró fijamente, sintiendo cosas extrañas, y regresó a la cámara.

Cuando le quedaban diez minutos, Cale comenzó a hacer, en silencio y de forma automática, los ejercicios para prepararse a la lucha. Kleist y Henri el Impreciso se le unieron, moviendo los brazos, estirando las piernas, resoplando suavemente con el ejercicio, en la penumbra. Entonces se oyó un golpe fuerte en la puerta.

—¡Es el momento, caballero, por favor!

Los muchachos se miraron unos a otros. Hubo un breve silencio, y entonces sonó un golpe cuando se descorrió el pestillo de una segunda puerta en el otro extremo de la cámara. Se abrió lentamente con un chirrido, y apareció un rayo de luz en la penumbra, como si el mismo sol lo aguardara al otro lado de la puerta. El resplandor trazó un arco en la cámara antes oscura con toda la fuerza de una ráfaga de viento que quisiera hacerlo retroceder de nuevo a la seguridad de la penumbra.

Al empezar a avanzar, Cale pudo oír las últimas palabras de ella: «Huye. Vete. Por favor, ¿qué más te da? Escapa».

Unos pasos después, estaba en el umbral, y a continuación fuera, bajo el sol de las dos en punto.

Junto con la segunda explosión de luz, asaltó sus sentidos el bramido alocado de la multitud, como proveniente del fin del mundo. Al avanzar tres, luego cuatro, luego seis metros, y mientras los ojos se acostumbraban, distinguió no el muro de rostros de los treinta mil espectadores que se agitaban y abucheaban, cantando y gritando, sino al principio tan solo al hombre que lo esperaba en el centro de la arena, sujetando dos espadas enfundadas en sus vainas. Intentó no mirar a Solomon Solomon, pero no pudo evitarlo. Solomon Solomon, veinticinco metros a su izquierda, caminaba derecho, con los ojos fijos en el hombre que lo aguardaba en el centro de la arena. Era enorme, mucho más alto y ancho de lo que recordaba Cale, como si hubiera doblado el tamaño desde la última vez que lo había visto. Cale se asombró de cómo el terror lo dejaba sin las fuerzas que lo habían hecho invencible durante la mitad de su vida. La lengua, seca como arena, se le pegaba al paladar; le dolían los músculos de los muslos, que apenas parecían capaces de soportarlo; sus brazos, fuertes como robles, parecían incapaces de la proeza de levantarse a sí mismos, y en los oídos notó un extraño ardor, más fuerte incluso que el clamor de la multitud, los vítores y los abucheos y los retazos de canciones. A lo largo del

perímetro del anfiteatro, varios cientos de soldados estaban firmes, cada menos de cuatro metros de distancia, mirando alternativamente a la multitud y a la arena.

Los aborrecidos cabezas de gamuza cantaban alegremente:

NADIE NOS QUIERE, NO NOS PREOCUPA,NADIE NOS QUIERE, NO NOS PREOCUPA.

¿NOS PIRРАН LAS LOLARDAS Y HUGONOTES?

AAAAAAAH PUES NO, NO TENEMOS AMIGOTES.

¡NI CON LUPA, NI CON LUPA, NI CON LUPA!

DE MENTIS, LA BRONCA Y LA PUPA...

Entonces levantaron las manos en alto sobre la cabeza, y dieron palmadas al compás de una nueva canción, alzando las rodillas a la vez:

¡TENDRÁS QUE MATAR, A MENOS QUE PRETIERAS MORIR!

¡TENDRÁS QUE MATAR, A MENOS QUE PRETIERAS MORIR!

¡TENDRÁS QUE MATAR, A MENOS QUE PREFIERAS MORIR!

¡TENDRÁS QUE MATAR, /I MENOS QUE PRETIERAS MORIR!

Al mismo tiempo, las lolardas, con sus sombreros de copa, canturreaban muy contentas:

¡HOLA, HOLA, HOLA, PERO ¿QUIÉN ERES?

¡HOLA, HOLA, HOLA, PERO ¿QUIÉN ERES?

¿ERES MANCO, ERES CIEGO, ERES TUERTO?

¡DENTRO DE UN RATO ESTARÁS MUERTO!

¡HOLA, HOLA, HOLA, PERO ¿QUIÉN ERES?

¡HOLA, HOLA, HOLA, PERO ¿QUIÉN ERES?

A NOSOTRAS NO NOS GUSTA HABLAR,A NOSOTRAS NO NOS VA COTORREAR,PERO DENTRO DE POCO ESTARÁS ENTRE LOSAS,CUBIERTO CON UNA CORONA DE ROSAS, PERDIENDO LOS DIENTES, PERDIENDO TUS COSAS, ¡AUNQUE NO NOS GUSTA COTORREAR!

A cada paso que daba, Cale se hundía más, como si la debilidad y el miedo, vivos en él por primera vez en muchos años, invadieran descontroladamente sus tripas y su cerebro.

Por fin estaba allí, al lado de Solomon Solomon, con su ira y su fuerza que ardían como un segundo sol.

El Maestro de Armas les hizo un gesto a derecha e izquierda. Entonces exclamó:

—¡BIENVENIDOS A LA ÓPERA ROSSO!

Y al decirlo la multitud, todos a una, se puso en pie gritando. Todos, salvo la parte reservada a los Materazzi, donde los hombres vitoreaban y las mujeres aplaudían con indiferencia. Allí no estaba, de todas maneras, el peldaño superior de la sociedad Materazzi, cuyos integrantes no se asociaban con algo tan vulgar como aquel espectáculo, y tampoco con Solomon Solomon, al que no consideraban completamente uno de los suyos, pese a ser respetado por su puesto en la jerarquía militar, pues era biznieto de un hombre que había hecho su fortuna con los salazones de pescado. Eso no quiere decir que no hubieran acudido unos pocos de los más selectos Materazzi, incluyendo a un Mariscal que había ido muy a pesar suyo. Estos observaban la escena desde palcos privados empotrados en el graderío, mientras comían la captura matutina de langostinos. En el espacio reservado para el Mond, el encendido odio que sentían por Cale estalló en un mar de brazos que lo apuntaban, coreando con burla y desprecio:

—¡BUUM LACALACALACA BUUM LACALACALACA TAC TAC TAC!

Desde lo alto del graderío occidental, algún gamberro habilidoso que había conseguido burlar los registros de los policías arrojó un gato muerto que describió en el aire un enorme arco. Haciendo un ruido sordo, el cuerpo del gato cayó en la arena, a solo siete metros de Cale, ante un rugido de la multitud que expresó su aprobación y alegría.

El pánico se apoderó de los escasos ánimos de Cale, como si durante todos aquellos años hubiera estado conteniendo un enorme embalse de miedo que en aquellos momentos rompía los muros de contención desbordando nervios y agallas, osadía y voluntad. Su misma columna vertebral tembló de cobardía en el momento en que el Maestro de Armas le entregó la espada. Apenas podía ya levantar la mano para sacarla de la vaina, tan débil se encontraba de repente. La espada le resultaba tan pesada que la dejó caer para que colgara a su costado, floja. No había ya más que sensaciones: el amargo gusto de la muerte y el terror en la lengua, el sol ardiente y brillante, el ruido de la multitud y el muro de rostros. Y entonces el Maestro de Armas levantó las manos. Entre la multitud unos mandaron callar a otros. El dejó caer los brazos a ambos lados, como muertos. La multitud gritaba como una sola bestia, y Cale observó cómo el hombre que estaba a punto de matarlo levantaba la espada y, con cautela, se acercaba a aquel muchacho tembloroso, invadido por el pánico.

Desde lo más profundo de Cale, algo imploraba protección, rogando que lo salvaran: «IdrisPukke, sálvame; Leopold Vipond, sálvame; Arbell Cuello de Cisne, sálvame». Pero nadie podía ayudarlo salvo aquel a quien más odiaba en el mundo: el Padre Bosco, que acudió a rescatarlo de su escalofriante espera y de la sangre roja que caería sobre la arena, volviendo a entregarle el producto de tantos años de violencia y terror cotidiano. Las aguas del terror empezaron a congelarse, empezando en su pecho. Mientras Solomon Solomon daba vueltas con rapidez, la frialdad se extendió hacia abajo, a través del corazón y las entrañas, y de allí a los

brazos y las piernas. En tan solo unos segundos, como una droga milagrosa que suprimiera un dolor insoportable, regresó, familiar, salvadora, anestésica, la vieja indiferencia al terror y la muerte. Cale volvía a ser él mismo. Solomon Solomon, al principio cauteloso ante la inmovilidad de Cale, se movía rápidamente preparando el ataque, con la espada en alto, los ojos concentrados, como el diestro emisario de una muerte violenta. Se movió, cubriendo una distancia sorprendente, y después se detuvo por un instante. Se miraron a los ojos, la multitud guardaba y exigía silencio. Todo lo que Cale veía parecía llegarle a través de un túnel: una mujer anciana en medio de la juventud, que le sonreía como una abuela bondadosa mientras se pasaba el dedo por la garganta, el gato muerto, tan rígido en el suelo que parecía un juguete mal hecho, la joven bailarina en el borde de la arena, con la boca abierta en gesto de alarma y terror. Y su enemigo arrastrando los pies en la arena, cuyo sonido chirriante resultaba más estruendoso que la multitud, que parecía tan lejana. Entonces Solomon Solomon hizo acopio de fuerzas y atacó.

Cale se agachó y se movió bajo su brazo, acuchillando hacia abajo al tiempo que la espada de Solomon Solomon trataba de partirlo en dos. Después se intercambiaron los papeles. La multitud bramó, excitada y confusa. Ninguno de ellos había resultado herido. Entonces algo empezó a gotear de la mano de Cale y, después, a manar con más fuerza. El dedo meñique de su mano izquierda había sido seccionado y yacía en la arena, pequeño y ridículo.

Cale retrocedió, acometido por un dolor horrible, intenso, atroz. Solomon Solomon se detuvo, observando detenidamente la sangre y el dolor de su contrincante, consciente de que el trabajo de matar no había concluido, pero había tenido un concienzudo comienzo. Cuando la multitud empezó a distinguir la sangre en la arena, surgió de ella un sordo bramido que fue creciendo muy poco a poco. Parte del vulgo abucheaba al favorito, animando al que tenía menos posibilidades; los Materazzi lanzaban vítores, y desde el Mond seguían con sus comentarios burlones. Entonces, poco a poco, la multitud se quedó en silencio mientras Solomon Solomon, sabiendo que ya lo tenía todo bajo control, aguardaba a que la pérdida de sangre, el dolor y el miedo a la muerte hicieran su labor.

—Quedaos quieto —dijo Solomon Solomon—, y puede que termine rápidamente con vos. Aunque no puedo prometeros nada.

Cale lo miraba algo perplejo. Entonces movió la espada en la mano, aparentemente comprobando su peso, y atacó la cabeza de su oponente de manera lenta y perezosa. El hábito adquirido durante años de entrenamiento, en los que siempre respondía al ser atacado por embestidas tan flojas como aquella, impulsó a Solomon Solomon a arremeter contra Cale. Como a un corredor, sus poderosos muslos lo propulsaron al ataque. Pero, al dar el segundo paso, cayó como si hubiera sido alcanzado por una de las saetas de Henri el Impreciso, y pegó con la cara y el pecho en la arena.

Tal fue la sorpresa que la multitud ahogó un grito, todos al mismo tiempo, como si se tratara de un solo ser.

La cuchillada que Cale había lanzado hacia abajo en el primer ataque no había errado en absoluto su destino. Al mismo tiempo que el primer golpe de Solomon Solomon le cortaba el dedo, Cale había atacado el pie, seccionando el tendón del talón. Era por eso por lo que, mientras sufría los terribles dolores de la mano, se extrañaba de que Solomon Solomon hubiera resultado aparentemente indemne. Por eso había atacado después de manera tan perezosa: lo único que pretendía era comprobar cómo se movía.

Pese al desconcierto y el terror, Solomon Solomon había girado al instante para sostenerse sobre la rodilla de la pierna buena, blandiendo la espada para mantener a Cale a distancia.

—¡Asqueroso montón de mierda! —exclamó sin que le brotara de la garganta poco más que un susurro. Pero a continuación lanzó un descomunal grito de ira y frustración.

Cale se mantuvo fuera de su alcance, aguardando. Se oyó otro estallido de rabia y humillación procedente de Solomon Solomon. Cale se limitó a observar mientras su contrincante empezaba a aceptar la derrota.

—Muy bien —dijo Solomon Solomon, con rabia y amargura—. Habéis vencido. Me rindo.

Cale miró al Maestro de Armas.

—Me dijeron que esto debía proseguir hasta que uno muriera —dijo Cale.

—Siempre es posible el perdón —explicó el Maestro de Armas.

—¿Es posible ahora? Porque no recuerdo que nadie lo mencionara en su momento.

—El vencido puede implorar compasión. Eso no implica nada, y nadie puede hacerle ningún reproche al vencedor si no la otorga. Pero el perdón siempre es posible. —El Maestro de Armas dirigió la mirada al arrodillado—. Si queréis aspirar al perdón, tenéis que implorarlo, Solomon Solomon.

Solomon Solomon negó con la cabeza, como debatiéndose atrozmente en su fuero interno. Lo que tenía lugar dentro de él era, primero, desconcierto y, después, una indignación tremenda y creciente.

—Imploro vuestro...

—¡Callaos! —gritó Cale, mirando tan pronto a su contrincante como al Maestro de Armas—. ¡Hipócritas! Me arrastráis aquí a la fuerza y, cuando las cosas no salen como esperabais, pensáis que podéis cambiar las reglas a vuestra conveniencia. Eso es todo cuanto significa el montón de mierda de vuestra nobleza: la posibilidad de

hacer lo que os venga en gana. Todo lo que os rodea no son más que malditas mentiras.

—Él está obligado —explicó el Maestro de Armas— a pagaros diez mil dólares a cambio de su vida.

Cale arremetió, y, lanzando un grito, Solomon Solomon se derrumbó en el suelo con un profundo tajo en el brazo.

—Decidme —pidió Cale—, ahora ¿valéis más o menos? Me golpeabais sin motivo y sin compasión, pero ahora miraos. Esto es infantil. ¿Cuántas docenas de hombres habéis matado sin pensároslo dos veces? Y ahora que os toca el turno, lloriqueáis que se haga una excepción con vos. —A Cale le faltaba el aire para hablar a causa del disgusto y la estupefacción—. ¿Por qué? Este es vuestro destino; un día será el mío. ¿Cuál es la carne que os corresponde, amigo?

Y diciendo esto, Cale se plantó ante Solomon Solomon, le levantó la cabeza tirándole del pelo y lo despachó con un simple golpe en la nuca. Dejó caer en la arena el cuerpo ahora inerte, boca arriba. Tenía los ojos abiertos y ciegos, y de la nariz le manaba todavía un hilo de sangre. Pronto dejó de salir, y aquel fue el final de Solomon Solomon. Durante los últimos segundos de vida de su enemigo, Cale no había sido consciente de nada más, ni del dolor de la mano izquierda ni de la multitud. La ira le volvía sordo a todo lo demás. Pero entonces regresaron a la vez el dolor y la presencia de la multitud. El sonido de esta era extraño. No eran vítores lo que escuchaba, salvo de unos pocos sectores que se encontraban demasiado borrachos para saber qué era lo que presenciaban. Había gritos y abucheos, pero, sobre todo, sorpresa e incredulidad.

Desde el banco en que les habían dicho que aguardaran, Kleist y Henri el Impreciso observaban anonadados. Fue Henri el Impreciso el que se dio cuenta de lo que Cale se proponía hacer a continuación.

—Aléjate de ahí —susurró para sí. Y entonces le gritó a Cale—: ¡No! —Intentó acercarse a su amigo, pero se lo impidieron un policía y uno de los soldados. En medio de la Opera Rosso, Cale puso el cuerpo boca arriba, le metió la espada en el vientre, le juntó los pies desparramados y empezó a arrastrar su cuerpo por la arena, en dirección a los palcos cerrados de los Materazzi.

Eso le costó unos veinte segundos, durante los cuales el cadáver abrió los brazos hacia atrás, la cabeza rebotaba en aquel suelo no lo suficientemente liso y su sangre dejaba un rastro rojo, irregular y brillante. El Maestro de Armas hizo señal a los guardias que había ante la multitud para que se acercaran unos a otros, cerrando el paso. Las mujeres y los hombres Materazzi, y los jóvenes del Mond, observaron imbuidos en silenciosa estupefacción.

Entonces Cale, sujetando todavía bajo los brazos los pies de Solomon Solomon, observó a la multitud como si ninguno valiera diez centavos, y dejó caer los pies, que hicieron un ruido sordo al llegar al suelo. Extendió los brazos en alto, por encima de

la cabeza, y lanzó a la multitud gritos de malévolos triunfos. El Maestro de Armas hizo señas al policía para que permitiera a Kleist y Henri acercarse a Cale y llevárselo. Mientras corrían hacia él, Cale empezó a caminar de un lado para otro, delante de los soldados y de la multitud a la que estos protegían, como un turón que buscara un agujero por el que meterse en el gallinero. Entonces se golpeó tres veces el pecho fuertemente con la mano derecha, gritando con emoción a cada golpe:

— ¡Mea culpa! ¡ Mea culpa! ¡ Mea máxima culpa!

La multitud no podía comprenderlo, pero tampoco necesitaban traducción. Se encendieron en cólera, y parecía que se hacían hacia delante como si fueran un solo ser viviente, aullando la respuesta de su propio odio. Entonces los dos muchachos llegaron donde él estaba y lo agarraron por los hombros.

— Vale ya, Cale — dijo Kleist, apretándolo con cuidado—. Ahora, ¿por qué no nos vamos?

— Es el momento de irse, Thomas. Ven con nosotros.

Sin dejar de desafiar a la multitud, permitió que se lo llevaran de vuelta hasta la puerta de la cámara en la que habían estado esperando antes de la lucha. Treinta segundos después, la puerta se cerraba y ellos se quedaban sentados en la penumbra, aturcidos por la horrible sorpresa. Habían pasado diez minutos desde que salieran a la arena.

En su palacio, Arbell Cuello de Cisne esperaba las noticias inmersa en un terror insoportable. No había sido capaz de acudir a la Ópera para verlo morir, pues estaba segura de que era eso lo que sucedería. Toda su intuición le decía a gritos que ya había visto a su amante por última vez. Entonces se oyó un extraño ajeteo al otro lado de la puerta. La puerta se abrió de golpe, y entró en la estancia Riba, sin aliento y con los ojos como platos.

— ¡Está vivo!

Podéis imaginar la escena que tuvo lugar aquella noche, cuando los dos amantes se quedaron solos: los mil besos de satisfacción ofrecidos como una lluvia al exhausto muchacho, las caricias, el torrente de declaraciones de amor y adoración. Si aquella tarde él había atravesado el Valle de las Sombras de la Muerte, aquella noche era premiado con una visión del cielo. Aunque el infierno seguía también con él, y el dolor de su dedo perdido era intenso, mucho peor que el ocasionado por otras heridas más serias que había sufrido. Solo pudo concentrarse en la delirante recepción que le ofrecían cuando Henri el Impreciso consiguió encontrar, aunque muy cara, una pequeña cantidad de opio que rápidamente redujo el dolor a su mínima expresión. Más tarde, aquella noche, cuando Arbell dio por concluida su intensa adoración de cada centímetro de su cuerpo, intentó explicarle lo que le había

sucedido antes de la lucha con el difunto Solomon Solomon. Tal vez fuera el opio, o tal vez la tensión y horror vividos aquel día, la cercanía a la muerte, el caso es que se esforzó por encontrar el sentido de lo ocurrido. Quería explicarse ante ella, pero al mismo tiempo temía hacerlo. Al final, ella le hizo callar, apiadada de su confusión y horror. Y tal vez también por ella misma: no quería volver a acordarse del extraño pacto que su amante había establecido con el asesinato.

—Cuantas menos palabras, más rápida será la cura.

Tras muchos más besos y votos de amor, Cale salió de sus aposentos antes de que llegara la guardia del alba. Encontró a Henri el Impreciso vigilando, solo.

—¿Qué tal te encuentras? —le preguntó Henri.

—No lo sé. Raro.

—¿Quieres una taza de té? —Cale asintió con la cabeza—. Ve a tomarla: el agua está hirviendo. Yo iré en cuanto me releve la nueva guardia.

Diez minutos después, Henri el Impreciso se encontraba con Cale en el cuarto de guardia, justo cuando ya estaba preparado el té. Se quedaron sentados en silencio, bebiendo y fumando, placer este último que Cale había hecho conocer tanto a Henri el Impreciso como a Kleist, al que ahora casi siempre se veía con un cigarrillo en los labios.

—¿Qué es lo que iba mal? —preguntó Henri el Impreciso al cabo de cinco minutos.

—Me entró canguelo. Mala cosa.

—Pensé que iba a matarte.

—Lo hubiera hecho si no hubiera sido tan cauteloso. Creyó que la razón de que yo no me moviera era una especie de truco.

Volvieron a quedarse en silencio.

—¿Y qué cambió?

—No lo sé. Me recobré en unos segundos. Fue como si alguien me echara agua helada.

—Pues tuviste suerte. —Sí.

—¿Y ahora?

—Realmente no he pensado en ello.

—Pues harías bien en pensar.

—¿Por...?

—Aquí hemos acabado.

—¿Por qué? —preguntó Cale, cambiando de postura y haciendo como que se concentraba en liar otro cigarrillo.

—Has matado a Solomon Solomon, y después les presentaste a los Materazzi su cadáver y los desafiaste.

—¿Los desafié?

—A hacerte todo el daño que pudieran, ¿no fue así? —Cale no respondió—. Me imagino que eso puede ser bastante daño. Y la próxima vez no será cara a cara. Alguien dejará caer un ladrillo sobre tu cabeza.

—De acuerdo, lo he pillado.

Pero Henri el Impreciso no había terminado.

—¿Y qué pasará cuando se enteren de lo que hay entre tú y Arbell Materazzi? Las únicas defensas que tienes son Vipond y su padre. Y ¿qué crees que hará él cuando se entere? ¿Preparar la boda? Arbell Materazzi, ¿deseas, con toda tu pompa y circunstancia, a este porquero y gamberro, Thomas Cale, como legítimo esposo?

Cale se levantó con cansancio.

—Necesito dormir. No puedo pensar en eso ahora.

Capítulo 32

Con el sonido de las sombrías palabras de Henri el Impreciso en los oídos, Cale cayó en un sueño triste y profundo al tiempo en que salía el sol. Cuando despertó, quince horas ~después, el tañido de las campanas de la iglesia sustituía a las palabras de Henri. Pero aquel tañido no era el melodioso aviso que invitaba en las fiestas de guardar a los fieles de Menfis, en general poco entusiastas, sino un repiqueteo estridente y enfurecido. Cale salió de la cama, cruzó la puerta descalzo y se lanzó por los corredores hacia los apartamentos de Arbell. Fuera había ya diez guardias Materazzi, y otros llegaban por el corredor en la dirección opuesta.

—¿Quién es?

—Cale. Abre.

La puerta se abrió y apareció Riba, aterrorizada. Desde detrás, con delicadeza, Arbell la hizo a un lado.

—¿Qué sucede?

—No lo sé. —Cale dirigió un gesto a los guardias Materazzi, y la hizo volver al interior de la estancia.

—Cinco de vosotros, aquí dentro. Mantened las cortinas cerradas y no os dejéis ver. Que ellas permanezcan en ese rincón de la estancia, lejos de las ventanas.

Arbell volvió a salir al corredor.

—Quiero saber qué sucede. ¿Y si es mi padre?

—Volved dentro —gritó Cale ante aquel temor completamente razonable—. Y haced lo que se os dice de una maldita vez. ¡Cerrad la puerta!

Riba agarró con suavidad el brazo de la consternada aristócrata y la hizo retroceder, seguida por los cinco guardias, que se extrañaban y asustaban de ver que se dirigían en aquel tono a Arbell Cuello de Cisne. Cale hizo un gesto de cabeza dirigido al comandante de la guardia, al tiempo que sonaba tras él el cerrojo de la puerta.

—Enviaré noticias en cuanto las tenga. Que alguien me dé una espada.

El comandante de la guardia hizo señá a uno de sus hombres para que le entregara un arma.

—¿Qué os parecerían también unos pantalones? —añadió, para regocijo de los demás soldados.

—Cuando vuelva —dijo Cale—, no os reiréis tanto.

Y con esta amarga respuesta, se marchó corriendo. Cogió la ropa de su cuarto, y en menos de treinta segundos bajó dos tramos de escalera y salió al patio del palacio. Henri el Impreciso y Kleist habían ya dispuesto guardias en torno a las murallas y, armados de arco y ballesta de un pie, se disponían a unirse a ellos.

—¿Qué se sabe? —preguntó Kleist.

—No gran cosa —respondió Henri—. Un ataque en algún punto más allá de la quinta muralla. Hombres que parece que llevan hábitos. Aunque tal vez sea una falsa impresión.

—¡En nombre del cielo!, ¿cómo pueden haber llegado tan cerca los redentores?

La explicación era sencilla: Menfis era una ciudad comercial que llevaba décadas sin sufrir un ataque, y que tampoco parecía sufrir amenazas. La gran cantidad de mercancías que se compraban y vendían cada día en la ciudad necesitaba pasar con libertad a través de seis murallas interiores diseñadas para impedir ese paso durante un sitio, la última de las cuales había sido erigida hacía cincuenta años. Las murallas interiores se habían convertido en tiempo de paz en una considerable molestia, y por eso las habían atravesado gradualmente con numerosas entradas y salidas, además de túneles para la salida de desperdicios, aguas y excrementos, de tal manera que su función defensiva estaba muy debilitada. Kitty la Liebre había chantajeado a un superintendente del alcantarillado (los pecados de las ciudades de la llanura eran castigados por los Materazzi casi tan severamente como por los redentores) y era él quien había introducido a unos cincuenta redentores hasta la quinta muralla. Sin embargo, no se iba a permitir que nadie pudiera establecer ninguna conexión entre el ataque y Kitty la Liebre: en el momento en que se lanzaba el ataque contra el palacio, el superintendente del alcantarillado yacía boca abajo metido en un cubo de basura y con la garganta cortada. De este modo, el intento de Bosco de provocar un ataque de los Materazzi a costa de unos pocos indeseables y pervertidos conducía a una lucha desesperada en el vigilado corazón de Menfis. El ataque tras la quinta muralla había sido un amago obra de unos diez redentores, pero los otros cuarenta se habían abierto camino por debajo del palacio y habían salido al patio por una tapa de alcantarilla. Al tiempo que salían con sus negros hábitos, como un enjambre de cucarachas, Cale envió a Kleist y Henri el Impreciso, armados de arco y ballesta, a lo alto de la muralla, mientras se preguntaba qué hacer con los doce Materazzi que estaban a su lado. Entonces observaron boquiabiertos a los cuarenta redentores que se extendían como una mancha que avanzaba hacia ellos.

—¡Formad una fila! ¡Una fila! —gritó Cale a sus hombres, y entonces atacaron los redentores. Cale le lanzó un grito a Kleist, pero era demasiado arriesgado lanzar flechas en una lucha cuerpo a cuerpo. Entonces un grupo de redentores intentó

traspasar por sus bordes la fila de Materazzi y llegar a la puerta del palacio. Se oyeron los silbidos de flechas y saetas cuando los redentores dejaron las filas, pues entonces Henri y Kleist podían disparar de manera más segura. El grito de uno de ellos, que se agarró el pecho como si se le hubiera metido una avispa tigre en la camisa, llamó la atención de Cale, que retrocedió de la fila y corrió hacia la puerta del palacio, golpeando a un redentor en el tendón del talón, y lo mismo a un segundo, pero el tercero de los que tenía delante recibió una flecha en la parte superior del muslo. El hombre se tambaleó hacia atrás, mientras una estocada de Cale, mal calculada, le daba en la boca, seccionándole la mandíbula inferior y la columna vertebral. Entonces Cale atravesó la multitud hasta alcanzar la fachada del palacio, y se volvió para encarar a los atacantes. El ataque había quedado contenido, pues los atacantes, asustados por las flechas y saetas, se habían puesto a cubierto tras una pared que llegaba a la altura de la cintura de una persona, y que llevaba hacia el palacio formando una V. Cale se plantó delante de ella, esperando a que acudieran a él los redentores. Ahora los redentores podían agacharse para protegerse de aquella espantosa lluvia que caía de la muralla, y de ese modo se iban acercando lentamente a Cale. Este se metió en una maceta de casi dos metros de altura, que contenía un viejo olivo que decoraba la entrada, cogió las piedras del tamaño de un puño que estaban primorosamente colocadas dentro y empezó a tirárselas. No se trataba de un ataque infantil: aquellas piedras les pegaban en los dientes y las manos, y forzaban a los redentores a levantarse y exponerse así a las flechas y saetas que llegaban de arriba. Desesperados, los cinco redentores que quedaban ilesos se lanzaron contra Cale. Él les pegaba con el codo, les lanzaba patadas, los mordía, y ellos caían, pero incluso en medio de la lucha mortal, una parte de él estaba pensando que allí había gato encerrado. Aquella sensación fue creciendo mientras él resistía como el héroe de un libro de cuentos, mandando a sus contrincantes a la muerte como si no fueran otra cosa que hierbajos muy crecidos: puñetazo, bloqueo, cuchillada, golpe mortal y asunto concluido. Los guardias Materazzi, reducidos a solo tres, habían hecho retroceder a sus oponentes, y entonces los sacerdotes, desanimados, trataron de echar a correr, pero morían bajo la espada de los Materazzi, que los perseguían, o de Kleist y Henri, cuando se alejaban de Cale, que guardaba la puerta, y eliminaban a cualquier redentor que diera la impresión de querer llegar hasta la alcantarilla y escapar.

Entonces llegó para Cale el fin de la batalla, con sus palpitaciones y sus torrentes de sangre. Ante él, el patio parecía moverse, tan pronto acercándose como alejándose: la mirada de horror y agonía en el rostro de un redentor, un guardia Materazzi que se sujetaba las tripas para evitar que cayeran al suelo, el «¡sí, sí!» casi susurrado de otro que celebraba la vida, la victoria, la hazaña de haber sobrevivido de manera no vergonzosa, y el joven rostro de un redentor que, con la piel pálida como cera santa, veía acercarse a un Materazzi dispuesto a matarlo. Y la sensación de que había allí algo completamente erróneo. Intentó gritar al guardia Materazzi para que no asestara al redentor el golpe de gracia, pero lo único que le salió fue un

chillido exhausto que no pudo evitar el horrendo grito ni el pie que quedaba temblando en la tierra.

—¿Estáis bien, hijo? —preguntó un guardia. Cale ahogó un grito y tomó aire.

—Decidles que se detengan. —Señaló a los Materazzi que se desplazaban entre los heridos, rematándolos—. Quiero hablar con ellos. ¡Ahora!

El guardia les gritó y se fue para obedecer su orden. Cale se quedó sentado en el bajo muro, observando una polilla que se posaba en el borde de un negro charco de sangre, lo probaba con precaución y, encontrándolo satisfactorio, empezaba a beber.

—¿Qué te pasa? —preguntó Kleist caminando hacia Cale—. Al fin y al cabo estás vivo, ¿no?

—Algo no encaja.

—No te has acordado de dar las gracias.

Cale se le quedó mirando:

—Ve a ver si hay supervivientes.

Kleist estuvo tentado de preguntarle de qué había muerto su último esclavo, pero en Cale había algo más raro de lo habitual, y se lo pensó mejor.

Henri el Impreciso ya había empezado a comprobar los cuerpos, contando las saetas e implorando que sus víctimas estuvieran muertas. Vio que Kleist hacía lo mismo. Sin embargo, los Materazzi se daban prisa en rematar a cualquiera que siguiera moviéndose.

—¡Cale! Ven a ver esto —gritó Kleist al darle la vuelta a un cuerpo que tenía una de sus flechas clavadas en la espalda. Henri el Impreciso observó mientras Cale se acercaba, aunque, incómodo, solo lo hizo hasta cierta distancia—. Mira: es Westaby. —Cale observó el rostro muerto de un muchacho de dieciocho años que, hasta donde le alcanzaba la memoria, había visto todos los días en el Santuario.

—Aquí está uno de los gemelos Gaddis —dijo Henri el Impreciso. Hubo un breve silencio mientras él tiraba de un cuerpo que había junto a él y le daba la vuelta—. Y aquí está su hermano.

Del final del patio, cerca de la tapa de la alcantarilla, llegaron algunos gritos, mientras cuatro Materazzi comenzaban a dar patadas y puñetazos a un redentor que había estado tendido. Los tres muchachos se acercaron corriendo y trataron de apartarlos, pero los Materazzi los empujaron a ellos a su vez, hasta que Cale sacó la espada y los amenazó con descuartizarlos si no retrocedían. Kleist y Henri el Impreciso retiraron al redentor ante el enojo de los Materazzi.

Ese enojo acabó cuando otro guardia Materazzi se acercó hasta los cuatro blandiendo una espada curvada en forma de L:

—¿Queréis ver esto? —insistía—. ¿Queréis ver esto?

Lentamente, Cale lo evitó y se acercó a Kleist y Henri, que seguían sin perder de vista a los cuatro Materazzi.

Cale, Kleist y Henri el Impreciso se plantaron ante el redentor, que yacía inconsciente con la espalda contra el muro del palacio, con la cara hinchada, los labios abultados, sin dientes.

—Me suena —observó Henri el Impreciso.

—Sí —confirmó Cale—. Es Tillmans, el acólito de Navratil.

—¿Del Padre Bumfeel? —dijo Kleist, observando más de cerca al hombre inconsciente—. Sí, tienes razón. Es Tillmans. —Kleist chasqueó los dedos dos veces ante el rostro de Tillmans.

—¡Tillmans! ¡Despierta! —Lo agitó por los hombros y entonces Tillmans gimió. Abrió los ojos lentamente, pero sin enfocarlos.

—Lo quemaron.

—¿A quién?

Al redentor Navratil. Lo asaron en una parrilla por tocar a los niños.

—Lo lamento. Al fin y al cabo, era un tipo bastante decente —comentó Cale.

—Sí, mientras no apartaras la espalda de la pared —dijo Kleist.

—Una vez me dio una chuleta de cerdo —añadió Cale. Aquel era el recuerdo más elogioso que podía dedicar a un redentor.

—Yo no podía soportar sus gritos —dijo Tillmans—. Tardó casi una hora en morir. Entonces me dijeron que a mí me harían lo mismo si no me presentaba voluntario para venir aquí.

—¿Quién te vigilaba por el camino?

—El Padre Stape Roy y los suyos. Cuando emprendimos camino hacia aquí, nos dijeron que habría espías de Dios que lucharían de nuestro lado, y que si lo hacíamos bien seríamos perdonados. ¡No me matéis, señor!

—No vamos a matarte. Pero dinos lo que sepas.

—Nada. No sé nada.

—¿Quiénes eran los otros?

—No lo sé. Eran como yo, no soldados. Quiero... —Los ojos de Tillmans comenzaron a moverse de manera extraña, uno perdiendo el foco, y el otro mirando por encima del hombro de Cale, como si pudiera percibir algo en la distancia. Kleist volvió a chasquear los dedos, pero esta vez no hubo respuesta, salvo que su mirada se volvió aún más perdida y su respiración más irregular. Entonces, por un instante, pareció recobrarse—: ¿Qué es eso? —preguntó, y la cabeza se le cayó a un lado.

—No pasará de esta noche —comentó Henri el Impreciso—. Pobre Tillmans.

—Pobre Tillmans —repitió Kleist—. Y pobre redentor Bumfeel. ¡Qué manera de dejar este mundo!

Cale tuvo que esperar para ver a Vipond mucho más que otras veces que había acudido al despacho del Canciller: casi tres horas sentado en una sala de espera abarrotada. Le habían mandado presentarse a las tres y mantener la boca cerrada. Cuando por fin le hicieron pasar, Vipond apenas lo miró.

—Tengo que admitir que tenía mis dudas cuando predijisteis que los redentores intentarían atacar a Arbell en Menfis. Me preguntaba si no lo diríais tan solo para buscaros una ocupación para vos y vuestros amigos. Mis excusas.

Cale no estaba acostumbrado a que nadie con autoridad admitiera su equivocación, y menos cuando no estaba realmente equivocado, y se sintió incómodo. Vipond entregó a Cale un panfleto impreso, en el que había un tosco dibujo de una mujer con los pechos desnudos bajo un titular: «LA PUTA DE MENFIS». El panfleto describía a Arbell como una puta de cabeza rapada, notoria corruptora que se prostituía a sí misma y a todos los inocentes, en orgías masivas en las que se veneraba al demonio y se le ofrecían sacrificios. «¡Ella es un pecado —terminaba el panfleto—, que clama venganza a los cielos!».

Cale se estrujó el cerebro en busca de una explicación.

—Los atacantes de fuera de las murallas dejaron estos panfletos por todo el camino —explicó Vipond—. Esta vez no hay por qué mantenerlo en secreto. Al fin y al cabo, todo el mundo considera que Arbell Materazzi es más pura que el agua.

Aunque esto ya no era totalmente cierto, las grotescas mentiras del panfleto le resultaban tan desconcertantes a Cale como a Vipond.

—¿Tenéis alguna idea del sentido que tiene esto? —preguntó Vipond.

—No.

—He oído que interrogasteis a un prisionero.

—A lo que quedaba de él.

—¿Tenía algo que decir?

—Solo lo que era ya evidente. No se trató de un ataque serio. Ni siquiera eran auténticos soldados. Nosotros conocíamos a unos diez de ellos: cocineros de campaña, oficinistas, algunos soldados que hacían el vago un poco más de la cuenta... Por eso resultó tan fácil.

—No debéis decir eso fuera de aquí. Se supone que los Materazzi han conseguido una gran victoria contra un cobarde ataque llevado a cabo por lo más granado de sus asesinos.

—Lo más granado de sus porquerizos.

—Hay mucha indignación por lo sucedido, y gran consideración por la habilidad de nuestros soldados y su heroísmo al repelerlos. No debéis decir nada que contradiga esa visión de los hechos. ¿Entendido?

—Bosco quiere provocaros para que le atacéis.

—Bueno, pues lo ha logrado.

—Es una idea estúpida darle a Bosco lo que anda buscando. Y no estoy diciendo ninguna mentira.

—Eso es una novedad. Pero os creo.

—Entonces tenéis que decirles que si se creen que enfrentarse a un verdadero ejército de redentores será algo parecido a esto, se van a llevar un buen chasco.

Por primera vez, Vipond miró directamente al muchacho que tenía enfrente.

—¡Dios mío, Cale, si supierais con qué poco sentido se dirige el mundo! No ha habido desastre en la humanidad que no fuera advertido por alguien. Nunca, en toda la historia del mundo. Y jamás el que ofreció las advertencias sacó ningún provecho cuando se vio que tenía razón. Los Materazzi no soportarán advertencias en este asunto, y menos procedentes de Thomas Cale. Así es el mundo, y no podrá hacer nada al respecto un don nadie como vos; ni siquiera un don alguien como yo.

—¿No vais a decir nada para intentar detenerlos?

—No, no voy a hacerlo, y vos tampoco. Menfis es el corazón del mayor poder que existe en la tierra. Algunas fuerzas muy simples, Cale, mantienen ese poder cohesionado: el comercio, la avaricia, y la creencia general en que todo ello hace a los Materazzi demasiado fuertes para ser desafiados. Esperar tras las murallas de Menfis a que los redentores sitien la ciudad no es una opción. Bosco no puede ganar, pero nosotros podemos perder. Lo único que se necesita para ello es que nos vean cómo nos escondemos de él. La ciudad de Menfis podría aguantar un sitio de cien años, pero no pasarían seis meses hasta que brotaran revueltas desde aquí al Reino de Trapisona. Es la guerra, así que será mejor que empecemos de una vez.

—Yo sé cómo lucharán los redentores.

Vipond lo miró, exasperado.

—¿Y qué esperáis? ¿Ser consultado? Los generales que planean la campaña no solo han conquistado la mitad del mundo conocido, sino que o han luchado con, o han sido entrenados por Solomon Solomon, aun cuando la mayor parte de ellos no sintieran mucho aprecio por él. Pero vos... un muchacho... un don nadie que pelea como un perro hambriento... Podéis olvidaros de eso. —Despidió a Cale con impaciencia, con un gesto de la mano, y añadió un comentario como para mandarlo a paseo—: Deberíais haberle perdonado la vida a Solomon Solomon.

—¿El lo habría hecho por mí?

—Desde luego que no... Mayor motivo para aprovecharos de su debilidad. Si le hubierais dejado vivir, os habrías ganado una magnífica consideración por parte de los Materazzi, al tiempo que lo poníais a él a la altura del betún. La fuerza es tan despiadada con quien la posee como con quien la sufre: a este lo aplasta, al primero lo envenena. Lo cierto es que nadie conserva mucho tiempo esa habilidad que vos tenéis. Aquellos a quienes se la concede el Destino confían demasiado en ella y pronto son derrotados.

—¿Lo habéis averiguado por vos mismo, u os lo ha dicho alguien que nunca ha tenido que estar delante de una multitud que no tiene nada mejor que hacer esa tarde que ver cómo le sacan las tripas a uno?

—¡Pobrecito! Vos no teníais por qué haber ido allí nunca, y lo sabéis.

Irritado, en parte porque no tenía una buena respuesta, Cale se volvió para marcharse.

—Por cierto, el informe sobre lo sucedido la pasada noche disminuirá de manera significativa vuestra contribución y la de vuestros amigos. Y sin protestar.

—¿Y eso por qué?

—Después de vuestra actuación en la Opera Rosso, os habéis convertido en alguien muy odiado. Pensad en lo que os acabo de decir y lo comprenderéis. Y si no lo comprendéis, da igual: os cuidaréis mucho de decir nada sobre lo que sucedió ayer.

—Me da igual lo que piensen los Materazzi.

—Ese es vuestro problema, que no os preocupa lo que piense la gente. Pero debería preocuparos.

Durante la semana siguiente, fueron llegando a Menfis muchos Materazzi procedentes de sus haciendas. Moverse se hacía casi imposible para los caballeros con sus escuderos, sus esposas y los criados de sus esposas; y también para el gran número de ladrones, granujas, ramera, jugadores, extorsionadores, oportunistas, usureros y comerciantes ordinarios, todos los cuales acudían a la oportunidad de amasar grandes cantidades de dinero de la guerra. Había otros trapicheos que no concernían al dinero: complicados asuntos de prioridad entre la nobleza que había que solucionar. Dónde se colocaba a alguien en el orden de batalla era un signo de lo que ese alguien era en la sociedad Materazzi. Un plan de batalla Materazzi era, en parte, una cuestión de estrategia militar y, en parte, algo muy parecido a colocar a los invitados en el banquete de una boda real. Las ocasiones para sentirse ofendido eran infinitas. Por eso, pese a todos los urgentes asuntos bélicos, el Mariscal se pasaba la mayor parte del tiempo entre cenas y reuniones de todo tipo destinadas a enderezar

peligrosos entuertos, explicando a uno y a otro que lo que parecía un desaire era en realidad un honor de la mayor importancia.

En uno de estos banquetes, al que había sido invitado Cale (a petición de Vipond, como parte de sus intentos por rehabilitarlo), los acontecimientos dieron un giro inesperado. Pese al deseo general del Mariscal de no ver a Simón, y menos en público, tal cosa no resultaba siempre posible, especialmente cuando Arbell imploraba que se le invitara.

El Señor Vipond era un controlador de la información, de la verdadera y de la falsa. Contaba con una considerable red de individuos en todos los niveles de la sociedad de Menfis, desde los grandes señores a los limpiabotas. Si deseaba que todo el mundo supiera algo o que creyera saberlo, se les contaba a esos informadores la historia, fuera cierta o falsa, y ellos se encargaban de propagarla. Semejante medio de diseminar rumores útiles y negar los inconvenientes ha sido empleado, naturalmente, por todos los gobernantes, desde el ozymandiano Rey de Reyes al Alcalde de Nuncaennada. La diferencia entre Vipond y todos esos otros profesionales del oscuro arte del rumor consistía en que Vipond sabía que para que a esos informadores se les creyera cuando realmente importaba, casi todo lo que decían debía ser cierto. El resultado era que cuando Vipond deseaba que se creyera en algo, lo conseguía sin esfuerzo. Había invertido en Cale una considerable parte de aquel valioso capital porque era perfectamente consciente del espíritu de venganza que había prendido en las personas emparentadas o próximas a Solomon Solomon. Su asesinato se daba ya casi por hecho. Vipond, pese a lo que le había dicho a Cale, había hecho público que Cale había luchado valerosamente junto con los Materazzi para proteger a Arbell, y gracias a eso había disminuido considerablemente, aunque no desaparecido, la amenaza de que Cale resultara envenenado o apuñalado por la espalda en algún callejón solitario. Si le hubieran preguntado a Vipond por qué perdía tanto tiempo en alguien sin importancia, no habría podido explicarlo. Pero no había nadie que se lo preguntara.

Vipond y el Mariscal Materazzi habían permanecido reunidos durante varias horas en un frustrante intento de crear un plan de batalla que tuviera en cuenta todas las complicadas cuestiones de estatus y poder que planteaba manejar a los Materazzi en el campo de batalla. Lo cierto era que echaban en falta a Solomon Solomon, cuya heroica reputación como soldado le había convertido en el hombre más valioso posible a la hora de negociar y comprometerse entre las diversas facciones Materazzi que defendían sus prioridades en la línea de fuego.

—¿Sabéis, Vipond? —dijo con tristeza el Mariscal—, Con todo lo que admiro la sutileza con que tratáis estos asuntos, tengo que decir que, a fin de cuentas, hay pocos problemas en este mundo que no puedan resolverse con un buen soborno o empujando al enemigo de noche por un precipicio.

—¿Qué queréis decir con eso, mi Señor?

—Ese muchacho, Cale. No estoy defendiendo a Solomon Solomon... Sabéis que intenté detenerlo... Pero a decir verdad, no pensé que ese muchacho tuviera posibilidades de vencer luchando contra él.

—¿Y si hubierais comprendido que sí las tenía?

—No hay motivos para utilizar ese tono altanero, Vipond. No me digáis que vos siempre hacéis lo correcto en vez de lo más prudente. El caso es que necesitamos a Solomon Solomon; él podría arreglar todo esto poniendo firmes a esos bastardos. La cosa es sencilla: necesitamos a Solomon Solomon, y no necesitamos a Cale.

—Cale salvó a vuestra hija, mi Señor, y casi pierde la vida al hacerlo.

—Efectivamente. Pero de todos los hombres que conocéis, soy el que menos derecho tiene a apreciar las cosas desde la perspectiva de su interés personal. Sé lo que hizo Cale y le estoy agradecido, pero solo como padre. Como gobernante puedo observar que el estado necesita a Solomon Solomon mucho más que a Cale. Eso no es más que la obvia verdad, y no tiene sentido que lo neguéis.

—¿Y qué es lo que lamentáis, mi Señor? ¿No haberle empujado por un precipicio antes del combate?

—¿Queréis subirme los colores para que me desdiga? Antes que nada, le habría ofrecido una buena bolsa de oro y le habría dicho que se fuera a freír espárragos y no volviera. Que, por cierto, es exactamente lo que pienso hacer en cuanto termine la guerra.

—¿Y si él se niega?

—Eso me haría recelar mucho. Al fin y al cabo, ¿por qué demonios sigue aquí?

—Porque vos le ofrecisteis un buen empleo en el mismo centro del kilómetro cuadrado más protegido del mundo entero.

—Entonces ¿es culpa mía? Bueno, pues si lo es, tendré que corregir lo que he hecho mal. Ese muchacho es una amenaza. Creo que es gafe, como el tipo ese del vientre de la ballena.

—¿Jesús de Nazaret?

—El mismo. En cuanto solucionemos el follón este de los redentores, Cale tendrá que irse y sanseacabó.

Lo que también había puesto al Mariscal de muy mal humor era la perspectiva de tener que sentarse al lado de su hijo durante toda la noche. La humillación casi superaba el límite de lo soportable.

Pero el banquete fue bien. Los nobles presentes parecían dispuestos y hasta deseosos de olvidar viejos resentimientos y rencillas para presentar un frente unido ante la amenaza que los redentores suponían para Menfis, en general, y Arbell Cuello de Cisne, en particular. Durante toda la cena ella se mostró tan dulce, tan amable, tan divertida y tan asombrosamente bella que convertía el grotesco retrato que de ella

habían hecho los redentores en un motivo cada vez más poderoso para dejar de lado insignificantes rencillas ante la amenaza de aquellos fanáticos religiosos.

Durante todo el banquete, ella intentó de manera desesperada no mirar a Cale. Lo amaba y deseaba de modo tan intenso que estaba convencida de que sus sentimientos resultarían evidentes hasta para el más ciego. Por su parte, Cale estaba enfurruñado porque interpretaba aquella actitud como rechazo hacia él. Ella se avergonzaba de él, estaba claro, y le resultaba embarazoso encontrarse cerca de él en público. Por otro lado, los temores que albergaba el Mariscal de que lo avergonzara Simón resultaron infundados. Desde luego, el muchacho permanecía allí sentado sin decir nada, pero parecía haber desaparecido su habitual expresión de alarma y de aterrorizado desconcierto. De hecho, ahora la expresión de su rostro parecía completamente normal: de vez en cuando una mirada que revelaba interés o regocijo. El Mariscal se sentía cada vez más incómodo por no poderse aliviar tosiendo la irritación de garganta que le había producido, probablemente, tener que hablar tanto con los inacabables demandantes.

La otra cosa que enfadaba al Mariscal era el joven que estaba sentado al lado de Simón. No lo reconocía, y no dijo nada en toda la noche, pero no paró de mover incansablemente la mano derecha durante toda la cena, en una enloquecedora serie de indicaciones, círculos, toques y demás. Al final consiguió ponerle los nervios de punta al Mariscal, hasta el punto de que se disponía a decirle a su criado Pepys que le pidiera que se estuviera quieto o se fuera, cuando el joven se levantó y aguardó que hicieran silencio, un gesto tan sorprendente, teniendo en cuenta la gente entre la que se hallaba, que los murmullos de risas y conversaciones casi se acabaron.

—Soy Jonathan Koolhaus —anunció—, tutor lingüístico del Señor Simón Materazzi. El Señor Simón desea decir algo.

Al oír esto, el salón entero se quedó en silencio, más por asombro que por respeto. Entonces Simón se levantó y empezó a mover la mano derecha del mismo modo peculiar en que lo había estado haciendo Koolhaus durante toda la cena. Koolhaus tradujo:

—El Señor Simón Materazzi dice: «He estado sentado delante de Provost David Lascelles toda la noche, y durante este tiempo Provost Lascelles se ha referido a mí en tres ocasiones como "imbécil"». —Simón sonrió con una sonrisa amplia y alegre—. «Pues bien, Provost Lascelles, en lo que se refiere a ser un imbécil, yo os aseguro que, como dicen los niños: "Cada cual reconoce a su igual"».

Las risas que siguieron a esto estaban alimentadas tanto por la gracia en sí como por la cara colorada y los ojos desorbitados que puso Lascelles. La mano derecha de Simón no paraba de moverse.

—El Señor Simón Materazzi dice: «Provost David asegura que es un gran deshonor estar sentado delante de mí». —Simón hizo una burlona inclinación ante

Provost David, y Koolhaus lo imitó. La mano de Simón empezó a moverse de nuevo—. «Yo os aseguro, Provost Lascelles, que el deshonor es mío».

Entonces Simón se sentó, sonriendo con benevolencia, y Koolhaus se sentó a continuación.

Durante un momento los comensales se quedaron mirando anonadados, aunque hubo algunas risas y aplausos. Y entonces, como por algún extraño acuerdo tácito, todos los invitados decidieron ignorar lo que acababan de ver y hacer como si no hubiera sucedido. Entonces volvió a prender la chispa de la conversación y el jolgorio, y todo siguió como antes, al menos en la superficie.

La cena concluyó a su debido tiempo, los invitados fueron saliendo a la calle, y el Mariscal, acompañado por Vipond, se dirigió a sus aposentos privados casi corriendo. Allí había mandado que lo esperaran sus dos hijos. Apenas había terminado de cruzar la puerta, cuando preguntó:

—¿Qué es lo que sucede? ¿Qué clase de truco cruel ha sido ese? —Y miró a su hija.

—Yo tampoco entiendo nada de esto. A mí me resulta tan incomprensible como a vos.

Mientras tanto, el asombrado Koolhaus movía los dedos dirigiéndose a Simón con toda la discreción posible.

—Vamos a ver, ¿qué estáis haciendo?

—Es un... es un lenguaje de signos, Señor.

—¿Qué queréis decir?

—Muy sencillo, Señor. Cada gesto de mis dedos equivale a una palabra o una acción. —Koolhaus estaba tan nervioso y hablaba tan rápido que apenas se le podía entender.

—¡Mas despacio! —gritó el Mariscal. Koolhaus, temblando, repitió lo que acababa de decir. El Mariscal lo miró sin podersele creer, mientras su hijo le hacía algunos signos a Koolhaus.

—El Señor Simón dice... eh... que no debéis enfadaros conmigo.

—Entonces explicadme esto.

—Es sencillo, Señor. Como he dicho, cada signo equivale a una palabra o una emoción. —Koolhaus se tocó en el pecho con el pulgar—: «Yo». —A continuación cerró el puño y se frotó el pecho con él en un movimiento circular—: «Lamento». —Levantó el pulgar sin abrir el puño, señaló con él hacia arriba e hizo un movimiento de martillo, antes de señalar al Mariscal con el dedo—: «Haberos...». —Entonces movió el puño rápidamente hacia delante y atrás—: «Enojado». —A continuación lo repitió todo tan aprisa que apenas se le podían ver los gestos—: «Lamento haberos enojado».

El Mariscal miró a su hijo como si eso le fuera a revelar la verdad. En su rostro quedaban patentes tanto la incredulidad como el anhelo de creer. Entonces respiró hondo y miró a Koolhaus.

—¿Cómo puedo estar seguro de que habla mi hijo y no vos?

Koolhaus empezó a recuperar parte de su habitual seguridad.

—No hay modo, mi Señor. Tampoco nadie puede estar seguro de que no sea él el único ser que piensa y siente, y todos los demás meras máquinas que solo fingen que sienten y piensan.

—¡Dios mío! —exclamó el Mariscal—. Nunca he escuchado a nadie con más pinta de haber salido del Cerebrero.

—De allí provengo ciertamente, Señor. Pero, aun así, digo la verdad. Vos sabéis que los demás piensan y sienten como vos porque con el tiempo vuestro buen juicio os enseña la diferencia entre lo real y lo no real. Del mismo modo veréis, al hablar con vuestro hijo por mi mediación, que aunque sea lastimosamente inculto, su mente es tan buena como la vuestra o la mía.

Resultaba difícil no quedar impresionado con la insultante sinceridad de Koolhaus.

—Muy bien —dijo el Mariscal—. Permitid que Simón me cuente cómo ha sido organizado todo esto, desde el comienzo hasta el banquete de esta noche. Y no pongáis nada de vuestra parte ni le hagáis parecer más sabio de lo que es.

Durante los siguientes quince minutos, Simón mantuvo su primera conversación con su padre, y su padre con él. De vez en cuando el Mariscal hacía alguna pregunta, pero la mayor parte del tiempo escuchaba. Y para cuando Simón terminó, las lágrimas le caían por el rostro, y también caían por el de su asombrada hermana.

Al final se levantó y abrazó a su hijo.

—Perdonadme, muchacho. Lo siento mucho.

Entonces mandó que uno de sus guardias fuera a buscar a Cale. Koolhaus escuchó aquella orden con sentimientos encontrados. En opinión de Koolhaus, la explicación ofrecida por Simón había dado mucha importancia al sencillo lenguaje de signos que le había enseñado Cale, y se la había restado al hecho de que Koolhaus había convertido aquella elemental serie de signos en un lenguaje auténtico y vivo. Daba la impresión de que aquel vándalo de Cale le iba a robar todo el mérito. Cale había quedado, naturalmente, tan anonadado como los demás por lo sucedido durante el banquete, pues no tenía ni idea de los avances que habían hecho Koolhaus y Simón, especialmente porque el primero había hecho al segundo jurar que mantendría el secreto, con la intención de dar una brillante sorpresa y llevarse la gloria.

Cale se esperaba una bronca, y quedó algo aturdido cuando lo recibieron como a su salvador tanto Arbell como el Mariscal, al cual le remordía su decisión ingrata,

pero no forzosamente descaminada, de deshacerse de Cale. Pero también Arbell tenía remordimientos. En los días que siguieron a los terribles acontecimientos de la Ópera Rosso, había pasado con Cale noches de lascivia, devorando con pasión cada centímetro de su cuerpo; pero también había pasado los días horrorizada, escuchando a sus visitas la narración de la muerte de Solomon Solomon. Como en el pasado ella había expresado tan solo disgusto ante su misterioso escolta, nadie se mordía la lengua a la hora de describir lo ocurrido con todo detalle. Algunas de las cosas que contaban podían considerarse tan solo tendenciosas habladurías a favor de uno de los suyos, pero cuando hasta la veraz y bondadosa Margaret Aubrey dijo: «No entiendo cómo me quedé allí. Al principio me daba pena, de tan pequeño que parecía en medio de la arena. Pero te aseguro, Arbell, que en mi vida había visto nada tan frío y brutal. Estuvo hablando con él antes de matarlo. Vi cómo sonreía. Mi padre comentó que él no trataría ni a un puerco de ese modo».

Tras escuchar aquello, los sentimientos de la joven princesa fueron encontrados. Ciertamente, se sentía herida por el ataque a su amante, pero ¿acaso no había visto con sus propios ojos aquel extraño comportamiento asesino? ¿Quién iba a culparla si lo más recóndito de su corazón se estremecía en silencio, secretamente? Pero todos aquellos pensamientos horribles fueron desechados al descubrir que Cale había educado a su hermano, sacándolo del reino de la nada. Ella le cogió la mano y se la besó tanto con sorpresa como con maravilla, y le dio las gracias por lo que había hecho. No cambió apenas las cosas el hecho de que Cale reconociera el mérito de Koolhaus: Arbell y el Mariscal (este con mucho carraspeo, para aclararse la garganta) dieron las gracias al secretario, pero después se volvieron para añadir más elogios y agradecimientos sobre Cale. Koolhaus se sintió traicionado, olvidando que había sido Cale quien había descubierto la inteligencia oculta de Simón Materazzi, y quien había discurrido el modo de liberarla. Los esfuerzos que hacía Cale por incluirle en el clima general de parabienes y agradecimientos eran tan solo un medio, empezó a pensar Koolhaus, de apartarlo para siempre de la vista. Y de ese modo, el día que Cale se ganó finalmente a dos escépticos, compensó aquello conquistando un nuevo enemigo.

Capítulo 33

Esa noche Arbell Materazzi tuvo a Cale en sus brazos habiendo desterrado todas sus prevenciones. ¡Qué valeroso era él, y qué ingrata había sido ella albergando dudas! Ahora había operado aquel milagroso cambio en su hermano. ¡Qué generoso con los demás parecía ahora, y qué inteligencia tan penetrante la suya! Al hacer el amor aquella noche, Arbell casi se consumía adorándolo, venerándolo con cada gramo de su cuerpo grácil y exquisito. Qué magia salvadora obró ella en el alma corroída de Thomas Cale, inundándola de felicidad y maravilla. Y después, cuando él yacía envuelto en los bellos brazos y las interminables piernas de ella, empezó a sentir como si las capas más profundas de su gélida alma fueran alcanzadas por el sol.

—No os harán daño. Prometédmelo —dijo ella después de casi una hora de silencio.

—Vuestro padre y sus generales no tienen intención de dejar que me acerque a la lucha. Yo tampoco tengo ninguna intención de hacerlo. Esa guerra no tiene nada que ver conmigo. Mi trabajo consiste en cuidarlos. Eso es lo único que me importa.

—Pero ¿y si me ocurriera algo?

—Nada os sucederá a vos.

—Ni siquiera vos podéis estar seguro de eso.

—¿Qué ocurre, Arbell?

—Nada. —Le sujetó la cara con las manos y lo miró a las pupilas como si buscara algo en su interior—. ¿Os acordáis de ese cuadro que cuelga en el muro de la estancia contigua?

—¿El de vuestro bisabuelo?

—Sí, en el que está con su segunda mujer, Stella. Si lo mandé poner ahí fue por una carta que encontré cuando era niña, un día que estaba revolviendo entre viejos recuerdos de la familia que había encontrado en un baúl. No creo que nadie lo hubiera abierto en cien años. —Se levantó y se fue hacia un mueble que había al final del dormitorio, desnuda como Dios la trajo al mundo, una visión capaz de detener los latidos del corazón de cualquier hombre. Cómo es posible, se preguntó Cale, que semejante ser me ame a mí. Ella hurgó un instante en un cajón y regresó con un

sobre. Extrajo de él dos hojas de densa escritura y las observó embargada de tristeza—. Es la última carta que mi bisabuelo le escribió a Stella antes de morir en el sitio de Jerusalén. Quiero que oigáis el último párrafo porque hay algo que quiero que comprendáis.

Se sentó al pie de la cama y empezó a leer:

Mi muy amada Stella:

Hay claras indicaciones de que volveremos a atacar en unos días, tal vez mañana mismo. Por si no puedo volver a escribiros, me siento impulsado a enviaros estas líneas que verán vuestros ojos cuando yo ya no esté aquí.

Stella, mi amor por vos es inmortal, y me ata a vos con fuertes cadenas que solo Dios podría romper. Si no regreso, Stella querida, no olvidéis cuánto os amo. Cuando en el campo de batalla exhale mi último aliento, será para pronunciar vuestro nombre.

¡Pero, Stella! Si los muertos pueden regresar a esta tierra y acercarse sin ser vistos a aquellos que aman, entonces permaneceré a vuestro lado para siempre. En el día esplendoroso y en la noche impenetrable, siempre, siempre. Soplará una suave brisa en vuestra mejilla, y será mi aliento; o si el fresco aire alivia el latido de vuestras sienes, será mi espíritu que pasa junto a vos.

Con lágrimas en los ojos, Arbell levantó la mirada. —Ella no volvió a saber nada más de él. —Arbell se acercó a Cale desde los pies de la cama, y lo abrazó fuerte—. Yo también estoy atada a vos. Recordad siempre que, suceda lo que suceda, siempre estaré cerca, siempre siempre podréis sentir mi espíritu, velando por vos.

Herido en el corazón por aquella hermosa y apasionada joven, Cale no supo qué decir. Pero las palabras no tardaron en resultar innecesarias.

Capítulo 34

Wilfred Penn, llamado «Cincopanzas», vigilante de la ciudad de York, que se encuentra a ciento sesenta kilómetros al norte de Menfis, abría bien los ojos para mantenerse despierto mientras observaba por encima de las murallas de la ciudad. De nuevo un hermoso sol se elevó sobre el bosque que rodeaba la ciudad, y Cincopanzas pensó, pese a lo apagado de su carácter, que no importaba la frecuencia con que se contemplara, el caso era que aquel momento del día le proporcionaba al espectador unas maravillosas ganas de vivir. Fue entonces cuando notó algo tan sumamente raro que, más que alarma, sintió desconcierto. No podía ser que estuviera ocurriendo aquello que le parecía ver. Por detrás de la línea de árboles, a algo más de dos kilómetros de distancia, se elevaba del bosque un enorme objeto negro, alzándose en el cielo arrebolado al tiempo que se acercaba a la ciudad. Aquella cosa negra se fue haciendo más grande y acercándose más rápido hasta que, aturdido como un animal antes de su sacrificio, Cincopanzas vio volar hacia él una enorme roca del tamaño de una vaca. Rotando lentamente sobre su eje, le pasó a menos de seis metros de distancia. Describiendo una curva, la roca cayó en la ciudad, demoliendo cuatro casas grandes al rebotar entre aquel destrozo de polvo y piedras, y fue a pararse en el Jardín Municipal de Ruiseñores.

Durante las dos horas siguientes, los cuatro fundíbulos móviles de los redentores lanzaron otras diez rocas y, al afinar la distancia del tiro, lograron hacer gran destrozo en las murallas. Su diseño era nuevo, no probado nunca en el campo de batalla, y a dos de ellos se les rompió la enorme viga. Los ingenieros pontificios que habían acompañado al Cuarto Ejército del General de Redentores, llamado Princeps, hicieron sus mediciones y evaluaciones de la debilidad de sus nuevas máquinas de guerra. Al cabo de una hora habían recogido ya las vigas rotas e iniciado el regreso a Shotover.

Por la tarde, hacía tanto calor que, aunque los pájaros no cantaban, el sonido de las chicharras resultaba casi ensordecedor. A las tres en punto hubo un breve ataque por parte de doscientos cincuenta soldados de caballería ligera de la ciudad, pensado para ofrecer una respuesta que pudiera darle al comandante de la guarnición cierta idea de aquello a lo que se enfrentaba. Una lluvia de flechas procedente de los árboles les hizo retroceder, y todo cuanto los Materazzi sacaron de su incursión fueron dos muertos, cinco heridos y diez caballos que tuvieron que sacrificar. Sin abandonar la línea del bosque, los redentores contemplaron la retirada de la

caballería. Todos sintieron una horrible tensión en el aire, como si algo espantoso estuviera conteniendo el aliento, a punto de embestir. Entonces, todos empezaron a reírse, cuando las criaturas que lo causaban rompieron aquel amenazador silencio: las chicharras, que habían enmudecido ante la llegada de los caballos pero se relajaban ante su retirada, reemprendieron su concierto, como si fueran un solo ser en vez de un millón.

Aquella noche, el verdadero trabajo sucio empezó cuando el sargento mayor, Trevor Beale, y diez de sus hombres, entraron de patrulla en el bosque de Dudley con tanta prevención como podéis imaginar. Al alba, Beale y siete de sus hombres estaban de regreso intramuros, con dos prisioneros redentores, y presentando el informe de su misión nocturna al Gobernador de York.

—¿Por qué demonios nos atacan los redentores?

—Ni idea, Señor —respondió el sargento mayor Beale.

—Era una pregunta retórica, sargento mayor, hecha solo para producir un efecto, no para obtener respuesta.

—Sí, Señor.

—¿Efectivos?

—Entre ocho y dieciséis mil, Señor.

—¿No podéis ser más preciso?

—Nos hemos adentrado por el espeso bosque en la total oscuridad, cagándonos de miedo por entre un ejército muy bien guardado, así que no, Señor, no puedo ser más preciso. Puede que sean más, puede que sean menos.

—Sois muy insolente, sargento mayor.

—He perdido a tres hombres esta noche, Señor.

—Lo siento mucho, pero no es culpa mía.

—No, Señor.

Tres horas después, el sargento mayor Beale estaba de vuelta en el despacho del Gobernador Agostino.

—Todo cuanto hemos podido sacarles —explicó el Gobernador—, o sacarle a uno de ellos más bien, es su estimación de la cantidad de hombres que son. Antes de callar para siempre, el prisionero reveló que había unos seis mil en el bosque, pero que el ejército se dividió hace tres días. Ah, y que al frente se hallaba alguien llamado Princeps.

—Dejadme una hora a solas con él, Señor —terció Beale.

—Dudo mucho de que seáis mejor que Bradford maltratando prisioneros. Ese es su trabajo, al fin y al cabo. Además, quiero que llevéis con otros tres hombres un

despacho a Menfis. Debéis ir por caminos diferentes. Vos tomaréis el que parezca más probable para atravesar los piquetes enemigos.

Una hora después de que Beale y sus hombres dejaran la ciudad, los redentores abrían una brecha en la muralla sur, a lo que siguió el enfrentamiento con los trescientos Materazzi en completa armadura que los esperaban. Fueron repelidos con la pérdida de unos veinte hombres, sin que entre los Materazzi hubiera, aparentemente, un solo herido grave. Pero casi una hora después del ataque echaron en falta a tres.

Aún más extraño fue que, unas horas después, en el cielo azul del verano empezaran a elevarse tres penachos de humo del emplazamiento de las máquinas de guerra de los redentores. Un grupo de exploradores volvió poco después para decirle al Gobernador que el ejército redentor se había retirado tras prender fuego a los cuatro fundíbulos que tanto esfuerzo les había costado desplazar hasta York.

Cuando, tres días después, Beale llegó a Menfis, la ciudad ya sabía de la otra mitad del Cuarto Ejército del Redentor General Princeps, y se quedaron igualmente desconcertados al oír las noticias que les llevaba Beale. La segunda fuerza de los redentores, en vez de atacar las tres ciudades amuralladas que había en su camino, todas las cuales eran al menos tan importantes estratégicamente como York, las había pasado de largo y se había encaminado a Fuerte Invencible. El eterno chiste que circulaba entre los Materazzi se refería a que Fuerte Invencible no era un fuerte, pero que eso no importaba, porque tampoco era invencible. Se trataba, de hecho, de un lugar de gran extensión y suaves colinas que de pronto cesaban para ser sustituidas por estrechas gargantas y pasos rocosos. Aquellas dos geografías tan diferentes representaban el mejor y el peor terreno en que pudieran operar la caballería y los soldados con armadura. Como tal, era el mejor lugar posible para entrenar a los Materazzi que entraban y salían de Fuerte Invencible procedentes de todos los lugares del imperio. El resultado era que nunca había allí menos de cinco mil jinetes y soldados de infantería, muchos de los cuales tenían años de experiencia. Para los redentores, atacar Fuerte Invencible no tenía ningún sentido: suponía retar al poder militar Materazzi en uno de los puntos en que resultaban más fuertes, un lugar en el que entrenaban a diario. Cuatro mil redentores se establecieron en formación de combate en las suaves colinas delante del fuerte, provocando a los Materazzi a atacarlos. Que es lo que hicieron. Desgraciadamente para los redentores, una fuerza de mil Materazzi a caballo que volvía de sus ejercicios los pilló por la retaguardia, y el resultado fue una carnicería en la que los redentores perdieron casi la mitad de sus hombres. Luchando por escapar, los restantes dos mil se batieron en retirada hacia las Gargantas Taméticas, y se unieron a los cuatro mil redentores que aguardaban allí. En aquel paraje el terreno era mucho más duro para los caballos, y se acabó la mala suerte de los redentores. El resultado del primer día de batalla fue atroz, aunque ambiguo. No hubo segundo día. Cuando los Materazzi despertaron fue para descubrir que los redentores se habían retirado a las montañas, donde la caballería

no podía seguirlos. Lo que no entendían los generales Materazzi en Menfis era qué propósito podía tener el ataque a Fuerte Invencible.

Las noticias que llegaron a Menfis al día siguiente resultaban desconcertantes en otro sentido muy diferente, y eso suponiendo que la palabra «desconcertante» pueda comprender el horror y el espanto. A las siete en punto del undécimo día de ese mes, el Segundo Ejército de Infantería de los Redentores, a cargo del redentor Petar Brzica, entró en burro en Monte Nugent, un pueblo de mil trescientas almas. Hubo solo un testigo de su llegada: un muchacho de catorce años que, loco de amor por una de las muchachas del pueblo, se había levantado temprano y había marchado al bosque cercano para poder llorar sin exponerse a las burlas de sus hermanos mayores. Para el muchacho que observaba desde los árboles, los redentores resultaron una visión extraña, aunque lo inquietante de ver a trescientos soldados que se encaminaban hacia Monte Nugent quedaba atenuado por el hecho de que vestían hábito, algo que él nunca había visto hasta entonces, y que montaban en pequeños asnos, trotando de manera bastante cómica, muy diferente al aspecto magnífico y aterrador de la caballería Materazzi, que había contemplado sobrecoigido y boquiabierto en su única visita a Menfis. Cuando los redentores dejaron el pueblo ocho horas después, todos sus ocupantes habían muerto excepto el muchacho. La descripción de la masacre hecha por el Comendador del Condado estaba basada en su relato, y llegó hasta el escritorio de Vipond juntamente con una bolsa de lino:

Los redentores despertaron rápidamente a los aldeanos y les explicaron con la voz amplificada por un megáfono que se trataba solo de una ocupación temporal, y que si cooperaban no se les haría daño alguno. Separaron a los hombres de las mujeres, y también a los niños por debajo de los diez años. A las mujeres las dejaron en el almacén de grano del pueblo, que estaba vacío, porque no se había recogido todavía la cosecha. A los hombres los metieron en el Salón de Reuniones. A los niños los llevaron al Ayuntamiento, que era el único edificio de tres pisos del pueblo, y los metieron en el segundo piso. Cuando llegamos, encontramos que los redentores habían levantado un poste en el centro del pueblo, y que en ese poste se encontraba el instrumento que se adjunta a este informe.

Vipond abrió la bolsa de ropa. Dentro había una especie de guante, pero sin dedos, parecido a los que llevan los comerciantes del mercado en invierno para mantener calientes las manos pero conservando la plena destreza en los dedos. Estaba hecho del cuero más fuerte y grueso, y de la parte más recia, a lo largo del

borde de la palma, salía una hoja de unos trece centímetros de largo, suavemente curvada al final, como siguiendo la curva del cuello humano. En la hoja había una inscripción: «Graviso», por el lugar de fabricación. Justo en el interior del guante había una etiqueta con el nombre del propietario, como las que se ponen en la ropa de los colegiales. En esta aparecía el nombre «Petar Brzica» pulcramente bordado en azul. Tembloroso, el Canciller Vipond regresó al informe:

Comenzando con las mujeres y siguiendo con los hombres, los redentores los fueron sacando uno a uno. Los obligaban a arrodillarse. A continuación, un solo redentor, que llevaba el instrumento adjuntado en este despacho, aparecía por detrás, les tiraba hacia atrás de la cabeza para exponer la garganta, y pasaba la hoja, claramente curvada para tal propósito, por el cuello de la víctima. A continuación retiraban el cadáver de la vista, y sacaban a la siguiente víctima del edificio. Solo hemos podido encontrar un testigo vivo: un muchacho. Según él, cada uno de estos asesinatos llevaba no más de treinta segundos desde el principio al final. «Como no conocían su destino, las víctimas parecían temerosas pero no aterrorizadas, y la muerte se llevaba a cabo con tal premura que ninguno gritaba, y de hecho no hubo gritos en ningún momento durante todo ese día. De este modo, los redentores habían matado a todas las mujeres (391) hacia la una en punto. (El testigo podía ver el reloj de la torre del Ayuntamiento). Los hombres del pueblo (503) sufrieron a continuación la misma suerte. Sin embargo, cuando llegaron a los niños menores de diez años (304), perdieron todo cuidado en guardar el secreto de su actividad. De uno en uno y de dos en dos, los niños eran arrojados del balcón más alto para desnucarlos. Ni siquiera se libró el menor de los bebés. En toda mi vida he visto tal cosa». Tras terminar su relato, y antes de que pudiéramos evitarlo, el testigo se fue al bosque corriendo, jurando venganza contra los atacantes.

Geoffrey Menouth, Comendador del Condado de Maldon

Por tres días, durante las horas de luz Cale había estado en los bosques que bordeaban el Parque Real, observando a los hombres del ejército Materazzi, que entrenaban con la armadura puesta. Había cogido una de ellas al peso, en un corredor, mientras su propietario se instalaba en una de las estancias del palacio de Arbell. Debía de ser persona de gran importancia, porque la ciudad ya estaba abarrotada de Materazzi, hasta el punto de que ni el amor ni el dinero ni el rango (que era más importante que los otros dos) podían conseguir una cama decente.

Calculó que pesaría más de treinta kilos. Aparte de la protección que pudiera proporcionar, no comprendía cómo semejante carga podía permitir ni la velocidad ni la flexibilidad que daba por sentadas. Pero al verlos entrenar, se dio cuenta de que estaba equivocado completamente. Se quedó anonadado al ver lo rápido que se movían, la ligereza de sus pies y la manera en que la armadura parecía deslizarse con cada movimiento. Podían saltar al caballo y bajarse de él con una facilidad sorprendente. Conn Materazzi incluso subió por una escalera de mano por el lado de abajo y, después, pasó al lado de arriba para introducirse en la torre que hacía como que tomaba al asalto. Los golpes que se propinaban unos a otros habrían cortado en dos a un hombre sin armadura, pero ellos parecían poder soportar incluso los más terribles. Había algunos puntos vulnerables, como la parte superior e interna del muslo, pero sería muy arriesgado intentar atacarlos. Habría que pensar en ello.

—¡BUU! ¡Te pillamos! —dijo Kleist, saliendo de detrás de un árbol con Henri el Impreciso e IdrisPukke.

—Os he oído venir desde hace cinco minutos. Las gordas de la heladería Hacen menos ruido que vosotros.

—Vipond quiere verte.

Por primera vez, Cale los miró.

—¿Ha dicho por qué?

—Una flota de los redentores, al mando de ese cerdo de Coates, atacó un lugar llamado Port Collard, incendió la mitad de él y se fue. Uno de los soldados me ha explicado que los locales lo llaman «la Pequeña Menfis».

Cale cerró los ojos como si acabara de oír malas noticias. Y así era. Cuando terminó de explicar por qué, nadie dijo nada durante un rato.

—Deberíamos irnos —propuso Kleist—. Ahora: esta noche.

—Creo que tiene razón —añadió Henri.

—Y yo. Lo que pasa es que no puedo.

Kleist lanzó un gruñido.

—Por Dios, Cale, ¿cómo crees que vais a terminar tú y la marquesa de Carabás?

—¿Por qué no te compras un desierto y lo barres?

—Pienso que deberías decirle eso a Vipond —comentó Idris— Pukke.

—Aquí estamos acabados. ¿Por qué no podéis daros cuenta de eso ninguno de vosotros?

—Lárgale eso a Vipond y los tres terminaremos en el fondo de la Bahía de Menfis, alimentando a los peces con la grasa de nuestros riñones.

—Podría tener razón —dijo Henri el Impreciso—. En estos momentos se nos aprecia tanto como a un forúnculo.

—Y ya sabemos de quién es la culpa —comentó Kleist, dirigiendo la mirada a Cale—. Tuya, por si te lo estabas preguntando.

—Hablaré mañana con Vipond. Marchaos vosotros esta noche —dijo Cale.

—Yo no me voy —dijo Henri el Impreciso.

—Sí que te vas —dijo Cale.

—No me voy —insistió Henri el Impreciso.

—Sí que te vas —repitió Kleist, con la misma insistencia.

—Toma mi parte del dinero, y vete tú —dijo Henri el Impreciso.

—No quiero tu parte.

—Entonces no la cojas. Nada te impide ir solo.

—Sé que nada me lo impide, pero no quiero irme solo.

—¿Por qué? —preguntó Henri el Impreciso.

—Porque me da miedo la oscuridad —dijo Kleist. Y tras decirlo, desenvainó la espada y empezó a golpear el árbol más próximo—: ¡Mierda, mierda, mierda!

Y fue de este modo indirecto como estuvieron de acuerdo los tres en quedarse, y en que IdrisPukke acompañara a Cale a hablar con Vipond.

Esta vez Cale no tuvo que esperar cuando se presentó en los aposentos de Vipond, sino que lo hicieron pasar directamente. Los primeros diez minutos los ocupó el relato de Vipond de los tres ataques de los redentores, y de la masacre de Monte Nugent. Le entregó a Cale el guante que habían dejado en el poste del centro del pueblo.

—Dentro figura un nombre. ¿Conocéis a esa persona?

—¿Brzica? Era el verdugo que se utilizaba en el Santuario para las ejecuciones sumarias. Era el que se encargaba de matar a cualquiera siempre que no fuera un Acto de Fe: «Ejecuciones públicas para la edificante contemplación de los creyentes».

—El tono en que lo dijo dejaba claro que se trataba de una frase aprendida de memoria—. Los Actos de Fe eran llevados a cabo por redentores más santos que él. Yo nunca lo vi usarlo, pero Brzica era famoso por la velocidad con que mataba utilizando este chisme.

—He tomado como responsabilidad personal —dijo Vipond en voz baja— encontrar a ese hombre. —Se sentó y respiró hondo—. Ninguno de estos ataques parece tener mucho sentido. ¿Hay algo que me podáis contar sobre la estrategia que están empleando los redentores? —Sí.

Vipond se recostó en el asiento y miró a Cale, notando el extraño tono de su respuesta.

—Conozco esas tácticas porque fui yo quien las diseñó. Si me mostráis un mapa, podré explicároslo.

—Teniendo en cuenta lo que me acabáis de decir, no creo que sea prudente dejaros ningún mapa. Primero, explicaos.

—Si queréis que os ayude, necesito un mapa para explicaros qué es lo que pretenden hacer, y ver dónde se les puede detener.

—Explicádmelo por encima. Después veremos lo del mapa.

Cale se dio cuenta de que Vipond era más escéptico que desconfiado: sencillamente, no le creía.

—Hace unos ocho meses, el Padre Bosco me llevó a la Biblioteca de la Soga del Ahorcado Redentor, algo que nunca he oído que hiciera ningún redentor con ningún acólito, y me dejó ver todas las obras que hay allí sobre las tácticas militares de los redentores de los últimos quinientos años. Después me dio todo lo que había recogido personalmente sobre el imperio Materazzi, que era mucho. Me pidió que ideara un plan de ataque.

—I Por qué vos ?

—Durante diez años, me estuvo instruyendo sobre la guerra. Hay una escuela de redentores solo para eso. Somos unos doscientos... Nos llaman los «Peones de la Guerra». Yo soy el mejor.

—Muy modesto.

—Soy el mejor. La modestia no pinta nada aquí.

—Seguid.

Al cabo de unas semanas, decidí descartar el ataque sorpresa. Me gustan las sorpresas... Como táctica, quiero decir, pero no en aquella ocasión.

—No comprendo. Esto es un ataque sorpresa.

—No, no lo es. Los redentores llevan cien años luchando con los antagonistas. Se trata más que nada de una guerra de trincheras, que ahora se encuentra más bien estancada. Las trincheras llevan doce años más o menos en el mismo sitio. Se necesita algo nuevo que rompa esa parálisis, pero a los redentores no les gustan las novedades. Tienen una ley que faculta a un redentor para matar a un acólito en el acto si hace algo inesperado. Pero Bosco es distinto, él siempre está pensando, y una de las cosas en que pensaba era en que yo era diferente y me podía utilizar.

—¿De qué modo puede romper esa parálisis el hecho de atacarnos a nosotros?

—Yo tampoco podía entenderlo, y se lo pregunté.

—¿Y...?

—Nada. Se limitó a darme una buena paliza. Así que seguí con lo que me había mandado. El motivo de que no pensara que la sorpresa pudiera funcionar contra los Materazzi, es que estos no luchan como los demás: ni como los redentores ni como los antagonistas. Para empezar, los redentores no tienen caballería ni armaduras. Los arqueros son fundamentales para ellos. Los Materazzi apenas los utilizáis. Nuestras máquinas de guerra eran enormes y pesadas, y cada una de ellas se construía en el lugar del sitio. Los Materazzi debéis de tener unas cuatrocientas ciudades amuralladas con murallas cinco veces más gruesas de lo que para ellos es habitual.

—Dos de los fundíbulos usados en York fallaron, pero ellos prendieron fuego a los cuatro. ¿Por qué?

—Lograron atravesar las murallas de la ciudad el primer día, ¿no dijisteis eso? — Sí.

—Probaron una nueva arma en combate real, contra un nuevo tipo de enemigo, a mucha distancia de su Santuario. Y aunque dos se rompieran, las otras dos funcionaron.

—Pero dos no lo hicieron.

—Entonces las harán mejor. Por eso lo han hecho todo.

—¿Qué queréis decir?

—No sirve de nada sorprender al enemigo en sus condiciones y su territorio si no se tiene la seguridad de poderlo destruir de manera rápida. Bosco siempre me estaba pegando porque decía que yo tomaba demasiados riesgos innecesarios. Aquí no. Yo sabía que los redentores no estaban listos, que nosotros... —Se corrigió—: que ellos necesitaban hacer una campaña corta, aprender todo lo que pudieran sobre el modo de luchar de los Materazzi, sobre la calidad de sus armaduras, y retirarse después. Dejadme ver un mapa.

—¿Por qué voy a confiar en vos?

—Estoy aquí y os estoy explicando lo ocurrido, ¿no? Podríamos habernos marchado.

—Suponed que lo que me estáis contando no sea más que mentira con apariencia de sinceridad, y que Bosco os esté manejando y lo haya estado haciendo todo el tiempo.

Cale se rio.

—Buena idea: la usaré algún día. Dejadme ver el mapa.

—Nada debe salir de este despacho —dijo Vipond al cabo de un instante.

—De todas formas, ¿quién iba a escucharme?

•—Bien observado. Pero de todas formas, para salir de dudas, quiero que sepáis que si alguien se entera de que habéis sido parte de esto, recibiréis una soga por recompensa.

Vipond se dirigió a un estante al final de la estancia y sacó un rollo de papel grueso. Miró a Cale fijamente mientras volvía a su despacho, como si eso sirviera de algo con alguien que se había pasado la vida ocultando sus pensamientos. Entonces decidió por fin asumir los riesgos y desenrolló el mapa sobre su mesa, sujetando los extremos con pisapapeles de cristal de Venecia y con un ejemplar de *El príncipe melancólico*, que era su libro favorito. Cale observó el mapa con una concentración intensa, diferente de todo cuanto hubiera visto Vipond en él hasta entonces. Durante la siguiente media hora, Vipond respondió a las detalladas preguntas de Cale sobre los emplazamientos de las cuatro batallas, y el número y disposición de los soldados. Entonces se calló y estudió el mapa en silencio durante diez minutos.

—Quisiera un vaso de agua —dijo Cale.

Le llevaron el agua, y se la bebió de un trago.

—¿Y bien?

—Las ciudades de los Materazzi están cercadas. Yo sabía que sin contar con máquinas de guerra mucho más ligeras, que pudiéramos mover de una ciudad a otra con facilidad, podíamos dedicarnos a tocar la trompeta mientras esperábamos que las murallas se cayeran por sí solas. Le dije a Bosco que los ingenieros pontificios tendrían que construir algo mucho más ligero, y que fuera mucho más fácil de montar y desmontar.

—¿Y las diseñasteis vos mismo?

—¿Yo? No. Yo de eso no entiendo nada. Yo solo sabía qué era lo que necesitábamos.

—Pero él no se mostró de acuerdo, no os dijo que fuera a poner ese plan en funcionamiento.

—No. Cuando oí hablar de esos ataques, pensé que me estaba volviendo... ya sabéis... —Describió con el dedo varios círculos alrededor de la cabeza— ...algo majara.

—Pero no hay nada de eso.

—Sigo en perfectas condiciones. En cualquier caso, en York ellos han encontrado lo que buscaban. Por eso se llevaron consigo a los tres Materazzi: les interesaban las armaduras, no los hombres. Ahora estarán a medio camino hacia el Santuario, donde los esperarán los ingenieros para estudiarlas a fondo.

—Os dieron una buena en Fuerte Invencible.

—A mí no: a los redentores.

—A veces os referís a ellos diciendo «nosotros».

—La fuerza de la costumbre.

—De acuerdo, pues, pero vuestro plan recibió una buena paliza en Fuerte Invencible.

—No realmente. Solo se trató de mala suerte. Los Materazzi no tenían la intención de atacar por la retaguardia, solo dio la casualidad de que volvían en aquel momento... en el momento menos adecuado para los redentores. Si queréis que Dios se ría, contadle vuestros planes... ¿No es eso lo que dicen los prestamistas de Menfis?

—Se supone que necesitáis permiso para entrar en el Gueto.

—No me lo dijo nadie.

—Os estáis pasando de listo.

—Sigo vivo por el momento, si es en lo que estáis pensando.

—Sigo opinando que todo fue mal en Fuerte Invencible.

—Os equivocáis.

—¿En qué?

—¿Cuántos redentores murieron?

—Dos mil quinientos, aproximadamente.

—Lucharon dos veces contra vuestra caballería, y los que sobrevivieron escaparon. Habían ido a ver de qué estabais hechos, no a ganar ninguna batalla.

—Y Port Collard...

—¿Por qué la llaman la Pequeña Menfis?

—Fue erigida en un puerto natural, muy parecido a esta bahía. La ciudad fue construida más o menos igual. El diseño se trasladó...

A los provincianos les gusta copiar las cosas... —Se paró en mitad de la frase—. Ya veo, sí. —Suspiró hondo y estornudó—. Perdonad, ¿qué sigue ahora?

Cale se encogió de hombros.

—Yo sé lo que seguía en mi plan. Pero eso no significa que sea lo que van a hacer.

—¿Por qué no? Hasta ahora ha resultado razonablemente bien.

—Mejor que eso: ha salido simplemente bien. Han conseguido todos los objetivos para los que estaba planeado.

Se hizo un silencio incómodo. Sorprendentemente, fue Cale quien lo rompió.

—Lo siento, el pecado de orgullo es muy fuerte en mí, según dice Bosco.

—¿Y está equivocado?

—Seguramente no.

—¿Conocéis a Princeps?

—Lo vi una vez. Entonces era gobernador militar del litoral norte. Allí no hay guerra de trincheras, no hay más que montañas y tal... Por eso lo han puesto a dirigir esta campaña, porque es el mejor de quien disponen para luchar con un ejército en movimiento. Y está a partir un piñón con Bosco, aunque me parece que no es demasiado popular ante nadie más.

—¿Sabéis por qué?

—No. Pero he leído todos sus informes de campaña. El guerrea como pensando por sí mismo. Ese tipo de cosas pone nervioso al Departamento de Intolerancia. Bosco lo protege, según he oído.

—Entonces, ¿por qué necesita el Príncipe que le digáis vos lo que hacer?

—Tendríais que preguntarle a Bosco. —Cale indicó el mapa—. ¿Dónde están ahora?

Vipond señaló un punto a unos ciento sesenta kilómetros del Malpaís, en la punta más septentrional.

—Aparentemente se disponen a cruzar el Malpaís para regresar al Santuario.

—Aparentemente. Pero es demasiado arriesgado hacer cruzar en verano el Malpaís a un ejército, incluso a uno pequeño como es este.

—Entonces ¿eso no es parte de vuestro gran plan?

—Forma parte de mi gran plan que deberían hacer como si se dirigieran al Malpaís a través del bosque de Hessel, para que los Materazzi intentaran llegar allí primero y esperar a que llegaran. Pero una vez en el bosque, debían girar hacia el oeste, cruzar el río aquí, por el puente de Stamford, y dirigirse a Puerto Erroll en la costa este, aquí. La misma flota que incendió la Pequeña Menfis los sacará del puerto. Si eso falla, por lo que leí en la biblioteca, las playas son suaves en este lado. Pueden acercar los botes de remo si fuera necesario. —Señaló un paso en el mapa—. Incluso si el tiempo es malo y la flota se demora, una vez atravesado el estrecho de Baring, unos cientos de redentores podrían mantener a raya durante días a un gran ejército.

Vipond lo miró durante tanto tiempo sin decir nada que Cale se empezó a sentir incómodo y después molesto. Estaba a punto de hablar cuando Vipond le hizo una pregunta:

—¿Esperáis que os crea, que crea que iban a pedir a alguien de vuestra edad, sea la que sea, que elaborara un plan de ataque de este tipo, y que luego llevarían ese plan a cabo hasta el menor detalle? Os creería si me contarais algo más verosímil.

Al principio, Cale simplemente se quedó mirando con rostro inexpresivo, un gesto que hizo que Vipond empezara a lamentar su franqueza, recordando el frío deleite con que había despachado a Solomon Solomon. «Este chico no está muy cuerdo», pensó. Pero entonces Cale se echó a reír con una carcajada breve y repentina.

—¿Habéis visto a los usureros jugando al ajedrez en el Gueto? —Sí.

—Allí juegan montones de hombres mayores, pero también niños, niños mucho más jóvenes que yo. Uno de esos niños gana siempre. Ni siquiera el anciano rabita, con sus tirabuzones y su barba y el curioso sombrero y todo eso, es capaz de vencerlo. Así que el rabita dice...

—Rabino, supongo que queréis decir.

—Ah, no sabía muy bien. En fin, que el rabino dice que el ajedrez es un don de Dios para ayudarnos a ver su plan divino, y ese niño que apenas sabe leer es una señal suya para que creamos en el orden que yace bajo todas las cosas. En cuanto a mí, he recibido dos dones: puedo matar gente con la facilidad con que vos rompéis un plato; y también puedo mirar un mapa o situarme en un lugar y comprender cuál es la mejor manera de atacarlo o defenderlo. Esa comprensión simplemente acude a mí, igual que la estrategia acude al niño del Gueto. Aunque no creo que se trate de un don de Dios. Pero si no me creéis, allá vos.

—¿Y cómo los detendríais? —Se calló un instante—. Si tuvierais que hacerlo...

—Para empezar, no hay que dejarles alcanzar el estrecho de Baring, porque entonces escapan. Pero necesito un mapa más detallado desde aquí hasta aquí —dijo indicando un trozo de unos cincuenta kilómetros cuadrados—, y dos o tres horas para pensar.

¿Debía dar crédito a aquel extraño chico que tenía delante u olvidarse de todo? Al padre de Vipond le encantaba cierto comentario que aseguraba que cuando se está en dificultades, la mitad de las veces es mejor esperar. «No hagáis nada —decía—. Quedaos ahí».

—Aguardad en la puerta de la estancia contigua, y yo mismo os llevaré los mapas. No os acerquéis a las ventanas.

Cale se levantó y se dirigió al despacho privado, pero, cuando estaba a punto de cerrar la puerta tras él, Vipond lo detuvo para preguntarle:

—La masacre, ¿también formaba parte de vuestro plan?

Cale lo miró con expresión extraña, pero en absoluto ofendida.

—¿Qué pensáis vos? —preguntó con tranquilidad y cerró la puerta.

Vipond miró a su hermanastro.

—Habéis estado muy callado.

IdrisPukke se encogió de hombros.

—¿Es que había algo que decir? O se le cree o no se le cree.

—¿Y vos le creéis?

—Yo creo en él.

—¿Y qué diferencia hay?

—Cale siempre me está mintiendo porque no puede evitar el impulso de correr más riesgos de los necesarios. Ser demasiado creativo es un error a veces, y es un error en el que sigue incurriendo.

—Yo no estoy seguro de que sea un defecto —observó Vipond.

—Pero, como Cale, vos también sois una persona reservada.

—¿Y ahora, qué opináis?

—Opino que ahora dice la verdad —comentó IdrisPukke.

—Estoy de acuerdo.

En cuanto tomó la decisión de intervenir, Vipond empezó a ponerse cada vez más tenso e impaciente por conocer el plan de Cale, que requirió no tres horas, sino más de tres días para estar a punto. «¿Queréis el plan perfecto, o lo queréis enseguida?», le preguntaba Cale en respuesta a su insistente ruego de que le mostrara al menos algo de sus ideas. Si Vipond se mostraba extrañamente impaciente para una mente tan fría como la suya, era porque lo había alterado profundamente la muerte de los aldeanos, y lo que esas muertes confirmaban con respecto a los extraños informes de los refugiados antagonistas que salían del norte. Había algo en el guante de Brzica que le ponía los nervios de punta, como si toda la maldad y el odio del mundo se hubieran materializado en el cuidado con que lo habían diseñado, con que habían bordado su nombre y en la perfección con que habían encajado en el cuero la hoja del cuchillo. Se sentía aún más incómodo porque se consideraba un hombre de mundo, casi cínico y, sin lugar a dudas, un pesimista. Se había acostumbrado a esperar poco de la gente, y raramente sus expectativas se veían defraudadas. Que hubiera asesinatos y crueldades en el mundo no era nada nuevo para él, pero aquel guante era testigo de algo tan terrible que ni siquiera podía concebirse, como si aquel infierno que había descartado hacía tiempo como un engaño para aterrorizar a los niños hubiera enviado un mensajero que no tenía cuernos ni pezuñas, sino la forma de un guante de cuero primorosamente elaborado.

No era tarea fácil para Vipond influir en las tácticas de los Materazzi, que estaban orgullosos, hasta el punto de la histeria, de su preeminencia en tales cosas. Vipond no era soldado sino político, y tanto una cosa como la otra despertaba sospechas contra él.

Además, estaba el problema de que el Mariscal Materazzi se encontraba cada vez peor, pues su irritación de garganta se había convertido en una debilitadora infección de pecho, y cada vez se sentía menos capaz de comparecer en las innumerables reuniones convocadas para debatir sobre las campañas. Vipond debía tratar con una realidad nueva, si bien temporal. Sin embargo, lo logró con su habitual destreza.

Cuando los exploradores Materazzi perdieron el rastro del ejército de los redentores en el bosque de Hessel, no hubo gran alarma, dado que esperaban que salieran por el único camino por el que podían dirigirse hacia el Malpaís. Fue entonces cuando Vipond tuvo un encuentro secreto con el número dos del Mariscal, el Mariscal de Campo Amos Narcisse, y le informó de que su red de informadores tenía noticias sobre las auténticas intenciones de los redentores, pero que por razones muy complicadas no deseaba que lo vieran meter las narices en aquellos asuntos. Si Narcisse presentaba aquella información en el consejo de los Materazzi como propia, entonces eso le acarrearía considerable gloria, como lo haría el plan de batalla que también le ofrecería para su consideración, si lo deseaba. Vipond comprendía la preocupación en que se hallaba Narcisse. No era ningún idiota, pero tampoco pasaba de medianamente competente, y se sentía asustado al ver que por causa de la mala salud del Mariscal él quedaba de hecho al cargo de toda la campaña. No lo hubiera admitido ante nadie, pero en el fondo pensaba que él no era el hombre adecuado. Vipond alentó su completa colaboración con veladas pero claras promesas de cambios en la ley de recaudación que beneficiarían enormemente a Narcisse, y del final de un largo pleito concerniente a una gran herencia, pleito en el que Narcisse se había visto envuelto durante veinte años y que parecía a punto de perder.

El Mariscal de Campo no era una persona completamente venal, sin embargo, y no se avendría a una estrategia que pusiera en peligro al imperio. Pasó varias horas estudiando minuciosamente el plan de Vipond, que equivale a decir el plan de Cale, antes de comprobar que sus intereses financieros y su conciencia militar coincidían. Quienquiera que hubiera urdido aquel plan, le dijo a Vipond, sabía lo que se traía entre manos. Dijo algunas cosas no enteramente convincentes sobre no querer llevarse el crédito de otro, pero Vipond le aseguró que se trataba del trabajo de un grupo, y que el verdadero mérito consistía en tener la capacidad de liderazgo del hombre que pone el plan en ejecución. En efecto, a fin de cuentas el plan era de Narcisse. Para cuando lo presentó y defendió ante el consejo, eso no era ya sino la pura verdad, y el factor decisivo para convencer al consejo era que el ejército de los redentores que había desaparecido resultó hallarse justamente donde había predicho Narcisse.

Es un dicho famoso que por suerte las guerras son una ruina, porque si no lo fueran nunca dejaríamos de luchar. A menudo olvidamos que, si bien puede haber guerras justas e injustas, nunca hay guerras baratas. El problema para los Materazzi era que los más expertos financieros del imperio eran los judíos del Gueto. Los judíos, por otro lado, tenían mucha cautela ante las guerras de otros, pues a menudo les acarreaban a ellos el desastre, fuera cual fuese el resultado. Si prestaban dinero al bando perdedor, no había nadie para devolvérselo; y si financiaban al bando vencedor, a menudo se decidía que los judíos habían sido de algún modo responsables de la guerra y que debían ser expulsados. En consecuencia, ya no hacía falta pagarles. De manera poco sincera, los Materazzi aseguraron a los judíos que las deudas de guerra serían satisfechas, mientras que los financieros del Gueto

clamaban, de manera igualmente insincera, que no podían conseguir crédito en cantidades tan grandes, aparte de que los intereses serían prohibitivos. Fue durante estas negociaciones cuando Kitty la Liebre vio la oportunidad, y resolvió el problema ofreciendo a los Materazzi la financiación de todas las deudas de la guerra. Esto fue un alivio inmenso para los judíos, que miraban a Kitty la Liebre como una abominación ante el Señor. Era bien sabido que no hacían negocios con él bajo ninguna circunstancia, ni siquiera bajo amenaza de expulsión.

Kitty estaba más preocupado por los Materazzi. Pese a todos sus sobornos, chantajes y corrupción política, él sabía que la opinión pública en Menfis se estaba levantando contra las desagradables prácticas que tenían lugar en Ciudad Kitty, y que iba a ser más o menos inevitable una acción contra él. Calculaba que una guerra, especialmente una guerra en la que estaban tan encendidos los sentimientos de la población, sería como tener en las cartas un triunfo con el que matar cualquier tipo de censura moral contra su negocio. Al financiar lo que pensaba que sería una campaña corta, Kitty la Liebre confiaba razonablemente en que costear la totalidad de la empresa aseguraría su posición en Menfis durante mucho tiempo.

Ahora por fin estaban preparados los Materazzi para ir contra los redentores, y, con el gran plan de Narcisse como guía, cuarenta mil hombres con su armadura completa dejaron la ciudad, despedidos por los vítores de enormes multitudes. Corría la idea de que el Mariscal Materazzi estaba ultimando su estrategia bélica y se uniría más tarde a sus tropas. Esto no era cierto: lo cierto era que el Mariscal se sentía muy mal a causa de la infección de pecho, y era improbable que pudiera tomar parte en la campaña.

Sin embargo, los redentores se encontraban bastante peor a causa de un brote de disentería que había matado a muy pocos, pero debilitado a muchos. Además, el plan para engañar a los Materazzi, haciéndolos esperar ante el Malpaís mientras ellos se encaminaban en la dirección opuesta, había fracasado de manera evidente. Casi en cuanto salieron del bosque de Hessel, una avanzadilla de Materazzi, integrada por dos mil hombres, los siguió por el otro lado del río Oxus. A partir de ese momento, cada movimiento que hacía el ejército de los redentores era observado, y los detalles transmitidos al Mariscal de Campo Narcisse.

Para sorpresa de Princeps, los Materazzi no hicieron ningún intento de retrasar a su ejército y, en menos de tres días, avanzaron unos cien kilómetros. Para entonces los efectos de la disentería habían debilitado considerablemente a más de la mitad de sus hombres, y Princeps decidió descansar durante medio día en Molinos Quemados. Envío una delegación a los defensores de la ciudad, amenazando con masacrar a sus habitantes como había hecho en Monte Nugent, pero diciendo que no les pasaría nada si se rendían de inmediato y proporcionaban comida a sus soldados. Hicieron lo que se les decía. A la mañana siguiente, los redentores prosiguieron su marcha hacia el estrecho de Baring. Ahora Princeps, comprobando el terror que había producido la masacre en la población local, envió una avanzadilla de

doscientos hombres, utilizando la misma táctica para proveer a sus aún debilitados soldados con una copiosa cantidad de víveres, la mayor parte de los cuales eran mejores que aquellos a los que estaban acostumbrados, algo que produjo el efecto de elevar los ánimos.

El plan de campaña diseñado por Cale para un ataque exploratorio contra el imperio Materazzi había resultado efectivo hasta el momento, pero el territorio en el que entraban entonces solo estaba cartografiado muy someramente en los documentos conservados en la biblioteca del Santuario. Uno de los objetivos más importantes del plan consistía en llevar a veinte cartógrafos y mandarlos en diez grupos separados para cartografiar con todo el detalle posible el terreno que pensaban atacar al año siguiente. Los tres grupos que cartografiaban el camino que tenían por delante no habían regresado, y Princeps se desplazaba por parajes sobre los cuales solo tenía una idea muy general. Al día siguiente, Princeps intentó atravesar el Oxus con su ejército por Recodo Blanco, pero el ejército que les seguía por el otro lado del río había crecido hasta llegar a los cinco mil hombres. Se vio obligado a desistir del intento, y entrar en una región en la que el camino resultaba duro y donde los pocos pueblos que podrían haber utilizado para aprovisionarse habían sido evacuados por los Materazzi, que no habían dejado nada útil ni de valor en ellos.

Durante los dos días siguientes, los redentores siguieron avanzando, buscando con desesperación creciente un lugar por el que atravesar el río, algo que los Materazzi, desde la otra orilla, estaban decididos a impedir. A cada hora que pasaba los redentores estaban más débiles y fatigados debido a la carencia de víveres y a los efectos de la disentería, y no podían recorrer más que quince kilómetros al día. Pero entonces cambió su suerte. Los exploradores de los redentores habían capturado a un vaquero de la vecindad y a su familia. Queriendo proteger a los suyos a toda costa, el vaquero les habló de un viejo paso, ya en desuso, por donde pensaba que podía cruzar incluso un ejército del tamaño de aquel. Los exploradores regresaron con la noticia de que el paso necesitaba reparaciones y que cruzarlo sería difícil pero posible. Además, estaba completamente desprotegido. Su suerte mejoró más aún: al otro lado del río, unas grandes marismas habían obligado a la guardia Materazzi a separarse del curso del río y alejarse de la vista. Los redentores sintieron entonces revivir sus casi muertas esperanzas. Al cabo de dos horas, habían levantado al otro lado del Oxus una cabecera de puente, y el resto de los redentores reparaban el paso con piedras que cogían de las casas de las inmediaciones. Al mediodía el trabajo estaba concluido, y el ejército empezó a cruzar el Oxus. Al ponerse el sol, el último de los redentores había cruzado ya y se hallaba a salvo en la orilla opuesta. Aunque a una distancia segura aparecieron algunos Materazzi para observar el final del paso del ejército, se limitaban a seguir enviando correos a Narcisse.

Al día siguiente, habiendo avanzado otros cinco kilómetros, los redentores se encontraron ante sí algo que hizo a Princeps comprender que su ejército estaba acabado: los embarrados caminos estaban batidos como campos mal arados, y a diez

metros a cada lado las matas estaban aplastadas: antes que ellos habían pasado por allí decenas de miles de Materazzi. Comprendiendo que un ejército varias veces del tamaño del suyo debía de estar esperándolos en algún punto de allí al estrecho de Baring, Princeps hizo cuanto pudo para asegurarse de que no se perdía la información cartográfica que había sido en todo momento el propósito central del plan de Cale. Los cartógrafos supervivientes hicieron todas las copias que pudieron de los mapas que habían trazado, y después Princeps los despachó en una docena de direcciones diferentes, disfrazados, con la esperanza de que al menos uno de ellos consiguiera llegar al Santuario. Escuchó una misa breve, y a continuación reemprendieron la marcha. Durante dos días no percibieron otro atisbo de los soldados enemigos que el río de barro que habían dejado tras ellos. Entonces comenzó a caer un agua fría y torrencial. Bajo la lluvia y el viento, el ejército ascendió por una pendiente pronunciada, en formación, pero, al llegar a la cresta de la cima y observar el terreno llano que se extendía ante ellos, vieron el enorme número de soldados del ejército Materazzi, alineados y aguardando por ellos. Por cada flanco, rebosando de los valles adyacentes, seguían agregándose más hombres. Cesó la lluvia y salió el sol, y los Materazzi desplegaron sus banderines y pendones, que ondearon alegremente al viento sus oros, sus rojos, sus azules. El sol brillaba en la plata de las armaduras.

La batalla era ya inevitable, pese a todos los esfuerzos que había puesto Princeps, el Redentor General, en evitarla. Pero no ese mismo día. Estaba casi oscureciendo, y los Materazzi, tras meter en los redentores el miedo a la muerte y la condenación, se retiraron ligeramente hacia el norte. Al verlo, los redentores también se retiraron un poco, aunque encontraron escaso cobijo. Antes de eso, Princeps ordenó a cada uno de sus arqueros cortar una estaca defensiva de casi dos metros de altura de los árboles que había a los lados. Temiendo que los Materazzi pudieran atacar de noche, Princeps prohibió encender hogueras, para que los posibles atacantes no pudieran distinguir el lugar en que estaban acampados. Empapados, sufriendo el frío y el hambre, los redentores se tendieron donde estaban, se confesaron, oyeron misa, rezaron y se prepararon para la muerte. Princeps caminó entre ellos repartiendo medallas de San Judas, patrón de las causas perdidas, orando por su alma y la de sus hombres, algo en lo que todos lo acompañaban, desde el que cavaba letrinas a los dos arzobispos, en quienes recaía el mando.

—Recordad, hombres —repetía con voz alegre a cada sacerdote y soldado—, que somos polvo y al polvo hemos de volver.

—Y mañana a estas horas empezaremos ese viaje de regreso —comentó uno de los monjes, a lo cual, para sorpresa del arcediano, Princeps se rio.

—¿Sois vos, Dunbar?

—Yo soy —confirmó él.

—Bueno: no creo que os equivoquéis.

La mayoría de los Materazzi se encontraban a menos de ochocientos metros. Ardían sus hogueras, y los redentores podían oír retazos de canciones, insultantes gritos dirigidos contra ellos y, de vez en cuando, alguna frase de ordinaria conversación transportada por el aire en la calma de la noche.

El sargento mayor Trevor Beale se encontraba aún más cerca. Asignado al personal de Narcisse, estaba agachado a menos de cincuenta metros de distancia, tratando de averiguar si podía hacer algo útil.

Triste, empapado, helado, hambriento y aterrorizado por lo que sabía que le aguardaba, el redentor Colm Malik se dirigía a una de las pocas tiendas que el Cuarto Ejército había llevado con ellos.

«Tranquilo —pensó—, es culpa tuya. Tú te empeñaste en presentarte voluntario cuando te podrías haber quedado a salvo en el Santuario, dedicándote a propinar patadas en el culo a los acólitos».

Entró agachado por la puerta de la tienda y se encontró al Padre Petar Brzica, que miraba a un muchacho que tal vez tuviera catorce años y estaba sentado en el suelo, con las manos atadas a la espalda. El muchacho tenía una expresión extraña en el rostro, una palidez causada por el terror, lo cual era comprensible, pero también había allí algo más que Malik no sabía qué era. Odio, tal vez.

—¿Pedisteis verme, Padre?

—Sí, Malik —dijo Brzica—. Me pregunto si podríais hacerme un servicio.

Malik asintió con la cabeza, con toda la falta de entusiasmo que pensaba que podía mostrar sin ser castigado.

—Este muchacho que veis aquí es un espía o un asesino de los Materazzi, porque dice que presencié nuestra actuación en Monte Nugent. Hay que encargarse de él.

—¿Sí? —Malik estaba desconcertado, no meramente tratando de poner pegas.

—He recibido una plena absolución por todos mis pecados del propio arzobispo justo antes de que lo capturaran los piquetes y lo trajeran a mí.

—Comprendo.

—Es obvio que no. Matar a una persona desarmada, sin importar lo muy merecida que tenga su muerte, requeriría una nueva absolución formal. No puedo matarlo yo mismo y pedirle después al arzobispo que me vuelva a confesar. Pensaría que soy imbécil. ¿Vos habéis confesado?

—Todavía no.

—Entonces ¿cuál es el problema? Lleváoslo al bosque y deshaceos de él.

—¿No hay nadie más?

—No. Y ahora lleváoslo.

Y, de ese modo, Malik se llevó al aterrorizado joven a través de la llovizna que caía sobre el campamento, por entre las numerosas misas farfulladas que los monjes se ofrecían unos a otros, y salió de las filas de piquetes para internarse en el cercano bosque. A cada paso, a Malik le daba un vuelco el corazón: una cosa era dar palizas y patadas en el culo a los acólitos, y otra muy diferente rebanarle la garganta a un muchacho que ya había sido testigo de algo de lo que el propio Malik había formado parte y había sido más de lo que podía soportar. Al día siguiente se las vería cara a cara con su Creador. En cuanto llegaron a una espesura en la que quedaban fuera de la vista, Malik cogió al muchacho y le susurró:

—Voy a dejaros escapar. Seguid corriendo en esa dirección y no volváis la vista atrás. ¿Habéis entendido?

—Sí —respondió el aterrorizado muchacho.

Malik cortó la cuerda de las muñecas del muchacho y lo observó alejarse en la oscuridad, sollozando y dando traspiés. Aguardó varios minutos para asegurarse de que en su terror el muchacho no se confundía y volvía hacia la fila de piquetes. Al día siguiente, si alguien se enteraba de lo ocurrido, no tendría ninguna importancia. Y de ese modo, esperando que su acto de caridad pudiera compensar de algún modo los numerosos pecados que había cometido contra otros jóvenes, Malik regresó al campamento, para ir a encontrarse con el cuchillo del sargento mayor Trevor Beale.

Cale se levantó mucho antes del alba, y, para cuando el cielo empezaba a aclarar, llegaron Henri el Impreciso, Kleist y, por último, al alba, IdrisPukke. Estaban en la cima del monte Silbury, desde la cual tenían una buena vista del campo de batalla. El monte Silbury no era un verdadero monte, sino un enorme montículo artificial construido por razones de las que nadie se acordaba y por gente de la que tampoco se acordaba nadie. Su cima plana era una excelente plataforma no solo para contemplar los movimientos del enemigo (aunque el campo de batalla se veía con claridad desde cualquier punto en el que se pusiera uno, desde el lado de los Materazzi), sino por el numeroso séquito cortesano: embajadores, agregados militares, personas importantes que no tenían que ver con el ejército y hasta algunas importantes damas Materazzi. Una de ellas era Arbell Cuello de Cisne, que había insistido en estar presente, pese a la rotunda oposición de su padre y de Cale, quienes habían observado que ella constituía un blanco primordial para los redentores, y que en la confusión de la batalla no se podía garantizar la seguridad de nadie. Ella había respondido que la presencia de otras damas Materazzi convertiría su ausencia en algo vergonzoso, sobre todo porque la guerra se hacía para defender su vida. Aquellos hombres ponían la vida en juego por ella, y solo la cobardía podía

explicar que ella no se hallara presente. Esta disputa había proseguido hasta el día anterior a la batalla, y el Mariscal solo tiró la toalla cuando Narcisse confirmó tanto la penosa condición como el pequeño tamaño del ejército de los redentores, y la seguridad que ofrecía el monte Silbury, pues su pendiente era demasiado empinada para ser tomado con facilidad, aparte de ofrecer una vía de escape rápida y segura. A Cale no le hicieron caso, pero tenía planeado que a la primera señal de peligro se la llevaría de allí, a la fuerza si no había más remedio. En cuanto pudo ver alineados aquella mañana a los ejércitos, Cale se tranquilizó en gran medida.

El campo de batalla era un triángulo. El estaba en el monte Silbury, en el ángulo izquierdo de la base, y los cuarenta y cinco mil hombres del ejército Materazzi se extendían en una gruesa línea en el ángulo derecho. Los redentores ocupaban el ángulo más agudo del triángulo. A cada lado había bosques espesos, casi impenetrables, de color negro azulado, y entre ambos se encontraba el campo de batalla, la mayor parte del cual había sido arado recientemente, aunque había una franja de brillante rastrojo amarillo que señalaba la posición de los Materazzi. Calcularon que la distancia entre los ejércitos sería de unos ochocientos metros.

—¿Cuántos crees que son? —le preguntó Cale a Henri el Impreciso, señalando a los redentores.

Tardó en responder al menos treinta segundos.

—Unos cinco mil arqueros; puede que mil trescientos soldados de infantería.

—Narcisse tenía razón —dijo IdrisPukke, bostezando—. Los redentores no pueden batirse en retirada y, si atacan con tal diferencia de número, los harán picadillo. Voy a desayunar algo. —Kleist se dirigió con él hasta un viejo criado que, con la cara tan colorada como un cangrejo, soplaba para prender fuego. Tenía a su lado un plato con huevos de color marrón y un jamón ahumado del tamaño de una pata de caballo. Mientras estaban allí, mirando, se les acercó un setter taheño perteneciente a una de las damas, meneando la cola, con la esperanza de ser invitado al desayuno.

Mientras comían, nadie le presentaba a Narcisse más que quejas personales. Aunque el plan del general contaba con amplio apoyo y admiración, y eso por parte de hombres que tenían mucha experiencia y eran hábiles soldados, otra cosa eran las cuestiones de prioridad en la formación de combate, en las que durante veinte años se habían acostumbrado a que el Mariscal Materazzi tuviera la última palabra. Su lamentable ausencia permitía el rebrote de rivalidades largo tiempo olvidadas y que no tenían fácil solución. Además, Narcisse se había visto obligado a cambiar el plan de batalla en tres ocasiones, algo que les pasaba a menudo incluso a los grandes generales. Eso significaba pedir a nobles de sangre real, que alguna vez habían tenido un papel importante en la primera línea, que aceptaran de repente un mando de importancia vital pero poco vistoso en la retaguardia. Tal cosa parecía una deshonrosa degradación a hombres que se habían mostrado siempre entregados, y cuya vida solo tenía sentido en el heroísmo y la gloria militar. La brillantez de aquel

plan que había conseguido meter a los redentores en una encerrona se convertía ahora en una fuente de problemas, al haber demasiados nobles de gran experiencia y valor y no suficientes lugares en donde colocarlos. Cada uno de ellos, además, estaba convencido, y con buenos motivos, de que era el mejor hombre para determinado puesto y que transigir en aras del consenso era un compromiso excesivo, que podía acarrear graves perjuicios al imperio, en cuya protección debían y deseaban morir. Cada hombre tenía sus motivos que alegar, y la mayoría eran de peso. Para llegar a un acuerdo hubieran hecho falta toda la habilidad diplomática y todos los años de autoridad del Mariscal Materazzi, y Narcisse no tenía ni una cosa ni la otra. Al final decidió que todos los nobles más poderosos mandaran una sección en el frente, y que solo aquellos a los que le parecía que podía permitirse ofender ocuparan puestos secundarios. Eso complicaba de manera espantosa la cadena de mando, pero era la mejor solución que podía encontrar, y la situación se volvía más intrincada a cada hora, a medida que llegaban otros nobles que pedían también un lugar apropiado en la disposición general. Narcisse se consolaba pensando que aunque los problemas de Princeps fueran infinitamente más simples, también eran infinitamente peores. Fingiendo que tenía que estudiar el despliegue enemigo, Narcisse abandonó la Tienda Blanca con todas sus disputas, pero al hacerlo vio que Simón Materazzi se había colocado la armadura, lo que provocaba mucho alboroto entre una docena de soldados ante los que mostraba sus conocimientos recién adquiridos en el manejo de la espada. Narcisse hizo a un lado a uno de sus secretarios y le susurró en voz baja:

—Llevad inmediatamente a la retaguardia a ese retoño imbécil del Mariscal, y no dejéis de protegerlo hasta que todo haya acabado. Lo que menos falta me hace es que se meta en la batalla y que lo maten. —Por si acaso, esperó a ver cómo cumplían sus órdenes, ante la ira desbordada pero impotente de Simón. Koolhaus se había ido en aquel momento a beber agua y se perdió el incidente.

Cale y Henri el Impreciso se quedaron mirando y tratando de comprender, pero por mucho que hablaran de lo que harían si estuvieran en el lugar de Princeps, ninguno de ellos encontraba defectos al resumen que IdrisPukke hacía del caso. Empezaron a sentirse más tranquilos.

—Realmente, es tu plan —dijo Henri el Impreciso, admirando la magnífica disposición de armaduras y coloridos pendones.

—La idea es mía, pero la ejecución es de Narcisse. La cosa no tiene mala pinta. Están demasiado apretados, pero bueno... —Pensó con satisfacción en las funestas perspectivas de los redentores. Sin embargo, sintieron odio mezclado con temor al observar que el ejército redentor comenzaba a organizarse en tres secciones de infantería separadas por dos pequeños bloques de caballería. A cada lado, derecha e izquierda, había sendas secciones de arqueros.

Pese a las escasas simpatías que les inspiraban los redentores, Cale y Henri el Impreciso podían ver lo mala que era su situación. Tenían poca o ninguna comida,

estaban empapados y ateridos de frío: cuando brilló el sol y empezaron a moverse, se podía distinguir el vapor que salía de ellos.

Para los que sufrían retortijones de vientre, las cosas aún estaban peor: no había posibilidad de huida, y tenían que estar muertos de miedo. Y enfrente de ellos tenían un ejército bien aprovisionado, bien alimentado y al menos diez veces superior en número. Era una perspectiva bastante desagradable.

Bajo ellos, los Materazzi habían sido más o menos separados en dos grupos de infantería, con toda su armadura (aunque algunos no habían acabado todavía de ponérsela). Cada grupo estaba integrado por ocho mil hombres. A cada lado y tras aquellas dos filas, había unos mil doscientos hombres a caballo. Las primeras filas de los Materazzi aún estaban sin formar. Muchos se habían sentado a comer y beber, y había muchos gritos, vítores y risas. Además, había muchos que se colaban o se disputaban el sitio en la primera línea. En las hogueras asaban corderos y hasta un caballo, y de las teteras puestas al fuego salían penachos de vapor. Aquellos que estaban demasiado nerviosos para sentarse a comer cruzando las piernas aún desprotegidas sobre el amarillento rastrojo se colocaban la armadura, ocupaban su posición e intentaban acercarse a la primera línea empujando con más fuerza, aunque ninguno de ellos era tan indisciplinado como para incurrir en disputas.

Dos horas después, nada había sucedido. Se les unió una pálida Arbell Cuello de Cisne, acompañada por Riba, Kleist y el bien desayunado IdrisPukke. Pese a la pérdida de rotundidad que había experimentado su cuerpo en los meses precedentes, Riba seguía contrastando con su señora de manera muy llamativa. Medía unos veinte centímetros menos que ella, era morena, de ojos castaños, y tan abundante y llena de curvas cuanto Arbell era rubia, sinuosa y delgada. Resultaban tan diferentes a la vista como una paloma y un cisne.

Inquieta, Arbell les preguntó qué pensaban que iba a ocurrir, y todos se mostraron de acuerdo en que los Materazzi hacían bien en quedarse donde estaban, porque Princeps se vería obligado a atacar antes o después. Lo mirara como lo mirara, a Cale le parecía que la situación de los redentores era completamente desesperada.

—¿Ha visto alguien a Simón? —preguntó Arbell.

—Estará con el Mariscal —respondió IdrisPukke. Durante los últimos días, Simón y el Mariscal se habían vuelto inseparables.

—Parecen padre e hijo —bromeó Kleist, de manera que no lo pudiera oír Arbell.

Aún preocupada, Arbell estaba a punto de enviar a dos criados en busca de su hermano cuando se les acercó un grupo de cinco soldados montados a caballo. Uno de ellos era Conn Materazzi. No se había acercado a Cale desde su pelea.

—Me envía el Mariscal de Campo Narcisse para comprobar que os encontráis segura.

—Completamente segura. ¿Habéis visto a mi hermano?

—Sí. Creo que sí, hace como una hora. Estaba en la Tienda Blanca con el ganso que le hace de intérprete.

—No tenéis derecho a llamar así a Koolhaus. Os lo ruego, buscad a Simón y aseguraos de que viene aquí.

A continuación, Arbell se volvió hacia sus dos criados y los envió a la Tienda Alta con las mismas instrucciones.

Por primera vez, Conn Materazzi miró a Cale.

—Aquí no correréis ningún riesgo, supongo.

Cale no respondió nada. Conn dirigió entonces la atención a Kleist.

—¿Y vos? Si tenéis el valor suficiente para venir y no dejar que otros luchen en vuestro lugar, os conseguiré un lugar en la primera línea.

Kleist puso cara de interés.

—Vale —respondió en tono amable—. Tengo que arreglar aquí un par de cosas, pero id delante y esperadme, que llegaré en unos minutos.

Conn no tenía mucho sentido del humor, pero hasta él comprendió que se estaba burlando.

—Al menos vuestros empalagosos amigos de ahí tienen el valor de luchar por sí mismos. Vosotros tres os limitáis a quedaros ahí y dejar que otros lo hagan por vosotros.

—¿Para qué vamos a discutir —respondió Kleist, como si hablara con alguien corto de entendederas— si allí se pelean por ponerse delante?

Pero no era fácil burlarse de Conn, pues las burlas le hacían poco efecto debido a que desde niño estaba acostumbrado a considerarse inmensamente valioso.

—Tenéis más motivos que nadie para participar en esta batalla. Si pensáis que es divertido, entonces no necesito la apostilla de un bufón para comprender lo que sois.

Y tras decir él mismo su apostilla, volvió el caballo y se fue. La verdad es que esto hizo poco efecto en Henri el Impreciso, ninguno en absoluto en Kleist, pero sí le molestó a Cale. Su victoria sobre Solomon Solomon le había demostrado que su destreza dependía de un terror que podía aparecer o desaparecer en cualquier momento. ¿De qué servía poseer dones como el suyo si el pánico podía neutralizarlos? Sabía que lo que le mantenía en la cima del monte era el hecho de que aquella no era, estrictamente hablando, su lucha, que el deber tanto como el amor le destinaban a proteger a Arbell Materazzi; pero también lo hacía el recuerdo de sus temblores, su debilidad y sus tripas revueltas: el horrible miedo al miedo.

Entonces se presentó otro visitante en la cima del monte Silbury, alguien cuya aparición causó revuelo y fascinación en las más importantes personas reunidas allí. Aunque había llegado en coche al pie de la colina, había pasado a una silla de manos

completamente cubierta, del tipo que usaban las damas Materazzi para viajar por las estrechas calles del corazón de la ciudad vieja, donde no cabían los carruajes. Ocho hombres, claramente agotados por el ascenso, llevaban la silla y otros diez iban vigilando.

—¿Quién es? —preguntó Cale a IdrisPukke.

—Bueno, no puedo decir que se me sorprenda con facilidad, pero esto me maravilla.

—¿Es el Arca de la Alianza?

—No se trata de lo más alto, sino de lo más bajo. Si el demonio mismo pudiera quedar poseído, esta es la criatura que podría lograr semejante cosa: es Kitty la Liebre.

Cale se quedó lógicamente impresionado y no dijo nada por un instante, mientras observaba a los once guardias.

—Parecen peligrosos.

—Deben de serlo. Son mercenarios lacónicos. Deben de costar un dineral.

—¿Qué hace aquí? Creí que se hablaba de él, pero nunca se le veía.

—Seguid burlándoos. Molestad a Kitty, y lo lamentaréis. Seguramente ha venido para echar un vistazo a sus inversiones. Además, hoy tenemos la oportunidad de contemplar un trozo de historia, mientras permanecemos a salvo.

Entonces se abrió la puerta de la silla de mano y salió de ella un hombre. Cale lanzó un gruñido de decepción.

—Ese no es Kitty —explicó IdrisPukke.

—Gracias a Dios. Me preocupaba que Belcebú no tuviera el aspecto adecuado para el cargo.

—A veces se me olvida que todavía sois un niño. Si alguna vez tenéis la oportunidad de conocerlo —añadió IdrisPukke, señalando al hombre—, recordad, jovencito, que será mejor que encontréis un compromiso urgente en otra parte.

—Ahora sí que me dais miedo.

—Sois un gallito de mierda, ¿verdad? Este que veis aquí es Daniel Cadbury. Mirad en el *Diccionario General* del doctor Johnson, en la entrada «esbirro», y veréis su nombre. Podéis encontrarlo también en «asesino», «magnicida» y en «ladrón de ovejas».

Pero es un tipo encantador, dispuesto a prestarte su culo y quedarse él cagando por las costillas.

Mientras Cale intentaba desentrañar esta interesante afirmación, el sonriente Cadbury se dirigía hacia ellos.

—¿Cuánto tiempo, IdrisPukke! ¿Muy ocupado?

—Hola, Cadbury. ¿Qué os trae por aquí, venís a estrangular a algún huérfano?

Cadbury sonrió como si realmente apreciara la pulla de IdrisPukke y, alto como era, dirigió desde arriba una mirada a Cale llena de satisfacción.

—Es muy chistoso vuestro amigo, ¿verdad? Vos debéis de ser Cale —añadió en un tono que implicaba que eso era algo importante—. Estuve en la Opera Rosso cuando os cargasteis a Solomon Solomon. No podía ser mejor chico. Casi nada, jovencito, casi nada. Deberíamos comer juntos un día, cuando acabe todo este asunto tan desagradable. —Y con una inclinación que mostraba respeto a Cale, pero como procedente de un igual del que era importante recibir ese respeto, se volvió a la silla de mano.

—Parece muy majo —comentó Cale, queriendo decir todo lo contrario.

—Sí, y lo es, hasta que llega el momento en que se ve obligado, con gran dolor del corazón, a rebanarte la garganta.

Henri el Impreciso les gritó para llamar su atención. Había revuelo en las filas de los redentores. En diez filas, los seis mil arqueros y los mil novecientos soldados de infantería avanzaban lentamente. Cincuenta metros más allá, al borde de la parte arada del campo que llegaba hasta los Materazzi, se detuvieron y las filas frontales se hincaron de rodillas.

—¿Qué demonios hacen? —preguntó IdrisPukke.

—Cogen un puñado de tierra —dijo Cale— para recordarse que son polvo y volverán al polvo.

A continuación, la primera fila se levantó y avanzó por el campo arado. La fila de detrás avanzó, se arrodilló, cogió un puñado de tierra y siguió a los de delante, y así hicieron sucesivamente todas las filas. En menos de cinco minutos, todo el ejército de los redentores había vuelto a retomar su formación poco precisa y caminaba lentamente sobre la irregular superficie, sin llevar el paso. Todo cuanto les quedaba por hacer a los Materazzi y los que observaban desde el monte Silbury era esperar y ver.

—¿Cuándo iniciarán el asalto? —preguntó IdrisPukke.

—No lo harán —respondió Henri el Impreciso—. Los Materazzi no tienen arqueros, así que la distancia a la que pueden matar es... ¿qué, dos metros? No tienen necesidad de apresurarse.

Llevaban ya diez minutos avanzando y, habiendo cubierto casi setecientos metros de los novecientos que les separaban antes del frente del ejército Materazzi, los centenarios (cada uno de los cuales controlaba a cien hombres) gritaron una orden. El avance se detuvo.

Se oyeron más gritos apagados procedentes de los centenarios, y los arqueros y soldados de infantería se hicieron a derecha e izquierda para dejar sitio, de manera que la línea frontal ocupó entonces toda la anchura del campo de batalla. En menos de tres minutos, habían terminado la reorganización del orden de batalla y se encontraban separados por menos de medio metro. Las siete filas detrás de la primera se habían colocado en diagonal, para que los arqueros pudieran ver y disparar más fácilmente por encima de las cabezas de los arqueros que tenían delante.

Durante unos minutos había dado la impresión de que cada redentor llevaba lo que parecía una lanza de casi dos metros de longitud. Pero ahora que se habían parado y estaban mucho más cerca, resultaba patente que, fuera lo que fuera aquello, era demasiado grueso y pesado para tratarse de una lanza. Los centenarios gritaron una nueva orden, y entonces pasó a resultar evidente cuál era su utilidad. Durante un buen rato se oyó infinidad de golpes, pues los arqueros estaban clavando en ángulo en el suelo, con pesadas mazas que también llevaban consigo, lo que ahora se veía claramente que eran estacas defensivas.

—¿Para qué preparan esa línea de defensa? —preguntó IdrisPukke.

—No lo sé —respondió Cale—. ¿Y vosotros?

Kleist y Henri el Impreciso se encogieron de hombros.

—No tiene sentido. Los Materazzi los harán picadillo. —Cale miró nervioso a IdrisPukke—. ¿Estáis seguro de que los Materazzi no atacarán?

—¿Por qué iban a desperdiciar semejante ventaja?

En aquel momento los redentores se afanaban en afilar la punta de las estacas.

—Quieren provocarlos para que ataquen ellos —explicó Cale al cabo de un momento. Se volvió hacia IdrisPukke—. Están al alcance de las flechas. Cuatro mil arqueros, seis flechas por minuto: ¿Pensáis que los Materazzi aguantarán veinticuatro mil flechas cada sesenta segundos?

IdrisPukke tomó aire, pensativo.

—Algo más de doscientos metros es una distancia enorme. Me da igual cuántos sean. Los Materazzi van cubiertos de acero de los pies a la cabeza. Una flecha no puede atravesar el acero a tal distancia. No digo que me apetezca encontrarme yo mismo bajo semejante lluvia, pero los redentores tendrán suerte si una de cada cien flechas encuentra algo de carne donde clavar. Y tan solo tendrán un par de docenas de flechas cada uno, que no serán suficientes para mantener esa lluvia durante mucho tiempo. Si ese es su plan... —IdrisPukke se encogió de hombros para mostrar que no le parecía muy bueno.

Cale miró hacia un grupo de cinco Materazzi señalizadores, que observaban a los redentores desde el mirador de monte Silbury. Uno de ellos partía con la noticia de que estaban clavando en el suelo estacas defensivas, algo que sería difícil de ver

desde el frente del ejército Materazzi. Les había llevado bastante tiempo averiguar qué era lo que hacían los redentores, y decidir si era lo bastante importante como para enviar un mensajero.

Tras ver al mensajero desaparecer por el borde de la cima de la colina, Cale se volvió de cara a los redentores. Una docena de portaestandartes levantaban en alto banderas blancas con la efigie del Ahorcado Redentor pintada en rojo. Los centenarios dieron la orden de apuntar, en voz demasiado leve para ser oída con precisión desde allí, pero clara para los miles de arqueros, que tensaron los arcos y apuntaron a lo alto. Hubo una breve pausa, después un breve grito de los centenarios, y cayeron las banderas. Cuatro nubes de flechas describieron en el aire un arco de treinta metros de alto y se dirigieron como rayos contra la fila frontal de los Materazzi.

Tres segundos después las flechas impactaron en los Materazzi, que agachaban la cabeza para evitarlas. Las cinco mil flechas repicaron en el acero y rebotaron en la línea de armaduras. Los Materazzi se encogían ante aquella lluvia de flechas, como hubieran hecho ante una tormenta de viento y granizo. De los flancos llegaban los relinchos de los caballos heridos. Otras cinco mil flechas estaban ya en camino. Y diez segundos después, otras cinco mil más. La lluvia siguió cayendo sobre los Materazzi durante dos minutos. Pocos murieron, y tan solo algunos resultaron heridos. IdrisPukke había tenido razón al pronosticar que la armadura que cubría a los Materazzi resistiría. Pero imaginad el ruido, el tintineo interminable del metal, la breve espera tras la cual vuelven a caer las flechas, los relinchos de los caballos, los gritos de los infortunados a los que una flecha les ha alcanzado en el ojo o en el cuello, y tened en cuenta que ninguno de ellos había soportado jamás una embestida tan terrible. ¿Qué sentido tenía quedarse allí, esperando una flecha de algún cobarde meapilas que no tenía ni la preparación ni la habilidad ni el valor para luchar cuerpo a cuerpo?

Fue la caballería, a los flancos, la que rompió las filas, en primer lugar la del flanco izquierdo, con cierta inseguridad al ver caer a dos de sus estandartes. ¿Se trataba de una señal? No era fácil saberlo entre los relinchos de los caballos heridos, el propio corcel aterrorizado y a punto de desbocarse, y observando el cuadro que lo envuelve a uno por tan solo una rendija del yelmo. Tres de los caballos se lanzaron hacia delante, asustados. ¿Era una carga? Nadie quería parecer cobarde echándose atrás. Como los atletas en una carrera, que observan tensos y cuando uno sale en falso, quiebran todos tras él la línea de salida, así se rompió la formación entera. Los gritos que llegaban desde atrás reclamando que siguieran en su puesto se perdieron en el ruido, y entonces cayó otra tanda de flechas.

Repentinamente, los caballos del flanco izquierdo avanzaron. La impaciencia, la furia, el terror y la confusión los hizo arrancar.

Narcisse, observando desde la Tienda Blanca, lanza maldiciones, pero pronto comprende que no puede hacerlos volver. Entonces decide agitar las enseñas para

indicar al flanco derecho que ataque también. Solo entonces llega el mensajero procedente del monte Silbury para advertirle de las estacas clavadas en tierra entre los arqueros de los flancos.

Desde lo alto del monte Silbury, Cale observa, incrédulo y horrorizado, el avance de la caballería, los jinetes que espolean a sus caballos para formar se funden rápidamente en tres filas y, con las rodillas de unos pegadas a las de otros, recorren los más de doscientos metros para arremeter contra la fila de arqueros que tienen delante. Al principio mantienen una velocidad no mucho mayor que la de un hombre que corre, echando el peso sobre los estribos, la lanza bajo el brazo derecho, sujetando las riendas con la izquierda. Durante casi los doscientos metros, recorridos en cuarenta segundos, los caballos mantienen el ritmo, soportando una lluvia de veinte mil flechas mientras se lanzan a la carga. En los últimos cincuenta metros, dos mil puntitos de hombre, bestia y acero se disponen a arrollar a los arqueros.

Los arqueros, saboreando todavía el barro y el miedo, dejan escapar la última flecha. Otros caballos relinchan y caen, aplastando bajo ellos a sus jinetes, quebrándoles el lomo, llevándose consigo a sus vecinos al chocar con ellos. Pero el avance continúa. Y entonces se produce la colisión.

Por propia voluntad, ningún caballo atropellará a un hombre ni se lanzará contra una barricada que no puede saltar. Ningún hombre en sus cabales permanecerá quieto, esperando a un caballo y una lanza que vienen contra él. Pero los hombres pueden elegir la muerte, a diferencia de las bestias. Pueden ser entrenados para morir. Cuando los caballos parecían a punto de lanzarse sobre el enemigo, como una ola que rompe en la costa, los arqueros retrocedieron y se internaron rápidamente en el bosque de afiladas estacas. Algunos resbalaron, otros fueron demasiado lentos y resultaron aplastados o atravesados por una lanza. Los caballos llegaron a lo alto de las estacas con demasiada rapidez y no pudieron esquivarlas. Empalados en ellas, sus relinchos parecían anunciar el fin del mundo. Sus jinetes salían despedidos y se partían el cuello. Al quedar tendidos en el barro, agitándose como peces, los redentores acababan con ellos a golpe de maza, o bien uno sujetaba al Materazzi en el suelo mientras otro le metía un cuchillo en el empalme de dos trozos de armadura, tiñendo de rojo el barro. La mayoría de los caballos esquivaron las estacas. Algunos resbalaron y arrojaron por delante a sus jinetes, pero otros se sujetaron mientras la gran carga se detenía en un instante, volviéndose sobre sí, unos caballos chocando con otros, y algunos se corrieron hacia los lados hasta internarse en el bosque. Los hombres echaban maldiciones, los caballos relinchaban, se daban la vuelta aterrorizados, de una manera que parecería más propia de animales con la mitad de su peso y de su tamaño, y retrocedían, buscando la seguridad de la retaguardia. Los jinetes caían a cientos y, en un instante, los arqueros salían desde detrás de las estacas para machacarles cabeza y pecho a golpes de maza. Cada vez que un Materazzi caía al suelo, antes de que pudiera ponerse en pie y desenvainar la espada, se le acercaban tres redentores de embarrada sotana: lo empujaban, lo derribaban y le metían un cuchillo por entre los empalmes de la armadura y por las rendijas de los ojos. Más

allá, entre el bosque de estacas, los arqueros, airados y ya liberados de su temor, disparaban a los jinetes que se retiraban. Caían más caballos heridos, mientras otros salían desbocados en una loca carrera.

Lo peor estaba por llegar: obligado como estaba a apoyar a la caballería, el Mariscal tuvo que enviar a la línea del frente a la infantería para respaldar la carga. Diez mil hombres, en ocho filas, se encontraban ya en camino hacia los redentores cuando la caballería que regresaba, con sus caballos espantados y enloquecidos por el miedo y las heridas, se dieron de bruces contra ellos. Amontonados, y sin poder moverse a causa de los espesos bosques que había a cada lado y por los hombres de armadura, era imposible hacerse a un lado para dejar pasar a los caballos. Intentando desesperadamente evitar el encuentro mortal cuando los caballos desbocados arremetían contra ellos, los soldados se aplastaban unos contra otros, empujando para abrirse paso, agarrándose unos a otros, haciendo olas que se extendían hacia atrás y a cada lado, mientras los hombres caían y se agarraban a los compañeros para no caer.

De ese modo, por todas partes el avance se veía detenido y roto: los hombres resbalaban en el barro batido, maldecían y tiraban unos de otros. Los arqueros redentores, que ahora disponían de tiempo para volver a organizarse, lanzaban las flechas que aún les quedaban. Pero esta vez, con los Materazzi quietos y a menos de ochenta metros de distancia, la punta de las flechas podía en ocasiones, si el disparo era certero, atravesar las armaduras.

Aunque solo algunos cientos de hombres resultaran aplastados por la estampida de los caballos o heridos por las flechas, los miles que quedaban empezaban a doblarse unos tras otros, antes de que sargentos y capitanes, a fuerza de gritos, les hicieran volver a la formación para retomar el avance. Aunque irritados por el desorden y la caminata con treinta kilos de peso auestas durante casi trescientos metros de campo arado y embarrado, reconstruyeron entonces la potencia de su ataque. Cincuenta metros. Veinte. Diez. Y cuando apenas les faltaban ya unos metros, echaron a correr, apuntando con la lanza al pecho de los enemigos.

Pero en el momento del encuentro, los redentores, como si fueran uno solo, corrieron hacia atrás unos pocos metros, desconcertando el empuje de los Materazzi. Y de nuevo hubo traspiés y tambaleos cuando unos avanzaban y otros retrocedían; y así, entre amagos y respingos, volvió a atascarse el colosal ímpetu de la embestida.

Pese a toda la confusión del ataque, los Materazzi sabían con certeza que debían ganar (por su armadura, por ser los mejores soldados del mundo y por encontrarse al fin cara a cara con los enemigos, y en una proporción de cinco a uno. Convencidos de la victoria, seguían adelante. El aire, además de los gritos de los hombres, se llenaba del chocar de las lanzas y de los gruñidos que acompañaban al empuje de los Materazzi, que se apretaban aún más, llegando en algunos sitios a juntarse hasta veinte, unos detrás de otros, todos los cuales empujaban para conseguir un puesto en la lucha y la honra. Pero solo los Materazzi que iban delante podían luchar, menos de

mil eran los que tenían la suerte de poder desear— gar algún golpe. Menos numerosos, los redentores tenían espacio suficiente para entrar y salir de la zona de combate, que no tenía más de unos cuatro metros de profundidad. Incapaces de avanzar, los Materazzi de la primera fila eran empujados por los compañeros que iban inmediatamente detrás y, lo que era peor, también por otra docena que los seguía, pues los de la retaguardia no tenían ni idea de qué estaba ocurriendo en el frente y, por eso, seguían empujando; y los que estaban en medio hacían otro tanto. La presión aumentaba: un hombre empujando a otro y este a otro, y otro y otro. Los de delante intentaban hacerse a un lado, o retirarse de los redentores que los cortaban a tajos, pero no tenían lugar al que escapar. Entonces el empuje desde detrás, que tenía una fuerza imposible de resistir, los obligaba a avanzar hacia donde podían alcanzarlos las lanzas y las mazas. Algunos caían, heridos; otros, incapaces de mantener la estabilidad en el barro grasiento con aquellos empujones, resbalaban y causaban que el hombre que iba detrás, empujado a su vez, cayera también y, tras él, otro y otro. Queriendo llegar hasta el enemigo, los Materazzi del medio intentaban avanzar sobre los caídos del frente. Pero, lo quisieran o no, el empuje desde atrás de hombres que no eran conscientes de lo que ocurría les obligaba a pisar a los caídos, con lo que muchos resbalaban y caían en el barro a su vez, o eran incapaces de mantener el equilibrio al pisar a los hombres que, bajo sus pies, se retorcían, agitando brazos y piernas. ¿De qué servía entonces la armadura, no teniendo sitio para moverse? No era más que un estorbo cuando intentaban ponerse en pie o salir de entre el amasijo de dos o tres cuerpos de profundidad. Y proseguían las puñaladas y los terribles golpes.

Aun cuando los redentores cayeran también, ellos podían volver a levantarse con facilidad, a veces ayudados por otros. En tres o cuatro minutos, se habían formado en el frente auténticos muros de Materazzi caídos, que servían para impedir el ataque y, por tanto, protegían a los redentores. Y aún continuaba la presión de los de detrás, pues la masa seguía siendo tan espesa que ninguno lograba enterarse de lo que ocurría delante. Los hombres de la retaguardia pensaban que cada caída en la primera línea suponía un avance, y eso les animaba a seguir empujando. Pocos de aquellos Materazzi que yacían amontonados estaban muertos, y ni siquiera heridos en algún grado, pero entre el barro y los empujones, un caballero sin ayuda encontraba muy difícil volver a levantarse una vez que había caído al suelo. Teniendo a otro encima de él, moverse resultaba imposible. Con otro más, estaba tan indefenso como un chiquillo. Imaginad la rabia y el miedo, los años de entrenamiento y todas las luchas y cicatrices de su pasado, y que todo quedara reducido a morir aplastado o esperar, tendido en el barro, a que algún campesino provisto de maza le destrozara a uno el pecho o bien le metiera un cuchillo por la rendija de los ojos o por el empalme de debajo del brazo. Angustia, terror, indefensión... Y no cesaba el terrible empuje de las veinte filas de Materazzi, convencidas de su victoria y desesperando por dejar su propia huella en la batalla antes de que diera fin. Los mensajeros estacionados alrededor de lo que era ahora la

retaguardia del campo de batalla, necesitados de noticias que dar pero incapaces de ver el desastre que acontecía en el frente y que la batalla estaba ya perdida, enviaban la información de que la victoria ya era casi suya, y pedían refuerzos para acabar con ellos.

Al interior de la Tienda Blanca llegaban noticias contradictorias de monte Silbury, desde donde los observadores podían ver con claridad el colapso que tenía lugar en el frente. Pero, incluso allí, tan solo los muchachos e IdrisPukke eran capaces de apreciar plenamente la calamidad que se desplegaba ante sus ojos. Los observadores, inseguros, no podían aceptar que hubiera que aconsejar la retirada de los Materazzi. Tal cosa resultaba impensable, y tal vez se estuvieran equivocando. Y así escribieron mensajes alarmantes, pero repletos de condicionales y adversativas. Narcisse recibía señales del frente pidiendo refuerzos para acabar con ellos, pero también los más sombríos informes de los observadores de monte Silbury, llenos de cautelas y de reticencias a encarar el hecho de que la batalla estaba ya perdida. En contra de su sentido común, Narcisse se había jugado la mayoría de sus fuerzas a una sola carta, contra un enemigo que estaba enfermo y débil además de pobremente armado, haciendo luchar por completo al ejército más poderoso del mundo, que no había perdido una batalla en más de veinte años.

La derrota era absurda. Y así, pese a toda su alarma por los mensajes que llegaban de monte Silbury, el Mariscal de Campo dio rápidamente la orden de que el segundo cuerpo se dispusiera al ataque.

En lo alto de la colina, cuando los muchachos e IdrisPukke vieron el segundo cuerpo dirigirse al frente de batalla, un grito se elevó, exhalado por todos ellos: un grito de incredulidad, estupefacción y rabia.

—¿Qué está ocurriendo? —le preguntó Arbell Cuello de Cisne a Cale.

Su amante levantó la mano y profirió un gemido.

—¿No lo podéis ver? La batalla está prácticamente perdida. Esos hombres se dirigen a la muerte, y ¿quién protegerá Menfis cuando sus cuerpos se pudran en el campo, ahí abajo?

—No puede ser cierto. Decidme que no lo es. No puede ser tan horrible.

—Podéis verlo por vos misma —repuso él, indicando el frente. Ya miles de arqueros redentores pululaban por los alrededores e incluso por la retaguardia de los Materazzi, matándolos con picas y mazas, y causando desplomes, cuando uno que caía se llevaba con él tres o cuatro al suelo—. Tenemos que irnos —dijo Cale en voz baja—. Roland —llamó al mozo de cuadra de Arbell—. Traed su caballo... ¡ahora! ¡Dios mío! —exclamó con espantosa angustia—, ¡si no lo hubiera visto con mis propios ojos, no podría creerlo!

Hizo una señal con la cabeza a Kleist y Henri el Impreciso, que empezaron a dirigirse hacia las tiendas. Pero cuando empezaban a irse, apareció un hombre cojeando, sin aliento, que se dirigía hacia ellos.

—¡Esperad! —gritó.

Era Koolhaus, que llegaba nervioso y colorado.

—Mademoiselle, se trata de vuestro hermano Simón. Se escapó de mí cuando estábamos en la retaguardia, contemplando la caballería. Creí que nos habíamos perdido en la multitud, pero, cuando volví a la tienda, faltaba la armadura que su padre le regaló para su cumpleaños. Hace una hora estaba con ese cerdo del Señor Par— son, que le decía en broma que fuera con él en el primer ataque. —Se quedó un segundo callado—. Me temo que esté ahí, en la batalla.

—¿Cómo podéis haber sido tan descuidado? —le gritó Arbell Cuello de Cisne a Koolhaus. Pero al instante se volvió hacia Cale—: Por favor, encontradlo. Traedlo de regreso.

Cale estaba demasiado aturdido para decir nada, pero no así Kleist:

—Si queréis que mueran los dos, no se me ocurre mejor modo de lograrlo. —Kleist le indicó con un gesto el campo de batalla—. En un par de minutos habrá allí veinticinco mil hombres, constreñidos en un campo de patatas. Los redentores han vencido ya. Lo único que vamos a ver en las próximas horas es cómo los van matando. ¿Y queréis enviar a Cale allá? Será como buscar una aguja en un pajar. Pero en un pajar incendiado.

Sin embargo, Arbell no parecía escuchar. Se limitaba a mirar a Cale a los ojos, desesperada e implorante.

—¡Por favor, salvadlo!

—Kleist tiene razón —dijo Henri el Impreciso—. Le ocurra lo que le ocurra a Simón, no hay nada que podamos hacer. —Pero tampoco ahora ella parecía escuchar, y seguía mirando a Cale fijamente. Entonces, muy despacio, perdidas ya las esperanzas, dejó caer los ojos.

—Comprendo —dijo Arbell.

Fue eso, naturalmente, lo que le sentó a él como si se lo hubiera clavado en el corazón, pues le sonó a fe perdida, algo que le resultaba insoportable. Cale sentía que se había convertido en una especie de dios a los ojos de Arbell, y no le resultaba posible renunciar a aquella adoración. Durante toda la conversación, Riba, con ojos como platos, había mantenido la boca callada, confiando en que los demás fueran capaces de contener a Cale. Pero sabía que en lo tocante a Arbell, Cale perdía el juicio. Frente a aquella especie de temor que sentía por su extraño salvador, y frente a lo brusco y habitual— mente indiferente que se mostraba él ante ella cuando pasaba a su lado en sus tareas diarias, había visto durante meses que cuando se trataba de Arbell se apoderaba de él una especie de locura.

—No lo hagas, Thomas —dijo Riba con la severidad propia de una madre. Arbell la miró tan extrañada como furiosa de que su criada se atreviera a contradecirla de tal modo. Pero estando en aquello todos contra ella, no le podía decir a Riba que se callara, y, de hecho, no le podía decir nada en absoluto. Pero eso no tenía ninguna relevancia, pues era como si Cale no la hubiera oído.

Cale observó por encima del hombro la demoledora batalla, y el corazón le dio un vuelco. Miró a Kleist y Henri el Impreciso.

—Cubridme lo mejor que podáis, pero no tardéis demasiado en escapar.

—No pensaba hacerlo —comentó Kleist.

Cale se rio.

—Recuerda que si uno de vosotros me alcanza con una flecha, sabré quién ha sido.

—No, si soy yo no lo sabrás.

—Dirigíos a Menfis con los guardias de ella. Yo os seguiré en cuanto pueda.

Corrieron a la tienda en busca de sus cosas. Cale se llevó a un lado a IdrisPukke:

—Si las cosas van mal, acudid al Soto.

—No deberíais ir —dijo IdrisPukke.

—Lo sé.

Kleist y Henri el Impreciso se dieron la vuelta con decisión y empezaron a organizar la defensa. IdrisPukke pidió a uno de los secretarios de Arbell que se quitara su vestidura oficial, una camisa cubierta de dragones de color azul y oro en la que iba bordado el lema familiar de los Materazzi: «Antes Muerte que Mudanza», y le entregó la camisa a Cale:

—Bajad tal como vais, y todo el mundo se lanzará contra vos. Al menos con esto no os atacarán los Materazzi.

—Y si os capturan —dijo Arbell—, se darán cuenta de que pueden pedir un buen rescate por vos.

Al oír esto, Kleist empezó a reírse de modo socarrón, como si fuera el mejor chiste que había oído en su vida.

—No te rías de ella —dijo Cale.

—Más vale que te preocupes por ti mismo, compañero. A ella no le pasará nada, te lo aseguro.

Y entonces Cale se dirigió hacia el borde de la cima de la colina y desapareció por él, deslizándose por la pendiente casi a la velocidad de un corredor. Treinta segundos después, llegaba al campo de batalla. Delante de él, el segundo cuerpo del ejército se internaba ya en el caos brutal del primer ataque: otros ocho mil hombres apretujados en un espacio demasiado pequeño para la mitad de ese número. Ya los

redentores se desparramaban por los bordes, cercando a los recién llegados: aquellos refuerzos les proporcionaban simplemente más soldados inmóviles de los que les daba tiempo a matar.

Las atestadas filas de soldados se habían partido aquí y allá por efecto de los empujones, y enormes montones de cuerpos, algunos de hasta tres metros de altura, hacían que la avalancha fluyera a su alrededor, como el mar alrededor de los arrecifes. Cale avanzó con un trote rápido, y al cabo de dos minutos se estaba desplazando por la retaguardia de los Materazzi. En contraste con la vista que se tenía desde la colina, desde allí no se obtenía ninguna impresión de lo que estaba ocurriendo. Algunos de los soldados de la retaguardia se quedaban atrás, inseguros; otros empujaban hacia delante. Solo porque lo había visto desde lo alto de la colina, sabía que en el frente y hacia los lados estaba teniendo lugar una masacre. Allí no había mucho ruido, solo grupos de soldados que avanzaban, cambiando de dirección cada vez que descubrían un hueco o que, después de otro derrumbe en el frente, avanzaban de repente, pensando que habían abierto otra brecha en las filas de los redentores. Y de ese modo se encaminaban hacia su espantosa muerte miles de hombres impacientes que no querían perderse la batalla.

Cale corrió por la retaguardia buscando a Simón, una misión tan imposible como había pronosticado Kleist. Pero si se había estado engañando a sí mismo al empezar a descender monte Silbury, ahora solo le quedaba la desesperanza. Nunca podría encontrar a Simón, suponiendo que estuviera vivo. Las únicas posibilidades eran encontrar la muerte también él o regresar ante Arbell con su fracaso. Aun cuando ella aceptara que no había nada que él pudiera hacer, él no quería que ella tuviera que aceptar tal hecho. No quería perder su adoración.

Entonces tuvo otras cosas de las que preocuparse. Alrededor de una fila de Materazzi que empujaban hacia delante, aparecieron dos docenas de redentores. En grupos de tres, iban atacando a cualquier soldado que estuviera buscando un hueco para acercarse al frente. Uno de ellos le metía la zancadilla con ayuda de una podadera, un segundo le golpeaba con una de las pesadas mazas que habían empleado para clavar las estacas, y un tercero introducía un cuchillo por debajo del brazo o por las rendijas de los ojos del yelmo. Una vez derribados los rezagados, usaban la podadera para tirarles de la pierna a los que empujaban. En medio de aquella aglomeración y de aquel barrizal, y no esperándose un ataque de aquel tipo, soldados que habrían sido casi invulnerables en cualquier otro lugar resbalaban, caían y eran despachados en el lodo, entre mucho movimiento de brazos y piernas, tan indefensos como recién nacidos.

Entonces, vio a Cale un grupo de redentores, y se fueron hacia él para atraparlo por tres lados. Una flecha le dio al de la izquierda en el ojo, y una saeta al de la derecha. El primero cayó en silencio, el segundo lo hizo gritando y arañándose el pecho. El tercero tenía todavía una mirada de sorpresa en el rostro cuando Cale le lanzó un golpe al cuello y le cortó la garganta hasta la médula espinal. Cayó

revolviéndose en el barro, al lado del Señor de los Seis Condados al que había matado tan solo unos segundos antes. Entonces Cale se vio envuelto en una segunda lucha: apartó a un lado el brazo de su atacante, pegó con la frente en la cara del redentor y le atravesó el corazón hábilmente. Uno que llevaba podadera cayó con la boca abierta bajo el impacto de una de las saetas de Henri, pero la flecha de Kleist solo le dio al macero en el brazo. Su suerte duró dos segundos, pues Cale, resbalando en el barro, falló el golpe mortal y le dio en la barriga. Este cayó gritando y quedó tendido en el suelo, donde tardaría horas en morir. Entonces, otra oleada de infantería empujó hacia atrás a los redentores que quedaban, y Cale permaneció de pie, cubierto de sangre e impotente, sin saber si ir hacia un lado o hacia el otro. Toda su habilidad se quedaba en nada en medio de tanta confusión. Era tan solo un muchacho en medio de una multitud de moribundos.

Y entonces, justo cuando estaba a punto de volverse, hubo otro derrumbe, el mayor hasta el momento. Cayeron hombres en una longitud de sesenta, unos tras otros, y de ese modo se abrió una brecha que llegaba hasta el frente. Durante un segundo, aterrorizado, pensó si aquella brecha era la boca de la mismísima muerte, que se abría para engullirlo. Pero el temor al fracaso ante los ojos de su amada le impulsó a meterse por aquel hueco abierto un instante y, capaz de correr mucho más rápido que los hombres vestidos de armadura que lo rodeaban, llegó hasta una distancia de tres metros del frente. Pero todo lo que encontró fue un impenetrable muro de Materazzi muertos o moribundos. Delante de él nadie tenía una herida, sencillamente se habían caído unos sobre otros. Estaban aplastados por el peso de los de arriba y empujados por detrás. Por unos instantes, no vio nada más que montones de muertos ni oyó otra cosa que un gemido bajo y extraño. Los yelmos de algunos se habían caído. Otros, atrapados pero con una mano libre, se lo habían quitado en un desesperado intento de respirar. Los rostros estaban amoratados, algunos casi negros. Algunos gemían en un esfuerzo horriblemente sibilante de llenar los pulmones, pero nada podía entrar en su pecho, espantosamente aplastado. En el breve espacio de tiempo que pasó mirando, vio respiraciones que se detenían y bocas que se abrían como la de un pez recién pescado. Algunos le hablaban, susurrando: «¡Socorro, socorro!». Intentó liberar a un par, tirando de ellos, pero era como si los hubieran emparedado en el hormigón con harina de arroz de los muros del Santuario. Se apartó un poco para examinar los montones de muertos y moribundos que lo rodeaban gimiendo.

—¡Socorro! —chirrió una voz. Bajó la mirada hacia un joven que tenía el rostro de un horrible color morado—. ¡Socorro! —Cale apartó la vista—, ¡Socorro, Cale!

Sorprendido, Cale volvió a mirar. Y entonces lo reconoció, incluso con aquel rostro hinchado y amoratado, casi negro: era Conn Materazzi. Una flecha le pasó rozando la oreja derecha y sonó al golpear una de las armaduras de los muertos. Se agachó ante él.

—Puedo acabar con vos rápidamente. ¿Queréis o no?

Pero Conn no parecía oírle.

—¡Socorro, socorro! —dijo con un sonido horriblemente flojo y áspero.

Una vez más, más intensamente ahora por la atroz visión de alguien a quien conocía, Cale sintió el espanto de hallarse allí y la inutilidad de su presencia. Mirando nervioso por encima del hombro, pudo ver que el hueco que le había permitido acercarse tanto al frente empezaba a cerrarse, mientras los redentores obligaban a los Materazzi de los bordes a meterse en el medio. Se levantó para escapar.

—¡Socorro!

Los ojos de Conn Materazzi le erizaron los pelos de la nuca: estaba presente en ellos todo el espanto del horror y la desesperación. Cale llegó hasta el montón de cadáveres y empujó con toda su fuerza, una fuerza multiplicada por la rabia y el terror. Pero Conn estaba atrapado entre uno que tenía debajo y tres que tenía encima, por quinientos kilos de peso muerto y planchas de acero. Volvió a tirar. Nada.

—Lo siento, amigo —le dijo a Conn—. Os ha llegado la hora.

Entonces lo derribó al suelo un fuerte golpe que recibió en la espalda. Asustado y sorprendido, se deslizó en el barro mientras intentaba sacar la espada para liberarse de su atacante.

Se trataba de un caballo que lo miraba resoplando, expectante. Cale también miró al animal: su jinete estaba muerto, y parecía buscar a alguien que lo sacara de la batalla. De inmediato, Cale agarró la cuerda atada a la silla, la anudó al fuerte borrén y se apresuró a atarla alrededor del pecho de Conn, por debajo de la axila. Ahora tenía el rostro y los ojos ciegos. Afortunadamente, la cuerda, más ceremonial que práctica, era fina pero muy resistente, y pasó fácilmente por debajo de un brazo y después del otro. Lo ató más rápido que ninguna cosa que hubiera hecho en su vida, y cayó en el barro al intentar saltar a la silla. Más desesperado que antes, agarró el borrén y, viendo cerrarse el hueco, gritó al oído del caballo. Asustado, el caballo echó a correr, resbalando y sacudiéndose en el barro, a punto de caer pero logrando afirmarse finalmente al tirar con la fuerza de un caballo acostumbrado a llevar sobre el lomo ciento cincuenta kilos de peso. Al principio no se movió, pero después, con mucho ajeteo y el chasquido de la pierna derecha de Conn, su cuerpo salió liberado del montón de cadáveres que lo aprisionaban. Con aquel trasiego, el caballo estuvo de nuevo a punto de caer, y Cale de perder su agarre a la silla, pero entonces salieron los tres por el hueco, a una velocidad no mayor de seis u ocho kilómetros por hora. El caballo era fuerte y estaba bien entrenado, y se movía, contento de tener, pese a todo el desastre que lo rodeaba, un jinete sobre el lomo. El instinto que había mantenido al caballo a salvo en sus paseos por el campo de batalla, durante más de quince minutos en medio de la masacre, seguía protegiéndolo. Cale no levantaba la cabeza y pegaba cuanto podía su cuerpo al del animal. Estaba dispuesto a sacar el cuchillo y desprender a Conn si amenazaba con dejarlos atascados. Pero el barro, que había

causado la muerte de tantos Materazzi e iba a matar a muchos más, estaba siendo la salvación de Conn. Inconsciente, su cuerpo se deslizaba con facilidad en cualquier dirección en que se lo empujara, casi como un trineo por la nieve. Cale seguía con la cabeza agachada y apremiaba al caballo con los pies, sin ver a los dos redentores que se aproximaban al encuentro del lento animal. Cale ni siquiera los vio caer, gritando de horror y angustia como un solo hombre, muertos por la letal vigilancia de Kleist y Henri el Impreciso. En menos de tres minutos, el caballo se había abierto camino a través de la masa de hombres que eran empujados al centro del campo y, sin ningún alboroto, dejó el campo de batalla, transportando a Cale y arrastrando al inconsciente Conn hasta un estrecho camino entre el monte Silbury y los impracticables bosques que constreñían la batalla. Una vez fuera de la vista, Cale detuvo el caballo y se bajó para examinar a Conn. Parecía muerto, pero respiraba. Rápidamente, Cale le despojó de la armadura y, con gran dificultad, lo subió a pulso y lo colocó bocabajo sobre la silla. Inconsciente, Conn no dejaba de gruñir y gritar a causa del dolor de sus costillas y de la pierna derecha, que estaban rotas. Cale guio al caballo, y cinco minutos después el ruido de la batalla se apagaba y era reemplazado por el piar de los mirlos y el susurro del viento que pasaba por entre las hojas de los árboles.

Una hora después, Cale fue vencido por un repentino agotamiento. Buscó un camino en el bosque y, al no lograr hallar un paso por la masa de brezos y espinos que había entre los árboles, se abrió camino con la espada, aunque al hacerlo se llenaba de cortes en la cara y los brazos. Una vez pasado el borde, sin embargo, los matorrales cedieron el sitio a un mantillo de hojas secas. Ató el caballo y, con cuidado, posó a Conn en el suelo. Lo observó durante un par de minutos, como incapaz de comprender qué era lo que les había llevado a los dos hasta el lugar en que se encontraban. Le colocó la pierna con todo el cuidado de que era capaz y la sujetó con dos ramas que cortó de un fresno. Entonces se tendió en el suelo y se quedó dormido de inmediato, en un sueño profundo y terrible.

Despertó dos horas después, cuando las pesadillas se hicieron insoportables. Conn Materazzi seguía inconsciente, pero ahora estaba blanco como la muerte. Cale comprendía que al menos tenía que encontrar agua, pero seguía agotado, y durante diez minutos permaneció simplemente sentado, como si sufriera un trance espantoso. Pronto Conn empezó a gemir y a moverse nerviosamente; despertó para encontrarse a Cale, que lo observaba. Gritó, horrorizado y confundido.

—Calmaos. Estáis bien. —Aterrorizado, con ojos como platos, Conn intentó alejarse de Cale. Gritó de dolor—. Yo que vos no intentaría moverme —explicó Cale—: Tenéis roto el fémur.

Durante un par de minutos, Conn no dijo nada, pues el terrible dolor de la pierna se calmaba de manera muy lenta.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó al fin.

Cale se lo explicó. Cuando acabó, Conn se quedó callado durante algún tiempo.

—El caso es que no llegué a ver ninguno —explicó cuando por fin se decidió a hablar—. A ningún redentor, quiero decir. Ni uno. ¿Hay agua?

La profunda desesperanza y sufrimiento de Conn, así como el terrible estado en que se encontraba, empezaban a provocar en Cale tanto piedad como irritación.

—Vi algo de humo justo antes de que entráramos aquí —dijo Cale—. Ayer me pareció oír algo sobre una aldea cerca de la colina.

Regresaré en cuanto pueda. —Le quitó la armadura al caballo, y desprendió todo lo que pudo de la cota de malla de su lomo y flancos antes de sacarlo al camino. Montó y le acarició la parte de arriba de la cabeza.

—Gracias —le dijo al caballo y, entonces, lo puso en marcha.

Capítulo 35

A las tres horas, un granjero de las cercanías había recogido a Conn Materazzi. Lo habían metido en cama y le habían recompuesto la pierna, entablillándola rígidamente con cuatro palos de avellano y ocho tiras de cuero. Conn Materazzi había vuelto a perder el conocimiento y a quejarse lastimeramente durante la hora más o menos que le había costado a Cale enderezarle satisfactoriamente la pierna, y todavía no había vuelto en sí. Por supuesto, al final de todo estaba tan blanco que no parecía que la fuera a recobrar nunca.

—Cortadle el pelo —le dijo Cale al granjero— y enterrad la armadura en el bosque por si se acercaran los redentores. Decidles que es un jornalero. Si consigo llegar a Menfis, enviarán gente a por él. Os pagarán. Si no lo hacen, lo hará él cuando esté recuperado.

El granjero miró a Cale:

—Guardaos vuestros consejos y vuestro dinero.

Y diciendo esto, el granjero salió y los dejó solos. Poco después, Conn despertó. Se quedaron un rato mirándose el uno al otro.

—Ahora recuerdo —dijo Conn—: os pedí socorro. —Sí.

—¿Dónde estamos?

—En una granja, a dos horas de la batalla.

—Me duele la pierna.

—Tendrá que seguir así seis semanas. Y no sabemos si quedará recta.

—¿Por qué me salvasteis?

—No lo sé.

—Yo no habría hecho lo mismo por vos.

Cale se encogió de hombros.

—En estas cosas, uno nunca sabe hasta que ocurren. Pero el caso es que lo hice, y no hay que darle más vueltas.

Ninguno de los dos dijo nada durante un rato.

—¿Qué vais a hacer ahora?

—Partiré para Menfis por la mañana. Si llego, enviaré a alguien.

—¿Y después?

—Cogeré a mis amigos y nos iremos a algún lugar en que los soldados no sean locos e imbéciles. No pensé que fuera posible perder una batalla en semejantes condiciones. Si no lo veo no lo creo.

—No caeremos de nuevo en el mismo error.

—¿Y qué os hace pensar que tendréis la oportunidad? Princeps no se quedará en Silbury admirándose en el espejo: se presentará en las puertas de Menfis pisándoos los talones.

—Nos reagruparemos.

—¿Cómo? Ya han muerto tres de cada cuatro Materazzi.

Conn no pudo responder nada. Se quedó tendido, con tristeza, y cerró los ojos.

—Quisiera haber muerto —dijo al fin.

Cale se rio.

—Tenéis que aclararos. Eso no es lo que decíais esta mañana.

Conn dio la impresión de quedarse aún más abatido, si eso era posible.

—No soy desagradecido —musitó.

—¿No sois desagradecido? —preguntó Cale—. ¿Eso significa que sois agradecido?

—Sí, soy agradecido. —Conn volvió a cerrar los ojos—. Todos mis amigos, todos mis parientes, mi padre, todos han muerto...

—Con mucha probabilidad.

—Con toda certeza.

Seguramente aquello era cierto, así que a Cale no se le ocurrió qué decir.

—Deberíais dormir. No hay nada que podáis hacer salvo recuperaros y responder a los redentores como podáis. Recordad que la mejor venganza es la venganza.

Y tras ofrecerle este sabio consejo, Cale dejó a Conn a solas con sus tristes pensamientos.

Al despuntar el alba a la mañana siguiente, Cale salió a caballo tras decidir que no era necesario despedirse de Conn. Ya había hecho, pensaba, más que suficiente por él y estaba algo avergonzado de haber arriesgado la vida por alguien que, según admitía él mismo, no habría hecho lo mismo por él. Recordaba un comentario hecho por IdrisPukke una noche que fumaban juntos bajo la luz de la luna, en el Soto: «Resiste siempre el primer impulso: suele ser generoso». En aquel momento, Cale pensó que no era más que otro de los chistes de humor negro de IdrisPukke. Ahora comprendía lo que había querido decir.

Pese a su impaciencia por regresar a Menfis para asegurarse de que Arbell Cuello de Cisne se hallaba a salvo, Cale se dirigió hacia el nordeste, trazando un amplio arco a mucha distancia de la ciudad. Por allí habría demasiados redentores y Materazzi deambulando en medio de la confusión, y ninguno de ellos sería muy puntilloso con respecto a quién mataba. Evitó ciudades y pueblos, y compró comida tan solo en las granjas aisladas que se encontraba en el camino. Aun así, las noticias de la gran batalla habían llegado a todos, aunque unas hablaban de una gran victoria y otras, de una gran derrota. El aseguraba no saber nada al respecto, y se iba enseguida. El tercer día se volvió al oeste y se dirigió a Menfis. Al final dio con la vía de Agger, que iba de Somkheti a la capital. Estaba desierta. Esperó en los árboles, por encima de la carretera, durante una hora, y, como no pasaba nadie, decidió correr el riesgo e ir por ella. Este resultó ser su tercer error en cuatro días. Cuanto más se acercaba a Menfis, más incómodo se sentía. Al cabo de diez minutos, una patrulla Materazzi apareció de repente al doblar una curva muy cerrada, y no tuvo posibilidad de evitarlos. Al menos no eran redentores y se sintió aliviado, aunque sorprendido, al ver que el hombre que mandaba la patrulla era el capitán Albin, aunque no podía comprender qué pintaba allí el jefe del servicio de inteligencia Materazzi. Pero la incompreensión se convirtió en sobresalto cuando los veinte hombres de Albin sacaron sus armas. Cuatro de ellos eran arqueros a caballo, y sus flechas le apuntaban directamente al pecho.

—¿Qué sucede? —preguntó Cale.

—Mirad, esto no es decisión nuestra, pero estáis arrestado —explicó Albin—. Sed buen chico, no os resistáis. Vamos a ataros las manos.

Cale no tenía elección, solo podía hacer lo que se le mandaba. Seguramente, pensó, el Mariscal estaba molesto con él por haber dejado a Arbell con Kleist y Henri el Impreciso. Una idea lo sobresaltó de repente:

—¿Está bien Arbell Materazzi?

—Está perfectamente —respondió Albin—, aunque tal vez deberíais haber pensado en eso antes de largaros a donde quiera que os largarais.

—Fui a buscar a Simón Materazzi.

—Bueno, eso a mí no me incumbe. Ahora vamos a taparos los ojos, no deis problemas.

—¿Por qué?

—Porque lo digo yo.

Lo que le pusieron en la cabeza fue un saco pesado que olía a lúpulo. La arpillera de que estaba hecho era tan gruesa que no solo no dejaba pasar la luz, sino casi tampoco el sonido.

Cinco horas después, sintió que el caballo que lo transportaba tensaba los músculos, pues el camino se había vuelto repentinamente empinado. Entonces pudo

distinguir, a través de la arpillera, el sonido hueco de las herraduras sobre la madera. Estaban entrando en Menfis por una de sus tres puertas. Pese a la arpillera, esperaba oír mucho más ruido una vez entrado en la ciudad, pero, aunque de vez en cuando se oía algún grito apagado, tan solo la sensación de seguir subiendo le indicaba que se encaminaban hacia el castillo. Su preocupación por Arbell le formó un nudo en el estómago.

Al fin se detuvieron.

—Bajadlo —ordenó Albin.

Dos hombres se le acercaron por el lado izquierdo y tiraron de él con cuidado. A continuación lo dejaron en el suelo, en pie.

—Albin —dijo Cale desde dentro de la arpillera—, quitadme esto.

—Lo siento.

Los dos hombres lo cogieron uno por cada brazo, empujándolo hacia delante. Oyó abrirse una puerta y, enseguida, comprendió que se hallaba en el interior. Lo condujeron por lo que parecía un corredor. Otra puerta chirrió al abrirse, y de nuevo tiraron de él con cuidado. Le hicieron detenerse al cabo de unos metros. Hubo una pausa, y a continuación le quitaron el saco de la cabeza.

En parte, por la suciedad del saco que se le había metido en los ojos y, en parte, por haber permanecido en la total oscuridad durante tantas horas, al principio no logró ver nada. Con las manos atadas, se frotó los ojos para quitarse las motas de lúpulo y miró a los únicos dos hombres que estaban en el salón. Uno de ellos distinguió enseguida que era IdrisPukke, que estaba amordazado y tenía las manos atadas. Pero al reconocer al otro hombre, que estaba de pie a su lado, el corazón le dio un vuelco. Era el Padre Militante: Bosco.

Después de los primeros segundos de sorpresa y odio, Cale sintió el impulso de caer de rodillas y ponerse a llorar como un chiquillo. Y lo habría hecho si no fuera porque el odio se lo impedía.

—Ya veis, Cale —dijo Bosco—, que la voluntad de Dios nos trae de nuevo a donde estábamos. Pensad en ello mientras me miráis con la boca abierta, como un perro furioso. ¿Qué habéis conseguido con toda vuestra ira y vuestras correrías?

—¿Qué le ha ocurrido a Arbell Materazzi?

—¡Ah, ella está bien!

Cale no supo, debido a la impresión recibida, si haría bien en preguntar por Kleist y Henri el Impreciso. No lo hizo.

—¿No os preocupan vuestros amigos? —preguntó Bosco—. ¡Redentor! —gritó en voz alta, al tiempo que se abría una puerta al final del salón y hacían entrar a Kleist y Henri el Impreciso, atados y amordazados. No tenían marcas, aunque ambos parecían aterrorizados—. Hay unas cuantas cosas que quiero preguntaros, Cale, y me gustaría perder el menor tiempo posible con las convencionales expresiones de incredulidad. ¿Acaso os he mentido alguna vez?

Le había golpeado de manera salvaje cada semana de su vida y le había obligado a matar en cinco ocasiones, pero, ahora que le hacía aquella pregunta, Cale tenía que admitir que Bosco, por lo que él sabía, nunca le había dicho una simple mentira.

—No.

—Recordadlo cuando escuchéis lo que estoy a punto de contaros. Tenéis que tener claro que la importancia de lo que voy a deciros va mucho más allá de ese tipo de nimiedades. Y para dejaros clara mi buena fe, voy a dejar libres a vuestros amigos: a los tres.

—Demostradlo —dijo Cale.

Bosco se rio.

—En el pasado, semejante tono en la respuesta habría tenido dolorosas consecuencias. —Alargó la mano, y el redentor Roy Stape le entregó un grueso libro encuadernado en piel—. Este es el Testamento del Ahorcado Redentor. —Cale no lo había visto nunca hasta entonces. Bosco colocó la palma de la mano sobre la cubierta—. Juro ante Dios, y empeño en ello mi alma eterna, que las promesas que hago ahora y todo lo que digo hoy es la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. —Miró a Cale—. ¿Estáis satisfecho?

El simple hecho de que entre todas las atrocidades de que le había dado muestras Bosco no se encontrara el perjurio, no urgía a Cale a creerle. Pero un juramento era de importancia central para Bosco. Y, además, no tenía elección.

—Sí —respondió.

Bosco se volvió al redentor Stape Roy:

—Dadles un salvoconducto y lo que necesiten, dentro de lo razonable. Y dejadlos en libertad.

Stape Roy se fue hacia IdrisPukke, lo agarró del brazo y lo empujó hacia Kleist y Henri el Impreciso. Entonces los empujó a los tres hacia la puerta. Cale se sintió bastante convencido de que Bosco podía estar diciendo la verdad: sus instrucciones de que no dieran a los tres demasiado, así como la habitual dureza con que los trataban concedía verosimilitud. Cualquier cosa más generosa, o menos grosera, habría levantado sus sospechas.

—¿Qué me decís de Arbell Materazzi?

Bosco sonrió.

—¿Por qué tanto empeño en descubrir lo engañado que estáis respecto al mundo?

—¿Qué queréis decir?

—Os lo mostraré. Aunque tendréis que consentir que os amordacen y aten, y aceptar quedaros tras esa pantalla, donde no se os vea, y no hacer ningún ruido oigáis lo que oigáis.

—¿Por qué tendría que prometeros tal cosa?

—A cambio de la vida de vuestros amigos, no me parece que sea pedir demasiado.

Cale asintió, y Bosco hizo un gesto a uno de los guardias para que se lo llevara tras el pequeño biombo que estaba en la parte de detrás del salón. Justo antes de llegar al biombo, Cale se volvió hacia Bosco.

—¿Cómo tomasteis la ciudad?

Bosco se rio, quitándose toda importancia.

—Fácilmente y sin luchar. Princeps envió noticias de la gran victoria del Cuarto Ejército en Port Errol en tres horas, y ordenó que la flota se retirara y atacara Menfis sin demora. Aquí la población entera estaba sumida en un canguelo propio de impíos. A ochenta kilómetros de distancia, la flota distinguió barcos que huían de Menfis aterrorizados. Nosotros nos limitamos a llegar sin armar ningún jaleo. Todo ha resultado muy sorprendente pero satisfactorio. Quedaos ahí atrás sin hacer ruido, y lo veréis y oiréis todo.

Diciendo esto, Bosco le hizo una seña para que se escondiera tras el biombo. El guarda se sacó una mordaza del bolsillo y se la mostró a Cale.

—Podemos hacerlo por las buenas o por las malas. A mí me da lo mismo.

Pero Cale estaba impaciente por ver a Arbell y no se resistió. Hubo una pausa de varios minutos. La presencia de Bosco y lo extraño de sus maneras producían en Cale una incomodidad que iba en aumento. Vio cómo colocaban en el centro del salón una mesa y tres sillas. Entonces se abrió la puerta e hicieron pasar al Mariscal y a su hija.

Cale no sabía que era posible experimentar un alivio tan intenso: un potente, jubiloso sentimiento de felicidad. Ella estaba blanca y aterrada, pero no parecía haber sufrido ningún daño, y tampoco su padre, aunque se le veía ojeroso y demacrado. Parecía veinte años más viejo, y veinte años de los peores.

—Sentaos —dijo Bosco con suavidad.

—Matadme a mí —pidió el Mariscal—. Pero os pido con toda humildad que dejéis vivir a mi hija.

—Mis intenciones son mucho menos sanguinarias de lo que imagináis —repuso Bosco con voz todavía suave—. Sentaos, no os lo repetiré. —Esta incómoda mezcla de benevolencia y amenaza intimidó aún más a los dos, e hicieron lo que se les mandaba—. Antes de empezar, quiero que intentéis asimilar que las necesidades y el

fervor de aquellos que sirven al Ahorcado Redentor no pueden ser comprendidos por gente como vosotros. No, ni quiero ni busco ser comprendido, pero es necesario, por vuestro bien, que sepáis cómo andan las cosas. —Hizo un gesto de cabeza a uno de los redentores, que acercó la tercera silla, y entonces se sentó él también—. Hablaré con toda claridad: Tenemos el control total de Menfis, y ahora vuestro ejército consiste en no más de dos mil soldados preparados, la mayor parte de los cuales son prisioneros nuestros. Vuestro imperio, con todo lo vasto que es, está empezando a disgregarse. ¿Me creéis cuando digo esto?

Hubo una pausa.

—Sí —dijo al fin el Mariscal.

—Bien. Volveré a entregaros el control de la ciudad de Menfis y permitiré que reconstruyáis un ejército permanente para reinstaurar las estructuras de poder de vuestro imperio, sometido a ciertos impuestos y condiciones cuyos detalles aceptaréis otro día.

El Mariscal y Arbell miraron a Bosco con ojos llenos de esperanza y recelo.

—¿Qué condiciones? —preguntó el Mariscal.

—No me malinterpretéis —dijo Bosco en voz tan baja que Cale apenas le podía oír—. Esto no es una negociación. Vos no tenéis, de hecho, nada con lo que negociar. Sois completamente impotentes y solo tenéis una cosa que quiero.

—¿Qué es? —preguntó el Mariscal.

—Thomas Cale.

—Nunca. Por nada del mundo —dijo Arbell apasionadamente.

Bosco la miró pensativo.

—Qué interesante —comentó.

—¿Por qué queréis hacer tal cosa? —preguntó el Mariscal.

—¿Cambiar a un muchacho por un imperio? Suena un poco raro, lo admito.

—Queréis matarlo —dijo Arbell.

—En absoluto.

—Porque él mató a uno de vuestros sacerdotes, que estaba haciendo algo indescriptible.

—Bueno, tenéis razón: él mató a uno de mis sacerdotes, que estaba haciendo algo indescriptible. Yo no sabía nada de esas prácticas heréticas hasta el día que escapó Cale. Todos aquellos de los que después se descubrió que estaban involucrados fueron purificados.

—Queréis decir ejecutados.

—Quiero decir purificados y después ejecutados.

—¿Por qué pensaba Cale que vos erais responsable?

—Se lo preguntaré en cuanto lo vea. Pero si creéis que yo me desprendería de un imperio para ejecutar a Cale por haber matado a un hereje asesino y perverso... — se quedó callado, como desconcertado—. ¿Por qué iba a hacer tal cosa? No tiene sentido.

—Podríais estar mintiendo —dijo el Mariscal.

—Eso podría ser. Pero no tengo ninguna necesidad. Encontraré a Cale antes o después, pero preferiría que fuera antes. Vos tenéis el medio para darme lo que quiero, pero llega un momento en que mi paciencia se acaba, y después no queda nada.

—No le escuchéis —dijo Arbell.

—¿Por qué estáis tan preocupada? —preguntó Bosco—. ¿Es porque sois amantes?

El Mariscal miró a su hija fijamente. No hubo exigencias llenas de indignación para que dijera la verdad, ni condenas por haber mancillado la sangre real. Tan solo un largo silencio. Al final, él se volvió hacia Bosco.

—¿Qué queréis que haga?

Bosco tomó aire.

—No hay nada que podáis hacer. No hay mucha gente, si es que hay alguien, en quien confíe Cale, y ciertamente ese alguien no sois vos. Pero sí vuestra hija, naturalmente, y por razones que ahora todos conocemos. Lo que pido es que ella escriba una carta a Cale, que entregará en secreto a uno de sus amigos. En esa carta le pediréis un encuentro fuera de la muralla, en un momento concreto. Yo estaré allí y con los soldados suficientes para que él tenga que rendirse.

—Lo mataréis —dijo Arbell.

—No lo mataré —dijo Bosco, levantando la voz por primera vez—. Yo no lo mataré nunca, por motivos que le explicaré a él en cuanto comprenda que le digo la verdad. El no tiene ni idea de lo que yo tengo que decirle, y, hasta que lo sepa, su vida seguirá siendo como ha sido desde que dejó el Santuario: violenta, tormentosa, una vida que solo puede acarrear una inútil destrucción sobre las cabezas de todo aquel que tenga algo que ver con él. Considerad los estragos que ha hecho en vuestras vidas. Solo yo puedo salvarlo de su condición. Sea lo que sea lo que pensáis que sentís por él, no podéis comprender lo que él es. Intentad salvarlo, algo que no podréis hacer nunca, y todo cuanto conseguiréis es llevar a la ruina a vuestro padre, a vuestro pueblo, a vos misma y, sobre todo, a Cale.

—Debéis escribir esa carta —le dijo el Mariscal a su hija.

—No puedo —repuso ella.

Bosco suspiró compasivamente.

—Sé lo que significa ejercer la autoridad y el poder. La elección que tenéis que hacer ahora es de tal clase que nadie os envidiaría. Elijáis lo que elijáis, siempre os parecerá incorrecto. Debéis escoger entre la destrucción de un pueblo entero y de un padre al que amáis, y un simple hombre al que también amáis. —Ella se quedó mirando a Bosco, como petrificada—. Pero, aunque la elección sea dura, no lo es tanto como teméis. Cale no sufrirá daño en mis manos, y, en cualquier caso, lo encontraré antes o después. Su futuro está demasiado ligado a la voluntad de Dios como para que sea otra cosa más que uno de los nuestros... y forme una parte muy especial de entre nosotros. —Se recostó en el respaldo de la silla y volvió a suspirar—. Decidme, joven, pese a todo vuestro amor por ese joven, un amor que compruebo ahora que es ciertamente genuino... —Se detuvo para permitirle tragar el endulzado veneno—. ¿No habéis notado nada... —se volvió a parar, buscando con cuidado la palabra correcta— ...nada fatal?

—Vos le hicisteis así con vuestra crueldad.

—En absoluto —repuso Bosco en tono razonable, como si comprendiera la acusación—. La primera vez que lo vi, cuando él era pequeño, ya había en él algo impactante. Me llevó mucho tiempo comprender lo que era, porque sencillamente la cosa no parecía tener sentido. Era aterrador. Aquel niño me daba miedo. Ciertamente, era necesario moldear y disciplinar lo que había en él, pero ningún ser humano hubiera podido hacer de Cale lo que Cale es. No me considero tan hábil: yo no fui más que un agente del Señor para inclinar su naturaleza a nuestro bien común y al servicio de Dios. Pero vos habéis visto eso en él, y eso os ha aterrorizado, como es normal. Las bondades que habréis visto en él en ocasiones son como las alas de un avestruz, que puede batirlas pero no sirven para volar. Dejádnoslo a nosotros y salvad a vuestro padre, a vuestro pueblo, a vos misma... —Hizo una pausa para crear expectación— ...Y a Cale.

Arbell comenzó a hablar, pero Bosco levantó la mano para pedirle que se callara:

—No tengo más que decir. Consideradlo y tomad una decisión. Ya os diré los detalles de la hora y el lugar en que debéis citar a Cale. Vos pensad si escribís o no esa carta.

Dos redentores que permanecían junto a la puerta avanzaron y les hicieron un gesto para indicarles que debían levantarse e irse. Cuando ella pasaba por la puerta, Bosco la llamó como si, a su pesar, sintiera compasión por el difícil dilema en que se encontraba.

—Recordad que sois responsable de miles de vidas. Y os prometo que nunca volveré a levantar la mano contra él ni permitiré que lo haga nadie.

La puerta se cerró, y Bosco se dijo en voz baja, a sí mismo:

—Conseguiré que los labios que ahora le resultan tan dulces como miel le sean pronto tan amargos como el ajeno y tan afilados como una espada de doble filo.

El Padre Militante se volvió y le hizo un gesto a Cale para que saliera de su escondite a la luz. El guardia le quitó la mordaza y lo condujo hacia Bosco.

—¿Realmente pensáis que os ha creído? —preguntó Cale.

—No sé por qué no iba a creerme: la mayoría de lo que le he dicho es verdad, aunque no sea toda la verdad.

—¿Que es...?

Bosco lo miró como si intentara leer algo en su rostro, pero con una inseguridad que Cale no había visto nunca.

—No —dijo Bosco al fin—. Esperaremos su respuesta.

—¿De qué tenéis miedo?

Bosco sonrió.

—Bueno, tal vez un poco de sinceridad entre nosotros no vaya mal a estas alturas. Naturalmente, tengo miedo de que el amor verdadero pueda con todo y ella se niegue a ponerlos en mis manos.

De vuelta en su palacio, Arbell Cuello de Cisne sufría los terribles dolores del deseo privado y la pública obligación: la horrible e imposible traición que encerraba aquello que debía elegir. Pero era peor de lo que parecía porque en el fondo del corazón (o en el fondo del fondo) ya había tomado la decisión de traicionar a Thomas Cale. Intentad comprender su pérdida, la abrumadora impresión de que todo cuanto ella había conocido se derrumbaba ante sus ojos. Después comprended el horrible poder que encerraban las palabras de Bosco, que repetían de todas las maneras posibles sus peores pensamientos. Por muchas emociones que le despertara Cale, aquel algo extraño que le atraía de él también le repelía. Cale era tan violento, tan airado, tan letal... Bosco la había calado. Pues dado quien era ella, ¿cómo iba a ser, sino refinada y delicada? Y, no nos confundamos, aquel refinamiento y delicadeza era lo que adoraba Cale; pero Cale había sido vencido en la forma, devorado por espantosos fuegos de terror y dolor inimaginables. ¿Cómo podía permanecer mucho tiempo con él? Había una parte de Arbell, una parte secreta, que de manera inconsciente llevaba tiempo buscando el modo de dejar a su amante. Y, así, mientras Cale esperaba que ella lo salvara, mientras él discurría un modo de salvarla a ella, ella había elegido ya el amargo pero razonable camino del bien de muchos sobre el bien del único. ¿Quién podría, al fin y al cabo, decir que ella se equivocaba? No lo hacía. Seguramente, hasta el propio Cale podría comprenderlo, con el tiempo.

Capítulo 36

Casi seis horas después, Bosco entró en la cámara cerrada en que habían confinado a Cale. Llevaba dos cartas. Le entregó a Cale una de ellas. Cale la leyó sin mostrar expresión alguna, aparentemente dos veces. Entonces Bosco le ofreció la segunda.

—Ella me ha pedido, con lágrimas en los ojos, que os entregara esta después de que os hiciéramos prisionero. Aquí os dice lo duro que le ha sido entregaros a mí y os pide que intentéis perdonarla.

Cale cogió la carta que le tendía y la echó al fuego.

—Soñé con algo diferente —dijo Cale—. Ahora que despierto, me siento enojado contra mí mismo. Decid lo que tengáis que decir.

Bosco se sentó tras la mesa que constituía el único mobiliario de la cámara.

—Hace treinta años, cuando fui al páramo para orar y ayunar, antes de convertirme en sacerdote, la madre del Ahorcado Redentor (la paz sea con ella) se me apareció tres veces. En la primera visión, me dijo que Dios había esperado en vano que la humanidad se arrepintiera de haber matado a su hijo, pero ya había perdido las esperanzas. La maldad del hombre era grande en la tierra, y cada cosa que el hombre guardaba en su corazón era siempre maldad. Dios se arrepiente de haberlo creado. En la segunda visión, me dijo que Dios me decía: «El final de toda carne ha llegado ante mí; barrerás de la faz de la tierra todo hombre y mujer vivos que yo he creado. Cuando hayas concluido tu misión, el mundo llegará a su fin, los elegidos entrarán en el paraíso, y los hombres y mujeres ya no existirán». Yo le pregunté cómo podría hacer tal cosa, y ella me dijo que ayunara y aguardara la tercera y última visión. En esta visión tercera y última, ella trajo consigo a un niño pequeño que llevaba con él una vara de espio, y la punta de esa vara goteaba vinagre. «Busca a este niño y, cuando lo veas, prepáralo para realizar su obra. El es la mano izquierda de Dios, también llamado el Ángel de la Muerte, y realizará todas estas cosas».

Mientras decía todo esto, parecía como si Bosco se hubiera quedado en trance, como si no se encontrara en una cámara en Menfis, sino de nuevo en los desiertos de Fátima, treinta años antes, escuchando a la madre de Dios. De pronto, fue como si una luz se apagara y él volviera. Miró a Cale.

—En cuanto vi a ese muchacho en el Santuario, hace diez años, lo reconocí. —Sonrió a Cale del modo más extraño imaginable, con una sonrisa de amor y ternura—: Erais vos.

Una semana después, una comitiva se detenía brevemente en el castillo. Entre los que iban montados a caballo estaba el Redentor General Bosco y, a su lado, Cale. Entre los reunidos para verlos partir se hallaba el Mariscal Materazzi, el Canciller Vipond y aquellos hombres de importancia que habían sobrevivido a la batalla de monte Silbury. Entre ellos había dos filas de soldados redentores, para asegurarse de que el ahora libre pero desarmado Cale no hacía lo que no debía. Le venía bien a Bosco dejar al Mariscal en el futuro donde estaba. Sin embargo, había juzgado que sería mejor no provocar a Cale haciendo que la muchacha estuviera presente, y había ordenado, para alivio de ella, que no se ofreciera a la humillación oficial de aparecer ante su padre y el resto de Menfis. En vez de eso, ella observaría y escucharía desde una ventana próxima. No era necesario recomendarle que no se dejara ver.

Pese a sus precauciones, Bosco se preguntaba si habría hecho bien en dejar suelto a Cale. Cale tiró de las riendas de su caballo y miró al Mariscal por encima de la cabeza de los guardias. Junto a él, consternado, se encontraba Simón. Cale no dio la impresión de notar su presencia. Cuando comenzó a hablar, lo hizo en voz tan baja que apenas se le oía por encima del ruido que hacían los inquietos caballos.

—Tengo un mensaje para vuestra hija —dijo Cale—. Estoy unido a ella por lazos que ni siquiera Dios puede romper. Un día, si una suave brisa le acaricia la mejilla, puede que sea mi aliento; y si una noche el fresco aire juega con su pelo, será mi espíritu que pasa a su lado.

Y con esta terrible amenaza, volvió la cara hacia delante, y la comitiva se puso de nuevo en marcha. Al cabo de un minuto todos se habían ido. En su sombría estancia, Arbell Cuello de Cisne estaba pálida y fría como el alabastro.

Rápida y silenciosamente, el Mariscal y su gente regresaron a su mortificación. Mientras Vipond caminaba hacia su palacio acompañado por el capitán Albin, se volvió hacia él y le dijo en voz muy baja:

—¿Sabéis, Albin, que cuanto más viejo me hago más propenso estoy a creer que si el amor ha de juzgarse por sus efectos visibles, se parece más al odio que a la amistad?

Medio día más tarde, la comitiva había dejado atrás los suburbios de Menfis y se dirigía hacia el Malpaís y el Santuario que se alzaba más allá de él. Durante este tiempo, el Redentor General Bosco y Cale no habían cruzado ni una sola palabra. Desde un pequeño grupo de árboles, a cierta distancia del camino, Henri el Impreciso, Kleist e IdrisPukke vieron la comitiva pasar y perderse de vista. Y entonces se dispusieron a seguirla.

Fin

LTC Julio 2011